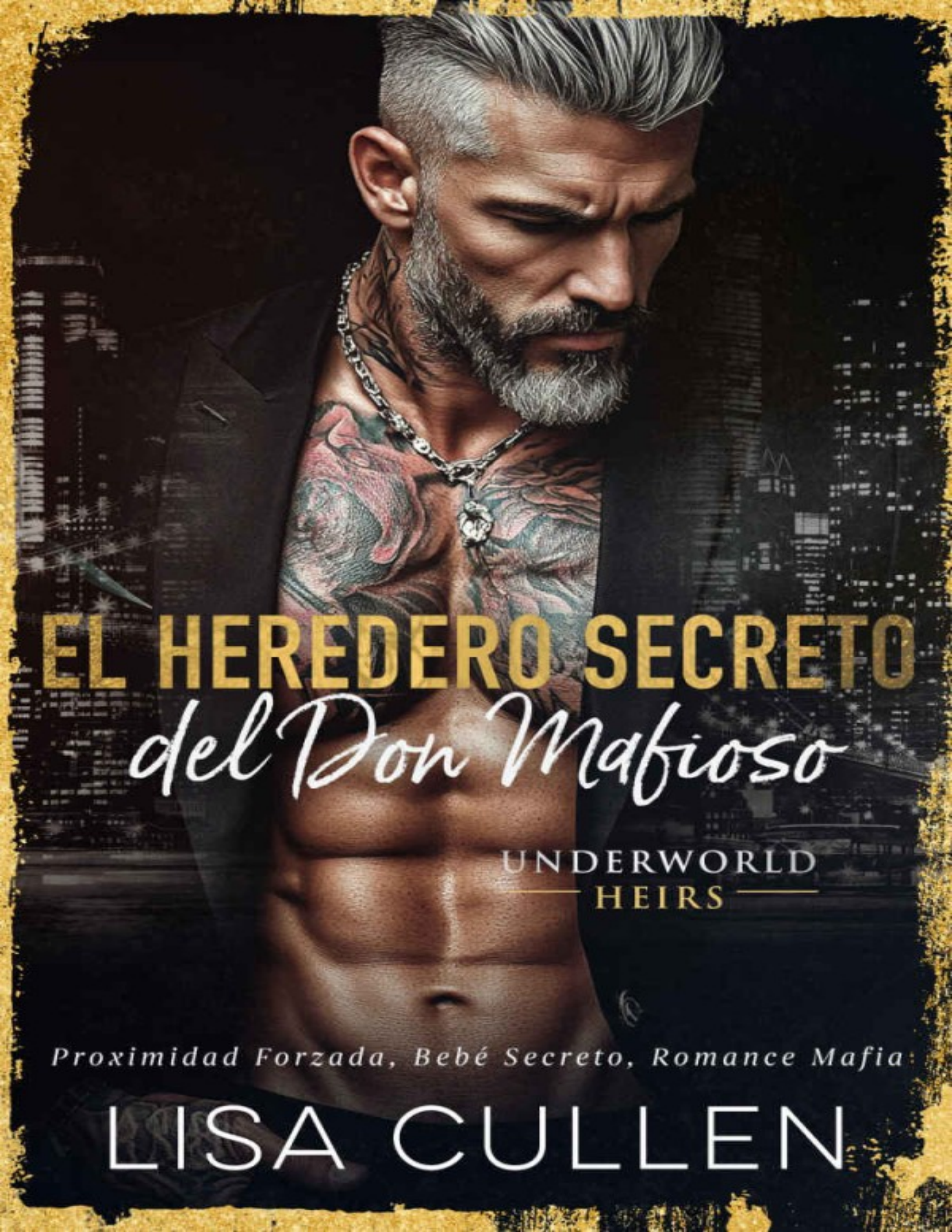

EL HEREDERO SECRETO
del Don Mafioso
UNDERWORLD
HEIRS
Proximidad Forzada, Bebé Secreto, Romance Mafia
LISA CULLEN

EL HEREDERO SECRETO DEL DON MAFIOSO

PROXIMIDAD FORZADA, BEBÉ SECRETO, ROMANCE MAFIA

LISA CULLEN

Copyright © 2025 by Lisa Cullen

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Descripción
1. Valentina
2. Luca
3. Valentina
4. Valentina
5. Valentina
6. Valentina
7. Luca
8. Valentina
9. Luca
10. Valentina
11. Luca
12. Valentina
13. Luca
14. Valentina
15. Valentina
16. Valentina
17. Luca
18. Luca
19. Luca
20. Valentina
21. Valentina
22. Luca
23. Valentina
24. Luca
25. Valentina
26. Valentina
27. Luca
28. Luca
29. Valentina
30. Luca
31. Valentina
32. Epílogo Extendido

DESCRIPCIÓN

—Cásate conmigo o mataré a todos los que amas.

Luca Salvatore no pregunta.
Exige.

Las deudas de juego de mi padre murieron con él.
Pero yo no.

Cuando Luca —**el Don de la mafia Salvatore**— viene a cobrar, me da una única opción: **casarme con él o ver sufrir a mi madre.**

Seré su esposa.
Un trato pactado en el infierno.

Es todo lo que temo.
Frío, despiadado, un hombre que es dueño de la ciudad y, ahora, de mí.

Pero en sus brazos siento cosas que no puedo negar.
Poder. Deseo. Dolor.

Es veneno y placer envueltos en un traje, y yo estoy cayendo sin remedio.

Entonces descubro que estoy embarazada de su heredero.
Huyo.

Cinco años escondida.
Hasta que me encuentra.

—*Te llevaste a mi hijo* —gruñe Luca, estampándome contra la pared —. *Te llevaste lo que me pertenece.*

Ahora las familias rivales quieren a mi hijo muerto.
La protección de Luca tiene un precio: **la rendición total.**

Dice que nos protegerá.

Pero ¿quién me protegerá de él?
¿Del fuego de su tacto?
¿De la oscuridad en su mirada que promete que nunca más nos dejará marchar?

El Don de los Salvatore siempre cobra sus deudas.
Y yo acabo de convertirme en su posesión más preciada.

1

VALENTINA

La voz del cura resuena en el aire neblinoso; sus palabras, graves y sonoras, se mezclan con el suave susurro del viento entre los robles centenarios del cementerio. —Dale, Señor, el descanso eterno…

Sigue el nombre de mi padre, hueco e inmerecido. Me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que noto el sabor de la sangre, con los labios apretados en una fina línea para no temblar.

No debería doler tanto.

Quiero recordarlo como el hombre que era antes de los casinos, del whisky, de las apuestas hechas por un capricho temerario. Antes de que se fundiera todo lo que teníamos y me dejara a mí luchando a duras penas por sobrevivir. Pero ahora solo veo la ruina que dejó a su paso: toda una vida de sacrificios despilfarrada y una hija que se ha quedado sola bajo la lluvia, enterrándolo tanto en deudas como bajo tierra.

El dolor en mi pecho se agudiza cuando miro a mi madre. Se aferra a su rosario con manos temblorosas, con los hombros encorvados y frágiles bajo la tela negra y lustrosa de su abrigo. No ha dicho ni una palabra en toda la mañana, solo ha derramado lágrimas silenciosas e interminables.

A su lado, mi mejor amiga, Sofia, le pone una mano en el brazo para tranquilizarla. Sus penetrantes ojos marrones se encuentran con los

míos y se suavizan en una silenciosa solidaridad. Aparto la mirada antes de romperme por completo.

El cura sigue con su perorata. Sus palabras se funden en un murmullo de fondo, acalladas por el peso de mis pensamientos. ¿Cómo vamos a sobrevivir ahora? El alquiler está sin pagar, mi trabajo en la galería apenas cubre la compra y las deudas de mi padre —tantas deudas— son más de lo que jamás podré pagar.

Y luego está la pregunta más importante de todas: ¿quién lo mató?

Nunca olvidaré la llamada que lo hizo añicos todo. Una voz fría informándome de que Antonio Russo estaba muerto, encontrado en un callejón sin cartera, sin reloj… solo su sangre formando un charco bajo él. La policía lo atribuyó a un robo que salió mal, pero yo sé que no es así. Mi padre tenía enemigos.

En concreto, unas semanas antes de su muerte, me llamó y me habló de uno, incluso me enseñó su foto.

Trago saliva con dificultad, parpadeando para reprimir el escozor de las lágrimas mientras bajan el ataúd a la fosa.

Y entonces lo siento: una presencia, nítida e invasora, que atraviesa la niebla del duelo como una cuchilla. Es puro instinto lo que me dice que algo peligroso acecha cerca.

El pulso se me acelera mientras levanto la cabeza y recorro a la multitud con la mirada hasta que los veo. Dos hombres, de pie, apartados de los dolientes. Visten impecablemente con trajes negros hechos a medida, de corte caro, pero de forma sutil. Sus posturas son demasiado erguidas, demasiado quietas, sus ojos afilados examinan a los allí reunidos con una precisión que me crispa los nervios.

No pintan nada aquí. Por la expresión de sus caras, no han venido a presentar sus respetos al muerto. Más bien, parece que van en serio.

Un escalofrío me recorre la espalda. Las deudas de mi padre. ¿Están aquí para cobrarlas?

Miro a mi madre, todavía absorta en sus oraciones, y luego a Sofia, que está demasiado ocupada susurrándole palabras tranquilizadoras como para darse cuenta. Con el corazón desbocado, me alejo del grupo y camino hacia los hombres.

—Disculpen —digo, manteniendo la voz firme a pesar del nudo helado que se me retuerce en el estómago—. Este es un funeral privado. Tienen que marcharse.

El más alto sonríe con suficiencia y su mirada se desliza sobre mí de una manera que hace que se me erice la piel. No se mueve. El hombre más bajo mira más allá de mí, rozando con la mano el bolsillo interior de su chaqueta.

Un arma. La constatación me enciende los nervios, pero cuadro los hombros y me obligo a erguirme.

—Me han oído —digo, ahora con un tono más firme—. Váyanse.

El más alto intercambia una mirada con su compañero. Una conversación silenciosa tiene lugar entre ellos. Entonces, para mi sorpresa, obedecen. Retroceden al unísono hacia un elegante coche negro aparcado en el linde del cementerio.

Suelto el aire, aliviada y confusa a la vez. Pero justo cuando me doy la vuelta para irme, la ventanilla trasera del coche baja.

Y se me congela la respiración en los pulmones.

No necesito verlo por completo para saber quién es. Las líneas afiladas de su mandíbula, los penetrantes ojos verdes, la autoridad natural de su mirada… todo es inconfundible.

Mi padre no temía a mucha gente. Pero el hombre que me clava la mirada ahora, como si fuera de su propiedad, era uno de los pocos que le helaba la sangre en las venas. El hombre con el que me advirtió que nunca me cruzara.

Luca Salvatore.

El nombre retumba en mi mente como un trueno. El Don de la familia Salvatore. El hombre más poderoso de Nuova Speranza.

La mirada que me dedica ahora es serena, como si ya me conociera de pies a cabeza, como si mis protestas fueran inútiles y mi vida un libro abierto cuyas páginas él puede reescribir.

Unos escalofríos me recorren el cuello. Mi cuerpo me traiciona en presencia de semejante peligro.

Me doy la vuelta y regreso hacia el funeral, con las piernas temblando a cada paso.

Ha dejado de llover para cuando termina el funeral, pero el peso en mi pecho no ha desaparecido. Me oprime con la fuerza de mil tormentas mientras permanezco junto a la tumba, aferrándome el abrigo como si fuera una armadura contra el frío.

Mi madre se queda junto al féretro, sus dedos temblorosos rozan la madera húmeda como si de alguna manera pudiera aferrarse a él. Sofia no se separa de su lado, hablándole en voz baja. Yo no me muevo. No me fío de mí misma. Si me quedo mucho tiempo, me romperé en mil pedazos, y no puedo permitirme venirme abajo ahora mismo.

—Valentina —me llama Sofia con dulzura, su voz atraviesa la niebla de mi cabeza.

Parpadeo y levanto la vista. Mi madre se apoya pesadamente en el brazo de Sofia, con su rostro pálido vuelto hacia mí. Parece frágil, como si la más leve brisa pudiera llevársela.

Esbozo una sonrisa forzada, quebradiza y tenue, y doy un paso adelante para ayudar. Juntas, Sofia y yo la guiamos hasta el coche, cada paso lento y cuidadoso. No dice ni una palabra mientras la acomodamos en el asiento trasero. Se limita a mirar al frente, con los ojos apagados y distantes.

—Yo la cuidaré esta noche —susurra Sofia mientras cerramos la puerta—. Necesita descansar. Y tú también.

Asiento, agradecida, y las veo marcharse. El coche desaparece al doblar la esquina y me deja sola en el cementerio vacío. Entonces, un pesado silencio me envuelve.

Para cuando llego a mi apartamento, encima de la galería, ha caído el crepúsculo, bañando la ciudad de ámbar e índigo. El aire es fresco, teñido con el olor a pavimento mojado. Por un momento, me detengo a asimilarlo. Mi apartamento es pequeño, un espacio modesto que huele a pintura y a café, pero es mío. Cada rincón, cada mueble y cada desconchón de yeso hablan de la vida que he construido de la nada.

Es mi santuario.

O eso creo, hasta que veo la puerta.

Está *abierta*.

Una rendija mínima, pero suficiente para que el corazón me dé un vuelco. Se me revuelve el estómago y la bilis me sube por la garganta mientras la miro, inmóvil. ¿Se me olvidó cerrarla con llave? No. Siempre la cierro. *Siempre*.

Inspiro bocanadas de aire, cortas y rápidas, mientras empujo la puerta para abrirla más. Las bisagras crujen; el sonido es demasiado fuerte en el silencio espeluznante.

La sala de estar aparece ante mí, tenuemente iluminada por la lámpara que dejé encendida esta mañana. A primera vista, nada parece fuera de lugar. Las estanterías siguen llenas de libros, el sofá sigue cubierto con la manta que eché anoche. Pero entonces lo veo, tan perfectamente sereno e irritantemente guapo como antes.

Debería ser delito cómo hace que mi corazón se acelere y se me caiga a los pies al mismo tiempo.

Está sentado en mi sofá como si viviera aquí, como si fuera lo más natural que ha hecho en su vida, con una pierna cruzada sobre la otra y un puro sostenido con indolencia entre los dedos. El humo asciende en lentas espirales, llenando el estrecho espacio que nos separa de una expectación con aroma a tabaco.

Trago una bocanada de aire.

—Buenas noches —dice con voz grave y aterciopelada. Sus ojos se encuentran con los míos, oscuros e indescifrables, y sonríe. No es una sonrisa amable.

—¿Qué demonios hace aquí? —Las palabras se me escapan antes de poder pensar, la voz me tiembla a pesar de mis esfuerzos por parecer serena.

Luca Salvatore se recuesta y exhala una columna de humo que me hace picar los ojos. —Se ha marchado del funeral de forma muy abrupta. He pensado que deberíamos hablar.

2

LUCA

Hace unas horas

Es increíblemente temprano, pero el whisky corre a raudales.

Mi sillón de cuero cruje cuando me reclino, con las yemas de los dedos unidas bajo la barbilla. La habitación está en penumbra. Un ligero regusto a tabaco perdura de un puro que he dejado a un lado hace un rato. Mi estudio privado es todo madera oscura y luz tenue, con las paredes revestidas de estanterías llenas de libros que nadie espera que haya leído. Un gran escritorio de caoba domina el espacio, abarrotado de papeles, mapas y una tableta que transmite en directo las imágenes de las cámaras de seguridad de la ciudad.

Nuova Speranza se extiende ante mí en tonos grises en la pantalla, un laberinto de poder y corrupción, donde cada sombra esconde otro secreto. *Mi* ciudad. Un rey gobierna su reino no por la gloria, sino por el control. Y el control lo es todo.

—Luca —dice Marco, su voz trayéndome de vuelta.

Lo miro de soslayo. Mi hermano pequeño, más delgado que yo, está sentado al otro lado del escritorio. Saborea un vaso de whisky con la corbata ligeramente aflojada y una expresión marcada por el mismo fuego que le he visto desde que éramos niños. —El jefe nos está desangrando —continúa Marco, deslizando un informe sobre el

escritorio—. Ha robado medio millón destinado a los programas de alimentos solo en el East Side. Y eso es solo la punta del iceberg.

El whisky brilla con cada giro ocioso de mi muñeca, tan suave como mis pensamientos. —¿Qué más?

Adriano, mi lugarteniente, habla desde la esquina con tono seco. —Tiene los bolsillos llenos, pero no es solo por el dinero. Es un chapucero. Un codicioso. Está dejando que la familia Rossi se meta en el distrito portuario delante de sus narices.

Adriano siempre está ansioso por derramar sangre. Su temperamento puede hacerlo predecible, pero su lealtad es inquebrantable. Ahora está apoyado en la pared, con los brazos cruzados y los ojos oscuros entornados como un depredador que espera la orden de matar.

Dejo el vaso con cuidado. Retiñe contra la madera pulida. —Esta ciudad no funciona a base de codicia —mi voz es suave, de esa manera que hace que los hombres escuchen—. Funciona a base de miedo y respeto. El jefe lo ha olvidado.

—¿Quieres que me encargue yo? —pregunta Adriano, su tono apenas disimulando su expectación.

—Tú no —digo, cortándolo. Su rostro se descompone, pero asiente con aire hosco. Dirijo mi mirada a Marco—. No se trata solo de reemplazarlo. Se trata del mensaje. Silencioso, limpio y efectivo. Elimínalo sin armar revuelo.

Marco ladea la cabeza y una media sonrisa tira de la comisura de sus labios. —Ya tienes a alguien en mente, ¿verdad?

Asiento. Por supuesto que sí. Un rey no ordena el caos sin saber cómo controlar las consecuencias. —Domenico —digo—. Es ambicioso, leal a la gente adecuada, y sabe cómo ensuciarse las manos sin dejar un desastre.

—¿Y los proyectos comunitarios? —insiste Marco, aunque ya sabe la respuesta.

—Continúan —respondo secamente, sin dejar lugar a dudas—. La gente come, sus hijos van al colegio y recuerdan quién lo hizo posible.

Marco se recuesta, satisfecho, y Adriano hace lo posible por disimular su decepción, claramente molesto porque su dedo no apretará el gatillo.

No se trata del jefe en sí. Es un peón en un juego mucho más grande. Nuova Speranza pertenece a los Salvatore, y bajo mi vigilancia, no caerá en la ruina. El poder sin propósito es un desperdicio. He construido este imperio no a base de robos mezquinos o violencia indulgente, sino de precisión, estrategia y una visión singular.

Un rey protege a su pueblo, incluso cuando este no lo sabe.

—La familia Rossi —dice Marco, interrumpiendo el flujo de mis pensamientos—. Se han vuelto muy audaces. Si el jefe hacía la vista gorda, hay una razón. Podrían estar probando los límites, viendo dónde somos débiles.

—No encontrarán ninguna debilidad —digo con calma, con la mirada fija en la pantalla.

—Aún no —concuerda Marco, pero su tono conlleva una advertencia —. Si perciben la más mínima grieta...

—No lo harán —lo interrumpo, poniéndome de pie. La silla gime débilmente a mi espalda y mi sombra se alarga por la habitación mientras me elevo sobre el escritorio.

Marco y Adriano guardan silencio, con los ojos clavados en mí. — Que prueben —digo, con voz de hierro—. Que busquen hasta que su codicia y ambición los traigan directos a nosotros —hago una pausa, una sonrisa sombría curvando mis labios—, para que cuando

actuemos, no sea simplemente por violencia, sino una violencia que sea justa.

La habitación queda en silencio, a excepción del leve zumbido de las grabaciones de seguridad. Marco levanta su vaso en señal de reconocimiento; su respeto es claro en el brillo de sus ojos.

—Te encargarás del jefe —digo, dirigiéndome directamente a Marco —. Antes de que anochezca.

—¿Y Domenico?

—Ponlo en su puesto para la mañana. Discretamente.

Marco asiente, con expresión pensativa, y Adriano sonríe débilmente, saboreando ya las consecuencias.

Vuelvo a la pantalla, mi reflejo apareciendo como un fantasma sobre el paisaje urbano. —Podéis retiraros —digo sin mirarlos. Marco y Adriano se van sin decir palabra, la pesada puerta cerrándose tras ellos. A solas en el estudio, cojo el tablero de ajedrez en la esquina del escritorio. Las piezas están talladas en ónice oscuro y marfil pálido, desgastadas por años de uso. Muevo el alfil negro dos casillas hacia delante, colocándolo cerca de la reina. Se avecina un sacrificio. Siempre lo hay.

El mapa de Nuova Speranza yace abierto bajo una capa de documentos marcados: rutas, deudas, alianzas que penden de un hilo. Todo es un patrón, y todos, una pieza. Siempre se reduce a la estrategia. Quién mueve primero. Quién se desangra.

Entonces llaman a la puerta. —Adelante —digo.

Luciano, mi capo, irrumpe, con el rostro desfigurado por una furia apenas contenida. No espera permiso para hablar y lanza un grueso expediente sobre mi escritorio. —Antonio Russo está muerto.

Cojo el expediente sin decir palabra y lo abro. La visión de su cuerpo sin vida en las fotografías no despierta piedad, solo una leve

molestia que se intensifica mientras ojeo el informe, cada detalle confirmando lo que ya sabía que ocurriría.

Antonio Russo era un hombre sin disciplina, sin instinto de supervivencia. Un jugador que cambiaba lealtad por whisky y deudas por desesperación. Había sido útil en su día, un conducto de información de los bajos fondos de la familia Rossi. Pero malgastó su valía, igual que malgastó todo lo demás. —¿Causa? —pregunto, dejando el expediente a un lado.

Luciano se inclina hacia delante, con las manos aferradas al respaldo de la silla frente a mí. —Parece un robo. Al menos, eso es lo que dirá la poli. Pero ambos sabemos que no es así.

Mis dedos tamborilean lentamente en el borde del escritorio. La muerte de Antonio Russo no es inesperada, pero es un inconveniente. Los hombres como él no viven mucho en mi mundo. Son demasiado imprudentes y débiles. Y la debilidad es contagiosa si no se controla.

—La deuda —murmuro, con la mirada fija en el expediente.

A Luciano le tiembla la boca. Antes de que pueda responder, Adriano entra como una exhalación. —¿Te has enterado...?

Lo interrumpo con un asentimiento. Adriano mira a Luciano y luego a mí. —Su deuda está sin saldar. Medio millón, jefe. El cabrón murió debiéndonos medio millón.

Me masajeo la sien con lentos círculos. En mi mundo, las deudas no se olvidan. Se pagan con sangre, con lealtad, con dinero. Cualquier cosa menos es un insulto a los Salvatore y a todo lo que representamos. Marco entra entonces. Mira a Adriano, luego al expediente en mis manos. No necesita preguntar qué está pasando. —Esto complica las cosas —dice, con voz calmada, aunque lo conozco lo suficiente para saber que por dentro está que hierve.

—No —digo, cerrando el expediente de golpe—. Las aclara.

Marco enarca una ceja, pero espera a que continúe.

—Antonio era un cobarde —digo, poniéndome de pie y rodeando el escritorio. El cuero de mis zapatos repiquetea contra el suelo de madera mientras me muevo—. Huía de sus responsabilidades cada vez que podía. Le di tiempo, más del que merecía. Y ahora, ha dejado que sus deudas se pudran.

La cabeza de Marco se inclina una fracción, como hace cuando está dándole vueltas a sus pensamientos. —Dejar pasar esto envía el mensaje equivocado.

—A todo el mundo —añade Adriano, con el ceño cada vez más fruncido—. Los Rossi lo tomarán como una señal de debilidad. Incluso nuestra propia gente empezará a preguntarse si te has ablandado.

Dejo que mi mirada se pose en mi hermano. —¿Tú qué harías?

Marco señala el expediente. —Cobrar lo que se debe de la familia. Valentina Russo, su hija. Es todo lo que queda. Trabaja en la galería de arte del centro. Discreta, modesta, guapa.

—¿Y la madre?

—Vieja, frágil e inútil.

Asiento lentamente, las piezas encajando en su sitio. No es solo por el dinero. Es por principios. En la mafia, los principios lo son todo. —Prepara los arreglos.

Marco me observa con atención, su expresión curiosa. —¿Piensas asistir al funeral?

—Sí.

Adriano deja escapar un silbido bajo, su sorpresa es evidente. —¿Tú? ¿En el funeral de Russo? Eso sí que va a llamar la atención.

También le hará saber al mundo que no dejo pasar las cosas por sentimentalismo. Así es como se pierde el control, primero con

excepciones, luego con excusas. Un momento de blandura se convierte en un precedente y, en poco tiempo, la gente empieza a confundir la piedad con la debilidad.

—Bien.



La lluvia empieza a caer mientras la elegante berlina negra se detiene en el cementerio. El rítmico tamborileo del agua en el techo es casi relajante mientras observo desde dentro, viendo a mis hombres salir para evaluar la escena.

No me muevo de inmediato. En lugar de eso, dejo que mi mirada recorra a los dolientes a través del cristal empañado hasta que se posa en Valentina Russo. Está de pie junto al ataúd, su pelo liso humedecido por la lluvia, la barbilla alta a pesar del dolor grabado en su rostro. Es más pequeña de lo que esperaba, delicada incluso, pero hay una fuerza en su forma de mantenerse erguida, un desafío silencioso que capta mi atención. Cuando se aleja del grupo y se acerca a mis hombres, me inclino hacia delante, intrigado. La forma en que les habla, firme e inquebrantable, es algo raro en mi mundo.

—Impresionante —murmura Marco desde el asiento a mi lado, siguiendo mi mirada.

Aún no sabe quién soy, pero puedo notar que siente mi presencia. Cuando sus ojos se dirigen hacia el coche, dejo que la ventanilla baje lo suficiente para que me vea. Nuestras miradas se encuentran y el momento se alarga. No se estremece, no aparta la vista.

Hipnotizado, la observo. Cuando finalmente me da la espalda y se aleja, vuelvo a subir la ventanilla, mi decisión está tomada. —Conduce.

Nos dirigimos a su casa. La brisa del atardecer está impregnada del canto de la ciudad, su ritmo constante y familiar fuera de la elegante

berlina negra aparcada discretamente en las sombras. Estoy sentado en el asiento trasero, con la mirada fija en las estrechas ventanas de los apartamentos agrupados sobre la galería de arte, sus fachadas desiguales alineadas en la calle. Un tenue resplandor se escapa de una de ellas. —Volverá sola —dice Marco desde el asiento del copiloto, con un tono práctico.

—Perfecto —respondo, satisfecho.

Adriano asiente desde el asiento del conductor, sin perder tiempo al salir y abrirme la puerta. Una corriente de aire fresco me recibe mientras me levanto, mi abrigo a medida acomodándose sobre mis anchos hombros. Detrás de mí, Marco me sigue en silencio, su mano descansando ligeramente sobre la pistola enfundada bajo su chaqueta.

La cerradura de la puerta de la galería es de risa. Adriano se arrodilla ante ella y saca un elegante juego de ganzúas. Un giro, un leve clic, y la puerta se abre sin hacer ruido. Subimos la estrecha escalera hasta su apartamento sin prisa. Cuando llegamos a la puerta, Adriano se encarga de ella rápidamente, empujándola para revelar su mundo.

Es pequeño y adorablemente modesto, de líneas limpias y colores apagados. Hay una estantería rebosante de lomos gastados y lo que parecen ser viejas primeras ediciones de cuentos de hadas. Un cuadro, a medio terminar, descansa sobre un caballete cerca de la ventana. El leve aroma a lavanda flota en el aire, obligándome a inhalarlo y a detenerme, aunque solo sea para maravillarme de la simplicidad. Una vida forjada de la nada. Puedo respetar eso.

Pero las deudas no desaparecen en las sombras de la independencia.

Entro en el salón y me siento en el sofá, cruzando una pierna sobre la otra. Un puro se desliza fácilmente entre mis dedos, y lo enciendo con un movimiento del mechero de plata que Marco pone en mi mano.

Cierro los ojos brevemente, exhalando. La paciencia no es una virtud que me permita a menudo, pero esta noche me concedo este pequeño lujo. Las piezas están encajando.

Marco y Adriano toman sus posiciones. Esperamos. No tardamos mucho. El leve arrastrar de unos pasos resuena en la escalera. Luego, el sonido de unas llaves tintineando, el rasguño vacilante de la puerta al abrirse.

Lo sabe de inmediato.

—¿Hola? —la voz de Valentina suena suave, insegura.

La puerta se abre más y aparece su silueta en la sombra. Su pelo cae en suaves ondas alrededor de su rostro, sus ojos escrutando. Cuando se posan en mí, todo su cuerpo se tensa. —¿Qué co...? —se interrumpe, su respiración entrecortándose de forma audible.

—Buenas noches —digo, mi voz calmada, profunda.

Parpadea, como si intentara convencerse de que no soy real. Entonces, el fuego chispea en sus ojos, reemplazando la conmoción. —¿Qué demonios hace aquí?

Doy otra calada al puro, sosteniéndole la mirada. —Se marchó del funeral tan abruptamente... Pensé que deberíamos hablar.

Aprieta los puños y entra de lleno en la habitación, la puerta cerrándose de un portazo tras ella. —Tiene que irse. Ahora.

Sonrío levemente, señalando la silla frente a mí. —Siéntese.

—¡Ni hablar! —espeta, su voz temblando con una mezcla de ira y miedo.

Adriano y Marco se mueven al unísono, dando un paso al frente. Su advertencia silenciosa es clara, y ella se queda helada, su pecho subiendo y bajando con respiraciones rápidas y superficiales. A regañadientes, se deja caer en la silla, con la postura rígida.

—Así está mejor —digo, inclinándome ligeramente hacia delante. La luz de la lámpara proyecta sombras sobre mi rostro, afilando las líneas de mi mandíbula—. Su padre me debía algo, Valentina. Una deuda de la que huyó, una y otra vez. Medio millón de dólares, malgastado en whisky y malas decisiones.

Abre la boca, pero no salen palabras.

—¿Creía que esa deuda desaparecería con su muerte? —continúo, mi voz fría y distante en su autoridad—. ¿Creía que simplemente lo olvidaría?

—Yo... yo no tengo esa cantidad de dinero —tartamudea, perdiendo la compostura.

—No —convengo, clavando mi mirada en la suya—. No la tiene.

Se estremece, sus manos agarrando los brazos de la silla. —Si me diera tiempo...

—No me mienta —la corto, mi voz como un látigo—. El tiempo no cambia nada. Su padre era un cobarde. Y ahora, usted carga con su fardo.

Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas, pero no aparta la mirada.

—Lo que nos lleva a sus opciones —digo, reclinándome una vez más.

—¿Opciones? —pregunta, parpadeando. Las comisuras de sus grandes ojos de cierva se arrugan.

—Cásese conmigo —continúo, sin alzar la voz—, y la deuda quedará saldada. O niéguese, y cobraré lo que se me debe con sangre. Empezando por su madre.

El color desaparece de su rostro, su respiración se entrecorta de forma audible. —No lo haría —susurra, con la voz temblorosa.

Me inclino, mis ojos clavados en los suyos. —No desperdicio nada, dulzura. Menos aún las palabras.

Durante un largo momento, el único sonido es el leve crepitar del puro en mi mano. Luego me pongo de pie, elevándome sobre ella, mi presencia consumiendo el espacio entre nosotros.

—Tiene hasta mañana por la noche para decidirse —digo en voz baja, casi con delicadeza—. Elija sabiamente.

3

VALENTINA

La voz de Luca Salvatore es lo primero que recuerdo al despertarme.

—Tiene hasta mañana por la tarde para decidirse, Valentina.

El recuerdo de sus palabras prende como una cerilla, incendiando la frágil calma de la mañana. Aparto la manta y me siento, con el cuerpo tenso, como si me preparara para otro golpe. Mi apartamento está inquietantemente silencioso, salvo por el suave y lejano zumbido del frigorífico. Por un momento, me pregunto si lo de anoche fue solo una pesadilla.

Pero el olor a humo aún flota a mi alrededor —el fantasma de su puro— y sé que no lo fue.

Me pongo de pie y camino de un lado a otro de la habitación, pasándome los dedos por el pelo. Todo lo de ayer se repite en mi mente con una claridad cruel. El funeral. Los trajes. Luca, repantigado en mi sofá como si fuera el dueño del lugar y, ahora, de mi vida.

Cásese conmigo.

Sus palabras me pesan en el pecho como plomo.

Un golpe seco en la mesa de la cocina me saca de la espiral. Mi mano, hecha un puño, se ha estrellado contra la madera sin que me

diera cuenta. Me quedo mirando las marcas blancas de mis nudillos y luego inspiro hondo.

No puedo quedarme aquí. No en este apartamento que parece más pequeño, más oscuro, más asfixiante que nunca. Cojo el abrigo del perchero junto a la puerta y me marcho.

El paseo hasta el apartamento de mi madre se me hace a la vez demasiado corto y dolorosamente largo. Para cuando llego a su puerta, tengo el pecho oprimido por una mezcla de pavor y desesperación.

Cuando entro, la veo sentada a la pequeña mesa de la cocina, con la taza de té acunada entre las manos. Parece frágil, con la piel pálida y la figura más delgada de lo que recordaba.

Su mirada se clava en la mía en cuanto cierro la puerta a mi espalda, y veo la preocupación brillar en su rostro. —¿Valentina?

—¿Alguna vez has pensado que papá podría haber tomado peores decisiones? —la pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla, junto con una risa amarga.

Parpadea y deja la taza sobre la mesa. —¿De qué estás hablando?

Me hundo en la silla frente a ella, apretando las palmas de las manos contra los muslos para que dejen de temblar. —Anoche conocí a Luca Salvatore.

Se le entrecorta la respiración y se lleva las manos a la boca. —Oh, Dios mío.

—Quiere que me case con él —digo sin rodeos, viendo cómo el horror florece en sus ojos—. Para saldar la deuda de papá.

Su silencio duele más que la desazón de la mañana.

Durante los siguientes minutos, se lo cuento todo, sin ahorrar detalles. El ultimátum de Luca. La cifra que debía mi padre. La gélida y aterradora firmeza de su voz. Cuando termino, mi madre está

temblando, con los ojos llenos de lágrimas clavados en mí, como si intentara encontrar las palabras adecuadas.

Finalmente, habla. —Tienes que casarte con él.

Un escalofrío me eriza la piel del brazo mientras la miro con incredulidad. —¿Qué?

Sus dedos se cierran alrededor de la taza, con los nudillos blancos. —Valentina, los hombres como él no lanzan amenazas en vano. Si dices que no, él… —se le quiebra la voz—. Nos hará daño. A todos.

Me aparto de la mesa, y la silla raspa el suelo. —¿Así que se supone que tengo que renunciar a mi vida? ¿Atarme a un hombre como ese?

—¿Prefieres que vaya a por mí? ¿O a por tus amigos? —su voz se rompe, pero me sostiene la mirada—. Ya has visto de lo que es capaz. ¿Qué otra opción tienes?

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. El pulso me martillea en los oídos, ahogando el silencio de la habitación.

—No sabes lo que me estás pidiendo —susurro, con un nudo en la garganta.

Mi madre se levanta y su frágil figura tiembla mientras se acerca a mí. Me pone las manos en los hombros con la levedad de una pluma. —Sé perfectamente lo que te estoy pidiendo —dice en voz baja—. Y lo odio. Pero, Valentina, esta familia ya ha perdido demasiado. No puedo perderte a ti también.

Sus palabras me atraviesan. No puedo respirar, no puedo pensar. Bajo la mirada al suelo desgastado, mientras la realidad de mi situación me oprime como un torniquete. Me alejo de ella, poniendo distancia entre nosotras, con las manos convertidas en puños. —No es ningún salvador, mamá. Es un hombre que cree que todo lo que toca le pertenece. Y yo me niego a que nadie me posea.

Su voz es apenas un susurro. —Si eso nos mantiene con vida, ¿qué más da?

La miro fijamente, con el pecho agitado, pero no tengo respuesta.

Se seca una lágrima de la mejilla, y su frágil cuerpo parece encogerse aún más. —Valentina, te lo ruego. No te enfrentes a él. Por favor. Por mí.

La desesperación en su voz es un cuchillo en mi pecho. No puedo seguir mirándola. Doy media vuelta y camino hacia la puerta, agarrando el pomo con fuerza.

—Me lo pensaré —consigo decir, antes de salir precipitadamente.

Camino sin rumbo durante un buen minuto y, entonces, llamo a Sofia. Me tiemblan tanto las manos que casi se me cae el móvil, pero consigo pulsar el botón de llamada. El teléfono suena una, dos, tres veces antes de que lo coja.

—¿Valentina? —la voz de Sofia es cálida y familiar, y por un segundo fugaz, siento una chispa de alivio.

—Sofia —digo, con la voz quebrada—. Necesito hablar contigo.

—¿Qué pasa? —su tono se vuelve serio de inmediato.

—De todo —la palabra se me escapa, pesada y descarnada. Me ciño el abrigo mientras camino por la calle tranquila, el frío aire de la mañana mordiéndome la piel—. Es…, es Luca Salvatore.

Se produce un silencio al otro lado de la línea. —Espera —dice, con voz baja e incrédula—. ¿Luca Salvatore? ¿*El* mismísimo Luca Salvatore? ¿A qué te refieres, Val? ¿Qué está pasando?

Me detengo en la esquina, y mi aliento se convierte en vaho en el aire gélido. —Vino a mi apartamento anoche —digo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Quiere que me case con él para saldar las deudas de mi padre. Medio millón de dólares, Sofia. No sé qué hacer.

—¿Casarte con él? —su voz se eleva, cortante e incrédula—. Valentina, ¿estás loca? No puedes casarte con ese hombre. Es un monstruo.

—¿Crees que no lo sé? —replico bruscamente, la frustración desbordándose—. ¿Pero qué opción tengo? Ha dicho que si me niego, irá a por mi familia. A por mi madre.

Sofia exhala con un temblor, y casi puedo oírla caminar de un lado a otro al otro lado de la línea. —Val, escúchame. No puedes hacer esto. Los hombres como él no dan, quitan. Destruyen. Si te casas con él, nunca tendrás una vida propia. Estarás atrapada.

—Ya estoy atrapada —digo, con la voz cargada de resignación.

Guarda silencio por un momento, y aprovecho para seguir caminando, intentando ignorar todo lo que está pasando en mi vida. Las calles empiezan a cobrar vida —comerciantes que abren sus puertas, camiones de reparto que pasan rugiendo—, pero el mundo parece lejano, ajeno a la tormenta que hay en mi interior.

—Val —dice Sofia finalmente, con voz más suave—. Tiene que haber otra manera. Podemos solucionarlo. Conseguiremos el dinero de alguna forma...

—No, no lo haremos —la interrumpo, deteniéndome en seco—. Sofia, no lo entiendes. No me lo está pidiendo. Me lo está ordenando. Y si digo que no, destruirá lo poco que me queda.

La línea vuelve a quedar en silencio, y puedo sentir cómo le cuesta encontrar las palabras.

—No quiero esto —digo, con la voz quebrada—. Pero no puedo permitirme el lujo de decir que no.

—Dios, Val —su voz tiembla, y sé que ahora está llorando—. No es justo. Nada de esto es justo.

—Lo sé —susurro.

Durante un largo momento, ninguna de las dos habla. Luego, Sofia sorbe por la nariz y se aclara la garganta. —Pase lo que pase, estoy aquí para ti. Siempre.

—Gracias —las palabras son pequeñas, insuficientes, pero es todo lo que consigo decir.

Colgamos, y me quedo ahí un momento, mirando el móvil. Quiero lanzarlo, estrellarlo contra el pavimento y fingir que eso arreglará algo. En lugar de eso, me lo meto en el bolsillo y vuelvo a casa.

Las horas pasan como en una neblina. Intento distraerme, limpiando el apartamento, hojeando un viejo libro de arte, pero nada funciona. Mi mente es un huracán de miedo, ira e impotencia.

Cuando suena mi móvil, el corazón se me para. El número es desconocido, pero ya sé quién es. Mis dedos vacilan sobre la pantalla un momento antes de deslizar para contestar.

—Valentina.

La voz de Luca es un barítono aterciopelado, suave y autoritario. Incluso a través del teléfono, me provoca un escalofrío por la espalda.

—Sí —consigo decir, con la garganta seca.

—¿Ha tomado una decisión?

Aprieto el móvil con más fuerza; mis nudillos se ponen blancos. —Me casaré con usted.

Hay una pausa, y después el débil sonido de su risa. —Buena chica.

Se me revuelve el estómago al oír esas palabras, y antes de poder contenerme, replico bruscamente: —No porque quiera. Sino porque me está obligando.

Su risa se hace más profunda, un sonido rico, casi divertido. —Puede que se sorprenda de lo que le depara el futuro, dulce niña. Quizá no sea tan terrible como piensa.

—Lo dudo —digo, con voz fría.

No responde a la pulla, solo dice: —Yo me encargaré de los preparativos. Pronto tendrá noticias mías.

—Qu…

La línea se corta antes de que pueda decir otra palabra.

Cada segundo después de la llamada transcurre en una nebulosa, cada momento se siente como arena escurriéndose entre mis dedos. Recuerdo vagamente haber vuelto a casa, haberme obligado a comer algo —comida para llevar de una gasolinera, porque la grasa se siente como un capricho, casi como una rebeldía—. Saboreo cada bocado salado y crujiente como si fuera un gran lujo, como si la propia libertad estuviera metida en esa arrugada bolsa de papel.

Después de eso, de alguna manera me decido por una película. Es una comedia tonta que he visto cien veces, pero que ahora mismo me reconforta como una manta. Me acurruco en el sofá con mi jersey holgado favorito, con las piernas recogidas debajo de mí y una copa de vino barato peligrosamente equilibrada en el reposabrazos. Me río demasiado fuerte en momentos que ya he visto, casi intentando olvidar el peso de lo que se avecina.

Lo absurdo de todo —la película, el vino, el improvisado festín de gasolinera— me hace querer aferrarme a cada segundo. Todo es mío, cada pequeño y mundano detalle de esta noche tranquila. Mío, hasta que deje de serlo.

Sus últimas palabras resuenan en mi mente, increíblemente crípticas, como una cerradura para la que no tengo llave. Y aunque intento perderme en el calor de lo familiar, la conciencia de lo que se avecina perdura, una sombra que se enrosca en los rincones de mis pensamientos hasta que me meto en la cama y me quedo dormida.

Me doy cuenta de lo que dice a la mañana siguiente, pasadas las diez, cuando un golpe fuerte y seco en la puerta me despierta. Me incorporo de un salto, con el pulso acelerado, los restos borrosos del

sueño aferrándose a mí. Por un segundo, olvido dónde estoy, con el corazón latiendo como un animal enjaulado. Entonces el golpe se repite, brusco e implacable, arrastrándome por completo a la realidad. Salgo de la cama a trompicones, todavía con la ropa de ayer, y abro la puerta de un tirón.

Lo que me recibe es poco menos que una emboscada.

Un pequeño ejército de hombres y mujeres impecablemente vestidos está en el pasillo, cada uno con portapapeles, muestrarios de telas y portatrajes. La mujer que va al frente —una morena de ojos felinos con un traje de chaqueta— da un paso adelante con una sonrisa cegadoramente profesional.

—Señorita Russo —empieza enérgicamente, con un tono que no admite réplica—. Estamos aquí para ultimar los detalles de su boda.

Por un segundo, me quedo mirándola, sin comprender. —¿Están aquí para qué?

—La boda —repite, como si la loca fuera yo. Hace una seña a su equipo, que empieza a entrar sin esperar permiso—. El señor Salvatore nos ha dado instrucciones explícitas para asegurarse de que todo sea perfecto. Desde el lugar de la celebración hasta su vestido, nos encargaremos de todo.

Invaden mi diminuto apartamento como una plaga de langostas. Un hombre monta un perchero con vestidos de diseño junto a la ventana; otro abre un catálogo de arreglos florales en la encimera de mi cocina. La morena ya está enumerando opciones de tartas mientras otra persona mide mi salón como si estuviera considerando la logística de organizar aquí una recepción real.

La cabeza me da vueltas. Su parloteo es un zumbido incesante en mis oídos.

—¡Paren! —grito, mi voz apenas se abre paso a través del caos—. ¡Paren!

La habitación se queda en silencio.

Respiro hondo, con las manos hechas puños a los costados. —Tienen que irse. Todos ustedes.

La sonrisa de la morena titubea, con el bolígrafo suspendido en el aire. —Señorita Russo, tenemos un horario muy apretado...

—No me importa su horario —replico bruscamente—. Si me veo obligada a casarme con Luca Salvatore, al menos tendré algo que decir sobre cómo se hace.

Ella enarca las cejas, y casi puedo verla redactando mentalmente su carta de dimisión. —El señor Salvatore nos ha dado instrucciones muy específicas...

—He dicho que *se larguen*.

Las palabras resuenan en la habitación y, por un momento, nadie se mueve. Luego, uno a uno, empiezan a recoger sus cosas, con movimientos rígidos por la incredulidad. La morena duda en la puerta, claramente sin saber si llamar a Luca ella misma o simplemente dimitir en el acto.

—Puede explicárselo usted —digo, encontrándome con su mirada de ojos abiertos—. O lo haré yo.

Asiente rápidamente y sale a toda prisa, con el resto del equipo pisándole los talones.

Cuando la puerta finalmente se cierra, me desplomo en el sofá, con las piernas débiles y las manos temblorosas.

Sé que Luca no dejará pasar esto.

El día se alarga, cada hora densa de pavor. Intento distraerme, limpiando el apartamento, hojeando un viejo libro de arte, pero nada me absorbe.

Cuando por fin suena mi móvil, no necesito mirar el identificador de llamadas para saber quién es.

Contesto con un vacilante: —¿Diga?

—Valentina.

Su voz es fría, goteando una ira mal contenida.

—¿Qué —gruñe—, creía que estaba haciendo?

Trago saliva, agarrando el móvil con fuerza para mantener la voz firme. —Le dije a su equipo que se fuera.

—Sí —dice, con un tono tan afilado que podría cortar el cristal—. Soy muy consciente. ¿Tiene idea del trabajo que me ha costado organizar esto? ¿De lo que les pago para que sigan mis órdenes?

El corazón me late con fuerza, pero me niego a que oiga el miedo en mi voz. —No soy una marioneta, Luca. Si voy a casarme con usted, lo haré en mis términos. No en los suyos.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Puedo imaginarlo ahora, con la mandíbula apretada, los nudillos blancos mientras agarra su móvil. No está acostumbrado a que lo desafíen, y menos alguien como yo.

—¿Cree que esto es un juego? —su voz es más baja ahora, más peligrosa—. ¿Cree que puede dictar cómo va a ser esto?

Respiro con agitación, y el pulso me martillea en los oídos. —No tengo elección en casarme con usted, pero sí tengo elección en cómo sucederá. Y si quiere que siga adelante con esto, me dejará planificarlo a mi manera.

Por un breve y aterrador momento, me pregunto si he ido demasiado lejos, si acabo de firmar mi propia sentencia de muerte. Entonces, su voz llega a través de la línea. —¿Quiere tener el control de la boda? De acuerdo.

El alivio me inunda, pero dura poco.

—Recuerde esto, Valentina —continúa amenazadoramente—. Solo tendrá el control hasta que yo decida quitárselo.

La línea se corta, y me quedo mirando el móvil en mi mano, con los dedos temblando.

4

VALENTINA

Ha pasado una semana desde que la visita del rey de la mafia de Nuova Speranza me cambió la vida.

La mañana es dorada y cálida. Las macetas del alféizar brillan con los restos del rocío, atrapando la luz como diminutas esmeraldas. Las sombras se alargan con delicadeza por la pared, meciéndose suavemente mientras una ligera brisa agita las cortinas. El aroma terroso de la tierra se mezcla con el aire fresco y soleado.

Estoy sentada al borde de la cama, con la mirada fija en las sábanas arrugadas como si contuvieran algún tipo de respuesta. No la contienen, por supuesto. Mi apartamento está tan vacío de soluciones como mi cabeza.

Hoy me convierto en la señora Luca Salvatore.

Ese pensamiento me provoca un temblor y presiono las manos contra mis muslos para estabilizarme. No hay forma de escapar de esto. Le he dado mil vueltas en la cabeza, buscando una escapatoria, un milagro. No existe ninguno.

Cojo el vaso de agua que dejé en la mesilla de noche; el cristal tiembla ligeramente en mi mano. El sorbo no consigue aplacar la sequedad de mi garganta ni la pesadez que me oprime el pecho.

Es la única forma de mantener a mi familia a salvo.

Me lo repito una y otra vez, como si recitara un poema conocido o una oración. Proteger a mi madre merece el sacrificio. Tiene que serlo.

Cuando salgo, la limusina ya está ahí, hermosa y sutil en su elegancia. El conductor no sale, no me saluda; se limita a desbloquear la puerta con un leve *clic*.

Dudo apenas un instante antes de deslizarme dentro.

Los asientos de cuero están frescos contra mi piel. El habitáculo huele ligeramente a cedro y a algo penetrante, como a tabaco fresco. Me acomodo en una esquina, aferrando el bolso en mi regazo como si fuera un salvavidas.

El coche avanza, silencioso pero potente, acercándome a mi destino.

Las calles se desdibujan tras la ventanilla, los lugares conocidos se desvanecen en recuerdos lejanos. Cada segundo que pasa siento como si se cortara otra atadura con mi antigua vida, como si diera otro paso hacia el abismo.

Me pregunto si Luca estará ya en la finca, esperando con esa calma exasperante que lo caracteriza. Probablemente sí. Para él es un juego, ¿verdad? Una prueba para ver hasta dónde puede presionarme antes de que me rompa.

El pensamiento aviva una chispa de rebeldía en mi pecho, pero se apaga tan rápido como surge.

Cuando la finca aparece ante mis ojos, siento que se me corta la respiración.

Incluso desde la distancia, es abrumadora. La mansión se extiende por la cima de la colina como un depredador que examina sus dominios. Las enormes verjas de hierro se abren con un chirrido a medida que nos acercamos, flanqueadas por imponentes columnas de piedra que parecen vigilar cada uno de mis movimientos. Tras ellas, el camino de entrada serpentea a través de un paisaje

impoluto de setos bien cuidados y un césped de un verde inverosímil.

La casa en sí es enorme y refleja una riqueza y un poder que nunca he conocido. Cada centímetro grita dominio, desde la reluciente fachada de mármol hasta los altísimos ventanales que reflejan la escasa luz de la mañana.

Mientras el coche se detiene en la entrada principal, siento el peso de la mansión oprimiéndome, sofocándome con su grandeza.

Salgo y me estremezco, pues aquí el viento es más frío, casi como si tuviera dientes. El conductor no dice ni una palabra, solo señala las enormes puertas de roble.

Mis pies se mueven casi por voluntad propia, subiendo los escalones. Cada uno parece más pesado que el anterior, como si ascendiera al patíbulo en lugar de caminar hacia mi futuro.

Cuando llego arriba, miro hacia atrás, esperando a medias ver la limusina alejarse. No lo hace. Sigue ahí, su brillo negro como un recordatorio de que escapar no solo es improbable, sino imposible.

Me vuelvo hacia las puertas. Aún no he entrado en la casa, pero ya siento que me abruma, incluso desde aquí.

Lo haces por ella. Me aferro a ese pensamiento con fuerza. Otro escalofrío me recorre la espalda al imaginar a Luca Salvatore esperándome. Esos ojos, esas manos... ¿Qué me hará esta noche?

La finca me engulle en cuanto pongo un pie dentro.

Cada centímetro irradia un poder frío y clínico, desde los suelos de mármol que relucen como el hielo hasta los techos altísimos adornados con intrincadas lámparas de araña. Es impresionante, y estoy casi segura de que tardaría meses solo en acostumbrarme a vivir en un lugar como este.

Y entonces, veo a Luca.

Sale de una habitación a la derecha, y su presencia llena el vasto espacio como si hubiera sido construido solo para él. Sus anchos hombros tensan la tela de su traje oscuro, y sus ojos verdes son tan afilados y cortantes como la primera vez que se clavaron en los míos.

Se detiene a pocos pasos, recorriéndome con una mirada lenta y abrasadora. No es el tipo de mirada que admira o halaga. Más bien, parece una evaluación mesurada, como si yo fuera un puzle que ya lleva medio resuelto. Lo que sea que ve le complace, a juzgar por la sonrisa que asoma a sus labios. Enciende un calor en mi pecho que me sube por todo el cuello.

—Valentina —dice, su voz profunda y suave, con el más leve matiz de diversión.

El sonido de mi nombre en sus labios es electrizante. Levanto la barbilla, aunque por dentro me siento como gelatina, negándome a encogerme ante su escrutinio. —Luca.

Sus labios se contraen; parece que se está divirtiendo. La idea me molesta ligeramente, lo cual es bueno. La molestia es mejor que el miedo, siempre. —¿Ha hecho usted una entrada espectacular?

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que varias figuras que merodean en las sombras nos observan sutilmente. Me pregunto si se refería a eso, pero el brillo de sus ojos me dice lo contrario. No está hablando de la habitación. Está hablando de mí: de cómo estoy de pie, de cómo me veo, de cómo me esfuerzo tanto por no mostrar el miedo que se enrosca en mi pecho.

—No he tenido mucha elección —respondo, con la voz firme a pesar de la opresión en mi garganta.

Luca se acerca, y el sonido de sus zapatos lustrados resuena débilmente en el silencio. Me obligo a quedarme quieta mientras él acorta la distancia entre nosotros; su altura y su presencia me hacen sentir más pequeña a cada paso que da.

Cuando se detiene, está lo suficientemente cerca como para que pueda ver la leve sombra de barba en su mandíbula, lo suficientemente cerca como para percibir el tenue aroma a cedro y humo que se adhiere a él.

—Siempre hay una elección —dice, su tono bajo y casi burlón—. Usted tomó la suya.

Las palabras son sencillas, pero la implicación que conllevan es cualquier cosa menos eso. Siento que se me oprime el pecho.

Su mirada desciende hasta mis labios, deteniéndose solo un momento antes de encontrarse de nuevo con mis ojos. —¿Empezamos?

Antes de que pueda responder, otra figura se adelanta, y lo reconozco al instante de la noche en que Luca me visitó. Investigué a toda la familia poco después. Este es Dante Salvatore, el hermano menor de Luca. Mientras que Luca es todo control imponente, Dante se desenvuelve con una especie de encanto que desarma, y sus ojos azules brillan al acercarse.

—Valentina —dice con suavidad, extendiendo una mano—. La bella futura novia. Bienvenida a la familia.

Sus palabras están cargadas de una seca diversión, pero el apretón de manos que ofrece es firme. Lo acepto, con cuidado de no dejar que mi vacilación se note.

—Gracias —digo.

La sonrisa de Dante se acentúa y se inclina ligeramente, bajando la voz lo justo para que solo yo lo oiga. —Tranquilícese. No todos somos tan aterradores como Luca.

Fuerzo una sonrisa tensa, sin saber si está bromeando o advirtiéndome.

Luca no se mueve, su mirada nunca se aparta de mí mientras Dante habla. Su silencio es más elocuente que las palabras.

La chispa de rebeldía en mi pecho de antes vuelve a encenderse, aunque sé que es mejor no dejar que se note.

Si esta es su prueba, estaré condenada si la suspendo.

—Ya se acostumbrará a Dante —dice el segundo hermano, Marco, metiéndose con suavidad en la tensión. Estuvo en mi apartamento esa noche—. Es perro ladrador, poco mordedor.

Dante enarca una ceja, pero Marco le hace un gesto para que se vaya. —Ve a molestar a otro, Dante. Estás asustando a la pobre chica.

—Estoy bien —digo rápidamente, sin querer parecer débil.

Marco me estudia por un momento, luego asiente, y su sonrisa se suaviza lo suficiente como para tranquilizarme un poco. —Bien. Necesitará ese temple.

La atmósfera cambia cuando otra figura entra en la habitación. Los hombres se enderezan de forma casi imperceptible, y su actitud informal es reemplazada por algo más formal.

Me giro para ver a una mujer que avanza hacia nosotros, con una presencia imponente incluso en silencio. Viste de encaje negro, con su pelo veteado de plata recogido en un elegante moño. Su postura es regia, su mirada brillante.

—Esta —anuncia Marco, todavía con la voz contenida—, es la matriarca de nuestra familia. Donna Maria.

La madre de Luca.

—Valentina Russo —dice ella, con la voz grave y suave, cada palabra deliberada—. Por fin nos conocemos.

—Donna Maria —respondo, inclinando ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento. Me parecería incorrecto llamarla de una manera menos formal.

Se detiene frente a mí, y sus ojos oscuros me examinan con una mezcla de curiosidad y escrutinio. —Es usted más pequeña de lo que esperaba —dice, su tono desprovisto de juicio, pero no exactamente amable.

Resisto el impulso de encogerme bajo su mirada. —Me han dicho que estoy llena de sorpresas.

Sus labios se tuercen en la más leve apariencia de una sonrisa. —Bien. Tendrá que estarlo.

La implicación de sus palabras persiste, y me doy cuenta de que no solo se refiere a sobrevivir a este día, sino a sobrevivir a *esta familia*.

—Lealtad, fuerza y un compromiso inquebrantable con la familia —continúa, con voz firme—. Esos son los pilares para ser una esposa Salvatore. ¿Entiende lo que se espera de usted?

Asiento, aunque se me hace un nudo en la garganta. —Sí.

—¿De verdad? —insiste, acercándose más. Su mirada me atraviesa, como si pudiera ver cada grieta de mi armadura—. Este no es un lugar para la debilidad, Valentina. Ni para la vacilación. Si se casa con mi hijo, se casa con esta familia. Y no exigimos nada menos que una devoción completa.

La habitación se siente más fría, el espacio más enrarecido. Asiento de nuevo, mi voz apenas un susurro. —Entiendo.

Me estudia otro largo momento, luego inclina la cabeza. —Bien.

El intercambio me deja conmocionada, pero me obligo a mantenerme erguida mientras Donna Maria se gira hacia Luca. Incluso él parece mostrarle deferencia; la tensión en sus hombros es visible en su cuadratura.

Mientras ella sale de la habitación, sus últimas palabras resuenan en mi mente. *Devoción completa.*

Miro a Luca, cuyos ojos se encuentran con los míos con una intensidad que me eriza la piel.

En este momento, el peso de lo que he aceptado me golpea de verdad.

No solo me caso con un hombre.

Me caso con un legado.

Y es uno que me consumirá por completo si se lo permito.



Los campos se extienden amplios e infinitos, un mar de rosas blancas y delicadas flores silvestres. El sol de la tarde lo baña todo. Es demasiado perfecto, como el tipo de sueño del que no quieres despertar. Excepto que esto no es un sueño.

Es una boda de tarde, pero el sol ya ha empezado a sangrar.

Las filas de sillas blancas están llenas de gente que no conozco. Socios de los Salvatore, supongo, cuyas sonrisas educadas y trajes de diseño apenas logran enmascarar el aura peligrosa que todos desprenden.

Mi madre y Sofía están sentadas en la primera fila, las únicas anclas familiares en este mar de extraños. Mamá lleva un vestido azul pálido que la hace parecer años más joven; su rostro está tranquilo, pero sus ojos nadan en emoción. Sofía, a su lado, me ofrece una sonrisa vacilante cuando nuestras miradas se cruzan. Se la devuelvo, agradecida por su presencia.

Luca se aseguró de que estuvieran aquí.

Es una pequeña merced, pero una que atraviesa la angustia que me oprime el pecho. A pesar de toda su crueldad, de todo su control, se aseguró de que las personas que más me importan estuvieran aquí para mí.

Y entonces, Luca aparece. Parece un dios hecho mortal. Un traje negro confeccionado a la perfección se ciñe a sus anchos hombros, y la camisa blanca e impecable que lleva debajo contrasta marcadamente con su piel olivácea. Su pelo oscuro está peinado hacia atrás, y el verde de sus ojos es penetrante, clavándose en mí en el segundo en que aparezco al principio del pasillo.

El corazón se me desboca.

Es magnético, domina el espacio sin una sola palabra, sin siquiera moverse. Puede que los invitados estén sentados, pero cada una de las personas aquí presentes le está prestando atención, y su reverencia es palpable.

No es solo un hombre. Es una tormenta.

Mis tacones crujen suavemente contra el camino de grava mientras comienzo mi marcha hacia él, con el ramo temblando ligeramente en mis manos. El vestido que elegí es sencillo: satén marfil, entallado pero no demasiado elaborado. El velo está sujeto ligeramente a mi pelo, apenas perceptible en comparación con la pesadez de mi pecho.

Cada paso parece durar una eternidad y, sin embargo, no lo suficiente.

Cuanto más me acerco, más me consume su presencia, atrayéndome como la gravedad. Para cuando llego al altar, apenas puedo respirar.

La mano de Luca se extiende hacia mí, con la palma hacia arriba.

Pongo la mía en la suya; el calor de su piel me envía un inesperado escalofrío por el brazo. Sus dedos se cierran alrededor de los míos, firmes en su posesión. —Hermosa —murmura, tan bajo que solo yo puedo oírlo.

Trago con dificultad, incapaz de responder. No puedo evitar que un leve rubor me suba por el cuello, y por mucho que quiera aborrecer

a este hombre... yo... no sé qué sentir por él, ni si puedo siquiera nombrar cómo me *hace* sentir. Como pétalos aplastados o chocolate derritiéndose.

El oficiante empieza a hablar. Ya está. El punto de no retorno.

Luego vienen los votos.

Luca es el primero. Su voz es un barítono rico y completamente sereno, cada palabra pronunciada con una calma perfecta. Promete protegerme, mantenerme, hacerme suya en todos los sentidos. Las palabras son tradicionales, pero la forma en que las dice es cualquier cosa menos eso. Hay un fuego bajo la superficie, algo oscuro y absorbente que me eriza la piel.

Luego es mi turno.

Mi voz es suave, las palabras cuidadosamente elegidas. Suenan huecas en mi boca, como si pertenecieran a otra persona, pero las pronuncio de todos modos.

Cuando termino, la mirada de Luca se clava en la mía, y el brillo duro en sus ojos es suficiente para despertar un hambre sorda en mi vientre que no tiene nada que ver con la comida.

Céntrate, V. Él mató a tu padre. Me lo digo una, dos veces, pero las palabras suenan amortiguadas, como si quisieran fundirse a negro.

El oficiante nos declara marido y mujer y, antes de que pueda siquiera procesar las palabras, Luca se inclina, acortando la distancia entre nosotros.

Me levanta el velo lenta y suavemente, como si estuviera saboreando el momento. Luego, sus labios rozan los míos antes de lanzarse a matar.

Se me corta la respiración; la intensidad del beso no deja lugar a dudas. No solo me está besando; me está marcando.

Cuando se aparta, sus labios se curvan en una leve sonrisa de complicidad. —Mi mujer —murmura, su voz un gruñido bajo que solo yo puedo oír.

El estómago se me revuelve y, contra todo pensamiento sensato, un delicioso escalofrío me recorre la espalda, enroscándose y flotando hasta mi propio corazón.

El aplauso de los invitados me saca del momento y retrocedo ligeramente, con el calor de su presencia todavía adherido a mí.

La mano de Luca encuentra la parte baja de mi espalda mientras nos giramos para mirar a la multitud. Mientras recorremos el pasillo de vuelta juntos, miro a mi madre y a Sofía. Mamá se seca los ojos con un pañuelo y Sofía me dedica otra pequeña y vacilante sonrisa.

Nos detenemos al borde del campo, donde un carrito de golf nos espera para llevarnos a la recepción. Antes de que pueda subir, Luca se acerca, sus labios rozando el lóbulo de mi oreja.

—Esta noche —dice, su voz oscura y suave—, voy a disfrutar haciéndote mía.

Mi pulso se acelera, mi cuerpo me traiciona con el calor que fluye por mi interior. Me giro para mirarlo, separando los labios para responder, pero no me sale ninguna palabra.

Sus ojos brillan con satisfacción mientras me hace un gesto para que suba. Y así, sin más, la jaula se cierra a mi alrededor.

5

VALENTINA

No sé qué me impresiona más, si el salón en el que estoy o el hombre con el que me voy a casar. Las lámparas de araña son de cristal auténtico, aunque eso da igual. Aquí todo reluce. Las paredes están cubiertas con pan de oro y los suelos, tan pulidos que puedo ver en ellos el bajo de mi vestido. La gente se mueve en círculos silenciosos, bebiendo a sorbos, observando, decidiendo quién es importante. El propio Luca está de infarto.

Y luego estoy yo, sintiéndome como un centro de mesa, una frágil figura de porcelana expuesta para ser admirada. Luca nunca se aleja demasiado; su mano es un peso constante en la parte baja de mi espalda o descansa con ligereza sobre mi brazo. No es exactamente opresivo, pero es un recordatorio. Una señal para todos los que miran de que ahora soy suya, en todos los sentidos importantes.

Intento concentrarme en la copa de champán que tengo en la mano, con su delicado pie frío contra mi palma. Las burbujas suben perezosamente, burlándose de mis fallidos intentos por calmarme.

—La estás sujetando con demasiada fuerza —murmura Luca a mi lado, con una voz tan suave que solo yo puedo oírlo.

Lo miro, sobresaltada. Sus labios esbozan una leve sonrisa y se inclina más hacia mí; el calor de su aliento me roza la oreja. —Solo es una fiesta, Valentina. Intenta disfrutar.

Disfrutar. Las palabras suenan casi crueles en su simplicidad.

—Para ti es fácil decirlo —susurro, sorprendiéndome incluso a mí misma—. No eres tú a quien exhiben como si fueras un trofeo.

Se aparta un poco y me estudia con una intensidad que me revuelve el estómago. —No eres un trofeo —dice en voz baja, con un tono indescifrable—. Eres mi esposa.

Antes de que pueda responder, una voz nos interrumpe.

—¡Valentina! Ahí estás.

Me giro para ver a mi madre acercándose, con el rostro iluminado por algo que no le he visto en años: paz. Está radiante, su vestido azul pálido refleja la luz con cada movimiento.

Luca da un paso para saludarla, tendiéndole la mano. —Señora Russo —dice con voz suave y respetuosa—. Espero que esté disfrutando de la velada.

Mi madre duda medio segundo antes de cogerle la mano. —Así es, señor Salvatore. Gracias por todo.

Me mira al decirlo y hay algo en sus ojos que no logro descifrar. ¿Gratitud? ¿Alivio?

—¿Qué has hecho? —le pregunto a Luca en voz baja cuando ella se aleja, con un paso más ligero del que le he visto en años.

Él se encoge de hombros, pero hay un destello de satisfacción en su mirada. —La he mudado a un sitio mejor. Un apartamento cerca del paseo marítimo. Está completamente amueblado y hay personal para ayudarla con cualquier cosa que necesite.

Se me corta la respiración. —No tenías por q…

—Es tu madre —me interrumpe—. Y ahora forma parte de mi familia. Yo cuido de los míos, Valentina.

Las palabras me envuelven y me suenan exageradamente tiernas.

No es solo el gesto, es la consideración que hay detrás. Mi madre ha pasado años luchando, saliendo adelante a duras penas después de que los errores de mi padre nos dejaran ahogadas en deudas. Luca no solo ha resuelto sus problemas; le ha dado una vida con la que nunca habría podido soñar.

No sé qué decir, así que no digo nada.

La velada se alarga, una sucesión borrosa de presentaciones y sonrisas forzadas. Luca me mantiene cerca todo el tiempo, su mano moviéndose de mi espalda a mi brazo y a la curva de mi cintura con una familiaridad que hace que se me erice la piel.

Cuando la música cambia a algo más lento, más suave, no me da opción.

—Baila conmigo —dice, llevándome ya hacia el centro de la sala.

Quiero protestar, decirle que no estoy de humor, pero las palabras se disuelven en mi lengua. Su mano se desliza en la mía, la otra se posa con firmeza en mi cintura, y de repente nos estamos moviendo.

La multitud se desvanece y la música nos envuelve como un capullo.

—Estás preciosa —murmura con los labios tan cerca de mi oreja que más que oír sus palabras, las siento.

Levanto la vista hacia él, buscando algún indicio de burla, pero no lo hay. Sus ojos verdes están oscuros, centrados por completo en mí, y por un momento, la tensión entre nosotros parece menos una batalla y más sus secuelas.

—Este es el principio —continúa, con esa voz suya tan profunda y rica que me saca de quicio—, de nuestra vida juntos.

Hay una promesa en sus palabras, pero también puedo oír la advertencia: *eres mía, Valentina, y no lo olvides jamás.*

No creo que pudiera aunque lo intentara.

La mano en mi cintura se aprieta ligeramente, acercándome más. Mi pulso se acelera y odio la forma en que reacciona mi cuerpo, la forma en que su tacto envía oleadas de calor a través de mí a pesar de todo.

—No tienes que hacer esto —digo en voz baja, las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. No tienes que fingir.

—No estoy fingiendo.

La convicción en su voz me deja sin aliento.

Su mano se mueve, su pulgar rozando ligeramente la curva de mi cadera, y siento que mi determinación se resquebraja, astillándose bajo su peso.

Miro hacia Sofia, sentada en una mesa cerca del borde de la sala. Nos observa con una mezcla de preocupación y algo más; esperanza, quizá.

Se encuentra con mi mirada y me ofrece una pequeña sonrisa de ánimo.

Cuando vuelvo a mirar a Luca, me toca la barbilla con suavidad. —Estás temblando —susurra, con los labios tan cerca que puedo sentir el calor de su aliento.

—No es miedo —respondo, aunque no sé si lo estoy convenciendo a él o a mí misma.

Sus labios se curvan en una sonrisa y no sé si quiero huir de él o correr hacia él.

Horas más tarde, cuando todo ha terminado, se ha bebido hasta la última gota de vino y el último invitado se ha marchado, me lleva escaleras arriba.

La suite destinada a ambos tiene un sinfín de habitaciones, pero Luca me guía hacia una, cuyo interior es una obra maestra de elegancia del viejo mundo y lujo moderno. Paneles de madera

oscura recubren las paredes, contrastados por el suave resplandor de una iluminación ambarina. Una enorme cama con dosel domina la habitación, cubierta de satén y terciopelo que prácticamente gritan riqueza y decadencia.

Pero yo solo veo a Luca.

Está de pie junto a la puerta, con la corbata lo suficientemente aflojada como para insinuar al hombre que hay bajo el pulcro exterior. Sus ojos verdes arden con una intensidad que hace que el aire de la habitación se sienta más pesado, cargado de algo que no puedo nombrar, pero de lo que no puedo escapar.

Doy un paso atrás, mis tacones repiquetean contra el suelo de madera. El pulso me ruge en los oídos, la respiración entrecortada mientras intento dar sentido a la tormenta que se desata en mi interior.

Luca no se mueve de inmediato. Simplemente me observa, con su mirada implacable, captando cada destello de emoción que cruza mi rostro.

—Estás nerviosa —observa.

Suelto una risa quebradiza, aunque no tiene la fuerza que me gustaría. —Nerviosa no es la palabra que usaría.

—¿Entonces cómo lo llamarías? —Da un paso más cerca, con el paso seguro de un depredador que se acerca a su presa.

—Atrapada —replico, forzando la palabra a través del nudo que tengo en la garganta. Sin embargo, incluso mientras lo digo, no estoy segura de hasta qué punto lo siento de verdad. De hecho, no tengo ni idea de lo que siento. Quizá sea el alcohol. O lo que ha hecho por mi madre. O *él*, maldito sea por ser tan endiabladamente guapo y poderoso.

Luca se detiene, su expresión indescifrable. Por un momento, creo ver un destello de algo —arrepentimiento, quizá—, pero desaparece

demasiado rápido como para estar segura.

—Atrapada —repite, como si saboreara la palabra. Luego se mueve de nuevo, acortando la distancia entre nosotros en tres zancadas.

Antes de que pueda reaccionar, sus manos están sobre mí, una deslizándose alrededor de mi cintura, la otra rozando la curva de mi mandíbula. Su tacto es firme, autoritario, pero no brusco.

—No estás atrapada, Valentina —murmura, su voz como el terciopelo—. Eres mía.

Las palabras me provocan un escalofrío y odio cómo mi cuerpo reacciona ante él. El calor de su mano contra mi piel, la presión constante de su agarre; todo juega en mi contra, erosionando los muros que he pasado todo el día construyendo.

Pongo las manos en su pecho con la intención de apartarlo, pero el sólido calor bajo mis palmas me corta la respiración. Ahora está tan cerca, su aroma —algo oscuro y ahumado, con un toque de especias — envolviéndome como un capullo.

—No tienes por qué tener miedo —dice, su pulgar rozándome suavemente la mejilla.

—No te tengo miedo —replico bruscamente, aunque mi voz tiembla.

Esboza una sonrisa de suficiencia, sus labios se curvan en esa sonrisa irritante y sabionda. —Mentirosa.

La palabra queda suspendida entre nosotros, saliendo de su boca y posándose en la punta de mi labio inferior, deliciosa, increíblemente deliciosa.

Entonces su boca está sobre la mía.

El beso es lento al principio, deliberado, como si me estuviera dando tiempo para apartarme. Pero no lo hago. Mis dedos se enroscan en la tela de su camisa, agarrándola con fuerza mientras el calor entre nosotros aumenta.

Luca profundiza el beso, su mano se desliza por mi espalda, atrayéndome de lleno contra él. El mundo a mi alrededor se desvanece, la suite, la cama, la tensión del día, todo desaparece, dejándolo solo a él.

Mi mente me grita que pare, que lo aparte, que recuerde que esto no es lo que quiero. Pero mi cuerpo no obedece.

Si acaso, es *embriagador.* Nunca antes me habían besado así, alguien que lo hace como si lo sintiera de verdad, como si pretendiera poseer cada centímetro de mí solo con su boca y su lengua febrilmente caliente e indulgente.

Sus labios son suaves pero insistentes, su tacto, un equilibrio perfecto de control y contención. Odio la facilidad con la que me derrito en él, cómo mi cuerpo parece reconocer algo en el suyo que mi mente se niega a admitir.

Cuando se aparta, sus ojos escudriñan los míos, su respiración agitada.

—Estás temblando —susurra, repitiendo las palabras que dijo antes durante el baile.

Trago saliva, intentando encontrar mi voz. —¿Qué esperas, Luca? Has destrozado mi vida y la has recompuesto como *tú* querías. ¿De verdad crees que estaría tranquila con eso?

Su rostro se ensombrece y su agarre se tensa ligeramente. —¿Crees que no sé lo que te he hecho? ¿Crees que no lo veo?

Hace una pausa, su mirada baja a mis labios antes de volver a encontrarse con mis ojos. —Te veo, Valentina. Cada parte de ti. Y te prometo que esto será mejor de lo que piensas. *Nosotros* seremos mejores.

Quiero discutir, decirle que se equivoca, pero las palabras no me salen.

En cambio, dejo que me guíe hacia la cama, con movimientos lentos y deliberados, dándome todas las oportunidades para resistirme. Pero no lo hago.

La batalla en mi interior continúa, pero mientras sus manos se deslizan sobre mis hombros, desabrochando los delicados cierres de mi vestido, sé que ya he perdido.

Luca se inclina, sus labios rozando mi oreja mientras susurra: —Déjame enseñarte, Valentina.

Y a pesar de todo —mi miedo, mi rabia, mi incertidumbre—, lo hago.

6

VALENTINA

El vestido cae a mis pies como un charco de nieve, hasta que no llevo nada más que un conjunto de sujetador y bragas de encaje. Luca me suelta y se gira, dándome tiempo para asimilar mi entorno.

La habitación rebosa opulencia, pero es más que eso: es un escenario. Unos ventanales que van del suelo al techo revelan la reluciente ciudad a nuestros pies, con sus luces doradas titilando en la oscuridad como estrellas esparcidas sobre un terciopelo. Una suave brisa entra por el cristal ligeramente abierto, agitando las vaporosas cortinas y trayendo consigo el tenue murmullo de la vida exterior. El resto de la habitación es de maderas nobles y oscuras y muebles elegantes; cada detalle está diseñado para imponer atención y asombro.

Pero nada de eso se puede comparar con él.

Luca está ahora apoyado en el borde de la mesa, con una única copa de vino tinto en la mano. La botella reposa a su lado, con una etiqueta elegante y discreta, el tipo de cosecha que habla de una riqueza tan arraigada que no necesita alardear. Ya no lleva la chaqueta del traje, lo que le deja solo con su impecable camisa blanca, con las mangas remangadas para revelar unos antebrazos poderosos.

Al principio no habla. Simplemente me observa, sus ojos verdes, afilados, evaluándome. No necesita palabras para llenar el espacio; su presencia lo consigue por sí sola.

—Ven aquí —dice finalmente; su voz grave y autoritaria es una oscura melodía que se enrosca a mi alrededor y tira de mí antes incluso de que me dé cuenta de que me he movido.

Me acerco, y el suave chasquido de mis tacones es absorbido por la mullida alfombra. Tengo la garganta seca y el corazón me martillea contra las costillas. Hay algo en su forma de comportarse, en el dominio silencioso de cada uno de sus movimientos, que me deja sin aliento y sin saber si quiero salir corriendo o acercarme más.

Luca alza la copa de vino y la gira ligeramente para que la luz incida en el líquido, haciéndolo brillar como rubíes fundidos.

—Este —dice, con un tono suave y deliberado— es de un viñedo que poseo. Uno de mis mejores. Un vino como este… exige paciencia. Respeto.

Su mirada se cruza con la mía, y sé que no solo está hablando del vino.

—¿Sabes cómo catarlo? —pregunta, con la voz más suave, pero sin perder un ápice de su peso.

Niego con la cabeza, incapaz de confiar en que mi cerebro forme palabras coherentes.

Él sonríe con suficiencia, una curva lenta y burlona de sus labios que hace que el calor me suba a las mejillas. —Deja que te enseñe.

Luca se mueve hacia mí, todavía con la copa en la mano. Se la lleva a los labios y toma un sorbo lento; su garganta se mueve al tragar. Tengo la garganta increíblemente seca.

Se acerca todavía más.

Y entonces, sin previo aviso, me coge la barbilla con la mano libre, inclinando mi cara hacia la suya.

—Abre la boca —murmura.

Hago lo que dice, con la respiración entrecortada mientras se inclina. Sus labios rozan los míos, suaves al principio, a modo de prueba. Luego profundiza el beso, su lengua se desliza en mi boca, y saboreo el vino de inmediato, rico e intenso, con notas de frutos negros y especias. Es embriagador, y no solo por el sabor.

Su mano aprieta ligeramente mi barbilla, manteniéndome en mi sitio mientras se toma su tiempo, explorando, saboreando. No deja ninguna duda sobre quién tiene el control.

Cuando se aparta, me quedo sin aliento, con los labios hormigueantes y el pulso acelerado.

—Ahora ya lo has probado —dice, y el mero retumbar de su voz me calienta por dentro. Estoy mareada, y no tiene nada que ver con el vino.

Parpadeo, mirándolo, luchando por encontrar las palabras. —Es… intenso —consigo decir con un susurro.

Luca suelta una risa gutural. —Bien. Necesitarás ser intensa esta noche.

Retrocede, pero no mucho, su presencia todavía cerniéndose sobre mí mientras deja la copa en la mesa.

—¿Quieres probarlo otra vez? —pregunta, en un tono burlón, pero con un matiz más oscuro, más peligroso.

No sé si se refiere al vino o a él.

Miro la mesa y luego vuelvo a mirarlo. La luz de las velas se refleja en los marcados ángulos de su cara, proyectando sombras que solo lo hacen parecer más poderoso, más intocable. Y sin embargo, está

aquí mismo, lo bastante cerca para tocarlo, lo bastante cerca para dejarme sin sentido.

—Yo… —La palabra se ahoga en mi lengua cuando él vuelve a acercarse, y su mano me roza la cintura.

—Di que sí —susurra, sus labios rozándome la oreja.

El aire entre nosotros es eléctrico, cada nervio de mi cuerpo está vivo y vibrante. Sé lo que está haciendo. Me está poniendo a prueba, presionándome para ver hasta dónde le dejaré llegar, hasta dónde puede arrastrarme a su mundo.

¿Y lo peor de todo?

Quiero decir que sí.

En lugar de eso, doy un pequeño paso atrás, tratando de recuperar el aliento. —No necesito que me sirvas el vino en la boca, Luca —digo, aunque sé que estoy librando una batalla perdida—. Puedo beberlo yo misma.

Su sonrisa de suficiencia regresa, lenta y conocedora, como si se esperara esa respuesta.

—Quizá —dice, su voz es un suave ronroneo—. Pero sabe mejor así. Confía en mí.

Se acerca todavía más; su mano se desliza hacia arriba para ahuecarme la mejilla. El calor de su contacto se filtra en mi piel, derritiendo lo último que quedaba de mi determinación. Recuerdo cómo se ha ocupado de la única familia que me queda. No tenía por qué, pero lo hizo.

Mis labios se entreabren antes de que pueda pensar, antes de que pueda reunir ni una pizca de resistencia.

Su boca choca contra la mía con una fuerza que me roba el aliento. Sus labios son cálidos y exigentes, amoldando los míos a su voluntad, y me encuentro inclinándome hacia él, con las manos

aferradas al borde de la mesa detrás de mí para mantener el equilibrio.

Su lengua recorre mi labio inferior, una pregunta y una exigencia a la vez. Lo dejo entrar, mi cabeza se inclina hacia atrás mientras él profundiza el beso. El regusto del vino inunda mis sentidos, rico y embriagador, mezclándose con su oscuro calor.

Su mano se desliza en mi pelo, enredándose en los mechones mientras inclina mi cabeza aún más, colocándome justo como él quiere. La otra se mueve hacia mi cintura, sus dedos se abren sobre mi costado con una presión posesiva que no deja lugar a dudas.

No es suficiente.

Levanto las manos sin pensar, mis dedos se clavan en la tela de su camisa, tirando de él para acercarlo. Su pecho es sólido contra el mío, el calor de su cuerpo abrasándome a través de las finas capas de tela que nos separan.

Un gruñido grave brota de la garganta de Luca, el sonido vibra contra mis labios, y de repente el beso cambia. Su lengua se enreda con la mía, en un tira y afloja que me deja mareada, abrumada.

Sus dientes rozan mi labio inferior, afilados y juguetones, y yo jadeo en su boca. Aprovecha la oportunidad para profundizar aún más el beso, su lengua recorriendo la mía con un hambre que me deja sin aliento.

Me aprieto más contra él cuando su mano se mueve de mi cintura a la parte baja de mi espalda, pegándome a él. Su agarre es firme, inflexible, y siento las duras líneas de su cuerpo contra el mío, la suavidad de sus labios, el deslizamiento insistente de su lengua.

Su otra mano se cierra en mi pelo, tirando lo justo para hacerme jadear de nuevo, y él se traga el sonido con avidez, sin apartar nunca sus labios de los míos.

Es casi demasiado, la forma en que me devora, la forma en que reclama cada centímetro de mi boca como si le perteneciera.

Debería apartarme. En lugar de eso, le devuelvo el beso con todo lo que tengo, correspondiendo a su hambre con la mía. Mis uñas se clavan en su pecho, ganándome otro gruñido grave de su parte que me provoca un escalofrío por la espalda.

Rompe el beso solo lo suficiente para arrastrar sus dientes por mi mandíbula, sus labios dejando un rastro de fuego por mi cuello. —Sabes mejor que el vino —murmura, su voz densa y áspera.

Estoy temblando, mi respiración llega en ráfagas irregulares mientras se aparta para mirarme. Sus ojos están ahora más oscuros, velados por la lujuria, y sus labios están ligeramente hinchados, brillando a la luz de las velas.

Quiero que me bese de nuevo.

Luca parece intuirlo, porque su mano se mueve hacia mi cara, su pulgar rozando mis labios. —Di la palabra, Valentina —dice, su voz es un retumbo grave que vibra a través de mí—. Di que sí.

No digo nada. En lugar de eso, me inclino, mis labios encontrando los suyos como respuesta.

Esta vez, el beso es más lento, pero no menos intenso. Se toma su tiempo, su lengua deslizándose contra la mía a un ritmo que hace que mis rodillas amenacen con ceder. Sus manos están por todas partes, acunando mi cara, rozando mi cintura, dejando un rastro de fuego por mi columna vertebral.

Mis dedos se aprietan en su camisa, atrayéndolo hacia mí, y él responde presionándome con más fuerza contra la mesa, su cuerpo apiñándose contra el mío.

Me muerde el labio inferior, lo justo para que escueza, y gimo suavemente en su boca. El sonido parece encender algo en él, y el beso se vuelve salvaje, sus dientes raspan, sus labios exigen.

Cuando finalmente se aparta, con la frente apoyada en la mía y su aliento caliente contra mis labios, me doy cuenta de que estoy temblando.

—Eres mía —susurra, su mano desciende, deteniéndose un momento en la curva de mis pechos antes de serpentear hacia mi vientre, y luego entre mis muslos. Gimo una vez más cuando se detiene. No quiero que se detenga.

Me escruta los ojos por un momento. Y entonces sonríe, una sonrisa real esta vez, una que transforma su rostro, suavizando los ángulos afilados y haciéndolo parecer casi desprotegido.

Antes de que pueda procesarlo, se mueve. En un movimiento rápido y fluido, mis bragas desaparecen, dejándome desnuda y vulnerable. Se me corta la respiración mientras instintivamente me muevo, apartándome lo justo para darle acceso, con el pulso martilleando por la expectación.

Su mano encuentra mi muslo, su caricia es pausada, un lento deslizamiento de calor contra mi piel. Arrastra los dedos hacia arriba con una ligera presión, hasta que alcanza la punzada que se está acumulando entre mis piernas. Sus movimientos son exasperantemente lentos, deliberados, provocadores… y mucho más tortuosos por ello.

Sus labios se mueven hacia mi oreja. —Mírate —murmura, antes de morder suavemente el lóbulo—. Mira lo preparada que estás para mí.

Y, Dios santo, lo *estoy*.

Me coge en brazos, sabiendo perfectamente que ya no estoy en condiciones de protestar. Unos brazos firmes y fuertes me llevan a la mesa junto a los ventanales, y antes de que me dé cuenta, me está tumbando sobre la cálida madera. Sus manos separan mis piernas mientras su boca susurra besos contra mi piel febril, viajando hacia

arriba, deteniéndose en mi rodilla, hasta que está a centímetros de mi centro.

—Luca… —Apenas puedo respirar, y mucho menos hablar.

Su lengua es ligera en la superficie, *casi* vacilante al principio, como si solo estuviera probando. Y entonces, suspira. Un suspiro en toda regla contra mi coño.

—Eres preciosa.

—¡Y... *ah!*

Lame mi hendidura con la lengua, caliente e insistente, inhalándome mientras mi cabeza y mis hombros se echan hacia atrás. Tengo la boca abierta, pero no puedo decir nada más que gemir. Mis piernas se mueven instintivamente hacia adentro, pero él las mantiene abiertas, firmemente en su sitio.

—Gloriosa —murmura, pasando la lengua en una línea delgada. Casi puedo *oírlo* sonreír. Me estremezco, cada vez más húmeda por segundos.

Esa lengua... se abre paso entre mis pliegues exteriores, lamiendo el pequeño y duro bultito que hay dentro. El mundo se reduce a nosotros dos, su cabeza entre mis piernas, acelerando o ralentizando, sabiendo de alguna manera justo lo que necesito.

Nunca he estado con alguien como Luca. Hace que todo y todos los demás palidezcan en comparación. No es un chiquillo enamorado. Es un hombre, con los ojos y la boca firmemente puestos en conseguir lo que quiere.

Y ahora mismo, yo soy lo que quiere. La revelación es deliciosamente abrumadora, y hace que mi coño palpite pidiendo más. Lame con más fuerza. Me abro de par en par para admitirlo más adentro.

—¿Mmm? —Se detiene y levanta la vista, con una sonrisa interrogante en los labios. No puedo respirar, no puedo decir nada...

excepto que lo quiero de vuelta ahí.

Afortunadamente, todo lo que hace es mirarme a la cara antes de enterrar su lengua en mí una vez más, haciéndome estremecer en respuesta mientras aparecen los primeros temblores de un orgasmo. Su boca está sellada en mi abertura, succionando y mordisqueando, y entonces añade un dedo a la mezcla. Mi cuerpo sufre un espasmo de inmediato, y pierdo el control.

—Joder… joder.

—Dámelo todo.

Tiembló y gimo mientras me corro, mis jugos gotean mientras me rindo a Luca Salvatore, rey de Nuova Speranza. Se aparta, sonriendo triunfante, y me levanta de la mesa.

Segundos después, me está empujando contra la pared de cristal, y yo lo estoy desvistiendo tan rápido como puedo. Su polla queda libre, imposiblemente gruesa y perfectamente larga. Mis ojos se abren de incredulidad. ¿Esto… cómo puede pertenecerle esto a un hombre?

Se da cuenta de que lo he notado y me besa con fuerza en la boca, obligándome a saborear la sal de mi orgasmo en su lengua. Luego, me da la vuelta para que quede de cara a la ciudad que se extiende a nuestros pies.

Su aliento es caliente en mi nuca, justo debajo de mi oreja. —Ahora, señora Salvatore, voy a enseñarte cómo deben follarte.

7

LUCA

Una hilera de casas se extiende al otro lado de la larga calle que precede a mi finca, con sus siluetas recortadas nítidamente contra la luz menguante. Desde mi ventana, en lo alto del mundo, tengo la vista perfecta. Las terrazas están llenas de vida, con gente despatarrada en ellas, perdida en sus placeres. Mis ojos se detienen en una pareja: la chica está a horcajadas sobre el chico en una tumbona, su cuerpo arqueándose, con la cabeza echada hacia atrás en un éxtasis puro y desenfrenado.

La noche vibra de deseo. El aire apesta a sexo.

Y nada de lo que hay fuera se acerca a la visión que tengo ante mí: la mujer en mis brazos, apretada contra el ventanal que va del suelo al techo. Es despampanante, perfecta e innegablemente mía. *Mi* mujer. Voy a reclamarla, una y otra vez, hasta que no le quepa duda de a quién pertenece.

—Mírate —le susurro al oído, provocando que gima al ver nuestro leve reflejo en el cristal—. Mira qué guapa eres. —Le doy la vuelta y la rodeo con mis brazos, levantándola para que su culo quede presionado contra mí, atrapándola entre mi cuerpo y el mundo infinito que se extiende más allá—. Valentina —suspiro su nombre, y entonces le hundo la polla con rapidez.

Ella gime con fuerza, sus ojos se abren como platos, y yo me salgo al instante siguiente. El resultado es un gemido increíblemente satisfactorio. —¡No!

—¿Mmm? —sonrío con suficiencia—. ¿Me atrevería a decir que te lo estás pasando bien?

Antes de que pueda responder, y la forma en que aprieta los brazos sobre mis hombros es respuesta suficiente, me inclino hacia arriba y embisto de nuevo. Está tan caliente, tan estrecha... es todo lo que he anhelado en una mujer. Tiene la boca entreabierta e instintivamente rodea mi cintura con sus piernas mientras la follo, gimiendo con cada embestida.

—Puede que tenga que darme otro festín con ese coño tuyo si sigues siendo una mujercita tan buena —le digo mientras la penetro —. Quieres eso, ¿verdad?

—Dios mío, sí —exclama, estremeciéndose en mis brazos mientras deslizo mi polla dentro y fuera de ese coñito perfecto.

Mi boca cubre sus turgentes tetas, chupándolas, mordiéndolas y pellizcándolas entre mis labios y dientes. Ella me incita, sus dedos trazan círculos hasta que encuentra mis huevos y los envuelve con su pequeña palma, moviendo lentamente su propio cuerpo arriba y abajo al compás de mi ritmo. Joder. *Vaya mujer.*

Me salgo y, sin previo aviso, le doy la vuelta, alineando mi espalda con su pecho, con una mano masajeándole el coño y la otra presionando con firmeza su espalda para que su culo quede a la altura de mi polla.

Justo ahí, me detengo. Sigue temblando, con las nalgas levantadas lo justo para rozar la punta de mi polla. La deslizo contra los pliegues de su centro, y brilla con sus jugos. —Joder —gimo.

—Por favor —dice, su voz baja, contenida—. No me hagas suplicar.

La embisto, mis caderas hundiéndose en ella, con estocadas largas y profundas, saliendo del todo para luego volver a entrar. Sus gemidos y gritos se vuelven más sucios por segundos, y me encanta, joder. Es un animal, aunque todavía no lo sepa. Mis manos buscan sus pechos y los agarro, tirando de ella hacia atrás para que sus palmas se estampen contra el cristal mientras la monto desde atrás.

Valentina Salvatore será mi perdición. Nunca he tenido a nadie tan guapa, exasperantemente inocente y a mi merced al mismo tiempo. Menos mal que me pertenece, porque si no, arrasaría la ciudad para tenerla.

Mi polla se desliza entre sus nalgas turgentes mientras levanto sus manos por encima de su cabeza, sujetándoselas. Ella gime, con los ojos fijos en nuestro reflejo y en las luces parpadeantes de un millón de coches que se mueven bajo nosotros. Estoy seguro de que algunas personas nos están viendo desde sus balcones.

Es perfecto. Que todo el mundo sepa a quién obedece. Es mía. Y yo *siempre* consigo lo que es mío.

—¡Oh, Dios, me voy a correr!

—No. —Es todo lo que digo, sin bajar el ritmo, sin dejar de penetrarla, duro y rápido.

—Qu...

—No hasta que yo te lo permita, cariño. O esto se acaba aquí. —Mi voz se vuelve sedosa. Ella protesta con gritos, pero no me desobedece.

—No puedo más... por...

—No.

Ella gime de frustración y aprieta su coño alrededor de mi polla, arrancándome un suspiro de sorpresa. —Jo... —Hilos de mi corrida salen de mi polla, entrando en su interior mientras sigo follándola, sin parar hasta que la última gota la ha llenado.

Pero no he terminado. Ni siquiera cuando me salgo, respirando como un puto lobo rabioso. No he acabado ni de lejos con Valentina Salvatore.

Le doy la vuelta, la cojo en brazos y la llevo a nuestra cama. La empujo sobre las sábanas y admiro los jugos relucientes que gotean de su sexo. Dejándome caer a su lado, le muerdo suavemente el cuello.

Su respiración se acelera y los latidos de su corazón se vuelven más rápidos. Sus pezones están duros. Gime cuando mis dientes le rozan el cuello; su cuerpo me dice de todas las formas posibles cuánto anhela esto. Deslizo mis dedos entre sus labios y sus rodillas se doblan visiblemente. Sigo provocándola hasta que es un manojo de nervios, apenas permitiendo que mis dedos la toquen, solo rodeando su clítoris.

—Por favor —me gime—. Por favor, necesito...

Las palabras se convierten en un murmullo incomprensible. Intenta restregarse contra mí, para que hunda más los dedos.

—No te muevas —ordeno con voz ronca, retirando los dedos.

—Por favor... —intenta de nuevo, arqueando la espalda, su pelo cayendo en una exuberante cascada tras ella. Nunca ha estado más hermosa que ahora, con los labios entreabiertos, el ceño fruncido, sus ojos clavados en los míos, como si me quemaran.

—Mmm —respondo, como si estuviera sopesando las cosas. Mis dedos se extienden de nuevo. Se deslizan lentamente sobre su clítoris, arrancándole un gemido prolongado.

Froto suavemente mientras le mordisqueo el cuello. *Sé* que está muy cerca del límite. Y cuando se corra, pretendo que sea espectacular. No vale la pena si es algo menos que eso, por eso se lo he estado negando hasta ahora. Solo soy el rey de la mafia, no soy un monstruo.

Muy lentamente, empiezo a deslizar dos dedos en su interior. Ella gime, rogándome que vaya más rápido y más fuerte, pero mantengo mi ascenso lento. Con un tercer dedo, empiezo a frotar su clítoris, hasta que está a punto de explotar en mi mano.

Está temblando, agarrando puñados de la sábana. —Por favor, déjame correrme —pide entre gemidos, apretándose y contrayéndose sobre mis dedos.

—Todavía no —murmuro, continuando con mi juego en su coño y su clítoris. Ella lucha por contenerse mientras yo sigo, alargándolo durante un minuto, luego dos, luego cinco.

—¡POR FAVOR! —Sus gemidos se están volviendo agudos. *Pronto.*

Su cuerpo empieza a convulsionar. En ese preciso momento, introduzco mi polla ya dura en ella. Se corre de inmediato, su coño vibrando contra mi miembro mientras la follo como si fuera lo único que tiene sentido en el mundo. La rodeo con mis brazos mientras *ella* toma las riendas, moviendo el culo hacia delante y hacia atrás con palabrotas saliendo de esa boca perfecta mientras alcanzo lo más profundo de ella.

Con un gemido apenas contenido, le doy la vuelta, recostándome mientras ella se sienta a horcajadas sobre mí, sus caderas balanceándose y moviéndose salvajemente mientras cabalga mi polla. Su pelo vuela a su alrededor mientras bota arriba y abajo, con la cabeza levantada, los labios entreabiertos en un largo gemido. Es esa visión la que me hace correrme una vez más, y tiro de ella hacia abajo, sujetándola contra mí mientras me hundo en su interior.

—Sí —gime ella cuando mi calor se encuentra con el suyo y lo inunda, mientras tiembla y se estremece y se aprieta contra mi polla, su coño bebiendo hasta la última gota de mi corrida.

Cuando todo termina, ella se queda así. Y yo la abrazo, respirando con dificultad.

Eso ha sido espectacular.

—Guau —susurra contra mi pecho—. No tengo palabras.

Para variar, no estoy seguro de tenerlas yo tampoco.

Se aparta lentamente y se sienta en la cama a mi lado. Le acaricio la barbilla con suavidad. —Deberías descansar un poco.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con voz neutra.

Interesante pregunta. Voy a pensar en algunas cosas.

—Trabajar —digo con firmeza. Me levanto de la cama, voy hacia el armario y saco una camiseta grande. Se la lanzo y digo: —Póntela. Te mantendrá caliente.

La coge al vuelo, con movimientos vacilantes, su mirada se detiene en mí un instante antes de asentir. —¿Puedo asearme antes de dormir?

Hago un gesto con la mano hacia el baño privado. —Adelante.

Se pone la camiseta sobre su delicado cuerpo, la tela la engulle, haciéndola parecer más pequeña, más suave. Con pasos cuidadosos, se dirige hacia el baño, su cuerpo vacilante, como si estuviera probando sus límites. Desaparece tras la puerta, y el sonido del pestillo al cerrarse resuena débilmente en la habitación ahora silenciosa.

Por un momento, me quedo quieto, mirando la puerta cerrada. Luego me doy la vuelta y salgo al patio. El aire fresco de la noche me golpea como un látigo, afilado y sin contemplaciones, pero no enfría la tormenta que se está gestando en mi interior. Mi cuerpo vibra con un poder controlado, mi mente se afila como una cuchilla.

La oscuridad me envuelve. Me paso una mano por el pelo, la tensión se acumula en mis músculos mientras obligo a mis pensamientos a ordenarse. La presencia de Valentina persiste: su olor, su aliento, su cuerpo. Ahora corre por mis venas.

Atravieso el patio hasta la escalera de caracol que baja al vestíbulo principal en la planta baja. Cruzo el espacioso vestíbulo sin detenerme. Las pesadas puertas que dan a los jardines gimen suavemente cuando las abro.

La noche está viva aquí: grillos cantando a lo lejos, un leve susurro de hojas arrastradas por la brisa. El aire huele a tierra y a flores, un aroma rico y penetrante en el frescor de la noche. Camino por el sendero de piedra, flanqueado por setos perfectamente cuidados y árboles imponentes que se pierden en la oscuridad.

Más adelante, doña María está sentada como una sombra, su figura encorvada en una gastada mecedora. El leve crujido de la madera y el golpeteo de su bastón contra el suelo de piedra son los únicos sonidos en el patio. Su presencia se siente más pesada que la propia noche.

—Doña María —saludo, mi voz baja y cautelosa.

Su mirada se alza, afilada como la de un halcón. —Luca —responde, su tono más frío que la brisa que nos azota—. Se ha atado a un fuego que no puede controlar. ¿Y para qué? ¿Para una mujer con una cara bonita y sin carácter?

Me tenso, apretando los puños a los costados. —Valentina es más de lo que usted cree. Tiene fuerza, y se adaptará a esta vida.

Doña María resopla, apoyándose en su bastón. La luz del fuego parpadea en su rostro curtido, resaltando cada arruga grabada por años de sabiduría y crueldad. —La fuerza no viene de esperar a que pase la tormenta, Luca. Viene de caminar hacia ella. Ella no ha caminado a través de nada. Se ha casado con una niña que ni siquiera conoce el peso de su propio nombre.

Aprieto la mandíbula, las palabras me hieren más de lo que quiero admitir. —Está aprendiendo. Es mía, y se adaptará.

—Lo destruirá —escupe, sus palabras venenosas—. Recuerde mis palabras, muchacho. Perderá de vista quién es usted, lo que esta

familia exige, y todo por una mujer que nunca entenderá la sangre que corre por sus venas. Su padre...

—No —gruño, acercándome—. No lo meta en esto.

Su boca se cierra de golpe, pero sus ojos arden con desafío. El silencio se alarga, cargado con todo lo que ninguno de los dos puede decir.

Finalmente, se recuesta en su silla, su voz es un murmullo bajo. —¿Cree que puede moldearla? Póngala a prueba todo lo que quiera, Luca. Pero si huye, ¿qué hará entonces? ¿La perseguirá? ¿O recordará dónde reside su lealtad?

La miro fijamente, el peso de su advertencia oprimiéndome. Quiero discutir, decirle que se equivoca, pero la duda se enquista, arrastrándose como un veneno lento. ¿Es Valentina lo suficientemente fuerte para esta vida? ¿Lo suficientemente fuerte para mí? ¿O nos estoy abocando a ambos al fracaso?

—Haré lo que se tenga que hacer —digo finalmente, las palabras pesando en el aire—. Por la familia. Por nosotros.

Doña María asiente, aunque el juicio en sus ojos no se desvanece. —Asegúrese de hacerlo, Luca. O se arrepentirá.

Me doy media vuelta, sus palabras resonando en mis oídos mientras vuelvo a la casa. Pero en lugar de dirigirme al dormitorio, saco el móvil del bolsillo y llamo a Marco. Es tarde, pero sé que contestará.

—Luca —la voz de Marco suena al otro lado, somnolienta pero alerta.

—Te necesito en la finca mañana —digo, con tono cortante—. Trae los papeles y el expediente de Valentina. Todo.

—Entendido. —No hay vacilación, solo el reconocimiento eficiente que espero de él.

Cuelgo y me quedo en las sombras del patio, el móvil pesado en mi mano. Si Valentina se va a quedar, necesito saber que puede soportarlo. La presionaré, la pondré a prueba y la obligaré a mostrarme lo que se esconde bajo todo ese desafío y miedo. Si se rompe... entonces doña María tenía razón.

¿Pero y si no lo hace?

La idea enciende una furia silenciosa y asesina dentro de mí. Una sonrisa sombría se dibuja en mis labios mientras miro hacia las ventanas oscuras del dormitorio donde duerme Valentina.

Lo averiguaremos muy pronto.

8

VALENTINA

Me despierto lentamente, con los últimos vestigios del sueño pegándose a mí como una niebla persistente. Mi cuerpo protesta cuando me estiro y un dolor delicioso se extiende por mis miembros, un recordatorio del hombre con el que me casé y de las cosas que me hizo anoche. El calor me sube a las mejillas; el recuerdo es vívido e implacable.

Luca Salvatore es intenso por encima de todo, y traslada ese mismo fuego al dormitorio. Siento que me flaquean las piernas solo de pensar en la forma en que sus manos se movieron sobre mí, en cómo tomó el control con un dominio magistral que me dejó sin aliento y dolorida de formas que nunca creí posibles.

Aparto esos pensamientos y me siento, envolviéndome en las sábanas como si pudieran protegerme de la tormenta que se agita en mi mente. La enorme cama está vacía, el espacio a mi lado ya está frío. Debe de haberse ido hace horas, y, por extraño que parezca, lo agradezco. La idea de enfrentarme a él ahora mismo se siente como una herida reciente.

Con un pequeño suspiro, me dirijo al bienvenido refugio de la ducha. El agua deliciosamente caliente cae en cascada sobre mí, lavando los restos de la noche anterior, aunque no hace nada para acallar los recuerdos ni el calor que se acumula en mi bajo vientre. Mis dedos se demoran sobre mi piel, trazando los caminos por donde

estuvieron sus manos, y, antes de darme cuenta, estoy cediendo a la oleada de deseo.

Es casi humillante lo rápido que me deshago, con el vapor envolviéndome en mi rendición privada. Me apoyo en los azulejos fríos, dejando que el agua calme el dolor persistente de mi cuerpo, pero el respiro no dura mucho.

Un leve crujido se oye por encima del siseo del agua.

Me quedo quieta. Al principio, creo que lo he imaginado; solo el asentamiento de la casa, o quizá una corriente de aire jugando con la puerta. Pero entonces lo oigo de nuevo: el inconfundible gemido de la puerta del baño al abrirse. El corazón se me sube a la garganta mientras me giro hacia el sonido, aferrándome a los resbaladizos azulejos. A través del cristal empañado, se forma una silueta: hombros anchos, una postura familiar, una naturalidad que solo podía pertenecer a un hombre.

—Relájate —dice Luca, con voz suave y pausada—. Soy solo yo.

Como si eso fuera a calmarme.

—Creía que había cerrado con pestillo —mascullo, maldiciendo en voz baja.

Él sonríe con suficiencia, apoyado en el mármol de la encimera, con los brazos cruzados mientras me observa. —Descubrirás que los pestillos no significan mucho para mí, Valentina.

No hay arrogancia en su tono, solo una certeza tranquila que me revuelve el estómago.

—¿Te importa? —pregunto, con el ceño fruncido y esperando parecer más segura de lo que me siento. No se mueve. En lugar de eso, inclina la cabeza, estudiándome como si estuviera sopesando algo.

—¿Puedo acompañarte? —pregunta con un toque de burla en la voz.

La pregunta me descoloca. Esperaba que simplemente cogiera lo que quisiera… eso es lo que hacen los hombres como Luca, ¿no? Pero aquí está, preguntando.

—Está bien —digo, la palabra sale de mis labios antes de que pueda pensármelo dos veces.

Su sonrisa se acentúa y, en un movimiento fluido, se despoja de su ropa, revelando el cuerpo que apenas pude apreciar anoche. De repente, la ducha parece mucho más pequeña cuando él entra, y el calor del agua se mezcla con la intensidad de su presencia. Él es todo líneas afiladas y músculos duros, un depredador en un espacio destinado a la rendición, y siento cómo se me acelera el pulso a medida que se acerca.

—Date la vuelta —murmura, y su voz me provoca un escalofrío por la espalda.

Hago lo que me dice, el agua cae en cascada sobre mí mientras sus manos encuentran mi cintura. Su tacto es firme, autoritario, pero hay una sorprendente delicadeza en la forma en que sus dedos ascienden por mis costados, explorando las curvas que ya ha reclamado. —Preciosa —murmura, con su aliento cálido contra mi oreja.

Esas palabras hacen que me quede helada. Son sencillas, pero viniendo de él, con *esa* voz… Dios.

Luca no me da tiempo a responder. Me atrae hacia él, su cuerpo sólido y cálido, y de repente el agua no es lo único que quema. Lo que sigue es una bruma de calor y tensión, de órdenes susurradas y rendición jadeante. No solo me toca, me consume, sacando a la luz partes de mí que no sabía que existían.

El calor del agua cae sobre mí, pero no es nada comparado con el que irradia él. Las manos de Luca están firmes en mi cintura, sus dedos presionando mi piel mientras me atrae hacia él. Su cuerpo es

sólido, inflexible, y la sensación de tenerlo contra mí hace que se me entrecorte la respiración.

Sus labios encuentran mi cuello, rozándome suavemente al principio, luego con más fuerza, sus dientes rozando mi piel. Jadeo, mi cabeza cae hacia atrás contra su hombro mientras sus manos comienzan a moverse, deslizándose por mis costados, explorando cada curva. La aspereza de sus palmas contrasta con el agua, y la combinación me deja temblando.

—Ni te imaginas lo que me provocas —gruñe contra mi piel, sus labios descienden, dejando un rastro de calor a su paso. Sus manos ahuecan mis pechos, sus pulgares rozan mis pezones, y no puedo evitar el suave gemido que se me escapa.

—Luca… —susurro con voz temblorosa, pero él no se detiene. Una mano se desliza más abajo, sobre la curva de mi cadera, hasta que sus dedos se cuelan entre mis muslos. Jadeo, mis manos se apoyan en la pared de azulejos mientras él juega conmigo, su tacto deliberado, calculado, volviéndome loca.

—Estás tan mojada —murmura con voz oscura y satisfecha—. Y no es solo por el agua, ¿verdad?

Niego con la cabeza, incapaz de articular palabra mientras sus dedos rodean la parte más sensible de mí, mientras su otra mano me mantiene firmemente presionada contra él. Su polla está dura contra la parte baja de mi espalda, y el recordatorio de cuánto me desea envía una nueva oleada de calor a través de mí.

—Dilo —exige, su voz áspera pero tranquila—. Dime cuánto deseas esto.

—Te deseo —respiro, mi voz se quiebra mientras sus dedos se mueven más rápido, llevándome más alto—. Te necesito, Luca.

—Buena chica —gruñe, sus dientes rozan mi hombro antes de que me dé la vuelta con un movimiento rápido. El agua corre por su

cara, haciendo que su pelo oscuro se pegue a su frente, pero sus ojos arden en los míos, afilados e implacables.

Antes de que pueda recuperar el aliento, me levanta, presionándome contra los fríos azulejos. Mis piernas se enroscan instintivamente alrededor de su cintura, mis brazos encuentran sus hombros mientras se posiciona en mi entrada.

—Mírame —ordena, su voz baja y cargada de ardor—. Quiero ver tu cara cuando te tome.

Le sostengo la mirada, y la intensidad que hay en ella me roba cualquier resistencia que pudiera quedarme. Empuja dentro de mí con un único y duro movimiento, y yo grito, mi cabeza cae hacia atrás mientras me llena por completo. El estiramiento es exquisito, la plenitud abrumadora, y cuando empieza a moverse, estoy perdida.

El ritmo que marca es implacable, cada embestida más dura, más profunda, su cuerpo golpeando el mío con una fuerza que hace temblar el agua a nuestro alrededor. Sus manos se aferran a mis muslos, manteniéndome firme mientras arremete dentro de mí, sus labios encontrando mi cuello, mi mandíbula, mi boca.

—Me recibes tan perfectamente —murmura contra mis labios, su voz tensa, cruda—. Como si estuvieras hecha para mí.

No puedo responder, demasiado consumida por el placer que se acumula en mi interior, la forma en que su polla roza cada punto sensible con una precisión despiadada. Mis gritos se hacen más fuertes, resonando en el espacio lleno de vapor mientras su ritmo se acelera, su control se desvanece.

—Eso es —murmura, sus embestidas se vuelven erráticas mientras rodea mi clítoris con el pulgar, enviándome en espiral hacia el abismo. Mi orgasmo es rápido, mi cuerpo tiembla a su alrededor mientras grito su nombre.

No se detiene, embistiéndome con más fuerza, sus propios gemidos se mezclan con mis gritos hasta que suelta un sonido gutural,

derramándose dentro de mí mientras su cuerpo se estremece. Su frente se presiona contra la mía, su aliento caliente y entrecortado, y por un momento, ambos nos quedamos quietos, envueltos en las secuelas de lo que acaba de pasar.

Para cuando el agua empieza a enfriarse, me quedo temblando y en carne viva, apoyada en él en busca de soporte mientras el vapor se disipa. Luca me aparta un mechón de pelo mojado de la cara, sus ojos verdes ahora más oscuros, cargados de una emoción sin nombre. —Vístete y reúnete conmigo en el comedor —dice, su voz se ha suavizado, aunque todavía conserva esa innegable autoridad —. Nos espera un largo día.

Asiento, incapaz de hablar mientras sale de la ducha, dejándome sola con el agua que se enfría y los ecos de lo que acaba de ocurrir. Mientras la puerta se cierra tras él, presiono la frente contra el azulejo, tratando de estabilizar mi respiración.

Esta es mi vida ahora: una mezcla embriagadora y aterradora de dominio y ternura, de ser vista y consumida a la vez. Me aseo y me visto con una blusa verde bosque y una falda de cuadros, elegidas por su equipo bajo su supervisión. Todo el vestuario había sido dispuesto antes de que yo pusiera un pie en la finca. No se me escapa que conoce mi figura al dedillo; la ropa se ajusta perfectamente, cálida donde debe ser, favorecedora sin que parezca accidental. Un toque de maquillaje, el pelo recogido en un moño pulcro, y me dirijo hacia el comedor.

Al igual que el resto de este lugar, es impresionante. La luz del sol inunda el espacio a través de altísimas ventanas, bañando la habitación en una calidez casi etérea. Los suelos de mármol brillan bajo mis pies, sus vetas doradas se retuercen como senderos en un mapa, y las paredes están adornadas con paneles de madera oscura que exudan una autoridad silenciosa.

La mesa es enorme, su superficie pulida hasta un acabado de espejo y puesta con manteles blancos inmaculados ribeteados con intrincado encaje siciliano. A lo largo de su extensión hay estallidos

de color y vida, jarrones llenos de fragantes flores de limonero, ramitas de olivo y suaves racimos de lavanda. La habitación vibra con una elegancia contenida, un recordatorio de que el poder no siempre grita.

Luca ya está sentado a la cabecera de la mesa.

Está sentado allí como un rey contemplando sus dominios, una mano descansando ligeramente en el brazo de su silla, la otra sosteniendo una humeante taza de expreso. Incluso en su silencio, domina la habitación. Hay algo irritantemente natural en la forma en que ocupa el espacio, como si las paredes hubieran sido construidas solo para enmarcarlo a él.

Me hundo en la silla que ya ha apartado para mí, a su derecha. Durante los siguientes minutos, se sirve el desayuno. Se colocan platos de brioche recién horneado y biscotti crujientes junto a cuencos de naranjas sanguinas cortadas en perfectas medias lunas. Miel, ricotta y tarros de mermelada de albaricoque brillan a la luz de la mañana, y el aire está perfumado con el aroma de cornetti calientes rellenos de crema de almendras.

Como no he comido adecuadamente en los últimos días, se me hace la boca agua.

La voz de Luca me saca de mis pensamientos. —Come, Valentina —dice, con tono suave—. Necesitarás reponer fuerzas.

Las palabras son inocuas, pero algo en la forma en que las dice hace que se me encoja el estómago. ¿Fuerzas para qué?

Cojo una rebanada de brioche y la unto con ricotta; la cremosa textura se derrite en mi lengua con el dulzor de la miel. Al otro lado de la mesa, Luca se toma su tiempo con el expreso, su mirada se desvía hacia mí de vez en cuando, estudiándome como si todavía estuviera decidiendo algo.

—¿Te gusta? —pregunta al cabo de un momento.

—Está… muy bueno —admito, y eso sería quedarse corto.

Él asiente, satisfecho, y se reclina en su silla. —Bien.

La conversación no fluye, más bien existe en momentos fracturados, una observación de Luca, una respuesta educada por mi parte. Mientras tanto, no puedo evitar fijarme en cómo actúa, en cómo, incluso en el desayuno, parece estar trabajando.

Los hombres van y vienen en silencio, sus pasos apenas audibles sobre el mármol mientras le susurran novedades al oído a Luca. Él escucha con una concentración constante, su expresión ilegible, asintiendo de vez en cuando o dando una breve orden en italiano. Su atención nunca flaquea, pero veo el peso de ella: la forma en que el poder y la responsabilidad se enroscan a su alrededor como cadenas, pesadas pero bien llevadas.

Bebo un sorbo de mi capuchino, tratando de asimilarlo todo: la habitación, la comida, el hombre con el que me he casado. Un hombre entra, se dirige a Luca y le dice algo en voz baja. Lo que sea que diga se gana una mirada que me hiela la sangre en las venas. No hay un cambio de postura, ni una voz alzada, solo esa mirada; directa, ilegible y tan fría que parece paralizar el aire.

Luca dice algo a cambio, en voz baja y casi ociosa, y el hombre responde con una sacudida de cabeza. No oigo el nombre que sigue, pero apenas parece importar. En el momento en que sale de sus labios, algo cambia. Luca coge el tenedor que hay junto a su plato, el mismo que usó momentos antes para ensartar un trozo de melón. Su agarre cambia y, sin levantarse de la silla, sin alzar la voz ni dar una sola advertencia, se gira y le clava el tenedor en el cuello al hombre.

El movimiento es tan limpio que apenas desordena el mantel.

El hombre se pone rígido, un gorgoteo sube por su garganta, los ojos muy abiertos por la incredulidad. Su mano sube demasiado tarde, los dedos arañan la piel resbaladiza de sangre. No hay gritos,

no hay caos. Solo el sonido del tenedor al ser retirado y colocado de nuevo pulcramente junto al plato de Luca, con las púas manchadas de rojo.

No puedo respirar.

El hombre se desploma en el suelo, la sangre formando un charco bajo él, y Luca se vuelve hacia la mesa como si nada hubiera pasado. Coge su expreso, toma un sorbo y se encuentra con mi mirada horrorizada. —Ha cometido un error —dice Luca sin más, con la voz tranquila, como si explicara por qué ha cambiado el tiempo. Momentos después, dos de sus lugartenientes entran y arrastran el cuerpo, y las criadas entran tras ellos y comienzan a trabajar para limpiar el desastre que ha quedado.

La bilis me sube por la garganta, el rico sabor del brioche de repente empalagoso. Aparto mi plato, mis manos tiemblan mientras intento serenarme.

—No tenías por q…

—Come —me interrumpe Luca, su tono es frío, pero una frialdad que corta.

No puedo, así que me dedico a mover la comida por el plato hasta que el desayuno termina oficialmente. De alguna manera, el día avanza, aunque siento que lo estoy viendo desde fuera de mí misma. Me conducen a otra habitación, igual de grandiosa, igual de asfixiante, donde Donna Maria me espera con un portafolios y un aire imperioso.

Las horas se convierten en un borrón de lecciones sobre etiqueta, gestión del hogar y las expectativas de ser una esposa Salvatore. Memorizo la forma correcta de dirigirme al personal, el horario de las reuniones semanales con el ama de llaves, el protocolo para organizar cenas familiares.

Todo parece distante, como la vida de otra persona, la jaula de otra persona.

Para cuando el sol se pone, pintando la finca en tonos cálidos, estoy agotada hasta los huesos. Me duele el cuerpo, la mente me va a mil por hora y lo único que quiero es un momento para respirar. Vuelvo a mi habitación.

Mi teléfono vibra en la mesita de noche. Frunzo el ceño y lo cojo. El número no me resulta familiar. Mi primer pensamiento es Sofía… quizá ha conseguido un número nuevo y llama para ver cómo estoy.

Pero cuando respondo, la voz al otro lado de la línea es una que no reconozco.

—Señora Salvatore —dice el hombre, su voz baja y tranquila, con un ligero acento que no logro identificar.

Un escalofrío me recorre las venas. —¿Quién es?

—Alguien que le desea lo mejor —responde con suavidad, como si eso lo explicara todo—. Alguien que sabe que no está donde quiere estar.

Me incorporo, agarrando el teléfono con fuerza. —Tiene cinco segundos para decirme de qué va esto antes de que cuelgue.

Hay una pausa, luego una risa suave. —Es usted más valiente de lo que esperaba. Bien. Lo necesitará.

Las palabras me oprimen el pecho. Miro hacia la puerta, medio esperando que Luca entre, que su mirada penetrante lea al instante el pánico en mi cara. Solo pensarlo me hace levantarme y caminar hacia el otro lado de la habitación, donde se derrama la luz de la ventana.

—No tengo tiempo para juegos —espeto, tratando de sonar con más control del que siento.

—Entonces iré al grano —dice, su tono se vuelve serio—. No tiene por qué quedarse ahí, atrapada en esa vida. Puedo ayudarla a marcharse, a escapar a otro país, a empezar de nuevo en otro lugar. Un lugar donde Luca Salvatore nunca la encontrará.

Se me hiela la sangre, pero el pulso se me acelera. —¿Quién es usted?

—Un amigo.

—No, no lo es —digo con firmeza—. No me llamaría aquí, de esta manera, si fuera solo un amigo.

Hay otra pausa, más larga esta vez. Cuando vuelve a hablar, su voz es más suave, casi persuasiva. —Puedo darle todo lo que necesita, Valentina. Un pasaporte. Billetes. Suficiente dinero para empezar de nuevo donde usted elija. Libertad.

La palabra se me atasca en la garganta, pesada e imposible. *Libertad*.

Pero la incredulidad llega con la misma rapidez. —¿Y dónde está la trampa? —pregunto, forzando la firmeza en mi voz—. No me conoce. No le importo. ¿Por qué haría esto?

El silencio se alarga de nuevo, pero esta vez, se siente calculado. —Seré sincero —dice el hombre finalmente—. Necesito algo a cambio. Algo pequeño, en comparación con lo que le ofrezco.

Se me cae el alma a los pies. Por supuesto, hay un precio.

—¿Qué es?

—Cuando llegue el momento —dice, su voz baja aún más—, cuando Luca baje la guardia, cuando esté distraído por su amor por ti… acabarás con él.

Se me hunde el estómago. —¿Qué?

—Lo matarás —dice el hombre sin más, como si me estuviera pidiendo que cambiara las sábanas o hiciera una lista de la compra —. Y yo te ayudaré a huir.

Miro fijamente la ventana, el vago reflejo de mí misma en el cristal, pálida y con los ojos desorbitados. Mi voz es apenas un susurro cuando finalmente logro hablar. —Está loco.

—¿Lo estoy? —replica, su tono exasperantemente tranquilo—. Piénselo, Valentina. Es usted una prisionera en esa casa. No importa lo encantador que pueda ser Luca, no importa lo tierno que sea en momentos fugaces, nunca la dejará ir. Siempre será su posesión. Esta es su salida.

—Yo… —se me quiebra la voz y me agarro al borde del alféizar, intentando estabilizarme.

—Ya le he enviado una prueba —continúa—. Revise su teléfono.

Casi como una señal, una notificación vibra contra mi palma. Aparto el teléfono de mi oreja y deslizo el dedo hacia los mensajes. Ahí están: capturas de pantalla de un pasaporte con mi foto y una cuenta bancaria suiza a mi nombre.

Las rodillas me flaquean y me hundo en el borde de la cama.

—¿Por qué? —pregunto, mi voz apenas audible—. ¿Por qué pediría algo tan imposible? Si lo mato, medio país querrá verme muerta.

La voz del hombre se suaviza, casi amable. —Nunca la encontrarán. Digamos que tenemos un interés común en ver a Luca desaparecer. Es un hombre peligroso, Valentina. Este es un pequeño precio por su libertad.

Mi mente se acelera. La intensidad de Luca, su control, la forma en que domina todo y a todos a su alrededor… es peligroso, sí. ¿Pero matarlo? ¿Convertirme en la razón por la que su imperio se desmorona?

—Necesito tiempo —logro decir, mi voz tiembla a pesar de mis mejores esfuerzos.

—Tómese todo el tiempo que necesite —responde—. Pero no espere demasiado. La oportunidad no durará para siempre.

La línea se corta antes de que pueda decir otra palabra.

Me quedo sentada, con el teléfono agarrado en la mano, el peso de su oferta oprimiéndome.

El pasaporte, el dinero, la huida, todo está ahí, tentadoramente real.

Pero el precio…

Miro hacia la puerta, medio esperando que Luca entre, que me mire con esa mirada intensa y conocedora. Y por primera vez, me pregunto: ¿qué significaría matar al hombre que estoy empezando a odiar —y a temer— y, lo que es peor de todo, a desear?

9

LUCA

—Dejaos de sentimentalismos y dadme las cifras —digo, y mi voz, teñida de fastidio, corta el aire de la habitación. Estamos en mi despacho, en la finca. La larga mesa está cubierta de informes y extractos bancarios.

El desayuno ha sido un desastre, gracias a que ese cabrón ha desertado para unirse a una familia rival, y encima lo ha hecho con sigilo. La cara que se le ha quedado a Valentina después de que me encargara de él tampoco ha ayudado. Aún es nueva en esta vida y no la culpo por estar conmocionada. Pero ser mi mujer significa afrontarlo todo. La belleza, el privilegio y los momentos en que la lealtad debe imponerse a punta de acero.

La mano de Marco se detiene a medio gesto, el cigarrillo apagado entre sus dedos suspendido sobre una pulcra pila de documentos. Sus penetrantes ojos azules se clavan en mí, entornándose ligeramente, antes de recostarse en su silla con una estudiada parsimonia.

—Cuatro millones —dice con sequedad—. Perdidos el último trimestre. Al menos la mitad de eso es por la injerencia de los Rossi.

Los Rossi son la vieja guardia de Nápoles, del tipo que sobrevivió al fascismo estrechando las manos adecuadas y enterrando al resto. Sus raíces son profundas: banca, puertos, antiguas rutas de

contrabando disfrazadas de empresas navieras familiares. Durante décadas, han jugado a ser respetables, lavando la sangre con lino y vino. O así fue hasta que me hice con Nuova Speranza e hice que todo el mundo doblara la rodilla. Aun así, les gusta caldear el ambiente de vez en cuando, y el hombre al que he matado en el desayuno les ha dado lo que necesitaban: horarios de envío, códigos de los almacenes, incluso los nombres de algunos hombres de nuestra confianza. Suficiente para coordinar una emboscada en los muelles. Hemos perdido hombres. Hemos perdido terreno. Y ahora nos estamos desangrando por ello.

Tamborileo con los dedos en el borde de la mesa; el sonido es rítmico e implacable en el tenso silencio. Cuatro millones. No es el dinero lo que me molesta, es el insulto. La audacia.

Dante suelta un silbido bajo, repantigado como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo. —Bueno, menuda bofetada en toda regla.

Lo fulmino con la mirada. —Una bofetada implicaría que tienen agallas para acercarse. Esto ha sido un golpe desde las sombras. Una cobardía.

Adriano se remueve en el asiento con la mandíbula tensa. —Pues devolvámosles el golpe. Pillemos uno de sus cargamentos. Hagamos que se desangren como nos hemos desangrado nosotros.

La sala se queda en silencio mientras dejo que sus palabras floten en el aire. Hay una parte de mí que quiere decir que sí, desatar el caos que hierve bajo mi piel y hacer que los Rossi se arrepientan de haberse cruzado en mi camino. Pero los imperios no se construyen con actos impulsivos.

—No —digo con tono comedido—. No vamos a reaccionar como críos en una pelea de patio de colegio. Vamos a ser más listos que ellos. Los muelles del este.

Dante se yergue un poco, y la sonrisa burlona se desvanece de su rostro. Marco intercambia una mirada con Adriano, y casi puedo ver los engranajes girando en sus cabezas.

—Aún están negociando con los Rossi —dice Marco con cautela.

—Para cuando acabe esta noche, ya no lo estarán —replico—. Esos muelles son más directos, más seguros, y con los… incentivos adecuados, podemos asegurarnos de que sean exclusivamente nuestros.

—¿Y si los Rossi se enteran? —pregunta Adriano, con expresión sombría.

—Que se enteren —digo, inclinándome hacia delante y apoyando los codos en la mesa—. Para cuando se den cuenta de lo que está pasando, será demasiado tarde. No tendrán más remedio que ir de cabeza mientras nosotros tomamos el control.

La expectación se adueña de la habitación, una avidez silenciosa que crece entre miradas y silencios. Por esto me siguen y confían en mí, no solo porque exijo lealtad, sino porque ofrezco resultados. —Marco —continúo con voz firme—, tú cerrarás los contratos secundarios. Adriano, tú estarás allí esta noche. Visible.

Los labios de Adriano se curvan en una sonrisa de satisfacción. —Mi tipo de encargo favorito.

—¿Dante? —lo miro de reojo, anticipando ya el comentario sarcástico.

—Sí, sí —dice, agitando una mano—. No me metas en líos. Entendido.

Dejo que un levísimo atisbo de sonrisa asome a mis labios antes de ponerme en pie. El chirrido de mi silla contra el suelo señala el fin de la reunión. —Nos vamos en breve. Estad listos.



El almacén es cavernoso y frío, de esos lugares que huelen perpetuamente a óxido y sal por muy limpios que se mantengan. El sonido de las olas rompiendo contra los muelles se filtra por las zonas de carga abiertas, mezclándose con el bajo murmullo de las voces mientras los dueños de los muelles se mueven nerviosos.

Se ponen rígidos cuando entro, sus ojos se lanzan a mi cara y se apartan rápidamente, como si mirarme demasiado tiempo pudiera incitar algo peligroso. Listos.

Marco se adelanta con los documentos en la mano, sus movimientos son precisos y eficientes. Adriano se queda rezagado junto a la entrada, su presencia es una advertencia deliberada. Me tomo mi tiempo para cruzar el recinto, dejando que el peso de cada paso resuene contra las paredes de acero.

El líder del grupo, un hombre larguirucho de unos cincuenta años con el rostro curtido y el tipo de manos que han conocido el trabajo duro, se adelanta con vacilación.

—Señor Salvatore —dice, con la voz cargada de cortesía—. Es un honor que haya venido en persona.

El primer golpe contra los Rossi es presentarme en persona, para que sepan que me tomo mis tratos en serio.

—Bien —replico, juntando las manos a la espalda—. Entonces no perdamos el tiempo.

Marco deja los documentos sobre un cajón cercano y comienzan las negociaciones. Es un proceso sencillo, mis hombres ya han hecho el trabajo preliminar. Se revisan los términos, se cierran los acuerdos y se estampan las firmas en las líneas de puntos.

Mantengo la mirada fija en los dueños de los muelles, atento a la más mínima vacilación, al más leve parpadeo de duda. No llega.

Cuando se firma el último papel, la inquietud residual se rompe como una presa. Los dueños de los muelles intercambian miradas de

alivio, murmurando despedidas en voz baja mientras salen a la noche.

Marco se acerca, con expresión exultante. —Eficiente —dice.

—Como debe ser —replico, con la mirada perdida en las oscuras aguas tras las zonas de carga. El trato está cerrado, pero la inquietud permanece, un susurro en el fondo de mi mente. Los Rossi no dejarán pasar esto sin más y necesito estar preparado para cuando hagan su movimiento.

—Adriano —lo llamo, volviéndome hacia él.

Se endereza al instante. —¿Jefe?

—Dobla la seguridad en esta ruta. Quiero ojos en cada esquina, en cada cargamento. Si una mosca se posa en uno de nuestros contenedores, quiero saberlo.

Asiente, sacando ya el móvil para transmitir mis órdenes.

Marco me da una palmada en el hombro mientras nos dirigimos al coche. —Otra victoria.

—Por ahora —digo.

Y en este negocio, «por ahora» es lo mejor a lo que puedes aspirar. El asunto de los muelles ha terminado, pero no hemos acabado lo que nos propusimos. Ha habido movimiento en el corredor ferroviario al norte de Campobello, solo unos cuantos pagos discretos de tapaderas vinculadas a los Rossi, canalizados a través de una empresa fantasma de logística que lleva cinco años inactiva. Podría no ser nada, pero también podría serlo todo. Los Rossi todavía tienen dinero de siempre, y el dinero de siempre no se queda de brazos cruzados cuando hieren su orgullo. Si están intentando reconstruir sus rutas comerciales por tierra, necesito pillarlo antes de que coja impulso y antes de que vuelvan a asentarse.

Envío a Marco a la finca para que vea cómo está Valentina, y Adriano va con él. Otros dos de mis hombres, Rami y Fede, viajan conmigo; ambos elegidos a dedo y ambos silenciosos de la manera que importa. No hacen preguntas cuando me salgo de la carretera principal y apago los faros. El almacén se recorta ante nosotros en la oscuridad, bajo y extenso, encajonado entre los huesos oxidados de una estación de clasificación y una carretera de servicio ahogada por la maleza. Parece abandonado, pero el polvo en el cerrojo de la verja es reciente, y alguien ha despejado la grava lo justo para que pase un camión sin llamar la atención. No me gusta. Nada en este lugar parece accidental. Hago un gesto para que guarden silencio y entramos por el acceso lateral, con las armas desenfundadas y las botas silenciosas sobre el cemento agrietado.

Dentro hace frío y el espacio desprende ese leve hedor a quietud. La estructura está vacía, ni cajones, ni carretillas elevadoras, ni papeleo. Solo espacio abierto y andamios, como si alguien hubiera tenido la intención de organizar un envío aquí y luego hubiera cambiado de opinión. Recorro el perímetro, buscando señales de vida. Rami se mueve a la izquierda. Fede cubre la retaguardia. Me agacho junto a una pila de palés rotos y paso los dedos por el suelo. No hay polvo donde debería haberlo. Unas roderas se curvan hacia el centro del espacio y desaparecen tras una lona. Alguien ha estado aquí, y no hace mucho. Y no se ha molestado en cubrir su salida.

¡Bang, bang, bang!

El disparo llega sin previo aviso. Rami cae antes de que yo siquiera perciba el sonido, un impacto certero en el pecho que lo dobla hacia atrás con un gruñido sordo. Fede grita algo, mitad maldición, mitad advertencia, pero se ahoga en su garganta cuando una segunda bala le atraviesa el cuello limpiamente. Su arma cae al suelo con un estruendo. No tengo tiempo para pensar. Me lanzo detrás de un pilar de hormigón, mientras el aire se desgarra con el tableteo de disparos con silenciador. El pulso me ruge en las sienes mientras devuelvo el fuego, rápido y bajo, lo justo para hacerlos dudar. Aquí

no hay cobertura. Ni posición elevada. Ni vía de retirada. Esto nunca ha sido una inspección. Era una trampa.

Un dolor agudo me atraviesa el hombro cuando una bala me roza la piel. No es una herida grave, pero es suficiente para frenarme. Como puedo, me coloco detrás de la carretilla elevadora, con la respiración silbando entre mis dientes. En algún lugar a mi derecha, un hombre se está moviendo. Está claro que no está aquí para matarme. Están entregando un mensaje. —No cojas lo que no es tuyo —dice una voz imperturbable, como si estuviéramos discutiendo un negocio—. La próxima vez no seremos tan amables. —El sonido de unas botas en retirada me indica que se van.

He perdido a dos buenos hombres. La rabia inunda mi sistema, pero no he conquistado esta ciudad con ira. La ira te vuelve estúpido, te empuja a actuar por impulso, y nada mata más rápido que el impulso. Hago una mueca mientras presiono la palma de mi mano ilesa en mi hombro y salgo hacia el coche. El camino de vuelta a la finca no es fácil, pero lo que más me inquieta es la forma en que los guardias de las verjas se enderezan, con los ojos muy abiertos al verme en mi estado: ensangrentado, desaliñado y solo.

Mis hombres corren a recibirme cuando cruzo el umbral. Uno de ellos da un paso al frente, con las manos extendidas como si fuera a ayudarme, pero lo aparto con un gesto brusco. —Estoy bien — espeto, rechazando la ayuda. Vacilan, intercambiando miradas inciertas, pero no insisten.

Atravieso los grandes salones, la opulencia familiar apenas logra calmar la tormenta que ruge en mi mente. Mis pensamientos hierven con las implicaciones de los sucesos de la noche. Esto no ha sido solo una negociación fallida. Ha sido una traición.

Alguien sabía de la reunión, de nuestros planes. Alguien quería enviar un mensaje y no le importaban las posibles consecuencias. Pero eso no borra el coste. Llego al estudio, empujando la puerta con más fuerza de la necesaria. La habitación está a oscuras, la

única luz proviene del tenue resplandor del perfil de la ciudad tras la ventana.

Me sirvo un vaso de whisky, el líquido ambarino atrapa la luz mientras se arremolina en el vaso de cristal. El primer sorbo quema, el segundo sorbo añade claridad a esa quemazón. No voy a responder a esto de forma quirúrgica. Sería más prudente vigilarlos primero, atraparlos en la red antes de ir a matar. El sonido de unos pasos a mi espalda me saca de mis pensamientos. Me giro, esperando a Marco o a Adriano con un informe.

Pero no es ninguno de los dos. Y no estoy preparado para lo que sucede a continuación.

Es Valentina, de pie junto a la ventana arqueada, enmarcada por la pálida luz de la luna que entra desde el exterior. Su silueta es delicada pero inflexible, su postura erguida a pesar del peso del mundo que he dejado caer sobre sus hombros. Por un momento, el caos de mi cabeza se acalla. El fuego, la sangre, la decepción, todo se desvanece en un segundo plano, reemplazado por la luz de sus ojos.

Se mueve antes de que yo pueda hablar, su vestido ondeando tras ella mientras corre hacia mí.

10

VALENTINA

Luca nunca ha sido otra cosa que un hombre tranquilo, el tipo guay, el que mata a la hora de comer y hace que parezca lo más fácil que ha hecho en su vida. Pero ahora me mira como lo haría un león herido; la herida de bala en el hombro no es nada comparado con la ira y el dolor que reflejan sus ojos oscuros y profundos. Carga con el peso de un imperio, pero en este momento es como si esa carga le estuviera costando más que sangre. Para un hombre como él, el dolor no es más que otro accesorio, pero esta noche se le adhiere de una forma distinta. Suaviza los bordes de su habitual dominio y revela grietas en la armadura que yo creía impenetrable.

Y a pesar de todas mis reservas y mi resolución de odiarlo para siempre, el dolor visible en su rostro hace añicos algo dentro de mí. Mis pies se mueven hacia él antes de que mi cerebro pueda procesarlo. Le rozo el brazo con la mano, dubitativa, sin saber si va a saltar o a dejar que me acerque, y se queda helado. Su mirada se encuentra con la mía; el verde esmeralda de sus ojos, atenuado por el agotamiento, no es menos penetrante.

—Puedo con esto —masculla con voz rasposa, como la grava.

—Se nota —digo con tono mordaz. Aprieto los dedos en su brazo, desafiándolo a que se aparte—. Siéntate, Luca.

Enarca una ceja de esa manera exasperante que tiene, como si acabara de decir algo adorable. Pero no tiene ganas de pelear, o quizá sea una concesión silenciosa: *haz lo que quieras, mujer.* Me deja guiarlo hasta el sofá y casi podría jurar que lo oigo reírse por lo bajo. Lo siento y me pongo en cuclillas a su lado, con la mente a mil por hora. Está ensangrentado y magullado, y no estoy segura de si es la rabia, el miedo o una perversa combinación de ambos lo que hace que me tiemblen las manos mientras busco los botones de su camisa. —Puedo hacerlo solo —dice con la voz un poco más suave ahora, aunque su postura sigue siendo rígida.

—No, no puedes —replico, mientras mis dedos ya están en faena. La tela se aparta y la herida que hay debajo me revuelve el estómago. El rasguño del costado no es tan grave como temía, pero es lo bastante profundo como para escocer y lo bastante oscuro como para que se me haga un nudo en la garganta. Sin embargo, su visión no me produce rechazo; más bien al contrario, me atrae.

Uno de los empleados ha dejado discretamente un botiquín en la mesa junto al sofá. Con el ceño fruncido por la concentración, me lanzo a él, rebuscando con más determinación que habilidad. Gasas, antiséptico, tijeras... todo parece inadecuado ante la enormidad de tener a Luca Salvatore sangrando en mi salón. —¿Esto pasa a menudo? —pregunto en voz baja mientras presiono un paño limpio contra la herida para detener la hemorragia.

—Define «a menudo» —responde, con el fantasma de una sonrisa asomando en sus labios.

—No tiene gracia. —Levanto la vista para fulminarlo con la mirada, y él recompone rápidamente sus facciones para no parecer demasiado divertido—. Es esta vida —dice simplemente.

—Esta vida es una barbaridad. —Levanto la vista del botiquín y lo miro a los ojos, con los labios apretados en una fina línea.

Se limita a encogerse de hombros. —Es supervivencia.

Sus palabras quedan suspendidas en el pequeño espacio que nos separa y, aunque me encantaría rebatirlo, no hay tiempo. Vuelvo a centrarme en su herida, aplicando antiséptico en el corte con unas manos que no dejan de temblar. Su cuerpo es todo calor y tensión bajo mi tacto, y odio lo consciente que soy de cada centímetro de él. —No te muevas —mascullo cuando se estremece.

—Estás temblando. —Su voz es grave, densa, y esconde una risa. Me muerdo el interior de la mejilla, negándome a encontrarme con su mirada—. Será porque no me dedico a curar a capos de la mafia todos los días.

Su risa es un sonido bajo y ronco, de esos que me hacen sentir a la vez ridícula y anclada.

—Lo tenía bajo control —dice al cabo de un momento.

—Ah, por supuesto —replico, con la frustración a flor de piel—. Porque no hay nada que diga «bajo control» como entrar con la camisa rota y un rasguño de bala reciente, actuando como si no fuera nada.

Eso me vale otra sonrisa, pero hay una suavidad justo debajo, un regocijo apenas reprimido que me dice que está disfrutando viéndome así. Hace que se me oprima el pecho y que mis manos se vuelvan más firmes mientras le envuelvo el torso con el vendaje. —¿Quién te ha hecho esto? —pregunto con un susurro.

No responde de inmediato. Su mirada se pierde más allá de mí, en algún punto en la distancia que solo él puede ver. —Algunos necesitaban dejar las cosas claras —dice finalmente.

Me detengo, con los dedos suspendidos sobre el nudo que estoy atando. —¿Era para ti?

—Casi todo lo es.

La amargura en su tono me pilla por sorpresa. Luca no suele dejar traslucir nada, ni dolor, ni vulnerabilidad y, desde luego, ni una duda.

—¿Y tus hombres? —insisto, aunque una parte de mí ya sabe la respuesta.

Suspira y mira a lo lejos. —Dos de mis mejores hombres han caído.

Capto un dolor fugaz en sus ojos antes de que lo encierre bajo llave. Anudo el vendaje con cuidadosa precisión y luego me siento sobre los talones, con las manos caídas en el regazo. —Lo siento.

Su mirada se clava en la mía, afilada e inquisitiva. —No lo sientas.

—Pero lo siento —digo antes de poder contenerme—. Has perdido a gente que te importaba. Y eso... importa.

Genial. La respuesta más brillante de mi vida. Para nada he sonado como si tuviera tres años.

Por un momento, el silencio se extiende entre nosotros. Entonces, él alarga la mano y sus dedos me rozan el dorso de la mía. El gesto es tan inesperado, tan suave, que se me corta la respiración. —¿Por qué te preocupas, querida esposa mía? —pregunta en voz baja—. ¿Significa esto que ya no le tienes miedo al demonio?

No tengo respuesta. Al menos, ninguna que tenga sentido. —No lo sé.

Se inclina más cerca y de repente soy hiperconsciente de todo: su olor, su calor, la forma en que su mirada desciende a mis labios antes de volver a mis ojos.

—No empieces a preocuparte demasiado, Valentina —murmura.

Me quedo quieta, observando sus movimientos en silencio.

Se recuesta en el sofá, con la camisa desechada y el vendaje alrededor del torso destacando crudamente contra su piel olivácea. Su mirada se fija en el techo por un momento, y una rara quietud se apodera de él. —No tienes por qué quedarte —dice finalmente, con la voz más baja que le he oído nunca.

Me cruzo de brazos, apoyándome en el borde del sofá. —Buen intento. Acabas de sangrar por todo el suelo, Luca. Lo menos que puedes hacer es contarme qué ha pasado ahí fuera.

Me mira de reojo, con los labios curvándose en una leve sonrisa. —Ya te lo he dicho.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

Se mueve, haciendo una ligera mueca de dolor, y siento una punzada de culpa por presionarlo. Pero entonces habla, sus palabras lentas, deliberadas.

—Cuando era un niño, quizás de ocho o nueve años, mi padre me llevó a un lago cerca de nuestra casa de verano. Era un día libre para él, algo poco común. —Su voz es baja, cargada con el peso de recuerdos que no comparte fácilmente—. Recuerdo que pensé que era extraño que quisiera pasar tiempo conmigo, cuando normalmente no tenía paciencia para nada que no concerniera a los negocios de la familia.

No me muevo, temiendo que hasta el más mínimo sonido lo detenga.

—Nos sentamos en un viejo muelle de madera, tan viejo que crujía a cada paso. Pensé que iba a enseñarme a pescar o algo normal así. —Sus labios se tuercen en una sonrisa amarga—. En lugar de eso, me dio un cuchillo y me dijo que lo sujetara con firmeza. Dijo que todo hombre en este mundo nace con dos opciones: ser el depredador o la presa. Y que yo tenía que decidir cuál quería ser.

Un escalofrío me recorre la espalda. —¿A los ocho años?

Luca asiente, con la mirada perdida. —Ese día me hizo matar un pez. Dijo que si no podía quitarle la vida a algo pequeño, nunca sobreviviría a las cosas más grandes.

Me cuesta conciliar la imagen del niño que describe con el hombre que tengo delante, tan endurecido y seguro de sí mismo, pero a la

vez agobiado por algo más profundo. —Eso es horrible —susurro.

—Quizá —responde, con un tono desprovisto de emoción—, pero funcionó. A los doce años, ya confiaba en mí para supervisar pequeños tratos. A los dieciséis, manejaba más dinero del que la mayoría de la gente ve en toda su vida. Dijo que había nacido para liderar, y puede que tuviera razón.

—¿Pero a qué precio? —pregunto antes de poder evitarlo.

La mirada de Luca se clava en la mía, aguda y evaluadora, pero no hay ira en ella. —El precio no importa. No en mi mundo.

Niego con la cabeza, con un nudo en la garganta. —Debería.

Me observa durante un largo momento, con una expresión indescifrable. Entonces, casi imperceptiblemente, sus hombros se relajan. —¿Y tu padre? —pregunta—. La forma en que vivió debió de costarte algo a ti también.

La pregunta me pilla por sorpresa, atravesando los cuidadosos muros que he construido alrededor de mi dolor, como si el hombre que hace las preguntas no tuviera nada que ver con su asesinato. Por un segundo, considero ignorarlo, pero la mirada en sus ojos me detiene. No solo está preguntando. Está escuchando. —Mi padre era diferente, antes —empiezo, con la voz ligeramente temblorosa—. Cuando era pequeña, solía llevarme a un parque cerca de nuestra casa. Pasábamos horas dando de comer a los patos, riéndonos de cualquier cosa. Le encantaba el arte, ¿sabes? Decía que le hacía sentir vivo.

Luca se inclina ligeramente hacia delante, con la atención fija en mí como si fuera lo único que importara en el mundo. —Pero entonces empezó a apostar. Empezó poco a poco y parecía inofensivo. Solo unas cuantas apuestas aquí y allá para hacer las cosas más emocionantes. —Se me hace un nudo en la garganta, pero me obligo a sacar las palabras—. Pero no paró. Las deudas se

acumularon y, con cada pérdida, perdía un poco más de sí mismo. Al final, no era el hombre que yo conocía.

Me detengo para tocarme la garganta. La siento áspera y seca por dentro. —Y lo peor es que no pude salvarlo. Por mucho que lo intenté, por mucho que le supliqué que parara, no fue suficiente.

Luca alarga la mano y me roza la mía, sin añadir palabras que enturbien el silencio que se ha cernido entre nosotros. Es un gesto pequeño, pero la calidez de su tacto me ancla de una forma que no esperaba. —Lo querías —dice, con la voz más suave que le he oído nunca.

Asiento, tragándome el nudo que tengo en la garganta. —Lo odiaba por lo que hizo, pero sí. También lo quería.

Por un momento, ninguno de los dos habla. El espacio entre nosotros está cargado de palabras no dichas, de dolor compartido y de algo más que no acabo de identificar.

—No te merecía —dice Luca finalmente, con un tono firme pero con un matiz de algo crudo.

Levanto la vista, encontrando su mirada. —¿Y qué hay de ti, Luca? ¿Tú me mereces?

Sus labios se curvan en la más leve de las sonrisas, una que no llega a sus ojos. —Eso está por ver.

Entonces sus manos están sobre mí, fuertes, seguras e increíblemente suaves. Un brazo se desliza bajo mis rodillas, el otro me rodea la espalda, y me levanta como si no pesara nada. —Luca, ¿qué estás ha...?

—Shh —murmura, su voz baja y resuelta—. Has estado cargando con demasiado peso. Déjame llevarte a ti un rato.

Mis protestas mueren en mis labios cuando empieza a caminar, con paso firme a pesar de la leve mueca de dolor que capto en su expresión. El hombre todavía está sangrando, por el amor de Dios,

pero aquí está, actuando como si nada más importara que llevarme a donde él quiere.

A donde yo quiero estar.

Nos movemos por la casa, la luz tenue proyectando sombras sobre sus rasgos afilados. Su mandíbula está tensa, sus ojos al frente, cada centímetro de él irradiando poder y determinación. Cuando llegamos al dormitorio, no se detiene. Empuja la puerta con el hombro, el crujido de las bisagras ruidoso en el silencio entre nosotros.

Luca me lleva hasta el borde de la cama, bajándome con un cuidado que me duele en el pecho. No me suelta de inmediato. En su lugar, se demora, con las manos firmes en mi cintura, su mirada sosteniendo la mía como si buscara algo. Por un momento, el mundo se reduce solo a nosotros dos. El ruido, el caos, las traiciones, todo se desvanece, dejando nada más que este silencio cargado e insoportable. No sé quién se mueve primero, pero cuando sus labios encuentran los míos, el resto del mundo deja de existir.

LUCA

Valentina tira de mí y me coloca encima de ella mientras nos besamos. Sus susurros entrecortados avivan el fuego que crece entre nosotros y, con deliberada lentitud, la guío hacia arriba hasta dejarla sentada. Me muevo detrás de ella; el calor de su cuerpo contra el mío mientras pego su espalda a mi pecho. Mis manos recorren sus curvas, reclamando cada centímetro, mientras mis labios le rozan el cuello, saboreando sus suaves jadeos que piden más.

Le aparto el pelo de la cara y deslizo los labios hasta la base de su cuello, rozando su piel con besos suaves y deliberados. La he tomado antes con un hambre implacable, la he reclamado de formas que la han dejado sin aliento. Pero ahora anhelo algo más profundo. Algo íntimo.

Ella echa una mano hacia atrás y sus dedos se enredan en mi pelo, enviando un escalofrío por mi espalda. Suelto una risita grave contra su oreja, apretándome más contra ella hasta que mi polla se contrae contra la curva de su culo. Su cuerpo reacciona, arqueándose ligeramente, y me cuesta un mundo contenerme.

Con un juguetón mordisquito en la tierna piel que hay detrás de su oreja, la rodeo con un brazo y encuentro su pezón, haciendo rodar el tenso botón entre mis dedos. Ella jadea, arqueando la espalda hacia mí, invitándome a más. Cada centímetro de su respuesta me vuelve

loco, mi autocontrol se deshilacha a medida que mi deseo llega al punto de ruptura.

Estoy increíblemente duro, cada nervio vivo con la necesidad de tomarla, de doblegar bajo mi cuerpo a esta mujer despampanante y reclamarla hasta que sea completamente mía. Y lo haré, pero esta vez, lo saborearé, alargando cada momento hasta que sienta la profundidad de mi necesidad en cada embestida deliberada y controlada.

—Valentina —mi voz es grave y ronca al pronunciar su nombre. Cuanto más le doy, más me da *ella* a mí y más me doy cuenta de que hay algo en ella que me golpea de lleno en el pecho, justo debajo de las costillas.

—Sí.

No pregunta, me lo dice; exige, con el más seductor de los silencios, que me desea. Un gemido grave escapa de mi garganta mientras mis labios rozan su hombro y mi mano suelta su pecho para agarrar mi polla. Arrastro la cabeza por su piel desnuda y sensible, provocándola, sintiéndola temblar bajo mi cuerpo. Ella arquea las caderas, levantando el culo lo justo para guiarme, su súplica silenciosa expresada a través de sus movimientos. Sus gemidos suaves y desesperados cortan el aire, un canto de sirena que me incita a avanzar, diciéndome que la estoy haciendo esperar demasiado y que no puede más.

—Ay, cosita dulce —me acomodo y me deslizo lentamente en ella. Está impecablemente húmeda, tanto que se traga mi polla casi por completo. Me quedo ahí un momento, sin moverme, satisfecho de cómo su interior se contrae y ondula sobre mí.

—¿Vas a tenerme esperando? —pregunta lastimeramente, mirándome de reojo. Su tono es de reproche.

¿Cómo puedo decirle que me estoy dejando llevar?

En lugar de eso, le muerdo el hombro y me gano un grito ahogado mientras se aprieta con fuerza contra mi miembro. Entonces, empiezo a moverme, poco a poco, hasta que nos mecemos juntos.

Ella es fuego y magia y todas las cosas buenas que hay entre medias. La he conocido en el caos de la urgencia, en el fuego del deseo crudo y sin restricciones. Pero ahora, quiero la tormenta tranquila, lo lento y lo tierno. Quiero perderme en ella, saborear cada delicado temblor, cada suspiro. La necesito, atada a mí, mi cuerpo inmerso en su calor, descubriéndola de nuevo con cada lánguida embestida. Quiero cartografiar sus profundidades como un devoto, sentir el dulce dolor de su rendición y la liberación rítmica que nos une más con cada aliento.

—Dime lo que quieres —*quiero que lo tengas todo*. No puedo decir eso, no con lo… rápido que ha sucedido todo esto.

Puedo *oírla* sonreír. —Estoy disfrutando de esto. Pero podrías… —no termina la frase, pero coge mi mano y la desliza por su vientre, entre sus piernas, ya abiertas a mis embestidas. Sus gemidos me atraviesan mientras la acaricio y la follo al mismo tiempo. Casi puedo sentir su clítoris palpitar mientras lo presiono y lo rodeo.

Su risa acompaña su cabeza echada hacia atrás, su espalda arqueándose cuando parece que doy en un punto que la hace temblar. Ahora, su pecho sube y baja como si no pudiera recuperar el aliento, y me niego a cambiar nada de lo que estoy haciendo. —Jodidamente dulce.

Se retuerce contra mí y yo gimo en su oído. —Sigue haciendo eso. Frota ese coño contra mi polla.

Valentina hace exactamente lo que le digo. Dejo que un dedo se introduzca, con mi polla todavía dentro, moviéndose ahora más rápido. Ella gime mientras la embisto. —¡Joder, sí!

Necesito más, lo necesito todo. Con un rápido movimiento, me salgo y le doy un fuerte y sonoro azote en el culo; el sonido restalla en el

aire y le arranca un jadeo. La guío hacia arriba, colocándola a cuatro patas, con la espalda arqueada y lista para mí.

Agarrándola por las caderas, provoco su entrada con la punta de mi polla, presionando lentamente, saboreando cada centímetro mientras la reclamo. Ella empuja hacia atrás, desesperada, acogiéndome por completo hasta que estoy enterrado hasta la empuñadura. Sus dedos se aferran a la cama, los nudillos blancos, mientras me muevo en embestidas lentas y deliberadas, cada una profunda y posesiva. Mi respiración se vuelve entrecortada, el calor resbaladizo de sus paredes me aprieta más, me atrae más profundo, hasta que la habitación se llena con el sonido de nuestros cuerpos moviéndose en un ritmo perfecto e implacable.

—¡Oh, Dios mío, sí!

Le agarro el pelo, tirando de su cabeza hacia atrás con la fuerza justa para hacerla jadear, el equilibrio perfecto entre control y rendición. Cada embestida se clava en ella, el sonido crudo y húmedo de mi polla golpeándola llena la habitación, resonando en las paredes como una sinfonía primigenia. El mundo exterior se disuelve, desvaneciéndose en la nada mientras nuestros movimientos se convierten en todo: bruscos y tiernos, desesperados y deliberados. Los límites entre nosotros se desdibujan en una neblina de calor y hambre mientras la reclamo, mientras ella me toma, mientras nos perdemos en el ritmo implacable de la posesión y la liberación.

En algún momento, la giro para que quede tumbada en la cama. Se revuelve en mis brazos, volviéndose para mirarme, con los ojos oscuros y salvajes, los labios entreabiertos, desesperada. Estrello mi boca contra la suya, nuestro beso es frenético, los dientes rozándose, las lenguas enredándose. Sus uñas se clavan en mis hombros mientras la levanto, apretándola contra la pared, sus piernas envuelven firmemente mi cintura.

—Te necesito —resopla, su voz es cruda, casi un gruñido, y eso es todo lo que hace falta. Me coloco y, con una fuerte embestida, estoy

dentro de ella, hundiéndome en su calor. Ella grita, agarrándome con más fuerza, su cuerpo encontrándose con el mío con igual hambre.

La habitación está llena de los sonidos de nuestros cuerpos chocando, de respiraciones entrecortadas y gemidos desesperados. La embisto, más fuerte, más rápido, sus uñas arañan mi espalda, dejando marcas que llevaré como trofeos. Se aferra a mí como si yo fuera su única ancla, y estoy perdido en ella: en su olor, su sabor, su necesidad implacable.

Es una locura, un ritmo frenético y primario que nos consume a ambos. El mundo se reduce a este momento, a la forma en que ella me rodea, a la forma en que sus gritos se hacen más fuertes con cada embestida y a la forma en que su cuerpo se tensa cuando empieza a desmoronarse.

Y cuando lo hace, cuando sus gemidos se convierten en gritos y su cuerpo se sacude con la liberación, yo la sigo, dándole todo, reclamándola por completo en una oleada final y desesperada de placer que nos deja a ambos temblando, agotados y completamente destrozados.

Sus labios empiezan a temblar mientras me retiro lentamente y le acaricio el pelo. Y entonces, antes de que pueda calibrar lo que está pasando, rompe a llorar.

—Valentina —digo, apartándome lo justo para verle la cara. Sus ojos grandes y oscuros se encuentran con los míos—. ¿Qué pasa?

—Estoy bien —susurra, pero su voz la traiciona. Vacila como un fino cristal bajo presión, y el temblor de sus manos no pasa desapercibido.

—Mientes —digo simplemente.

Intenta apartarse, pero no la dejo. Mis manos se mantienen firmes en su cintura, anclándola, manteniéndola donde pueda verla. Sea lo que sea esto, no es algo que vaya a dejar que cargue sola.

—Valentina —repito, más suave esta vez, pero no menos resuelto—, habla conmigo.

Su respiración se entrecorta y aparta la mirada, sus ojos se desvían hacia el vendaje de mi costado. El roce me escuece, pero no es nada comparado con la opresión en mi pecho mientras la veo luchar por encontrar las palabras.

Levanta las manos, vacilantes, temblorosas. Y entonces toca el borde del vendaje, las yemas de sus dedos rozan el lugar donde la sangre todavía se adhiere a mi piel.

El gesto es tan ligero, tan cuidadoso, pero su contacto me provoca un escalofrío que no es de dolor, sino de algo mucho más visceral.

—He recibido una llamada —dice finalmente, su voz apenas un susurro.

Las palabras impactan como un disparo de advertencia, agudas y llenas de un peso tácito.

—¿Qué tipo de llamada? —exijo, centrando toda mi atención en ella.

Todo su cuerpo se estremece mientras apoya la palma de la mano en mi costado, su calor traspasando el vendaje. —Ellos… —traga saliva, su mirada vuelve a la mía, llena de angustia—. Dijeron que me ayudarían a escapar, que me darían todo lo que necesitara: papeles, dinero, libertad.

El nudo en mi estómago se aprieta, pero mantengo mi expresión impasible. —Sigue.

Su voz se quiebra. —Todo lo que tendría que hacer es matarte, Luca.

Me mira, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas, y por un momento, la habitación se siente sofocantemente silenciosa. El silencio es un arma, una que empuño mientras la miro fijamente, dejando que sus palabras calen. Ella no aparta la vista, aunque puedo ver el miedo retorciéndose en su interior.

—Quieren verte muerto —continúa, su mano temblando contra mi costado—. Dijeron… que sería fácil. Que cuando tú… cuando estés debilitado por el amor, yo podría…

Se interrumpe, incapaz de terminar, pero no necesito que lo haga. Ya lo sé.

El fuego en mi pecho se aviva, ardiendo más que el roce en mi costado. No hay lugar para la duda, ni para la vacilación. Le rodeo la muñeca con la mano, apartándosela suave pero firmemente del vendaje.

—¿Es eso lo que quieres, Valentina? —pregunto, mi voz serena, tranquila… pero es el tipo de tranquilidad que convierte las tormentas en catástrofes—. ¿Libertad, a costa de mi vida?

Sus labios se separan, pero al principio no salen palabras. Niega con la cabeza, con la respiración entrecortada. —No —dice, la palabra se rompe al salir de su garganta—. No, yo nunca podría…

—¿Entonces por qué tiemblas? —la corto, apretando ligeramente mi agarre en su muñeca.

Sus lágrimas se derraman, una deslizándose por su mejilla. —Porque odio esto. Odio que piensen que soy capaz de hacerlo. Odio estar atrapada en este mundo en el que incluso me ven como un peón en su juego. Odio… —se detiene, con la respiración superficial, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, no hay nada más que devastación en ellos—. Odio no saber quién soy ya.

Por un momento, olvido el dolor en mi costado, la traición aún fresca del almacén. Todo lo que veo es a ella, aterrorizada, furiosa, rompiéndose en mis brazos. —Valentina —digo, y mi mano se mueve por sí sola, acunando su mandíbula y obligándola a mirarme—. No eres un peón. No para mí.

Su risa es amarga, ahogada. —¿No lo soy? ¿No es eso todo lo que soy en este matrimonio?

—No —mi voz es cortante—. Eres mi esposa. Y nadie, ni ellos, ni nadie, te usará contra mí. ¿Entendido?

Sus lágrimas caen más rápido ahora, pero asiente. La acerco más, presionando mi frente contra la suya, obligándola a sentir el peso de mis palabras. —Bien —murmuro—. Porque cualquiera que te amenace, cualquiera que piense que puede tocarte o convertirte en su arma, aprenderá exactamente lo que significa cruzarse en mi camino. Eres mía, Valentina. Y no comparto.

Su respiración se entrecorta de nuevo, pero esta vez no es por miedo. Puedo sentir el cambio, sutil pero innegable, en la forma en que su cuerpo se relaja ligeramente en mi agarre. E incluso mientras la tormenta ruge dentro de mí, siento su tranquila resolución envolviendo el caos. La suelto, lenta y deliberadamente. Pero cuando vuelvo a hablar, no hay lugar para la discusión.

—Me contarás todo sobre esa llamada —digo—. Cada detalle.

Nadie, nadie, me quita lo que es mío.

12

VALENTINA

El móvil descansa sobre mi regazo, con la pantalla tan oscura e inmóvil como la habitación que me rodea. Mis dedos se cierran a su alrededor, apretándolo más de lo necesario, como si sujetarlo pudiera evitar que mis pensamientos se descontrolaran. Pero no funciona.

Le he contado a Luca lo de la llamada. Creía que se enfadaría, que quizá incluso intentaría hacerme daño. En cambio, solo ha mostrado... ¿amor? Quiero llamarlo amor, por la fiereza con la que me ha abrazado, por su mandíbula apretada, por la forma en que le ardían los ojos. Pero en este mundo, todo es resbaladizo, y no estoy segura de cuál es mi lugar. Luca está observando, esperando, probablemente ya va diez pasos por delante. Si la persona al otro lado del teléfono pensaba que podía utilizarme para hacerle daño, no entendía con quién se estaba metiendo.

Pero, por otro lado, ¿acaso lo entiendo yo?

Me muevo en el borde de la cama y me abrazo las rodillas. La seda de mi camisón me roza la piel, fresca y ligera, en contraste con el pesado nudo que se me aprieta en el pecho. Matar a Luca.

La idea me había parecido absurda en el momento en que la oí. Ahora me parece obscena. Él no es el tipo de hombre al que matas; es el tipo de hombre que sobrevive a todo, el que se asegura de que

tú no lo hagas. Y, sin embargo, la idea persiste. No el acto en sí, sino lo que representa. Libertad.

¿La quiero? ¿Una vida sin este hombre y todos los peligros que conlleva?

Podría dejar esta vida, escapar de las férreas garras de la familia Salvatore y de la constante y asfixiante vigilancia de Donna Maria. Podría ir a algún lugar donde nadie me encontrara jamás. Pero entonces, la voz de Luca me llega, profunda e ineludible.

Eres mía, Valentina. Y yo no comparto.

Un escalofrío me recorre, en parte miedo, en parte algo mucho más peligroso.

Le conté lo de la llamada porque no soy estúpida. Mi móvil está intervenido, cada uno de mis movimientos probablemente está siendo escudriñado. Incluso sin su confirmación, sé que los hombres de Luca están peinando cada detalle de mi vida, buscando amenazas, señales de traición.

Pero la verdad —la desordenada y enrevesada verdad de la que parezco no poder escapar— es que no quiero traicionarlo.

Apoyo la frente en las rodillas y exhalo con un temblor. En algún momento, Luca ha pasado de ser mi captor a ser algo completamente distinto. Es caos y poder, peligro y protección, todo envuelto en un hombre que parece ver cada parte de mí que preferiría mantener oculta.

Lo odio por ello. Y me siento atraída por él a causa de ello.

Por eso matarlo no es una opción. No solo porque sea imposible o suicida, sino porque no podría hacerlo ni aunque lo intentara.

En su lugar, pienso en Sofia. Su imagen me viene a la mente con facilidad: su sonrisa radiante, su ingenio rápido, la forma en que siempre parecía saber exactamente qué decir para sacarme del

abismo. Odiaría este lugar, este mundo, a este hombre. Me llamaría idiota por pensar siquiera que podría sobrevivir aquí.

Y, sin embargo, me ayudaría.

¿O no?

Ese pensamiento me hace dudar, mi mente da vueltas a los riesgos. Si Sofia se ve comprometida por intentar ayudarme, podría destruirnos a las dos. La aguda mirada de Donna Maria aparece en mi mente, su voz fría advirtiéndome con cada palabra cuidadosamente elegida. Miro hacia la ventana, el tenue resplandor de la luna se derrama por la habitación. Lo baña todo en tonos plateados y sombríos, hermoso y engañoso.

Sofia es mi única opción. Si consigo convencer a Luca —o a Donna Maria— de que su visita es inofensiva, solo dos amigas poniéndose al día, podré traerla a la finca. Una vez que esté aquí, podremos pensar en lo demás. Ella puede decir las cosas que necesito oír, darme un baño de realidad, ayudarme a entender si esta es la clase de familia en la que envejecer. Son respuestas que no puedo encontrar por mí misma.

Pero el plan se siente frágil, incompleto, un salvavidas raído al que me aferro con ambas manos, porque no estoy segura de lo que quiero conseguir. Quiero libertad, una vida en mis propios términos, pero *también* quiero a Luca. Incluso ahora, siento el fantasma de su contacto sobre mi piel, la forma en que su mano se demoró en la mía cuando le conté lo de la llamada. Su rostro, con esas pestañas ridículamente largas y esos ojos bellamente oscuros e impregnados de bosque, aparece fugazmente en mi mente. El hombre que me miraba como si yo fuera su mundo entero, incluso mientras la sangre de sus enemigos se secaba en sus manos.

El Luca que me hace sentir cosas que no quiero sentir. Me cubro la cara con las manos, el conflicto se retuerce cada vez más dentro de mí. La cama se siente demasiado grande, demasiado fría, mientras

me recuesto y miro al techo. El plan es lo único que me mantiene con los pies en la tierra, aunque la duda carcome sus cimientos.

Para cuando caigo en un sueño intranquilo, el nombre de Sofia es un mantra en mi mente. Tiene que ayudarme. Es la única que puede.

A la mañana siguiente, me despierto con apetito, lo que es una bendita distracción. Una ducha y un cambio rápido de ropa después, bajo las escaleras. El comedor del desayuno resplandece con la luz de la mañana, cada centímetro pulido hasta una perfección gélida. La luz del sol se filtra a través de visillos, salpicando la larga mesa de caoba con un suave dorado. El aroma del café recién hecho se arremolina en el aire, mezclándose con el olor a pan caliente, a miel y al leve toque cítrico de un cuenco de naranjas sanguinas colocado en el centro de la mesa. Sería una escena elegante, casi idílica, si no fuera por la opresiva tensión que se espesa con cada segundo.

Luca y Donna Maria ya están en la mesa. Me trago un suspiro y me siento entre ellos; cada movimiento mío parece una onda en aguas tranquilas que amenaza con romper la delicada calma. Luca está concentrado en su plato, su cuchillo corta una tortilla dorada con movimientos precisos y medidos. Donna Maria, sentada a la cabecera de la mesa como una reina, sorbe su café en silencio.

Cojo una cuchara, mis dedos rozan la fría plata, y tomo un bocado de yogur rociado con miel. Es cremoso y rico, pero se siente pesado en mi lengua. No lo saboreo. Mi mente está en otra parte, ya ensayando las palabras que necesito decir.

El suave tintineo de la cubertería llena la sala, salpicado por el ocasional raspar de la porcelana. Nadie habla.

Finalmente, reúno el valor para romper el silencio. —¿Me preguntaba si podría invitar a Sofia?

Las palabras parecen quedar suspendidas entre nosotros, la pacífica fachada de la habitación se hace añicos en un instante. Donna Maria baja su taza con un minúsculo *clic* que es mucho más intimidante

que cualquier gesto brusco. Sus ojos oscuros se clavan en los míos, penetrantes en su minuciosidad. Busca indicios de algo. —Sofia —repite, su voz suave pero gélida—, tu amiga de antes.

—Sí —digo, obligando a mi tono a permanecer tranquilo—. Hace tiempo que no la veo. Pensé que sería agradable ponernos al día.

Su expresión se endurece, un sutil cambio que me provoca un escalofrío por la espalda. —¿Y por qué necesitarías «ponerte al día» ahora?

Dejo la cuchara con cuidado en el borde de mi plato, mis manos firmes aunque mi corazón late con fuerza. —Porque es importante para mí. Creo que su visita me ayudaría a... adaptarme a todo.

Su silencio es ensordecedor.

Luca levanta la vista de su plato, sus ojos verdes van de una a otra. Hay un rastro de curiosidad en ellos, pero no interviene. Todavía no.

Donna Maria deja su taza, el delicado tintineo de la porcelana resuena en la silenciosa habitación. —Valentina, esta casa no es un lugar para visitas ociosas. Cada invitado conlleva un riesgo, una distracción. —Se echa ligeramente hacia atrás, entrecerrando la mirada—. Estoy segura de que lo comprende.

Hago acopio de todas mis fuerzas para no estremecerme. Sus palabras son calculadas, cada una un sutil recordatorio de mi precaria posición en este mundo. —No es un riesgo —digo, mi voz firme a pesar de los latidos en mi pecho—. Es mi amiga. Y la quiero aquí.

La tensión se estira hasta el límite, un hilo a punto de romperse. Donna Maria inclina la cabeza, su mirada afilada me atraviesa. —¿Quieres? —repite, la palabra gotea desdén—. Se te ha dado mucho, Valentina. Ten cuidado con la frecuencia con la que pides más.

La ira estalla en mi pecho, caliente e inoportuna. Me obligo a sostenerle la mirada, sin querer retroceder. —No pido mucho. Solo

pido por mi amiga.

El aire parece congelarse, cada segundo se alarga hasta la eternidad. Entonces, lentamente, Donna Maria vuelve su mirada hacia Luca, en un silencioso ruego de apoyo.

Luca exhala profundamente, su irritación palpable. Deja el tenedor y me mira, su expresión indescifrable. Por un momento, me pregunto si se pondrá de su lado, si me cortará con la misma calma y determinación que ha usado para controlar todo lo demás en mi vida. Pero entonces habla. —Valentina debería poder invitar a sus amigas —dice simplemente, como si eso fuera todo lo que hay que decir.

Si cabe, esto mina aún más mi determinación. Está confiando en mí. Pero quizá también esté esperando a ver qué hago. Mi labio inferior tiembla ligeramente. Donna Maria se pone rígida, su disgusto es evidente en la fina línea de sus labios. Pero no discute. Inclina la cabeza ligeramente, un reconocimiento a regañadientes de la autoridad de Luca.

—Como desee —dice, su voz cortante.

El momento pasa, pero la tensión persiste. Me obligo a tomar otro bocado de yogur, la miel de repente demasiado dulce. Luca reanuda su comida como si nada hubiera pasado, pero hay una leve, casi imperceptible, curva en sus labios.

No sé si es aprobación o diversión. Donna Maria se disculpa poco después, sus tacones repiquetean bruscamente contra el suelo mientras abandona la habitación. El sonido resuena, y con él, parte de la tensión se disipa.

Luca se disculpa para hacer una llamada rápida. Cuando vuelve, simplemente me mira, su mirada se detiene un momento antes de volverse hacia su plato. —Estará aquí pronto —dice, casi con indiferencia.

—Gracias —consigo decir, sin fiarme de poder decir nada más.

No responde, pero hay un destello de algo en su expresión, algo que hace que mi corazón tropiece de una manera que no estoy preparada para analizar. El desayuno termina, pero el peso de lo dicho —y lo no dicho— se queda conmigo. Decido dar un paseo por los jardines de la finca.

Una exuberante extensión de setos bien cuidados y flores vibrantes me da la bienvenida, sus pétalos se mecen perezosamente con la brisa de la tarde. Los pájaros gorjean a lo lejos, y el suave zumbido de los insectos llena los espacios entre sus cantos. Es el tipo de lugar que podría arrullar a alguien en una falsa sensación de paz.

Aproximadamente media hora después, un guardia viene a decirme que Sofia ha llegado. Le pido que la envíe a donde estoy. Momentos después, llega y se pone a caminar a mi lado, sus tacones crujen ligeramente contra el camino de grava. Su sonrisa es agradable, casi demasiado agradable, el tipo de máscara que aprendes a llevar cuando has crecido rodeada de gente que se nutre de juegos de poder y engaños. Pero la conozco mejor que eso. Hay tensión en la postura de sus hombros, una rigidez en su mandíbula. Siente el peso de este lugar, los ojos que siempre están observando.

Llegamos a un rincón apartado bajo una pérgola cargada de glicinas. Las flores cuelgan en delicados racimos, su suave tono púrpura incongruente con la tormenta que se gesta dentro de mí. Echo un vistazo hacia la finca. Nadie nos ha seguido. Al menos, espero que nadie lo haya hecho.

Sofia se detiene y se vuelve para encararme con una sonrisa ensayada. —Esto es precioso —dice, su voz ligera. Si no la conociera, diría que se alegra por mí—. Prácticamente un palacio.

No le devuelvo la sonrisa. —¿De verdad lo crees? —pregunto.

Su sonrisa vacila, reemplazada por un destello de preocupación. —Valentina…

—Sofia —la interrumpo, mi tono más brusco de lo que pretendía. Lo suavizo, mirando a mi alrededor una vez más para asegurarme de que estamos solas—. Si las cosas se tuercen, si todo se viene abajo, necesito tu ayuda para escapar. Nadie más puede saber de esto. Necesito una vía de escape que nadie espere.

La ligereza de los momentos anteriores se evapora. Las cejas de Sofia se fruncen, sus labios se separan como para protestar, pero no lo hace. En cambio, me estudia, sus agudos ojos captan cada detalle de mi rostro.

—¿Escapar? —dice finalmente, su voz llena de pánico—. Valentina, ¿siquiera sabes lo que estás pidiendo?

—Lo sé —digo con firmeza, aunque se me hace un nudo en el estómago—. No estoy diciendo... —Las palabras se me mueren en la garganta. *¿Qué estoy diciendo? ¿De verdad quiero huir?*

—¿Quieres largarte de aquí?

Niego con la cabeza. —No lo sé. Hay momentos en los que no quiero, y momentos en los que sí. Solo... necesito tener esa opción.

Su preocupación se acentúa, pero no discute. En su lugar, mira hacia la finca, su mirada se detiene en los imponentes ventanales que parecen cernirse sobre todo. —¿De verdad crees que puedes escapar de alguien como él?

Trago saliva. —No lo sé. Pero si me quedo aquí y no tengo un plan, me perderé por completo. No puedo permitir que eso ocurra, Sofia. Te necesito.

Sofia se acerca, su voz baja a un susurro. —Si te pillan, Val, no serás solo tú. Irán a por cualquiera que te haya ayudado. Incluida yo.

Asiento, con la garganta apretada. —Lo sé. Por eso nadie más puede saberlo. Solo tú y yo.

Sus ojos buscan los míos durante lo que parece una eternidad antes de que finalmente exhale, un suspiro resignado que lleva el peso de

su decisión. —Ya he pensado en eso —dice en voz baja.

Se me corta la respiración. —¿Qué quieres decir?

Sofia vuelve a recorrer el jardín con la mirada antes de inclinarse ligeramente. —Hay una forma de crear una distracción, algo que podría darte tiempo suficiente. Pero es arriesgado. Tendremos que usar sus propios sistemas en su contra.

La idea es aterradora y estimulante a partes iguales. —¿Qué tipo de distracción?

Duda, jugueteando con el bajo de su chaqueta. —Es mejor que no diga mucho ahora. Cuanto menos sepas, más segura estarás. Pero cuando llegue el momento, tendrás que estar preparada. Sin vacilaciones, sin dudas. ¿Puedes hacerlo?

Dudo, el peso de sus palabras me oprime. ¿Podría realmente irme? ¿Podría alejarme de Luca, de esta vida, de la extraña atracción que ejerce sobre mí?

—Puedo —digo finalmente.

Estás mintiendo, grita una voz dentro de mi cabeza.

Sofia asiente, pero su expresión no se suaviza. —Esto no es un juego, Valentina. Si quieres salir, tienes que estar dispuesta a arriesgarlo todo. Una vez que empiece, no hay vuelta atrás.

—Lo entiendo.

Me estudia un momento más y luego me aprieta la mano. Es un gesto pequeño, pero se siente como un ancla en el caos. —Eres más fuerte de lo que crees —dice suavemente.

No me atrevo a decirle que la fuerza no me servirá de mucho cuando mi corazón titubea, así que fuerzo una sonrisa. —Esperemos que sí.

Nos quedamos allí un momento, la tensión entre nosotras da paso a un silencio incómodo. En la distancia, una puerta se cierra de golpe,

el sonido resuena débilmente a través del jardín. —Deberíamos volver —dice Sofia, su voz baja.

Asiento, el pecho se me oprime mientras emprendemos el lento camino de regreso a la finca. El sendero parece más largo ahora, el peso de lo que acabamos de discutir se asienta pesadamente sobre mis hombros.

Al acercarnos a la entrada, Sofia me mira, su expresión indescifrable. —Cuando llegue el momento, lo sabrás —dice en voz baja—. El resto, Valentina, depende de lo que elijas.

13

LUCA

La pulida superficie de la mesa brilla bajo la cálida luz de la lámpara de araña del despacho, pero el ambiente de la habitación no tiene nada de cálido. Mapas y documentos se extienden como las piezas de un puzle roto, cada uno un recordatorio de la emboscada de anoche. Aprieto la mandíbula mientras me inclino hacia delante, con las manos extendidas sobre la mesa. La tensión en la sala es asfixiante, y los hombres sentados a mi alrededor se mueven, incómodos, bajo mi mirada.

—Explicadme —empiezo, con una voz lo bastante afilada como para cortar el acero—, ¿cómo es que nos han dejado en ridículo?

Nadie habla.

Marco se aclara la garganta y sus penetrantes ojos azules recorren la sala antes de mirarme. —Todavía estamos atando cabos. Son cuidadosos, no tienen afiliaciones obvias. Pero el momento...

—El momento es Rossi —termino por él, con un tono seco y amargo.

Un músculo se contrae en la mandíbula de Marco y asiente. Adriano, sentado a mi izquierda, se remueve en la silla. Sus ojos oscuros están fijos en mí y se muerde el interior de la mejilla. —Interrogaremos a todos los informadores de la red —dice—. Nadie se va a librar.

Asiento una vez con un brusco gesto de aprobación. —Bien. Quiero nombres, alianzas y motivos. Si siquiera susurran el nombre de Rossi, quiero que los arrastréis hasta aquí.

La sala vuelve a guardar silencio mientras mis palabras calan. Miro a Dante, que está recostado en su silla con los brazos cruzados. Su habitual aire de suficiencia ha desaparecido, sustituido por una seriedad que me dice que hasta él entiende lo que nos jugamos. —Dante —digo para captar su atención—. Registros financieros. Averigua si alguien ha estado moviendo dinero de forma que no tenga sentido. Sigue todas las pistas.

Dante asiente, con expresión tensa.

La reunión se alarga y me obliga a tomarme tres tazas de café una detrás de otra. Los informes empiezan a llegar con cuentagotas a medida que avanza la noche, cada uno más frustrante que el anterior. Todas las pistas apuntan a la misma conclusión: una facción pequeña pero despiadada, respaldada por la familia Rossi, llevó a cabo la emboscada de esa noche.

Descubrirlo me abrasa en una oleada de ira que mantengo bajo un estricto control. Los Rossi siempre han sido ambiciosos, pero ¿esto? Esto es un desafío directo, una declaración de guerra al poder de mi familia. —Rossi cree que puede tomar lo que es mío —digo, mi voz baja pero rebosante de amenaza.

Marco se inclina hacia delante, con la mirada firme. —Le recordaremos por qué eso es un error.

—Lo haremos —convengo—. Pero primero quiero saber quién es el traidor. No podrían haber sabido que estaríamos allí sin información interna.

La puerta del despacho se abre con un crujido y Enzo, el verdugo de los Salvatore, entra con el rostro sombrío. Arrastra a Franco De Luca, un hombre con el que he compartido copas, en quien he confiado en mi mesa, e incluso he defendido una vez cuando otros dudaron de

su lealtad. Se encargaba de los desvíos y controlaba el acceso a los puertos secundarios. Si hubiera querido, podría haber trazado un mapa de mis movimientos con precisión de horas. Ahora parece como si lo hubieran sacado de la tumba. Está pálido como un fantasma, su mirada salta de mí al suelo y de vuelta, como si no estuviera seguro de cuál de los dos se abrirá primero. —Luca —dice Enzo, con voz tensa—. Tiene algo que decir.

Me alejo de la mesa. Mis ojos están clavados en Franco, que tiembla como si ya supiera que esta es la última habitación en la que estará. —Habla.

Traga saliva con dificultad. —Amenazaron a mi hija —suelta—. Dijeron que la matarían si no les daba algo. No quería, lo juro. Solo les dije cosas sin importancia. Plazos de entrega. Rutas de viaje. Solo una vez. Pensé que podría controlarlo...

Las palabras mueren en su garganta.

Doy un paso más, mi presencia se cierne sobre él. —Me has vendido —digo, con voz tranquila pero letal. Le flaquean las rodillas y cae al suelo, sollozando—. No tuve elección —suplica—. Habrían matado a mi familia...

Me agacho, le cojo la barbilla y le obligo a mirarme. —¿Crees que tu familia está a salvo ahora? —pregunto, con voz gélida—. ¿Crees que quienquiera que dirija la facción cumplirá su palabra? Te utilizan y luego te matan. Y ahora, tu error me ha costado dos hombres.

Sus sollozos se hacen más fuertes, pero ya he oído suficiente. Lo suelto y me yergo en toda mi estatura. Mi mano se desliza hacia la pistola que llevo al cinto, su peso es un frío consuelo.

—Luca —dice Marco en voz baja, con un deje de advertencia en su tono. Lo ignoro. Mi dedo se aprieta en el gatillo y un solo disparo rompe el silencio. El hombre se desploma en el suelo, sin vida.

La habitación queda en un silencio sepulcral. Nadie se mueve. Me vuelvo hacia Marco, con expresión fría. —Limpia esto.

Él asiente y Enzo se adelanta para sacar el cuerpo de la habitación. Cuando la puerta se cierra tras ellos, alcanzo a ver a Valentina de pie en el pasillo. Debe de haber oído el disparo. Sus ojos están oscuros. Por un momento, el fuego de mi pecho se atenúa.

—Vuelve a tu habitación —le digo, con voz suave.

Ella no se mueve, su mirada fija en la mía.

—Valentina —repito, esta vez con más firmeza.

Ella asiente lentamente, se da la vuelta y desaparece por el pasillo.

El fuego en mi pecho se reaviva, pero esta vez arde de forma diferente. La facción, y los cerebros y el dinero que hay detrás, pagarán por esta traición, y me aseguraré de que nunca tengan otra oportunidad de atentar contra mí o mi familia.

El resto del día transcurre a retazos. Me reúno con Marco y Adriano en el estudio y les explico lo que hay que hacer: nombres a los que llamar, rutas que cerrar, hombres que reasignar. Enzo se encarga de la limpieza sin decir palabra. No hay necesidad de órdenes entre nosotros. Ya hemos hecho esto antes. Paso horas en el despacho, revisando informes, buscando patrones en el caos, asegurándome de que nadie más se cuele por las grietas. Hay un momento en que la luz cambia, en que el dorado se desvanece de las ventanas y la noche empieza a caer, pero apenas me doy cuenta. No como. No hablo a menos que sea necesario. No dejo de hacer lo que hay que hacer.

Para cuando subo las escaleras, la finca se ha calmado. Los guardias se colocan en sus puestos de noche. Los pasillos se extienden en silencio y, por primera vez en todo el día, no hay nadie esperando una decisión.

El dormitorio está en silencio, salvo por el leve susurro de la brisa nocturna que se cuela por la ventana ligeramente entornada. Entro, con mis pensamientos aún consumidos por el caos del día, la traición, la sangre. Mi mano roza el marco de la puerta al cerrarla

tras de mí, esperando que la habitación esté a oscuras, esperando que ella esté dormida. Pero la suave luz de la luna se derrama por el espacio, y lo que veo me deja clavado en el sitio.

Está de pie junto a la ventana, las cortinas vaporosas la enmarcan como un retrato. El tenue resplandor perfila las curvas de su cuerpo, envuelto en una delicada lencería que se adhiere en todos los lugares adecuados, dejando poco a la imaginación. Su pelo cae en cascada por su espalda, brillando como el fuego bajo la luz plateada.

Por un momento, la furia que he arrastrado toda la noche se disipa, sustituida por algo más profundo, más primario. Sus ojos se encuentran con los míos y veo un destello de duda en ellos, pero también algo más: una brasa de desafío, de curiosidad.

Cruzo la habitación en tres largas zancadas hasta ella. No se mueve, no retrocede, pero sus labios se separan ligeramente, un suspiro superficial se escapa de ellos. Cuando la alcanzo, me detengo, cerniéndome sobre ella mientras dejo que mi mirada recorra su cuerpo. Mi mano se eleva, apartando un mechón de pelo de su cara, mis dedos se detienen en su mandíbula. Su piel es suave, cálida bajo mi tacto, y cuando inclino su barbilla hacia arriba, no se resiste. —Luca —murmura, su voz apenas audible.

El sonido de mi nombre en sus labios me provoca un escalofrío por la espalda.

Sin una palabra, deslizo un brazo alrededor de su cintura, atrayéndola hacia mí en un movimiento suave. Ella ahoga un grito, sus manos se posan instintivamente en mi pecho, pero no me aparta.

La levanto sin esfuerzo, acunándola contra mí como si no pesara nada. Su cuerpo es suave y cálido, encajando perfectamente contra el mío. Su aroma, floral y limpio, embriaga mis sentidos.

—Luca —dice de nuevo, esta vez en un susurro, su aliento rozando mi cuello.

La miro y mis labios se curvan en una leve sonrisa. —Esta noche eres mía —digo, mi voz ronca, cargada de una promesa que pretendo cumplir.

Sus ojos se abren un poco, pero no discute, no se aparta. En cambio, me sostiene la mirada, su propia expresión es una mezcla de expectación y vulnerabilidad. La guío fuera del dormitorio, por el pasillo, hasta una cámara separada, cuya puerta abro de una patada. El espacio interior está iluminado de forma selectiva, el resplandor de una única lámpara proyecta sombras en las paredes. Sus ojos recorren la habitación, observando las elegantes estanterías negras que cubren una pared, los objetos cuidadosamente dispuestos. Una colección de juguetes, utensilios y herramientas diseñados para el placer y el control.

Su mirada vuelve a la mía, su respiración se entrecorta al comprender.

La bajo sobre la mullida *chaise longue* que hay en el centro de la habitación, mis manos se demoran en su cintura mientras me aparto lo justo para estudiar su expresión. Hay un toque de incertidumbre, pero queda eclipsado por la curiosidad, tal vez la intriga. Rozo su mandíbula con el pulgar, inclinando su cara hacia la mía. —¿Estás bien? —pregunto suavemente, mi voz es un gruñido grave que vibra entre nosotros.

Ella asiente, sus labios tiemblan ligeramente, pero sus ojos están fijos en los míos.

Doy un paso atrás y me desabrocho la camisa con deliberada lentitud, dándole tiempo a procesar, a adaptarse. Su mirada sigue mis movimientos, sus mejillas se sonrojan cuando la tela cae, revelando las cicatrices, las líneas de mi cuerpo.

—¿Confías en mí, Valentina? —pregunto, mi voz ahora más baja, pero no menos autoritaria.

—Sí —susurra—. De algún modo —añade, porque es ella, obviamente—, sí.

Me inclino, mis labios rozando los suyos en un beso que empieza suave pero que se intensifica rápidamente. Sus manos se enredan en mi pelo, atrayéndome más cerca mientras su cuerpo se arquea contra el mío. El beso es todo calor y hambre, lenguas y dientes chocando en una danza que es a la vez desesperada y controlada.

Cuando finalmente me aparto, sus labios están hinchados, su respiración entrecortada en jadeos cortos y agudos.

Ella asiente, sus manos todavía se aferran a mí como si temiera que pudiera alejarme.

Sonrío una sonrisa oscura y perversa. —Déjame mostrarte cuánto placer puedes soportar.

La habitación está tenuemente iluminada, el débil resplandor de la chimenea proyecta sombras parpadeantes sobre la piel desnuda de Valentina. La forma en que me mira —con sus oscuros ojos cargados de confianza y deseo, los labios ligeramente entreabiertos— me enciende la sangre.

Sobre la mesa, a nuestro lado, hay un cuenco de fresas maduras y un bote de nata montada que he cogido antes de la cocina. Voy a tomarme mi tiempo con ella esta noche, a devorarla, a destrozarla de la mejor manera posible.

—Estás callada —murmuro, recorriendo su estómago con un dedo, deteniéndome justo antes del calor que hay entre sus muslos—. ¿Piensas ser mi angelito obediente esta noche?

Sus labios se curvan en una leve sonrisa. —Quizá.

—¿Quizá? —Cojo el bote de nata montada, el metal frío en mi mano, y me inclino sobre ella, dejando que la punta flote justo por encima de su pecho—. Veamos si puedo hacerte perder la compostura, Valentina.

Presiono la boquilla, dejando que la nata montada se arremoline sobre sus pechos, los picos blancos resaltan contra su piel sonrojada. Ella jadea por el frío, su espalda se arquea ligeramente, sus pezones se endurecen bajo la esponjosa dulzura.

Cojo una fresa y la arrastro lentamente por la nata, observando cómo su pecho sube y baja mientras inspira con un suspiro tembloroso. —Estás para comerte —gruño, llevándome la fruta a la boca, dándole un mordisco y dejando que el jugo permanezca en mi lengua.

—Luca... —susurra, con la voz temblorosa, pero aún no he terminado de provocarla.

Inclino la cabeza y mi lengua lame la nata montada de su pezón. Ella se estremece bajo mi cuerpo, sus manos se aprietan mientras succiono el pico endurecido en mi boca, saboreándola mezclada con la dulzura de la nata.

—Deliciosa —murmullo contra su piel, mi mano libre se desliza hacia abajo para separar sus muslos. Su gemido es suave al principio, pero cuando mis dedos rozan su ardiente humedad, se convierte en algo más profundo, algo más crudo.

—Paciencia —advierto, mordisqueando suavemente su otro pezón antes de deslizar mi lengua por su estómago. Trazo una línea de nata montada a lo largo de la curva de su cadera, mis labios y mi lengua la siguen, saboreando cada centímetro de ella.

Cuando llego a sus muslos, cojo otra fresa, la hago rodar contra su cara interna del muslo antes de acercarla a donde está húmeda y anhelante por mí. Sus caderas se levantan instintivamente, su cuerpo suplica más, pero la sujeto, sonriendo con suficiencia mientras arrastro la fresa por sus pliegues húmedos.

—¡Luca! —jadea, su voz entrecortada, y la forma en que se retuerce bajo mi cuerpo hace que mi polla lata dolorosamente.

—Estás jodidamente perfecta así —murmuro, inclinándome para sustituir la fresa con mi lengua, lamiéndola lenta y provocadoramente. Su sabor se mezcla con la tenue dulzura de la fruta y me vuelve loco.

Sus gritos llenan la habitación mientras la devoro, mi lengua rodeando su clítoris, mis dedos deslizándose en su interior para encontrar el punto que la hace gritar. Está cerca, lo siento en la forma en que su cuerpo se tensa, la forma en que sus caderas se restriegan contra mi cara, desesperada por más.

—Todavía no —gruño, retirándome a pesar de su gemido de protesta —. Te correrás cuando yo te lo diga.

Cojo la nata montada y rocío una línea por el centro de su cuerpo, desde el pecho hasta el ombligo, antes de presionar un beso en sus labios, dejándola saborearse en mí. Luego me coloco en su entrada, agarrando sus muslos mientras me abro paso, estirándola centímetro a centímetro. —Joder —gimo, el calor apretado de su interior me lleva al límite de inmediato—. Me siento como si fueses el único paraíso que podré experimentar. Todas y cada una de las veces.

—Luca —suspira ella, sus manos se clavan en mi espalda mientras empiezo a moverme, lento al principio, dejándola sentir cada centímetro de mí—. Por favor.

—¿Por favor, qué? —exijo, retirándome casi por completo antes de volver a embestir, haciéndola gritar—. Dime qué necesitas.

—A ti —jadea, su voz se quiebra mientras empujo más fuerte, más rápido, creando un ritmo que la deja gimiendo, su cuerpo arqueándose contra el mío—. Te necesito entero.

—Cógeme entero —gruño, mis labios encuentran su cuello, succionando y mordiendo mientras mis manos suben para agarrar sus caderas—. Cada centímetro, cada embestida... esto es mío. Dilo.

—Es tuyo —grita, sus uñas se clavan en mi espalda mientras su cuerpo se contrae a mi alrededor, su orgasmo tan cerca que puedo

sentirlo.

—Córrete para mí —exijo, mis embestidas se vuelven frenéticas, desesperadas—. Córrete para mí, Valentina. Déjame sentir cómo pierdes el control.

Su orgasmo la desgarra, sus gritos llenan la habitación mientras su cuerpo se cierra sobre mí, atrayéndome hacia ella con tanta fuerza que pierdo todo el control.

Le doy un minuto antes de levantarme y dirigirme al cajón junto a la *chaise longue*. Cuando vuelvo, es con dos lazos de seda.

—La noche, Valentina —digo en voz baja—, no ha hecho más que empezar.

Sus ojos se abren de par en par, su respiración se entrecorta mientras le ato las muñecas con los lazos, su cuerpo temblando bajo mi contacto.

14

VALENTINA

Las cintas de seda se me clavan con suavidad en las muñecas, sujetándomelas con firmeza por encima de la cabeza. Puedo sentir la tela fresca contra mi piel, pero no es nada comparado con el calor que irradia su cuerpo mientras se cierne sobre mí. Mi pecho sube y baja en respiraciones superficiales, mi cuerpo tiembla bajo su mirada. Me mira como si yo fuera su mundo entero, sus labios se curvan en esa sonrisa oscura y perversa que me provoca escalofríos.

Sus dedos trazan un camino lento por mis brazos, sobre mis hombros, hasta rozarme los pechos. Me arqueo hacia su caricia, desesperada por más, pero él es exasperantemente lento, me atormenta con cada ligero roce de las yemas de sus dedos.

—Estás impresionante así —murmura, su voz un retumbar profundo que hace que se me acelere el pulso. Sus ojos arden en los míos, oscuros e implacables, y no puedo apartar la mirada. Mis labios se separan y un suave gemido se me escapa mientras sus manos me exploran, posesivas y seguras.

Cada nervio de mi cuerpo se siente vivo; cada caricia, cada roce de sus dedos me enciende más. Cuando se inclina, su aliento caliente contra mi cuello, siento que mi corazón se sobresalta. Sus labios dejan besos ligeros como una pluma a lo largo de mi clavícula, sus dientes rozándome lo justo para dejarme sin aliento.

Tiro de las cintas de seda, necesitando tocarlo, atraerlo más cerca, pero estoy indefensa, completamente a su merced. Ese pensamiento solo hace que el anhelo entre mis muslos sea más intenso, mi cuerpo arqueándose hacia él en una súplica silenciosa.

—Paciencia, Valentina —susurra contra mi piel, su voz cargada de orden y promesa—. Tendrás todo lo que quieras. Pero solo cuando yo decida dártelo.

Las palabras envían una nueva oleada de calor a través de mí, y gimo de nuevo, mis muslos apretándose en un vano intento de encontrar alivio. Él se ríe entre dientes, el sonido oscuro y cómplice, antes de que sus manos se deslicen más abajo, abriendo mis piernas, exponiéndome por completo. Tiemblo bajo él, mi cuerpo ardiendo mientras sus labios viajan más abajo, sus besos se vuelven más hambrientos, más deliberados.

Cuando su boca por fin me encuentra, se me escapa un jadeo y mi cabeza cae hacia atrás contra la chaise longue. Su lengua se mueve con una precisión devastadora, lenta y deliberada, torturándome hasta que mis caderas se sacuden contra él. Me agarra los muslos, manteniéndome quieta mientras me devora, cada movimiento de su lengua y succión de sus labios enviando ondas de choque por todo mi cuerpo.

Estoy perdida, mi respiración sale en jadeos entrecortados, mis gemidos llenan la habitación. No para, no cede, empujándome más y más alto hasta que siento que me tambaleo al borde. Mi cuerpo se tensa, mis gritos se vuelven desesperados mientras ruego por el final, y cuando por fin me arrolla, grito su nombre, mi cuerpo temblando mientras una oleada de placer tras otra me consume.

Pero no se detiene. Todavía no. Su boca y sus manos continúan su asalto implacable, extrayendo hasta el último temblor hasta que soy un desastre tembloroso y jadeante bajo él. Cuando finalmente se aparta, con los labios brillantes, sus ojos se encuentran con los míos, y el hambre en ellos me roba el poco aliento que me queda.

—No hemos terminado, Valentina —dice, su voz grave y llena de promesas—. Ni de lejos.

Mis muñecas caen liberadas cuando las cintas de seda se deslizan, la repentina liberación hace que mis brazos hormigueen. Antes de que pueda procesarlo del todo, está sobre mí, sus manos más rudas ahora, agarrando mis caderas y poniéndome boca abajo con facilidad. El movimiento me deja sin aliento, pero no es nada comparado con la forma en que se presiona contra mí, su calor irradiando a través de cada nervio de mi cuerpo.

—Abre las piernas —gruñe, su voz oscura y autoritaria. No dudo en obedecer, mi cuerpo ya ardiendo de anticipación. Su mano presiona la parte baja de mi espalda, arqueándome perfectamente para él. La punta de su polla me roza, provocándome, haciéndome jadear mientras mi cuerpo anhela más.

Y entonces, está dentro de mí: grueso, implacable, estirándome centímetro a centímetro hasta que está enterrado tan profundo que juraría que puedo sentirlo en todas partes. Se me escapa un grito ahogado, mis dedos se aferran y arañan mientras él se retira casi por completo, solo para embestir de nuevo más fuerte, más profundo, hasta que veo las estrellas.

Su ritmo es implacable, cada embestida deliberada y devastadora, recorriendo cada centímetro sensible de mi interior. Mi cuerpo se tensa a su alrededor, contrayéndose mientras oleadas de placer me recorren, pero él no para. Su mano se enrosca en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás lo suficiente para oír cada gemido, cada sonido desesperado que se derrama de mis labios.

—¿Sientes eso? —gruñe, con la voz ronca—. Eso es mío. Cada centímetro de ti. Cada sonido. Cada puto temblor.

Apenas puedo responder, mis palabras se pierden en la nebulosa de la sensación mientras él me toma, cada embestida empujándome más alto, más cerca del borde de la locura. Sus manos están por todas partes, agarrando mis caderas, deslizándose por mi cintura,

reclamándome por completo mientras se clava en mí con una intensidad que me deja temblando.

Me deshago bajo él, mi cuerpo atrapado entre el placer y la rendición. La fricción, la presión, la forma en que su polla golpea lugares que ni siquiera sabía que existían… es demasiado, y aun así necesito más. Mis gemidos se vuelven más fuertes, los sonidos sin control mientras mi orgasmo se acumula, amenazando con consumirme.

—Córrete para mí —exige, su voz densa de lujuria. Su mano se desliza entre mis piernas, sus dedos encuentran ese punto sensible y lo rodean con una precisión despiadada. Es el empujón final que necesito. Mi clímax me arrolla, violento y abrumador, dejándome temblorosa y jadeante mientras mi cuerpo se contrae a su alrededor.

No me da oportunidad de recuperarme. Sus manos se deslizan por mis costados, firmes y deliberadas, antes de agarrar mis caderas y tirar de mí hacia él. Todavía estoy temblando, mi cuerpo excesivamente sensible, pero cuando se mueve, con su polla todavía dura dentro de mí, jadeo por la intensidad de la sensación.

—¿Pensabas que había acabado contigo? —murmura, su voz grave y burlona, sus labios rozando el lóbulo de mi oreja—. No pienso soltarte hasta que haya tenido hasta el último trozo de ti.

No tengo tiempo de responder antes de que se mueva de nuevo, retirándose casi por completo antes de volver a embestir, más profundo, más lento esta vez, como si me estuviera saboreando. El ángulo es diferente, más agudo, y es perfecto, enviando una sacudida de placer a través de mí que me hace gritar, mis dedos aferrándose a las sábanas. Mi cuerpo sigue sensible por el primer clímax, pero a él no le importa. Quiere más. Y puedo sentirlo en la forma en que me toca, en el ritmo implacable de sus embestidas.

Su mano se desliza de nuevo entre mis muslos, encontrando ese punto dolorido con una precisión devastadora. Sus dedos se mueven en perfecta sincronía con sus caderas, cada círculo y caricia

empujándome más y más alto hasta que no puedo pensar, no puedo respirar. Mi cuerpo se arquea hacia él, desesperado e indefenso mientras el placer se acumula hasta un pico insoportable.

—Vas a correrte otra vez —gruñe, su voz densa y autoritaria—. Puedo sentirlo. No te contengas.

No puedo. Mi cuerpo ya no es mío, cada nervio encendido, cada caricia enviándome más lejos en la espiral. Sus dedos presionan más fuerte, su polla clavándose en mí a un ritmo implacable, y me hago añicos. El orgasmo me desgarra, destrozándome de la manera más exquisita, mis gritos llenan la habitación mientras mi cuerpo se contrae a su alrededor, abrazándolo con fuerza.

Él gime, grave y primario, sus embestidas se vuelven más lentas pero más profundas, más deliberadas, extrayendo hasta el último temblor hasta que estoy completamente agotada.

Pero no para. Sus embestidas se vuelven erráticas, más fuertes, más profundas, mientras persigue su propio final. Cuando finalmente se deja ir, un gemido gutural se le escapa, y siento el torrente caliente de él dentro de mí, el peso de su cuerpo presionándome contra la cama mientras ambos nos derrumbamos, exhaustos y completamente destrozados.

Por un momento, solo se oye el sonido de nuestra respiración, agitada e irregular, el calor entre nosotros todavía ardiendo. Sus brazos me rodean, atrayéndome hacia él, sus labios rozando mi hombro en un beso suave, casi reverente.

—Eres mía —susurra, y puedo sentir la verdad de esas palabras en cada centímetro de mi cuerpo.

¿Todavía quiero huir? ¿Cómo puedo huir de esto, de él?

No puedo hablar, pero soy vagamente consciente de que me coge en sus fuertes brazos y me lleva al dormitorio, silencioso y envuelto en sombras y la suave y parpadeante luz de la chimenea. Me deposita en la cama blanda.

Me duele el cuerpo, deliciosamente. Hay tantas cosas que quiero decir, pero no lo hago. En lugar de eso, le acaricio el pecho y dejo que juegue con mi pelo hasta que se queda dormido. Podría huir ahora mismo.

Y sin embargo, aquí estoy, tumbada, mirando al hombre que ahora duerme a mi lado, mi corazón una maraña de emociones que no puedo empezar a desentrañar.

Luca Salvatore, el intocable, el imparable, el rey de este mundo oscuro, parece completamente humano al dormir. Las duras líneas de su rostro se suavizan en reposo, el leve ceño fruncido desaparece a medida que su respiración se vuelve más lenta, profunda y constante. Sus pestañas, absurdamente largas para alguien tan feroz, se abren en abanico contra sus pómulos, proyectando delicadas sombras.

¿Cómo es posible que tenga este aspecto? ¿Como un hombre que podría tanto protegerme como destruirme?

Mi pecho se oprime dolorosamente, y me pongo una mano ahí, como si pudiera obligar a mi corazón a latir con normalidad.

Debería odiarlo. *Debería*.

Me ha convertido en un peón, atrapándome en un mundo del que no quería formar parte, forzándome a jugar a un juego en el que lo que está en juego es la vida o la muerte. Sin embargo, cuando me abraza, me susurra al oído con esa voz áspera, cuando me besa como si yo fuera lo único que lo mantiene vivo… no me siento como un peón.

Me siento como su reina.

Ese pensamiento me aterroriza.

Me muevo ligeramente, con cuidado de no despertarlo, y me apoyo en un codo. La manta se ha deslizado hasta su cintura, revelando los planos duros de su pecho, las cicatrices grabadas en su piel

contando historias que probablemente nunca entenderé del todo. Me pican los dedos por repasarlas, por aprender el lenguaje de su dolor y su triunfo.

No debería estar mirándolo así. No debería importarme cómo la luz del fuego dora su piel o cómo el más mínimo indicio de vulnerabilidad se aferra a él mientras duerme. Pero me importa. Aparto la mirada y me obligo a respirar. Necesito claridad. Necesito recordar por qué no puedo permitirme enamorarme de él.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche, la pantalla iluminándose como una bengala en la oscuridad. Se me encoge el estómago mientras lo cojo, mis dedos temblando ligeramente.

Es de Sofía. Se me hace un nudo en la garganta al leer el mensaje.

El plan está en marcha, si todavía estás pensando en ello.

El archivo adjunto es una captura de pantalla de los documentos falsificados: un nuevo nombre, una nueva vida esperándome en algún lugar lejos de aquí. Se me oprime el pecho mientras vuelvo a mirar a Luca. Se mueve ligeramente, el más leve pliegue regresa a su frente, como si incluso en sueños, sintiera mi agitación. ¿Cómo se supone que voy a huir de esto? ¿De él?

Me tapo la boca con la mano, ahogando el sollozo que amenaza con escaparse. No puedo hacer esto. *No puedo*.

Mi parte racional —la parte que recuerda cada amenaza que ha hecho, cada momento que me he sentido prisionera en esta jaula de oro— me dice que acepte el plan de Sofía y huya. Que escape mientras todavía pueda. Pero otra parte, la que odio por ser tan necia, me recuerda la forma en que me miró esta noche, la forma en que su caricia me hizo sentir que no solo estaba sobreviviendo, sino viviendo, aunque solo fuera por un momento.

Mi pulgar se cierne sobre la pantalla, debatiendo si responder a Sofía. Vuelvo a mirar a Luca, mi mirada se detiene en la curva de su

mandíbula, la ligera curva de sus labios, el constante subir y bajar de su pecho.

Parece tan… tranquilo.

Y en ese momento, odio a Sofía por ser tan buena conmigo, porque me ha dado una opción que no sé si debería aceptar. Si huyo, no hay vuelta atrás.

Miro el mensaje de nuevo, la opresión en mi pecho se vuelve insoportable. El plan es perfecto. La ventana de tiempo para escapar será pequeña pero factible. Sofía ha pensado en todo, hasta el último detalle.

Pero nada de eso importa si no soy capaz de irme. Otra vibración atrae mi atención al teléfono.

Valentina, no tenemos tiempo para dudas.

Trago saliva, con la garganta seca.

Luca se mueve de nuevo, un suave gemido se escapa de sus labios mientras se gira ligeramente hacia mí. Por un momento, me quedo helada, aterrorizada de que se esté despertando. Pero su respiración se estabiliza de nuevo, y la tensión en mi cuerpo se alivia solo una fracción.

Mi mano se cierne sobre la pantalla, el peso de la decisión aplastándome como una piedra.

La libertad… o Luca.

La elección debería ser fácil. Pero mientras lo veo dormir, tan desprotegido, tan dolorosamente humano, me doy cuenta de que es todo lo contrario.

La pantalla se apaga.

15

VALENTINA

Un mes después

No puede considerarse una huida si no me marcho. Ese es el pensamiento que lo consolida todo. No me voy, al menos no por ahora. Hay demasiadas preguntas sin respuesta, demasiadas cosas que todavía no entiendo sobre Luca, su mundo y la silenciosa atracción que ejerce sobre mí. Sofia ha sido increíblemente paciente durante el mes que me ha costado admitirlo. Pero cuanto más tiempo paso con Luca, más claro me queda que cualquier plan de huida que la ponga en peligro no es una solución real, sobre todo cuando todavía no estoy segura de lo que quiero. Me ha enviado otro mensaje esta mañana, preguntándome qué pienso hacer. No puedo seguir haciéndola esperar.

El hombre que anoche me prometió poder y control es el mismo hombre que descubro mirándome con una necesidad tácita cuando cree que no lo veo. El mismo hombre que podría dirigir ejércitos y, sin embargo, se sienta en silencio, esperando mi palabra. No hay ningún niño que me ate aquí. Ninguna vida diminuta que dependa de mis decisiones, salvo la mía. Por una vez, puedo permitirme parar y ver adónde lleva esto.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche y el nombre de Sofia ilumina la pantalla. Dejo que vibre hasta que se para y luego escribo una respuesta rápida: *Siento el retraso. Te lo explicaré pronto.*

Es lo bastante vago para mantenerla satisfecha, pero me permite llevar las riendas.

Luca no está despierto cuando salgo sigilosamente de la habitación. La casa está en silencio, esa clase de calma que parece demasiado impostada para ser natural. Me dirijo hacia el comedor, donde el desayuno suele estar servido como un festín digno de reyes. Se me revuelve el estómago, no por los nervios, sino por el hambre.

Estoy a mitad del pasillo cuando lo siento. Al principio, es solo una punzada en el vientre, débil y fácil de ignorar. Pero se agudiza, un dolor punzante que me dobla por la mitad y me arranca un jadeo.

Me agarro a la pared, el yeso frío me ancla mientras lucho por enderezarme. Se me nubla la vista, veo puntos negros en los bordes de mi visión. Algo no va bien.

Me presiono el estómago con una mano, tratando de calmar las náuseas que se arremolinan, pero es como una tormenta desatándose en mi interior, implacable e inclemente. Me tiemblan las piernas y, antes de que pueda evitarlo, caigo de rodillas, agarrándome el abdomen.

—¿Signora?

La voz de la empleada de la limpieza llega desde algún lugar lejano, débil y distorsionada, como si viajara a través del agua. Abro la boca para responder, pero las palabras se disuelven en una arcada seca.

Me arde la garganta, mi cuerpo se convulsiona mientras me arrastro hacia la puerta más cercana. El baño. Necesito el baño. La empleada corre hacia mí, su cara un borrón de preocupación. —¿Signora, se encuentra…?

La aparto con un gesto, llegando apenas al baño antes de que la enfermedad explote dentro de mí. El ácido me quema la garganta mientras tengo arcadas, cada oleada peor que la anterior. Mis rodillas se clavan en las frías baldosas y las lágrimas corren por mi cara mientras mi cuerpo me traiciona.

La puerta se abre con un crujido a mi espalda.

—No, no entre —grazno, apenas encontrando fuerzas para levantar la cabeza.

Pero no se va. Su voz se eleva, presa del pánico, mientras grita: —¡Signore Salvatore! ¡Por favor! ¡Es la Signora!

Un nuevo miedo se apodera de mí, uno que corta más profundo que el dolor que me araña las entrañas. Oigo el estruendo de sus pasos antes de verlo. Pesados, deliberados y cargados de furia.

La puerta se abre de golpe y Luca llena el marco, sus ojos verdes se entrecierran al verme, desplomada y temblando en el suelo del baño. —¿Qué demonios ha pasado? —exige, su voz lo bastante afilada como para cortar la bruma que me envuelve.

—Ella… se ha desplomado sin más —tartamudea la empleada, retrocediendo—. No sabía qué…

—Fuera. —La palabra es un gruñido, y la empleada huye sin decir nada más.

Se arrodilla a mi lado, sus movimientos son inquietantemente tranquilos para un hombre que parece estar conteniendo a duras penas una erupción. —Valentina —dice, más suave ahora, pero todavía con ese deje de autoridad absoluta—. ¿Qué pasa?

Apenas puedo respirar, y mucho menos responder. Otra oleada de náuseas me atenaza y me agarro a su brazo como si de alguna manera pudiera anclarme.

—Me duele —susurro con voz rota.

No duda. En un rápido movimiento, me coge en brazos, acunándome contra su pecho. —Vamos a la clínica —dice, y no hay lugar para la discusión.

—No… puedo…

—Silencio. —La palabra suena dura. No con crueldad, sino de forma rotunda.

El ala médica privada de la finca está a solo unos minutos, pero el trayecto parece durar una eternidad. Mi cabeza descansa contra el pecho de Luca, el latido constante de su corazón es lo único que me mantiene anclada a la realidad mientras el dolor palpita, bajo y sordo. Su mano permanece en mi espalda, grande y cálida, pero su cuerpo está rígido. Cuando llegamos, las luces ya están encendidas y la doctora está esperando, avisada en el momento en que me desplomé. Luca no me suelta hasta que la sala de exploración está preparada. Incluso entonces, solo retrocede porque la doctora insiste.

La Dra. Ashley Carter es tranquila, eficiente y muy profesional, aunque me doy cuenta de cómo sus ojos miran a Luca antes de empezar. Está acostumbrada a trabajar en silencios de alta tensión. Acostumbrada al peso de hombres como él. —Nos ha dado un buen susto —dice, comprobando los monitores, con voz amable y clara.

—Ya estoy bien —digo rápidamente, aunque puedo notar que ni ella ni Luca me creen.

La Dra. Carter echa un vistazo al monitor, anota algo y vuelve a mirarme. —Se recuperará. Pero hay algo que deben saber…, ambos. —Su mirada se desvía hacia Luca.

El aire cambia. Se me oprime el pecho mientras la observo con atención, intentando descifrar el significado de sus palabras.

—Su desvanecimiento no ha sido solo por estrés o agotamiento —continúa—. Está embarazada. En una fase muy temprana, pero todo parece saludable hasta ahora. Tendrá que tomárselo con calma durante las próximas semanas.

Embarazada. La palabra resuena en mi mente, lenta y surrealista. Parpadeo, mirándola, incapaz de procesar la realidad que hay detrás.

—¿Está segura? —La voz de Luca atraviesa la niebla, firme como siempre, aunque puedo sentir la tensión que irradia.

—Sí —confirma la Dra. Carter—. Haremos más pruebas para asegurarnos de que todo progresa con normalidad, pero ahora mismo, lo más importante es que descanse y evite cualquier estrés innecesario.

Le habla directamente a él, como si yo fuera incapaz de entenderlo. Pero mi mirada está fija en mis manos, que tiemblan ligeramente sobre la manta.

Un hijo.

Un hijo de Luca.

El pensamiento me provoca una sacudida: miedo, incredulidad y algo que no sé nombrar, todo luchando por dominar. Miro a Luca, esperando ira o frustración. Pero su expresión es indescifrable, su mandíbula está prieta y sus ojos verdes están clavados en mí.

La doctora se disculpa y nos deja solos en el silencio.

—No lo sabías —dice Luca finalmente, rompiendo la tensión.

Niego con la cabeza. —No tenía ni idea.

Por un momento, ninguno de los dos habla. Lo que ahora sabemos llena el espacio entre nosotros. —Esto cambia las cosas —dice, su voz más suave ahora, aunque hay un matiz en ella.

—¿Ah, sí? —pregunto, apenas por encima de un susurro.

Sus ojos se clavan en los míos, agudos y penetrantes. —Por supuesto que sí. Llevas a mi hijo, Valentina.

—¿Y se supone que eso lo arregla todo? —le espeto, las palabras escapando antes de que pueda detenerlas—. ¿Crees que un bebé soluciona todas las complicaciones de esta relación, Luca?

—No —admite—. Pero significa que ahora no eres solo mi mujer. Eres la madre de mi hijo. Y haré lo que sea necesario para protegeros a los dos.

La convicción en su tono es apabullante. Quiero oponerme, rechazar ese afán de posesión que le sale tan natural. Pero hay algo en sus ojos, algo crudo y desprotegido, que me hace dudar.

—Yo no he pedido esto —susurro, mi mano moviéndose inconscientemente hacia mi vientre.

—Eres mi mujer —responde en voz baja—. Esto es… sorprendente, pero no inesperado.

Todavía estoy conmocionada, ya que tuvimos cuidado. Es obvio que mis anticonceptivos no han funcionado. Mi mente está repasando todas las posibilidades cuando dice: —Todo va a salir bien, Valentina. Estaré aquí para ti.

Por primera vez, veo algo más allá del don despiadado, más allá del control y el poder que ejerce sin esfuerzo. Hay vulnerabilidad ahí, muy enterrada, pero es inconfundible. Y quizá eso es lo que más me asusta.

—Necesito tiempo —digo finalmente, con voz temblorosa—. Para procesar todo esto.

Luca asiente, su expresión se vuelve neutra. —Tómate todo el tiempo que necesites.

Mientras retrocede, dándome espacio, me doy cuenta de cuánto ha cambiado todo. Los límites entre nosotros, antes tan claros, ahora están irremediablemente borrosos. Se gira para salir de la clínica. —Descansa, Valentina. Haré que te traigan comida.

Cierro los ojos, dejando que el agotamiento me venza. Pero incluso mientras el sueño me reclama, un pensamiento persiste. Este niño lo cambia todo. Y, sin embargo, puede que no cambie nada en absoluto.

16

VALENTINA

Me han dado el alta en la clínica. La mano de Luca descansa en la parte baja de mi espalda mientras salimos. Luca no dice mucho, aunque lo pillo mirándome de reojo varias veces, con una expresión indescifrable. Jugueteo con los dedos en mi regazo y siento el peso de su presencia a mi lado, firme y segura. Es exasperante y reconfortante a la vez.

Para cuando llegamos a la mansión principal, me he convencido a mí misma de que voy a pedirle un rato a solas. Cuando entramos en el grandioso vestíbulo, cuyos suelos de mármol relucen como si nada se hubiese atrevido jamás a perturbar esta fortaleza, me vuelvo hacia él. Sé que la *suite* de arriba la están limpiando ahora mismo.

—Necesito una habitación para mí —digo, con la voz más firme de lo que esperaba—. Solo por un rato.

Entrecierra los ojos un poco, pero asiente.

—El despacho familiar es tuyo. Me aseguraré de que no te molesten.

Viniendo de un hombre como Luca, tan propenso a la posesividad, eso es prácticamente poesía. No discute ni indaga, solo señala el pasillo que lleva al despacho. Mientras me dirijo hacia allí, siento sus ojos en mi espalda, y la sensación es tan pesada como el silencio que se extiende entre nosotros.

El despacho es suntuoso, cálido y maravillosamente vacío. Al hundirme en el sillón de cuero junto a la chimenea, siento un extraño atisbo de paz. El perro de la familia, un dóberman esbelto de ojos inteligentes, se acerca a mí con paso suave y apoya la cabeza en mi rodilla. Su suave mirada castaña es tan cautivadora como la de su amo, y me descubro rascándole detrás de las orejas casi sin darme cuenta. Exhala satisfecho y, por un momento, solo existimos el perro, el crepitar del fuego y yo.

Pero la calma no dura mucho. Mis pensamientos se agitan con una ferocidad de la que no puedo escapar.

Yo no quería huir. Esa era la verdad. Pero ahora estoy embarazada, y lo que está en juego ya no me afecta solo a mí. Mi hijo crecerá en una casa con ventanas blindadas y guardias armados, en un mundo donde los enemigos no solo acechan en las sombras, sino que disparan desde ellas. Un niño aquí es un blanco fácil, un peón en un juego de poder y venganza. La sola idea me provoca un escalofrío.

Se me revuelve el estómago. Hace un rato que no como nada, así que toco una campanilla y pido que me traigan un poco de sopa y pan al despacho. Cuando llega la comida, los primeros bocados son pura gloria. La sopa está perfectamente sabrosa, el pan, crujiente y caliente. Pero cuando voy por la mitad, me invade una nueva oleada de náuseas.

Me rodeo con los brazos, como si pudiera proteger de todo esto la vida que crece en mi interior. Pero ni siquiera puedo protegerme a mí misma.

Mucho rato después, la puerta se abre con un crujido y entra Luca; su mirada me encuentra de inmediato. Parece tan fuera de lugar en este momento de mi vulnerabilidad, como una tormenta que irrumpe en una frágil mañana de primavera. Su presencia llena la habitación, pero es la forma en que sus ojos se suavizan ligeramente cuando se posan en mí lo que me desarma.

—Deberías comer más —dice sin más, señalando con la cabeza el cuenco de sopa intacto—. Siento interrumpirte. Solo quería asegurarme de que estás bien.

Levanto la cuchara, pero no consigo llevármela a la boca.

—Estoy bien —murmuro.

Cruza la habitación y se para a un palmo de mí. Sus dedos me rozan la barbilla, inclinándola hacia arriba para que nuestras miradas se encuentren.

—No pareces estar bien.

Quiero decirle que me ahogo en mis propios pensamientos, que siento que las paredes de esta casa se me echan encima. Pero las palabras se me atascan en la garganta. Antes de que pueda hablar, su móvil vibra. Se lo saca del bolsillo con el ceño ligeramente fruncido.

—Discúlpame —dice, y sale al pasillo.

La puerta se cierra suavemente tras él y la quietud que deja tras de sí se siente como un vacío. Mi mano se posa en mi vientre, temblando ligeramente. Estoy aterrorizada, sí. Pero también estoy… insegura. Luca ha demostrado que puede ser algo más que un hombre despiadado. Me ha mostrado destellos de un hombre que se preocupa profundamente, que protege lo que es suyo con una lealtad inquebrantable. ¿Podría ser eso suficiente? ¿Podría confiar en él para que sea el padre que mi hijo merece?

La puerta se abre de nuevo. Luca vuelve a entrar, absorto en sus pensamientos. Observo las líneas de su rostro. Sus ojos se topan con los míos y hay algo diferente en ellos. Hay un brillo de conocimiento, de resolución.

—¿Sabes quién te ha enviado la cesta de fruta y pan esta mañana? —pregunta, con un tono firme pero cargado de algo afilado.

Me da un vuelco el corazón.

—No —consigo decir, aunque me tiembla la voz—. ¿Está todo bien?

Suspira y se acerca más.

—Tendrás que encontrar mejores formas de escapar, Valentina. Formas que no impliquen que te pongas terriblemente enferma.

La sangre se me hiela en las venas.

—Luca, yo no…

—Dante ha probado parte de la fruta —me interrumpe, con un tono más suave de lo que esperaba—. No se encuentra bien.

Una aplastante oleada de culpa me inunda.

—No lo sabía —digo, con apenas un susurro.

Su mirada se suaviza un poco, aunque mantiene la mandíbula tensa.

—Pues asegúrate de saberlo la próxima vez.

Mientras se da la vuelta para marcharse, la culpa se intensifica, mezclada con una oleada de confusión. Yo no le pedí a Sofia que enviara la cesta de fruta, y ella nunca ha actuado sin mi visto bueno, pero algo debe de haberla impulsado. De todos modos, siento que es mi responsabilidad, ya que fui yo quien le metió la idea en la cabeza. Y ahora… ahora lo he empeorado todo.

En el momento en que Luca ocupa la silla frente a mí, la habitación parece más pequeña. No se desparrama ni se encorva. Cada centímetro de su cuerpo irradia un poder férreamente controlado, como un depredador que decide si atacar o no. Sus ojos esmeralda se clavan en los míos, y su intensidad hace que se me cierre la garganta. No me atrevo a apartar la mirada. Sería como admitir la derrota.

Sus dedos tamborilean una vez en el reposabrazos y se detienen. El silencio se alarga, denso y tenso, hasta que por fin habla.

—Dime —dice en voz baja, pero cortante como una cuchilla—. ¿Creías que ibas a salirte con la tuya?

Me estremezco y agarro el borde del escritorio con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

—Yo no he hecho nada.

Enarca una ceja y un leve rastro de diversión asoma a su rostro.

—Alguien sí —replica—. Una cesta de fruta y pan. No es precisamente una sentencia de muerte, pero Dante comió lo suficiente para caer fulminado. ¿Y ahora me dices que no tenías ni idea?

—No la tenía —insisto, con la voz afilada por la desesperación—. Luca, yo no…

Se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y acortando la distancia entre nosotros.

—¿No qué? —La pregunta queda suspendida en el aire, desafiándome a responder.

El fuego crepita a su espalda, proyectando sombras afiladas sobre su rostro. Su presencia, sus palabras… son sofocantes y magnéticas a la vez. Quiero gritarle, apartarlo de un empujón, y sin embargo, una parte traidora de mí anhela mantenerme firme, demostrarle que no soy tan frágil como cree.

—No me arriesgaría a hacerle daño a nadie —digo, con la voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos—. Especialmente a ti.

Se queda helado y entrecierra los ojos. Por un brevísimo instante, me pregunto si he logrado alcanzar alguna parte de él bajo todo ese hielo. Pero entonces sonríe, una sonrisa lenta, peligrosa y nada tranquilizadora.

—Mientes —dice en voz baja, como si saboreara las palabras—. Si fueras inocente, no se te aceleraría el pulso cada vez que me acerco.

Tiene razón. Maldita sea, siempre tiene razón. El pulso me martillea en los oídos mientras él se reclina de nuevo, tomándose su tiempo como si fuera el dueño de cada segundo.

—Ahora hay un niño en la ecuación.

La mención del bebé me golpea como un puñetazo. Mi mano se dirige instintivamente a mi vientre, aunque todavía está plano e inalterado. Se le escapa una risa amarga mientras su mirada sigue el movimiento.

—Eso es —dice, con la voz endurecida—. Nuestro hijo. Alguien a quien protegeré con todo lo que tengo. Alguien que heredará más de lo que puedas imaginar. Riqueza. Poder. Mi apellido. ¿Y tú se lo arrebatarías?

Lo miro parpadeando, reducida al silencio por la conmoción.

—Esa no es una decisión que te corresponda tomar, Valentina —continúa, cada palabra cayendo como una piedra—. Esto ya no va solo de ti.

Se me oprime el pecho a medida que sus palabras calan en mí. No se equivoca. No del todo. Pero el mundo que describe —el poder, el legado— está empapado en sangre. ¿Cómo voy a traer un niño a eso? ¿Cómo voy a mirarlo, sabiendo que yo elegí esto para él?

—¿Qué clase de vida es esa? —susurro, más para mí misma que para él.

Aprieta la mandíbula y, por primera vez, veo algo titilar en sus ojos que no es control. Es dolor.

—Una vida mejor de lo que crees —dice, con voz más suave ahora, pero no menos firme—. Nadie tocará lo que es mío. Ni a ti. Ni a nuestro hijo.

Mío. La palabra me provoca un escalofrío, y no solo de miedo. Es la forma en que lo dice: absoluta, inquebrantable. Como si ya estuviera atada a él de formas de las que no puedo escapar.

Y lo aterrador es que no sé si quiero escapar.

—Luca… —Se me quiebra la voz, delatando la tormenta que se está gestando en mi interior—. Yo no he pedido esto. Nada de esto.

—No —asiente, levantándose de la silla con un solo movimiento fluido—. Pero ahora es tuyo. Y una no huye de lo que es suyo, Valentina.

Se acerca, cerniéndose sobre mí. Me obligo a quedarme quieta, aunque cada nervio de mi cuerpo grita que me aparte. Extiende la mano y me aparta un mechón de pelo de la cara. El contacto es casi delicado, pero sus ojos cuentan una historia diferente.

—Piensa con la cabeza —murmura—. No con el miedo.

Se yergue y, con la misma rapidez con la que llegó, la intensidad desaparece.

—Descansa un poco —dice, retrocediendo—. Lo necesitarás.

Antes de que pueda responder, está a mitad de camino hacia la puerta. Tengo la garganta seca, la mente me da vueltas, y entonces se detiene.

—¿Quién envió la cesta? —pregunta, con la voz de nuevo en calma. Demasiado en calma.

—No lo sé —susurro. Se me revuelven las tripas al ver cómo se agudiza su mirada.

La forma en que me mira me dice que no está convencido, en absoluto.

—Es una lástima que digas eso —contesta con frialdad, y entonces se marcha, dejándome ahogada en preguntas, culpas y la sombra de sus promesas imposibles.

LUCA

Salgo por las puertas, interrumpiendo la visión de Valentina en el estudio. El pulso me retumba en los oídos, pero mi rostro sigue siendo una máscara, a falta de otra opción. El poder no permite fisuras. Ni siquiera para esto, ni siquiera al pensar en mi hijo.

El pasillo se extiende ante mí, una galería impoluta de gloria ganada a pulso. El mármol reluce bajo mis pies, y las paredes con vetas doradas están adornadas con sombríos retratos al óleo de familiares muertos hace mucho tiempo que nunca habrían creído en lo que me he convertido. La puerta de los aposentos de Donna Maria se vislumbra al final del pasillo. Su habitación es más que un refugio; es un trono. Incluso antes de llamar, puedo oír el suave roce de las cuentas de su rosario, el leve susurro de una oración que se transmite a través del silencio.

Entro sin esperar respuesta.

Sus dominios son oscuros y lujosos, personalizados para adaptarse a sus preferencias. Pesados cortinajes bloquean la luz del día, dejando solo el tenue resplandor de unos apliques antiguos. Unos sillones de terciopelo carmesí flanquean una mesa baja con incrustaciones de marfil, sobre la que reposan una licorera de oporto intacta y una copa de cristal. Las paredes están forradas con estanterías que albergan iconos religiosos y libros antiguos sobre temas como el poder, la política internacional y, por alguna razón, la hechicería.

Donna Maria levanta la vista desde su asiento junto a la ventana, con el velo de encaje negro enmarcándole el rostro como un retrato de autoridad. Deja a un lado su rosario con sumo cuidado y junta las manos en el regazo. —Luca —saluda, con un tono cálido, pero a su mirada sagaz no se le escapa nada—. ¿Qué le preocupa?

Me dirijo al sillón de enfrente, pero no me siento. Mis manos encuentran el respaldo y mis dedos se curvan contra la madera mientras fuerzo las palabras a salir. —Valentina está embarazada.

El silencio que sigue es tan denso como la propia habitación. Sus ojos oscuros se abren una mínima fracción antes de que una sonrisa asome a sus labios. —Ah —suspira, con la voz teñida de algo que parece orgullo, pero también de algo más. Algo más frío—. Un heredero Salvatore.

—Sí. —Esa palabra: heredero. *Mi* heredero.

Donna Maria se levanta, con movimientos fluidos a pesar de su edad. Se acerca y aparta mis manos del borde del sillón para ocupar el espacio que yo no le he ofrecido. —Debería estar orgulloso, Luca. Es con lo que un rey Salvatore debería soñar: continuidad. Legado. Linajes que llevarán este imperio adelante. Ha dedicado tanto de sí mismo a construir lo que tenemos ahora. Habrá alguien que lo continúe.

Sus palabras deberían sosegarme, pero no lo hacen. Al contrario, me revuelven el estómago.

—Ya no se trata solo del apellido —digo en voz baja—. Se trata de la vida que tendrá este niño. Crecer a la sombra de… —Me interrumpo al sentir un peso en el pecho. Su mano se posa en mi brazo, un gesto suave y firme a la vez—. Está pensando demasiado como un padre y no lo suficiente como un don. Ambas cosas pueden coexistir, *mio figlio*. Deben hacerlo.

La miro bruscamente, buscando grietas en su comportamiento cuidadosamente construido. Está complacida —por supuesto que lo

está—, pero hay un brillo en su mirada, una medida de cálculo. Donna Maria siempre ha sido una jugadora de ajedrez, cada movimiento diseñado para fortalecer su posición, incluso con su hijo. Especialmente con su hijo.

—Ya no se trata solo del imperio, madre —digo, retrocediendo y poniendo distancia entre nosotros—. Ahora esta es mi familia. A la que debo proteger.

Sin embargo, incluso al pronunciar estas palabras, sé que ella siempre pondrá el imperio en primer lugar. Después de todo, vio lo mucho que costó crearlo. Los Salvatore nunca formaron parte de la estructura de poder original de Nuova Speranza. Durante la mayor parte del siglo XX, la ciudad estuvo controlada por dos familias dominantes: los Lombardi, que dirigían los muelles, los sindicatos y las influencias de guante blanco, y los Rossi, que se encargaban de los narcóticos, la extorsión y la policía. Entre ellos se repartían cada contrato, cada licencia comercial, cada cargo electo. Los Salvatore existían en la periferia. Mi padre operaba desde la zona industrial del sur, gestionando astilleros que nadie quería reclamar. Mantenía un perfil bajo, ofreciendo protección a los almacenes textiles y administrando salas de juego clandestinas donde ningún Rossi se atrevía a poner un pie. No era pobre, pero tampoco era bienvenido en las mesas de los Rossi o los Lombardi. Construyó una fortuna lenta y cuidadosamente, invirtiendo en logística, transporte y la lealtad de los trabajadores a los que nadie más respetaba. Mantuvo sus libros limpios y a sus enemigos en silencio. Nunca desafió el viejo orden, pero sabía dónde era más débil.

Cuando la alianza entre los Rossi y los Lombardi empezó a desmoronarse —primero por un cargamento de armas fallido, luego por un juez al que traicionaron—, yo intervine. Tomé lo que mi padre había construido y lo convertí en un arma. Apoyé a los trabajadores portuarios cuando los sindicatos se dividieron, ofrecí protección y salarios reales cuando las dos viejas familias intentaron someter los muelles por la fuerza. Ofrecí a la policía lo que los Rossi no podían: sobornos constantes y menos escándalos públicos. Los negocios de

la clase trabajadora obtuvieron algo que los Lombardi nunca se habían molestado en prometer: protección sin humillación. Y cuando los Rossi tomaron represalias con bombas incendiarias y los Lombardi enviaron matones para «recordarle» a la ciudad quién mandaba, les hice pagar cada movimiento. En silencio al principio, luego con brutalidad.

Los Salvatore no ganaron por tradición o linaje. Ganaron porque, cuando la ciudad se cansó de que las viejas familias la desangraran, recurrieron al único hombre que se había preocupado de mantenerla unida. *Yo.*

La sonrisa de Donna Maria permanece fija, pero sus dedos aprietan con un poco más de fuerza el rosario que aún sostiene en la mano. —Como debe ser —murmura—. Pero no olvide lo que eso significa. La protección no proviene de la blandura. Proviene de la fuerza.

Asiento una vez, secamente, antes de dar media vuelta. Si dice algo más, no lo oigo.

El pasillo exterior parece más frío, pero la tensión en mis hombros no disminuye. Mi mente da vueltas a cada posibilidad, a cada amenaza que aún no puedo ver pero que sé que existe. He pasado mi vida construyendo fortalezas para mantener a raya a mis enemigos. Ahora construiré una para mantener a mi familia a salvo.

Cuando llego al vestíbulo principal, mi concentración es absoluta. Valentina está de pie cerca del pie de la escalera, con la mano recorriendo la suave barandilla. Su imagen me detiene en seco. La inocencia pura y desprotegida de sus ojos hace que me duela el pecho. Levanta la vista y se encuentra con mi mirada.

Acorto la distancia que nos separa con unas cuantas zancadas rápidas y secas. —¿Qué haces fuera del estudio?

—Necesitaba aire —dice, levantando la barbilla en un gesto desafiante—. Aunque no es asunto tuyo.

Me detengo frente a ella, lo bastante cerca para ver el leve sonrojo de sus mejillas, la forma en que su pulso se acelera en su garganta. —Todo lo que haces es asunto mío cuando llevas a mi hijo en tu vientre —respondo, bajando la voz hasta un susurro sedoso.

Sus labios se separan, pero no sale ninguna réplica. En su lugar, me sostiene la mirada. Es exasperante y fascinante a la vez.

—Vuelve a tu habitación —digo en voz baja—. Descansa. Hablaremos cuando estés lista.

Por un momento, duda, como si estuviera sopesando la orden contra su propia voluntad. Luego, con un pequeño asentimiento, se da la vuelta y sube las escaleras, dejándome solo al pie de la escalera. Mis dedos se crispan, anhelando alcanzarla, pero la dejo ir.

Por ahora.

Los días siguientes pasan en una nebulosa. Estoy ocupado, increíblemente ocupado, lo cual no es malo, pero la marea incesante de pensamientos en mi cabeza me dificulta concentrarme. Hay una cacofonía de reuniones y disputas sobre el territorio. Mi despacho se convierte en mi prisión. La mesa está llena de mapas, dosieres y una botella de whisky que no he tocado pero que sigo sirviendo, el líquido ámbar un consuelo al que no me permito entregarme.

Los rostros de mis hombres son sombríos mientras discutimos sobre la facción rival que amenaza con desestabilizar el delicado equilibrio de nuestros territorios.

—Han atacado tres almacenes en la última semana —gruñe Marco, con las manos apoyadas en el borde de la mesa. Mi hermano menor apenas contiene su furia, la mandíbula tan apretada que oigo cómo cruje—. Tenemos que enviar un mensaje, algo que les haga lamentar haber puesto un solo pie en nuestro territorio.

Adriano se recuesta en su silla, su rostro un retrato de molestia que lucha contra la sed de sangre. Su sonrisa es afilada, sus ojos brillan

con un filo cruel. —¿Un mensaje? No, enviamos un ejemplo. No necesitan arrepentirse. Necesitan sentir miedo.

La sala zumba con murmullos de aprobación. Estos hombres —leales, feroces, implacables— han construido mi imperio ladrillo a ladrillo ensangrentado. Sus soluciones son predecibles porque esta vida exige brutalidad.

Y sin embargo...

Sus voces se desvanecen en el fondo mientras mi mente divaga, arrastrada por una fuerza que no puedo controlar. Me imagino a un niño, pequeño y con los ojos muy abiertos, corriendo por estos mismos pasillos. Pero, ¿qué clase de mundo heredará? ¿Uno en el que cada paso que dé podría ser el último si la persona equivocada decide atacar?

—Luca.

La voz de Marco atraviesa mis pensamientos. Parpadeo, dándome cuenta de que la sala se ha quedado en silencio. Todos los ojos están puestos en mí.

Me enderezo y les lanzo una mirada que les reta a cuestionarme. —Todavía no nos movemos —digo con voz fría—. No hasta que sepamos quién mueve los hilos. No se trata solo de represalias, se trata de precisión. Atacaremos cuando sea el momento adecuado, y cuando lo hagamos, no quedará nada de ellos.

La reunión concluye, pero el peso no desaparece. Al contrario, se asienta más profundamente en mi pecho, oprimiéndome las costillas como un torniquete. Al día siguiente, me encuentro en el gimnasio, golpeando un saco pesado con más fuerza de la necesaria. Cada golpe es una liberación, un intento desesperado de acallar la agitación de mi cabeza. Me duelen los puños, la piel se abre bajo el implacable asalto, pero no me detengo.

—Te vas a romper la maldita mano si sigues así —dice Marco desde la puerta.

Lo miro, con el sudor goteándome en los ojos. —¿Qué quieres?

Entra en la sala, con una expresión inusualmente suave. —Estás distraído.

—Tu perspicacia me asombra —replico, volviéndome hacia el saco.

Marco suspira, cruzándose de brazos. —Es por el niño, ¿verdad? Estás pensando en lo que significa.

No respondo.

—No va a cambiar nada, Luca. Esta vida, nuestra vida, no se detiene por una familia. Lo sabes.

Sus palabras son un puñetazo en el estómago, no porque se equivoque, sino porque tiene razón. Sigo golpeando el saco hasta que mis nudillos gritan de dolor, hasta que Marco finalmente me deja a solas con mi miseria.

Al tercer día, la tensión se vuelve insoportable. Me paseo por mi despacho, con el mapa de nuestros territorios extendido ante mí como un campo de batalla. Cada línea, cada marcador, es un recordatorio de la violencia que ha construido este imperio.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos en espiral.

—Adelante.

Dante entra, con expresión grave. —Hemos confirmado que la facción está respaldada por la familia Rossi. Están intentando hacerse un hueco en los territorios del norte.

Asiento, aunque el estómago se me revuelve con la confirmación. Los Rossi han sido una espina clavada en mi costado durante años, sus ambiciones siempre los empujan a un terreno imprudente.

—Duplica los hombres en los almacenes —ordeno—. Y envía un mensaje a su círculo íntimo; algo sutil. Que sepan que los estamos vigilando.

Dante duda, luego asiente. —Entendido.

Cuando se va, el silencio en la habitación es ensordecedor. Me hundo en la silla detrás de mi escritorio, pasándome las manos por el pelo. El imperio está a salvo por ahora, pero la pregunta persistente sigue ahí: *¿cómo protejo a una familia en un mundo que prospera con la destrucción?*

Esa noche, estoy de pie en el balcón de mi dormitorio, el aire fresco de la noche es un breve respiro. Mi mente está inquieta, atrapada entre el imperio que he construido y la familia que estoy tratando de imaginar.

A mis espaldas, la puerta se abre con un crujido. No necesito darme la vuelta para saber que es Valentina.

—¿En qué estás pensando? —pregunta en voz baja.

La miro, observando la forma en que la luz de la luna acaricia sus facciones. —En el futuro —admito.

Se acerca a mi lado, me aparta los brazos y se coloca entre la barandilla y yo. Luego, me mira profundamente a los ojos. —¿Y?

La tomo en mis brazos y la llevo a la cama, porque las palabras no bastan. Porque, por una vez, no tengo las respuestas, y eso me aterra más que nada.

Está extendida ante mí, con la piel sonrojada, su pecho subiendo y bajando con cada respiración entrecortada. Mis manos agarran sus muslos, separándolos lenta y deliberadamente, como si desenvolviera el regalo más exquisito. Puedo sentir su expectación en la forma en que tiembla bajo mi tacto, en la forma en que sus caderas se elevan ligeramente, suplicando en silencio.

Le doy un beso en la cara interna de la rodilla, luego otro un poco más arriba, recorriendo su piel con suaves y provocadoras caricias. Sus dedos se retuercen en las sábanas, su cuerpo tenso por la

necesidad, pero no voy a apresurarme. Quiero tomarme mi tiempo, saboreando cada reacción, cada sonido que escapa de sus labios.

Cuando mi boca finalmente la roza, jadea, su espalda se arquea, despegándose de la cama como si el mero contacto fuera demasiado. Me río suavemente, dejando que el sonido vibre contra ella. Ya está húmeda, su calor es embriagador, y sé que podría perderme aquí... y felizmente.

—Eres jodidamente hermosa —murmuro contra ella, mi voz densa de asombro y deseo. Su suave gemido en respuesta me impulsa hacia adelante. Mi lengua la recorre, lenta y deliberada, saboreándola, aprendiendo cada punto sensible mientras se retuerce bajo mi cuerpo.

Aplano mi lengua, arrastrándola sobre ella en una pasada larga y lenta antes de rodear el pequeño nudo de nervios que hace que sus caderas se eleven. Mis manos aprietan sus muslos, manteniéndola firme, anclándola mientras trabajo sobre ella. Su voz se rompe en un gemido desesperado, sus manos vuelan hacia mi pelo, sus dedos se enredan mientras intenta atraerme más cerca.

—Paciencia —gruño, la palabra ahogada contra su calor resbaladizo. Ella deja escapar un gemido frustrado, su cuerpo tensándose contra mi agarre, pero no cedo. Si quiere liberarse, tendrá que ser a mi manera: completa y exhaustivamente.

Mis labios la envuelven, succionando suavemente antes de que mi lengua chasquee y presione a un ritmo que hace temblar sus muslos. Sus gemidos se hacen más fuertes, más desesperados, su aliento se entrecorta con cada pasada. Puedo sentir cómo se tensa, su cuerpo contrayéndose mientras asciende más y más alto, más cerca del borde.

—Córrete para mí —digo, con voz oscura y persuasiva, antes de empujarla más allá con una pasada más profunda y firme de mi lengua. Su cuerpo se sacude, un grito agudo escapa de sus labios mientras se deshace bajo mi cuerpo. La mantengo sujeta, mi boca

sin abandonar la suya, extrayendo cada espasmo, cada delicioso temblor mientras gime y se retuerce, completamente perdida.

Sus manos se aferran a mis hombros, sus uñas clavándose mientras intenta recuperar el aliento, pero aún no he terminado. Mi lengua se ablanda, mis besos son ahora más suaves, recorriéndola mientras su cuerpo se relaja lentamente. Cuando finalmente me aparto, me elevo sobre ella, encontrando su mirada, y la expresión cruda y sin aliento de su rostro es suficiente para hacerme palpitar de necesidad.

—Valentina —murmuro su nombre, inclinándome para capturar sus labios. Su sabor perdura entre nosotros, y mientras la presiono de nuevo contra la cama, sé que no voy a parar hasta haberla tenido toda, una y otra vez.

LUCA

Su cuerpo todavía tiembla bajo el mío, su respiración es entrecortada, su piel está sonrojada y húmeda. Presiono otro beso en sus labios hinchados, saboreando su suavidad, su sabor. Pero por mucho que pudiera quedarme así —consumido por ella—, quiero más. Necesito más.

Sin decir palabra, deslizo los brazos por debajo de ella y la levanto de la cama sin esfuerzo. Suelta un grito ahogado de sorpresa y sus brazos se envuelven instintivamente alrededor de mi cuello, pero no protesta. En su lugar, me mira con sus grandes ojos oscuros, los labios ligeramente entreabiertos, su cuerpo fundiéndose con el mío.

—¿Adónde vamos? —susurra, con la voz entrecortada, una mezcla de curiosidad y deseo.

—A terminar lo que hemos empezado —murmuro, con la voz grave y ronca. La llevo en brazos hasta el cuarto de baño, donde nos recibe el leve sonido del agua goteando del rociador de la ducha. El frío del suelo bajo mis pies contrasta bruscamente con el calor que irradia su cuerpo cuando la deposito con suavidad.

Abro la ducha, y el agua cae en un chorro cálido que llena al instante el espacio de vapor. Mientras las gotas le recorren la piel, la presiono de espaldas contra la pared, apoyando las manos a cada

lado de ella, acorralándola. El agua corre sobre nosotros, pero es el fuego de sus ojos lo que me consume.

—Eres insaciable —bromea, con una sonrisa juguetona asomando a sus labios, pero la forma en que su cuerpo se mueve contra el mío me dice que anhela esto tanto como yo.

—Me has arruinado —gruño, mi boca encuentra la suya en un beso que es todo ardor y hambre. Mis manos se mueven sobre ella, ahora resbaladizas por el agua, explorando cada curva, cada centímetro de su piel. Sus gemidos vibran contra mis labios mientras la levanto de nuevo, sujetándola entre la pared y yo. Sus piernas se enroscan en mi cintura, su cuerpo mojado deslizándose perfectamente contra el mío.

Mi polla presiona contra su centro, palpitante, anhelando estar dentro de ella. Jadea cuando la provoco, frotando la punta contra sus pliegues, sus caderas se sacuden hacia delante en una necesidad desesperada.

—Dímelo —exijo, con la voz espesa por la lujuria—. Dime cuántas ganas tienes de esto.

Sus manos se aferran a mis hombros, sus uñas clavándose en mi piel. —Te necesito —suspira, con la voz temblorosa—. Ahora.

Eso es todo lo que necesito. La penetro de un solo y rápido movimiento, hundiéndome profundamente en ella, y su grito de placer resuena en el espacio alicatado. El calor, el agua, la sensación de su cuerpo… es abrumador. Le agarro las caderas mientras empiezo a moverme, despacio al principio, saboreando cómo su cuerpo se contrae a mi alrededor, lo perfectamente que me acoge.

Su cabeza cae hacia atrás contra la pared, su boca abierta, sus gemidos se hacen más fuertes a medida que acelero el ritmo. El chasquido húmedo de nuestros cuerpos llena la ducha, mezclándose con el sonido del agua y sus gritos desesperados. Mi agarre se

tensa, mis caderas embisten más fuerte, más profundo, mientras la poseo por completo, sin tregua.

—Dios, qué bien te siento —gimo, con la voz ronca. Ella responde a cada embestida, su cuerpo arqueándose contra el mío, sus manos enredándose en mi pelo mientras me atrae hacia ella.

El vapor se eleva a nuestro alrededor, envolviéndonos en nuestro propio mundo mientras me pierdo en ella. Sus gritos se vuelven más agudos, más frenéticos, su cuerpo tiembla mientras su orgasmo se intensifica. Siento cómo se aprieta a mi alrededor, las señales reveladoras de que está al borde.

—Córrete para mí —ordeno, con la voz en carne viva, mis embestidas profundas y castigadoras. Sus ojos se encuentran con los míos y, con un grito ahogado, se deshace. Su cuerpo se convulsiona a mi alrededor, sus uñas arañando mi espalda mientras se estremece en su clímax.

Verla, oírla, me empuja al límite. Con un gruñido grave, embisto profundamente una última vez y mi orgasmo me golpea como un maremoto. La sostengo ahí, presionada contra la pared, nuestros cuerpos temblando juntos mientras el agua nos baña, mezclándose con el calor de nuestro sudor y pasión.

Cuando por fin recuperamos el aliento, me aparto lo justo para mirarla, apartándole el pelo mojado de la cara. Sus labios se curvan en una sonrisa suave y satisfecha, y no puedo resistirme a besarla de nuevo, esta vez de forma lenta y tierna.

A medida que el agua se enfría y el vapor empieza a disiparse, me estiro y cierro la ducha, manteniéndola pegada a mí un momento más. Su cuerpo está blando, flexible, todavía temblando por las olas de placer que le he arrancado. Apoya la cabeza en mi pecho, su respiración se normaliza mientras le acaricio la espalda, anclándola a la tierra.

—Eres perfecta —murmuro, presionando un beso en la parte superior de su pelo húmedo. Ella tararea suavemente, con los brazos todavía flojos alrededor de mi cuello, y sé que está a punto de quedarse dormida. Pero todavía no.

La cojo en brazos de nuevo, su cuerpo mojado encaja fácilmente contra el mío mientras la saco del baño. La habitación está fresca, un marcado contraste con el calor de la ducha, y ella se estremece ligeramente. La dejo en el borde de la cama, cogiendo una toalla suave y grande para envolverla.

Se apoya en mi contacto mientras la seco, sus ojos entornados pero mirándome con una sonrisa contenta y somnolienta. No puedo evitar reírme entre dientes, apartándole un mechón de pelo mojado de la cara antes de coger una de mis camisetas de la cómoda.

—Toma —digo, pasándole la suave tela por la cabeza y ayudándola a meter los brazos por las mangas. Le queda ridículamente grande, el dobladillo le roza los muslos, pero verla envuelta en algo mío me provoca algo.

—¿Ahora me estás mimando? —bromea, su voz grave y somnolienta, pero hay calidez en su tono.

—Siempre —respondo. La arropo con las sábanas, alisándole la manta antes de darle un beso en la frente—. Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

Me dirijo a la cocina, haciendo una seña al personal a mi paso para que preparen algo especial. Cuando vuelvo, una bandeja espera fuera de la puerta del dormitorio. La meto con cuidado y la coloco en la mesita de noche: una taza humeante de chocolate caliente, con nata montada y una pizca de cacao en polvo.

Sus ojos se iluminan cuando lo ve, y se incorpora ligeramente contra las almohadas. —Me mimas —dice, su sonrisa suave y adorable mientras le entrego la taza.

—Te lo mereces —digo simplemente, sentándome a su lado con la mía. Ella da un pequeño sorbo, sus ojos se cierran mientras el calor se extiende por su cuerpo.

Cuando termina, dejo su taza vacía a un lado y me meto de nuevo bajo las sábanas con ella. Se acurruca contra mí al instante, su cabeza descansando en mi pecho mientras la rodeo con un brazo, sujetándola con fuerza.

Su respiración se ralentiza, su cuerpo se relaja por completo contra el mío mientras el sueño la reclama. La observo un momento, pasándole los dedos suavemente por el pelo.

—Dulces sueños, ángel —susurro en la silenciosa habitación, dándole un beso en la sien. Su suave suspiro es la única respuesta que necesito mientras la abrazo más fuerte, contento de quedarme así todo el tiempo que ella necesite.

La noche se asienta a nuestro alrededor, la luz de la luna se filtra a través de las cortinas para iluminar la suave curva de su hombro. Su respiración se acompasa, cálida y constante contra mi pecho, y me dejo llevar por el sueño a su lado, abrazándola con fuerza.

Cuando llega la mañana, me despierto con el débil sonido de los cubiertos en el piso de abajo y el aroma a café que llega por el aire. La cama a mi lado está vacía, pero todavía siento el fantasma de su calor. Me tomo mi tiempo para asearme y me pongo una camisa de botones informal antes de bajar al comedor.

La mesa es un cuadro de opulencia: pasteles recién horneados, un cuenco de fruta vibrante, tortitas doradas cubiertas de nata montada y una jarra de café humeante en el centro. Valentina está sentada a la mesa, el pelo suelto y ligeramente alborotado, una de mis camisas grandes sobre ella como una segunda piel. Levanta la vista cuando entro y sus labios se curvan en una suave sonrisa que me oprime el pecho.

—Me has dejado dormir hasta tarde —digo, deslizándome en la silla frente a ella.

—Parecía que lo necesitabas —bromea, tomando un sorbo de su café—. Además, el desayuno sabe mejor cuando no tienes prisa.

Me sirvo una taza de café, observándola mientras corta una tortita. La mañana se siente cálida y fácil, el tipo de momento que conservaría si pudiera.

Comemos en un silencio cómplice durante un rato, el tintineo de los cubiertos y el tranquilo murmullo de la ciudad en el exterior llenan el espacio. Estoy a la mitad de mi plato cuando mi móvil vibra sobre la mesa, la pantalla se ilumina con un nombre que no puedo ignorar.

La mirada de Valentina se desvía hacia el móvil, y noto cómo frunce ligeramente el ceño. —Deberías cogerlo —dice, su tono es ligero, pero hay algo en sus ojos: curiosidad o quizá molestia.

Suspiro y cojo el móvil, llevándomelo a la oreja. La voz al otro lado es cortante, recitando novedades que me hacen apretar la mandíbula. Mis respuestas son breves, mi mirada se desvía de vez en cuando hacia Valentina, que ahora me observa atentamente.

—Ocúpate —digo finalmente, terminando la llamada y dejando el móvil con más fuerza de la que pretendía.

Ella se echa hacia atrás en su silla, el tenedor descansando en su plato. —¿Todo bien?

—Negocios —respondo, frotándome la nuca—. No es nada de lo que debas preocuparte.

Sus labios se aprietan en una fina línea, y por un momento, creo que va a dejarlo pasar. Pero entonces habla, su voz mesurada. —Siempre parece que no es nada hasta que lo es todo.

Le sostengo la mirada, frunciendo el ceño. —¿Qué se supone que significa eso?

Respira hondo, sus manos descansando sobre la mesa. —Significa que mientras estás por ahí ocupándote de «negocios», aquí están pasando cosas, cosas que importan tanto o más.

—Valentina…

—Tenemos que hablar del bebé.

—Ya hemos hablado.

Su rostro se ensombrece. —No, no lo hemos hecho. Necesito saber que estás dispuesto a cambiar. Que elegirás a nuestra familia por encima de este… imperio.

Las palabras me golpean como una bofetada. —¿Me estás pidiendo que renuncie a todo por lo que he luchado? ¿Todo por lo que he sangrado? ¿Para qué? ¿Para una fantasía de una vida tranquila que no existe?

—Por nuestro hijo —espeta, su voz se eleva, un destello de desafío en sus ojos.

Me levanto, paseándome por la habitación, la ira hirviendo bajo mi piel. —¿Crees que marcharnos os pondrá a salvo? ¿Nos pondrá a salvo? No lo hará. En el segundo en que suelte este reino, nos convertiremos en presas. Los lobos no desaparecen sin más porque hayas dejado de luchar contra ellos.

Valentina se levanta también, sus manos apretadas en puños. —Entonces, ¿cuál es la respuesta, Luca? ¿Mantener al niño encerrado como un prisionero? ¿Enseñarle a sobrevivir en este mundo tuyo, donde cada paso tiene un precio? ¿Es eso lo que quieres?

Sus palabras escuecen porque se acercan demasiado a la verdad, y no tengo una respuesta para ella. Hago lo que siempre hago cuando estoy acorralado: arremeto.

—No entiendes lo que se necesita para proteger a una familia —digo, mi voz fría—. Esta vida es la única manera de asegurar que nuestro hijo tenga poder, seguridad, todo lo que necesite.

Ella retrocede como si la hubiera golpeado. —Te refieres a control. De eso se trata para ti, ¿verdad? De control.

No lo niego. Su rostro se descompone por un momento antes de que se recomponga, su voz temblando con una mezcla de ira y tristeza. —Ahora mismo no puedo hacer esto.

Se da la vuelta y se marcha, dejándome solo en la habitación. En contra de todo instinto, no la detengo. Durante los días siguientes, Valentina se impone la misión personal y primordial de ignorarme. Se le da de maravilla.

La entreveo —caminando por los pasillos, sentada junto a la ventana en el estudio—, pero cada vez que intento acercarme a ella, se da la vuelta, retirándose al rincón que ha encontrado para evitarme.

Le envío mensajes. Flores. Pequeños gestos para engatusarla y que vuelva a mis brazos. Pero cada uno es ignorado o recibido con fría indiferencia. Y con cada rechazo, mi frustración crece.

Marco se da cuenta, por supuesto. Muy pocas cosas escapan a su atención. —Te lo estás tomando demasiado a pecho —dice una noche mientras estamos sentados en el estudio, un vaso de whisky en mi mano.

—Todo en esto es personal —espeto—. Es mi mujer. Lleva a mi hijo en su vientre.

—Entonces, ¿por qué dejas que se te escape?

La pregunta duele más de lo que quiero admitir. Vacío el vaso y lo dejo con un golpe seco. —No se me está escapando. Alguien la está empujando.

Marco levanta una ceja. —Crees que es Sofia.

—Sé que es Sofia —gruño—. Ha estado envenenando la mente de Valentina contra mí desde la boda, susurrándole al oído, haciéndola cuestionarlo todo.

Marco sonríe levemente. —Y bien, ¿cuál es el plan? ¿Una charla amistosa?

Le lanzo una mirada que le dice que ya sabe la respuesta.



El trayecto hasta el apartamento de Sofia es silencioso, salvo por el suave zumbido del motor y el rítmico tamborileo de mis dedos contra mi rodilla. Marco está sentado a mi lado, su expresión es indescifrable, aunque sé que este desvío le impresiona tan poco como a mí. Pero ya es suficiente. Las payasadas de Valentina —sus constantes intentos de fuga, su gélido desdén hacia mí, su obstinada negativa a entrar en razón— han agotado hasta el último resquicio de mi paciencia.

Sé que Sofia está detrás de esto. Es la única en quien Valentina confiaría con ideas tan peligrosas.

El coche reduce la velocidad al acercarnos a un edificio modesto, a mundos de distancia del lujo desmesurado de la finca Salvatore. Marco sale primero, escaneando la zona antes de indicarme que lo siga. Salgo, ajustándome los puños del traje mientras observo los alrededores con una mirada de desdén.

La puerta del apartamento de Sofia es de madera barata con la pintura desconchada. Marco golpea con los nudillos bruscamente, su presencia ya es un mensaje antes de que yo hable.

Cuando la puerta se abre, Sofia está allí, menuda pero desafiante, con los brazos cruzados sobre el pecho. Me mira como si fuera un perro callejero que se ha colado en su casa: molesta, pero no sorprendida.

—Salvatore —dice con amabilidad.

—Sofia. —Mi voz es grave, pero no tiene el tono de alguien que busca una conversación civilizada. Entro sin esperar una invitación,

la tenue iluminación proyecta largas sombras a través del reducido espacio.

—¿Qué demonios crees que haces? —espeta, cerrando la puerta detrás de nosotros.

Marco ocupa su puesto junto a la puerta, apoyándose en ella con la amenaza despreocupada de un hombre que ha visto más violencia de la que la mayoría de la gente podría imaginar. Su sola presencia silencia las protestas iniciales de Sofia.

Echo un vistazo al apartamento, observando su sencillez: estanterías repletas de novelas dispares, un sofá con los bordes deshilachados, una pequeña mesa puesta para uno. No es lo que esperaba de alguien tan experta en entrometerse en mis asuntos. —Has estado llenando la cabeza de mi mujer de ideas —empiezo, dirigiéndole toda mi atención. Mi voz es tranquila, pero cada palabra lleva el peso de una tormenta en el horizonte—. Diciéndole que huya. Que traicione la vida que estoy tratando de darle.

Sofia no se inmuta. En cambio, cuadra los hombros, su barbilla se inclina en señal de desafío. —Le he estado diciendo que se proteja. Gran diferencia, don.

El título destila burla, y Marco se tensa a mi lado.

—Solo voy a decir esto una vez —continúo, ignorando su pulla—. Vas a parar. Sea lo que sea que creas que estás haciendo, se acaba ahora.

Sofia suelta una risa seca, negando con la cabeza. —¿De verdad crees que asustarme arreglará las cosas con Valentina? Dios, no tienes ni idea.

Se me agota la paciencia y doy un paso más, cerniéndome sobre ella. —Ten cuidado, Sofia.

—¿O qué? —desafía, su voz inquebrantable—. ¿Me matarás? Eso sí que te hará ganar el favor de Valentina, ¿verdad?

La audacia de esta mujer sería casi impresionante si no fuera tan exasperante. La risa de Marco rompe la tensión, y le lanzo una mirada que lo silencia al instante.

Sofia sonríe, claramente envalentonada. —Un consejo gratis, don. Si quieres que Valentina confíe en ti, deja de tratarla como a una prisionera. Quizá deberías intentar escucharla en lugar de ladrarle órdenes como si fuera uno de tus soldados.

Aprieto los dientes, sin querer admitir que sus palabras se acercan más a la verdad de lo que estoy dispuesto a reconocer. Antes de que pueda responder, un débil timbre suena en el móvil de Sofia. Lo saca, y su sonrisa irónica se convierte en una sonrisa de oreja a oreja mientras desliza el dedo por la pantalla.

—Valentina —dice dulcemente, levantando el móvil para que lo vea.

Se me encoge el corazón. Ahí, en la pantalla, está mi mujer, con el rostro a media luz por el brillo de su propio móvil. Su expresión es una mezcla de incredulidad e ira. —Luca —dice, su voz gélida—. No puedo creer que hayas caído tan bajo como para amenazar a mi mejor amiga.

La línea se corta antes de que pueda responder. Por primera vez en años, siento la clara sensación de estar perdiendo el control.

LUCA

El camino de vuelta a la finca se me hace largo. Marco está sentado en silencio a mi lado. La sonrisa de superioridad de Sofia, sus palabras desafiantes, todavía resuenan en mi cabeza. —Tiene miedo, Luca —dice Marco al cabo de un rato, con cautela—. Lo sabes, ¿verdad?

—El miedo es un arma —replico secamente—. Pero también puede ser una debilidad.

Marco no responde y no me apetece dar más explicaciones. He dicho lo que tenía que decir.

La carretera se extiende ante nosotros, oscura y sinuosa, con los faros abriéndose paso entre las sombras. A medida que el silencio se hace más denso, mi mente me arrastra al pasado, a lecciones aprendidas por las malas.

De repente, tengo doce años y estoy en medio de un almacén manchado de sangre. Mi padre se cierne sobre mí, sus anchos hombros proyectan una sombra que parece que podría tragarme entero.

—¿Sabes qué consigues con la piedad, Luca? —gruñe, sujetándome la barbilla con su agarre de hierro. Su voz es afilada, gutural; cada palabra, un martillo que me graba a fuego la lección.

Niego con la cabeza, el miedo hace que mi cuerpo tiemble.

—La muerte.

Señala al hombre arrodillado en el suelo, la sangre goteándole de la nariz, las manos atadas a la espalda. —¿Y qué les pasa a los que nos traicionan?

—Mueren —susurro, con la voz quebrada.

—¡Más alto!

—¡Mueren!

Mi padre me suelta y retrocede, sacando la pistola de la funda. Me la tiende y su peso es mayor de lo que esperaba. —Entonces, hazlo. Demuéstrame que entiendes lo que significa liderar.

Dudo, con el dedo suspendido sobre el gatillo. El hombre me mira, sus ojos suplicantes, sus labios temblorosos mientras murmura oraciones en voz baja.

—Luca —espeta mi padre—, hazlo. O os mataré a los dos.

El disparo resuena antes de que sea consciente de haber apretado el gatillo.

El hombre se desploma hacia adelante, sin vida. Me tiemblan las manos al bajar la pistola, el pecho subiéndome y bajándome con fuerza.

Mi padre me pone una mano pesada en el hombro. —Bien. Recuerda este momento, muchacho. La piedad es para los débiles. Y nosotros nunca somos débiles.

El recuerdo me quema como un hierro al rojo vivo. Las lecciones que mi padre me enseñó no eran opcionales; eran de supervivencia. La violencia no era solo el medio, era el cimiento. El *flashback* me deja un sabor amargo en la boca.

Valentina tendrá que hacer las paces con esta vida. No tiene elección. Ninguno la tenemos.

No se me escapa la ironía. Los mismos valores que una vez le eché en cara a mi padre por imponérmelos son los que ahora moldean mis decisiones, los que guían cada uno de mis movimientos. Me forjaron en el fuego y ahora espero que Valentina camine por el suyo.

Pero la ternura que me he permitido —los momentos de paz robados, la rara vulnerabilidad que le he mostrado— ha dejado grietas en la armadura que he pasado años perfeccionando.

No puedo permitirme tener grietas. Aprieto la mandíbula. La ternura muere aquí.

El elegante sedán negro se desliza por las calles de la ciudad como un tiburón surcando las aguas. Me reclino en el asiento de cuero y concentro mi atención en la tableta mientras Marco teclea en su móvil a mi lado. —Una mujer interesante, Sofia —dice Marco de repente, su tono casual pero lo bastante intencionado como para captar mi atención.

Lo miro por el rabillo del ojo y luego devuelvo la mirada a la pantalla. —Es un problema.

Marco sonríe, sin inmutarse. —La mayoría de las mujeres interesantes lo son.

El sonido de Dante moviéndose en el asiento del copiloto me llama la atención. Sus ojos se encuentran con los míos en el retrovisor, siempre vigilante. No dice nada, pero puedo sentir su diversión.

—Es la mejor amiga de Valentina —le recuerdo a Marco con sequedad—. Si vas a por ella, anda con cuidado. Es leal a Valentina, pero tiene una inclinación por la rebeldía. Una mujer así no se doblega fácilmente.

—Y, sin embargo, Valentina está aquí —señala Marco, enarcando una ceja.

—Está aquí porque no le doy otra opción —espeto, molesto—. *No es que esto no me haga sentir como una mierda, pero ¿qué puedo hacer?*

Marco levanta las manos en señal de falsa rendición, la comisura de sus labios se curva en una sonrisa. —Anotado, hermano mayor.

Vuelvo mi atención a la tableta, pero las palabras de Marco remueven algo incómodo. Es cierto: Valentina está aquí porque la he obligado. Pero obligar a alguien a quedarse no significa que sea realmente tuyo.

¿Es mi prisionera?

Niego con la cabeza. La conversación cambia cuando tomamos la autopista y el paisaje urbano se funde con las afueras industriales.

Dante se aclara la garganta. —Tenemos que rematar los planes para los muelles —dice, en tono completamente profesional ahora.

—¿Seguimos teniendo problemas con los permisos? —pregunta Marco.

Dante asiente. —Las autoridades están intensificando su supervisión. Necesitamos una forma de desviar la atención, al menos temporalmente.

—Entonces sobornamos a los inspectores o los reemplazamos —digo sin levantar la vista—. ¿De qué sirve controlar esta ciudad si no podemos controlar a sus peones?

Marco se ríe entre dientes. —Siempre tan pragmático, Luca.

—No es pragmatismo —replico—. Es supervivencia.

Dante asiente, de acuerdo. —También tenemos interés del sindicato del este. Están pidiendo una parte mayor si queremos que respalden la expansión.

—Se están volviendo avariciosos —murmura Marco.

—Se quedarán con lo que les demos —digo rotundamente—. Recuérdales dónde reside el verdadero poder. Si quieren más, que se lo ganen demostrando su lealtad.

Marco y Dante intercambian una mirada, pero no discuten.

El móvil me vibra en el bolsillo y lo saco, mirando el nombre en la pantalla. *Enzo Moretti.*

—Para —le digo a Dante.

Contesto a la llamada. —Enzo.

—Luca —llega la respuesta, suave pero con un deje de inquietud—. Tenemos un problema.

—Define «problema» —digo irritado.

—Ha habido movimiento en el sur —dice Enzo—. La familia Rossi está poniendo a prueba los límites de nuevo. Han enviado hombres a un territorio que no es suyo.

—¿Cuántos?

—Suficientes para dejar claro su mensaje —responde Enzo—. No están intentando pasar desapercibidos. Quieren que sepamos que están ahí.

—¿Cómo sugiere que lo manejemos? —pregunto.

Enzo hace una pausa y baja la voz. —Antes de llegar a eso... hay algo que debería saber. He estado investigando la muerte de Antonio Russo, como me pidió.

Mi respiración se ralentiza, mis dedos se aprietan alrededor del teléfono. —¿Y?

—No eran solo deudas de juego, Luca —dice Enzo con gravedad—. Antonio nos estaba ayudando. Durante años. Nos pasaba

información sobre los Rossi, nos mantenía un paso por delante de sus movimientos. Sus deudas eran reales, pero no lo mataron por eso. Los Rossi descubrieron lo que estaba haciendo.

La revelación me golpea como un martillo en el pecho. Antonio Russo, un hombre al que había desechado por débil y egoísta, había estado trabajando para nosotros y pagó el precio más alto por ello. —¿Por qué no hemos sabido esto antes? —pregunto, mi voz con una calma sepulcral.

—Borraron bien sus huellas —admite Enzo—. Y seamos honestos, nadie investigó a fondo. Todo el mundo asumió que fueron las deudas.

La ira estalla, ardiente y rápida, retorciéndose en mi interior. Aprieto los dientes, obligándome a pensar con claridad. La muerte de Antonio no fue solo una pérdida, fue un mensaje. Un golpe contra la familia Salvatore, uno que obviamente no supe ver.

—¿Saben los Rossi que estoy al tanto de esto?

—No —dice Enzo—. Todavía no.

—Bien —replico—. Que siga así. Lo usaremos a nuestro favor cuando llegue el momento.

—¿Y Valentina? —pregunta Enzo con cuidado.

—¿Qué pasa con ella? —digo, aunque mi mente ya está funcionando a toda velocidad.

—Es su hija, Luca. Si se entera...

—No lo hará —lo interrumpo—. No hasta que yo decida qué hacer con esta información.

Otra pausa. Luego Enzo dice: —Entendido.

Cuelgo.

—¿Qué noticias hay? —pregunta Marco, observándome con atención.

—Los Rossi nos están poniendo a prueba de nuevo —digo rotundamente.

—¿Algo más? —la voz de Marco se apaga, su tono cauto.

—No.

Dante nos impulsa a través de la noche hacia casa. Por fin, llegamos a la finca, su imponente fachada bañada por el resplandor crudo y helado de las luces de seguridad. Mientras el motor está al ralentí, me quedo sentado un momento, agarrando el tirador de la puerta. Mi reflejo me devuelve la mirada en la ventanilla tintada: facciones afiladas, ojos oscuros y una mandíbula tensa. El hombre del cristal se parece más a mi padre de lo que me gustaría admitir.

—¿Luca? —Dante se gira para mirarme desde el asiento delantero, su expresión cuidadosamente neutra. Sabe que es mejor no presionar, pero puedo sentir su inquietud.

—Estoy bien —digo bruscamente, abriendo la puerta y saliendo.

El aire frío me azota la cara mientras me ajusto la chaqueta, el peso de la última hora se asienta sobre mis hombros como un sudario de hierro. La lealtad de Antonio Russo lo complica todo. Pero nada de eso importa tanto como la mujer que espera dentro de esa casa.

Se me oprime el pecho al pensar en ella. La forma en que su fuego se corresponde con el mío, su lengua afilada, su negativa a doblegarse, me vuelve loco. Y, sin embargo, me atrae como nada lo ha hecho jamás. ¿Pero su desafío? ¿Sus repetidos intentos de huir? Eso se acaba esta noche.

Me dirijo hacia las enormes puertas de roble, Marco se pone a mi lado.

—Dante —digo por encima del hombro—. Que los guardias revisen el perímetro dos veces esta noche. No quiero sorpresas.

—Entendido —responde Dante, ya con el móvil en la mano mientras se aleja.

Sin embargo, Marco no se va. Iguala mi paso, su mirada se posa en mi cara. —Estás callado.

Lo miro. —Y tú eres un cotilla.

Su sonrisa es fugaz pero genuina. —Rasgo de familia.

Las comisuras de mis labios se contraen, pero reprimo la reacción. No es momento para frivolidades.

Entramos en el gran vestíbulo; la calidez de la finca apenas logra descongelar el nudo helado en mi pecho. Los candelabros de arriba proyectan sombras largas y brillantes, y el débil murmullo del personal resuena desde algún lugar del pasillo.

Me detengo, mis zapatos rozando el suelo pulido. —Déjame, Marco.

Duda, entrecerrando ligeramente los ojos. —¿Estás seguro?

—Vete —repito.

Encogiéndose de hombros, se marcha y sus pasos se desvanecen en la distancia. Ahora solo, cuadro los hombros y subo la imponente escalera. Cada escalón se siente más pesado que el anterior, el peso de mi ira y frustración creciendo a cada instante.

Cuando llego a la puerta del estudio, no llamo. Es mi casa, mi reino, y no necesito permiso para entrar. Abro la puerta, las bisagras crujen suavemente.

La habitación está tenuemente iluminada, el fuego de la chimenea proyecta sombras parpadeantes sobre los paneles de madera oscura. Valentina está sentada en uno de los sillones de cuero junto a la ventana, con las piernas recogidas debajo de ella, un libro abierto en su regazo. Levanta la vista cuando entro, su expresión cautelosa.

—¿Disfrutando de tu tiempo a solas? —pregunto, mi voz más fría de lo que pretendo.

Sus labios se aprietan en una fina línea. —Si has venido a sermonearme otra vez, ahórratelo.

Doy un paso más cerca, la tensión entre nosotros crepita como un cable de alta tensión. —¿Crees que esto es un juego, Valentina? ¿Huir de mí? ¿De esta vida?

—Creo que es mi vida —espeta, poniéndose de pie y dejando el libro a un lado—. Y debería tener algo que decir sobre cómo la vivo.

Maldita sea esta mujer y maldita la rabia que me provoca. —Tuviste elección antes de casarte conmigo. Ahora, tus elecciones afectan a más que solo a ti.

Su mano se desliza hacia su vientre casi inconscientemente, y mis ojos siguen el movimiento. El recordatorio de lo que está en juego apaga mi furia. —Llevas a mi hijo dentro —digo, mi voz bajando de tono—. ¿Crees que dejaré que lo pongas en peligro? ¿Que huyas hacia una fantasía de libertad mientras dejas atrás la única protección que jamás tendrá?

Sus ojos se abren de par en par, pero no retrocede. —¿Protección? ¿A esto lo llamas protección? ¿Una vida rodeada de violencia, de hombres que nos matarían a ambos si pensaran que serviría a sus propósitos?

Me acerco más, tan cerca que puedo ver el pulso aleteando en su garganta. —Sí. Porque conozco este mundo y lo controlo. Nadie toca lo que es mío sin pagar el precio.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros.

—No lo entiendes —susurra, su voz temblorosa—. No se trata de control. Se trata de la vida que le daremos a nuestro hijo. No quiero que crezca con miedo, Luca.

—Y yo no quiero que crezca siendo débil —replico, mi voz como el acero—. Lo tendrá todo: poder, protección, un legado. No puedes quitarle eso, Valentina.

Su mirada se encuentra con la mía y, por un momento, el fuego en sus ojos vacila. Pero luego cuadra los hombros, levantando la barbilla.

—¿Y si no puedo hacer esto? —pregunta, su voz apenas un susurro.

—Lo harás —digo, retrocediendo hacia la puerta—. Porque no hay otra opción.

Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y me voy, cerrando la puerta detrás de mí.

Pero, de alguna manera, mientras camino por el pasillo, sus palabras persisten, royéndome la mente. Por primera vez en años, una grieta se abre en mi férrea determinación, y un sentimiento frío e inoportuno se filtra.

Tardo un rato en poder ponerle nombre. *Duda*.

20

VALENTINA

El silencio entre Luca y yo se alarga durante días, tenso como la cuerda de un arco a punto de romperse. No es la primera vez que hemos discutido, pero esta vez es diferente. Es como estar al borde de algo abrupto e insondable.

La casa bulle de actividad esta noche, el tipo de frenesí silencioso que acompaña a la preparación de una de las famosas galas de los Salvatore. El personal se apresura por los pasillos, haciendo equilibrios con bandejas de cristal y plata pulida, ajustando imponentes arreglos florales que perfuman el aire con su extravagancia.

Estoy en mi habitación, sentada junto a la ventana, contemplando los extensos terrenos de la finca. El cielo está amoratado por el crepúsculo, veteado con los profundos añiles y púrpuras del anochecer. Desde aquí, el mundo parece sereno, como si nada dentro de estos muros pudiera tocarlo jamás. Pero mi mente se niega a calmarse.

Recorro el borde de mi vestido con aire ausente. Es una obra maestra de seda carmesí; la tela susurra contra mi piel como un secreto. Donna Maria había insistido en él, porque esta noche soy la esposa de Luca, y el mundo lo verá, quiéralo yo o no. La idea de pensar en Luca me provoca una punzada aguda e inoportuna en el pecho. Él está en casa esta noche, en algún lugar de esta casa

laberíntica, probablemente supervisando los últimos detalles de la velada. Ha estado distante, incluso frío, pero lo conozco lo suficiente como para reconocer la tormenta que se esconde bajo la superficie.

¿Y yo? Tengo el corazón roto.

No solo porque amenazara a Sofia, aunque esa es una traición que no puedo perdonar. Es el darme cuenta de que, por muy enfadada que esté, por muy imposible que me parezca esta vida, parece que no puedo dejar de quererlo. Es una verdad cruel e implacable que se me clava, haciendo que todo sea mucho más difícil.

Unos suaves golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos. Entra una de las doncellas, con expresión neutra pero en un tono educado. —Señora, la gala comenzará en breve. Donna Maria me ha pedido que me asegure de que está lista.

Asiento, forzando una sonrisa, y ella desaparece tan silenciosamente como ha venido. Me levanto, me aliso el vestido y veo mi reflejo en el espejo. La mujer que me devuelve la mirada parece serena, elegante, como si perteneciera a este mundo de poder e intriga. Pero mis ojos…, mis ojos delatan la agitación interior.

Para cuando bajo por la gran escalera, la casa está viva con el murmullo de voces y risas. El sonido aumenta a medida que me acerco al salón principal, donde los invitados ya se mezclan bajo los resplandecientes candelabros. El olor a perfume caro y a humo de puro se aferra al aire, mezclándose con el tenue aroma del champán y los aperitivos.

Y entonces veo a Luca cerca de la barra, de espaldas a mí al principio, vestido con un traje a medida que le sienta como una segunda piel. Resulta magnético, incluso desde el otro lado de la sala. Cuando se da la vuelta, sus ojos me encuentran de inmediato, clavándose en los míos con un ardor que hace que mi pulso se acelere.

Me enderezo, negándome a que vea lo mucho que me afecta su presencia. Se supone que debo estar a su lado esta noche, interpretar el papel de su esposa devota. Pero ¿cómo puedo hacerlo, si apenas logro mantenerme entera?

Se acerca y, por un momento, el ruido y el movimiento a nuestro alrededor parecen desvanecerse en la nada. —Llegas tarde —murmura, con la voz tan baja que solo yo puedo oírlo.

—No sabía que había un horario —respondo, manteniendo un tono uniforme.

Sus labios se contraen, casi como si quisiera sonreír, pero el gesto no le llega a los ojos. —Quédate cerca esta noche —dice simplemente, y luego me ofrece el brazo.

Dudo una fracción de segundo antes de cogerlo, permitiendo que me guíe hacia el interior de la sala. La velada es un cuidadoso baile de tensión velada. Luca me presenta a los invitados con un encanto ensayado, su mano nunca se aleja demasiado de la mía. Para todos los demás, debemos parecer la pareja perfecta, pero cada caricia parece un recordatorio silencioso: eres mía.

La enormidad de todo —los invitados, la grandeza, las sofocantes expectativas— me oprime hasta que me cuesta respirar. Mi mente se desvía, sin poder evitarlo, hacia nuestro hijo. Miro a Luca, su perfil afilado contra la luz, y me pregunto: ¿podría él dejar alguna vez este mundo por nosotros? ¿Querría siquiera hacerlo?

La respuesta parece tan inalcanzable como las estrellas de ahí fuera. Se propone un brindis que atrae la atención de la sala, y Luca da un paso al frente, con su imponente presencia. Aprovecho el momento para escabullirme, retirándome a un rincón más tranquilo de la sala.

El corazón me late con fuerza mientras bebo un sorbo de una copa de champán, dejando que el líquido frío apague el fuego de mi garganta. La idea de huir vuelve a mi mente, pero ahora me parece una traición, no solo a Luca, sino a mí misma. No quiero huir. Pero

quedarme significa criar a mi hijo en un mundo donde la muerte acecha en cada sombra, donde el amor es una debilidad peligrosa.

Mientras estoy allí, perdida en mis pensamientos, Luca me encuentra de nuevo. Al principio no dice nada, solo me estudia con una intensidad que me sonroja la piel. —Estás preciosa —dice finalmente, con una voz engañosamente suave.

Quiero odiarlo por hacerme sentir así, pero no puedo. En lugar de eso, asiento, murmurando un quedo: —Gracias.

Y a medida que avanza la noche y la gala por fin termina, dándome la oportunidad de correr de vuelta a mi habitación tan rápido como puedo, me doy cuenta de la verdad: querer a Luca podría destruirme, pero no creo que pueda dejar de hacerlo. El silencio en el dormitorio es insoportable. Luca está de pie junto a la puerta; su presencia es pesada, llenando la habitación tanto como mi resentimiento. Me mira, esperando algo, quizá una pelea, quizá el perdón. No le doy nada.

Me meto en la cama sin decir palabra, subiéndome las sábanas hasta los hombros y dándole la espalda. Exhala bruscamente; el sonido corta el silencio como una cuchilla.

—Bien —murmura. La puerta se abre y se cierra tras él, y su marcha deja un vacío que es a la vez un alivio y una herida. Me quedo mirando la oscuridad, con el pecho oprimido mientras me pregunto cómo hemos llegado a esto.

A la mañana siguiente, la finca se siente extrañamente vacía. Luca no aparece por ninguna parte. Ni una nota, ni un mensaje. Solo su ausencia, como si se hubiera evaporado. No le pregunto a nadie adónde ha ido, no estoy dispuesta a mostrar ni el más mínimo atisbo de preocupación. En cambio, vago sin rumbo por la mansión, mis pasos resonando en los suelos de mármol mientras voy de un ala a otra.

El personal se afana a mi alrededor, preparando comidas, limpiando habitaciones y colocando flores frescas en enormes jarrones. Paso junto a ellos como un fantasma, con los pensamientos enredados y pesados.

A media mañana, me encuentro en uno de los extensos salones. El espacio es suntuoso, con espejos dorados y muebles de felpa, pero apenas me fijo en la grandeza. Se siente frío, demasiado perfecto para ser vivido.

Estoy a punto de dar media vuelta cuando una voz suave y desconocida me detiene.

—Disculpe, ¿es usted la señora Salvatore?

Me quedo helada y luego me giro lentamente. Una joven está de pie junto a la ventana, enmarcada por la luz del sol que entra a raudales. Es hermosa de una manera natural y clásica, con un pelo oscuro y brillante que le cae en ondas sobre los hombros y unos ojos tan verdes que parecen casi de otro mundo. Su vestido entallado se ciñe a su figura, elegante y discreto, pero hay una agudeza en su postura que sugiere que no es ajena al poder.

—Sí —digo con cautela—. ¿Quién es usted?

Da un paso adelante, tendiéndome una mano con una sonrisa que no le llega a los ojos. —Aria Lombardi.

El nombre me resulta vagamente familiar, aunque no consigo ubicarlo.

—Esperaba hablar con Enzo —continúa, con un tono educado pero frío—. ¿Está disponible?

Le estrecho la mano, aunque mi agarre es vacilante. —No sabría decirle. No es que se ponga en contacto conmigo para informarme.

Su sonrisa se ensancha. Sinceramente, no parece que pertenezca a este mundo. —Comprendo. ¿Le importa si espero aquí?

Asiento lentamente, haciéndome a un lado para dejar que se siente en uno de los sillones.

Algo en Aria hace que quiera irme, y rápido. —Iré a buscarlo. Mi marido debería saber dónde está —digo brevemente, antes de escabullirme hacia el estudio. Luca debería estar allí, y quizá su querido sicario esté con él.

Al acercarme a la pesada puerta de roble, me doy cuenta de que está ligeramente entreabierta. Oigo la voz de Enzo al otro lado, tranquila y mesurada, aunque teñida de algo que no acierto a identificar. —... sí, lo entiendo. Pero su padre... No es tan sencillo, Luca. Murió protegiendo a esta familia. ¿Cuánto tiempo crees que una noticia así permanece oculta?

Me quedo helada, pegada a la pared junto a la puerta, con el corazón martilleándome en el pecho.

—No creo que sospeche —continúa Enzo, con voz baja pero clara—. Pero tendremos que andarnos con cuidado. Si se entera... sí. De acuerdo, nos aseguraremos de que Valentina no sepa nada de esto.

Trago saliva, la ira y la confusión luchando en mi interior. El pecho se me oprime al oír crujir la silla de Enzo, y me retiro rápidamente por el pasillo antes de que pueda verme.

Se acabó. Hasta aquí hemos llegado.

No puedo quedarme aquí, no cuando me estoy ahogando en mentiras y medias verdades.

La noche se hace más profunda, la finca está en silencio, salvo por el zumbido lejano de las patrullas de seguridad. Me siento junto a la ventana, mirando a la oscuridad, intentando reconstruir lo poco que he oído. Luca llama a la puerta y, por un momento, considero dejarlo entrar.

—Valentina —llama, con voz firme—. Abre la puerta.

Me levanto, doy un paso hacia la puerta, pero el recuerdo de las palabras de Enzo me detiene. —Vete, Luca —respondo, forzando la voz para que suene firme.

Sigue un silencio, denso y pesado. Luego, un suspiro silencioso. —Estás librando una batalla perdida —dice de una manera que me eriza la piel. Sus pasos se desvanecen por el pasillo, dejándome a solas con mis pensamientos.

Se acabó.

Unas horas más tarde, se me ha ocurrido algo. Es un poco peligroso, pero al menos todavía estoy en las primeras semanas de embarazo. Dentro de unos meses sería totalmente imposible.

Bajar por la tubería no es tan difícil como esperaba. Mis manos rozan el metal frío, mis músculos arden mientras desciendo con cuidado. Es casi un alivio sentir el aire de la noche en mi piel cuando llego a las dependencias del servicio. Me deslizo por los estrechos pasillos, con el corazón latiéndome con fuerza a cada paso.

La entrada trasera está justo delante. Estoy tan cerca que casi puedo saborearlo..., hasta que oigo el suave chasquido de unos tacones detrás de mí. —Vaya, vaya —dice una voz con retintín, aguda y divertida.

Me doy la vuelta bruscamente y veo a Aria Lombardi de pie a pocos metros, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona en los labios.

—Escapándonos, ¿eh? —pregunta, ladeando la cabeza—. Interesante elección.

VALENTINA

El leve crujido de la puerta al cerrarse a mi espalda me devuelve a la realidad. Aria está ahí, su silueta nítida bajo las tenues luces de seguridad, con una expresión indescifrable.

—No tienes mucho tiempo —dice sin más, su voz rasgando el tenso ambiente.

Miro hacia la salida, con la promesa de libertad a solo unos metros. Mis instintos me gritan que eche a correr, pero hay algo en el tono de Aria que me detiene. —¿Por qué me ayudas? —pregunto, con la voz tensa y los ojos clavados en el débil resplandor de las linternas de los guardias a lo lejos.

—No he dicho que lo esté haciendo —replica, acercándose—. Pero si sigues dando tumbos así, te van a pillar. Y créeme, si eso pasa, no será Luca quien te encuentre primero, sino sus hombres. Y ellos no serán delicados.

Sus palabras me provocan un escalofrío.

—Bien —espeto—. ¿Entonces qué sugieres?

Aria ladea la cabeza, calculadora, antes de señalar hacia la puerta. —Sígueme. Rápido. Daremos un rodeo.

El aire frío me muerde la piel cuando salimos a la noche. Aria se mueve con la soltura de quien sabe exactamente dónde está apostado cada guardia. Me hace un gesto para que me mantenga agachada mientras avanzamos sigilosamente por el lateral de la finca, con el leve crujido de la grava bajo nuestros pies.

Una luz barre el patio de delante y Aria tira de mí bruscamente contra el muro. Se me corta la respiración; el haz de luz pasa a centímetros de nosotras.

—No te separes —masculla.

Cruzamos a la carrera el tramo descubierto de césped, en dirección a una puerta de servicio parcialmente oculta por unos setos descuidados. La puerta está cerrada con llave, pero Aria saca una de su bolsillo, con movimientos rápidos y eficientes.

—¿Cómo es que la tienes? —siseo, observándola.

No responde, y empuja la puerta lo justo para que nos colemos por ella.

Ahora estamos en la calle, con la finca cerniéndose a nuestras espaldas como una fortaleza en sombras. Aria no afloja el paso, sus tacones repiquetean suavemente contra el pavimento.

—Por aquí —dice, guiándome por una calle lateral flanqueada por escaparates a oscuras.

La verja trasera se cierra con un suave clic a nuestras espaldas cuando salimos a la tranquila calle. Aria lanza una mirada cortante por encima del hombro antes de ceñirse el abrigo y hacerme un gesto para que la siga.

—Camina. Rápido.

No hago preguntas. El corazón me martillea mientras me pongo a su altura. La finca se cierne en la distancia, oscura y amenazante, pero con cada paso que damos para alejarnos de ella, un pequeño hilo de tensión se destensa en mi pecho.

Caminamos en silencio durante una manzana antes de que un coche se detenga suavemente junto al bordillo, sus cristales tintados reflejando las farolas. Aria abre la puerta trasera, con expresión indescifrable.

—Sube —dice.

—¿Adónde vamos? —pregunto, y la duda me clava los pies en el suelo.

Los ojos de Aria se entrecierran ligeramente. —Al único lugar donde estarás a salvo ahora mismo. La finca de los Lombardi.

Sus palabras me pillan por sorpresa. ¿Los Lombardi? El pulso se me acelera, pero no hay tiempo para cuestionarla. Otra mirada por encima de su hombro, un atisbo de tensión en su mandíbula, y sé que no tengo otra opción.

Subo al coche y el olor a cuero y a una leve colonia me envuelve. Aria se desliza a mi lado, cerrando la puerta con firmeza.

—Arranque —le dice al hombre que está al volante, quien asiente sin decir palabra.

El coche se desliza por la ciudad con suave eficacia, con el silencioso zumbido del motor como único sonido. Miro por la ventanilla las calles que he recorrido tantas veces, ahora irreconocibles bajo el manto de la noche.

—¿Por qué me ayudas? —pregunto finalmente, volviéndome hacia Aria.

Se recuesta en el asiento, con el rostro cubierto de sombras. —Digamos que entiendo tu situación mejor de lo que crees.

Su respuesta es críptica, no ofrece un consuelo real, pero no insisto.

—Podrías haberme detenido —digo, más para mí que para ella.

—Podría haberlo hecho —admite, con un tono ligero, pero con una mirada afilada al dirigirse hacia mí—. Pero no lo hice. Y ahora

estamos aquí.

El coche reduce la velocidad al entrar en una carretera más estrecha flanqueada por imponentes muros de piedra. No hay una entrada grandiosa, ni fanfarrias. Solo unas verjas de hierro que se abren sin mediar palabra y un largo y silencioso tramo que conduce a un ala más oscura de la finca. No es la casa principal lo que veo primero, sino un extremo de la misma, la sección más antigua, escondida tras el salón de baile y envuelta en sombras. Desde fuera, la casa de los Lombardi no se anuncia con oro ni acero. Espera. Observa.

El vehículo se detiene cerca de una entrada lateral. Aria sale primero. No se vuelve para comprobar si la sigo, pero yo sí lo hago. No pregunto dónde estamos. No hace falta. Todo en su postura me dice que este es un lugar pensado para la discreción. Sus tacones repiquetean suavemente sobre el mármol mientras me guía hacia el interior, pasando por nichos y estrechas escaleras, a través de un pasillo que huele ligeramente a humo de leña y lavanda.

Una mujer aparece al fondo del pasillo; su madre, creo. El parecido es innegable. Por un momento, sus voces se alzan en un agrio intercambio de palabras, pero no logro distinguirlas. Entonces Aria se mueve, colocándose delante de mí. Solo por un instante. Cuando doy un paso adelante, el rostro de la mujer cambia. Cualquier enfado que tuviera se desvanece, reemplazado por algo más frío. Me estudia con una calma ensayada y luego asiente una vez.

Me envían con una doncella al ala este, tercera planta. Sin preguntas, sin explicaciones. Solo una silenciosa eficiencia. La habitación que me muestran es elegante pero discreta, con altos ventanales y un pálido papel pintado que capta la luz de la luna. Unos minutos después aparece una bandeja: comida que no puedo tocar, toallas que no necesito.

Por la mañana, no he descansado más que la noche anterior. Las sábanas son suaves, la habitación cálida, pero nada aquí me tranquiliza. Cada golpe en la puerta, cada paso en el pasillo, me hace preguntarme si alguien ha cambiado de opinión sobre dejarme

quedar. Cuando la doncella vuelve a buscarme para el desayuno, me visto rápidamente y la sigo, con mi bolsa todavía hecha, por si acaso.

El comedor es demasiado grande para tres personas. Una mesa pulida se extiende casi a lo largo de la sala, puesta con plata y porcelana que relucen a la luz de la mañana. La madre de Aria está sentada en el extremo opuesto, con la espalda recta y una servilleta de lino delicadamente apoyada en el regazo. Ya está vestida para la jornada con una blusa verde oscuro y pendientes de perlas, cada detalle impecable. Su rostro es indescifrable, pero sus ojos siguen cada movimiento que hago. —Buenos días —dice con voz neutra.

Murmuro lo mismo en respuesta, sin saber si me están dando la bienvenida o evaluándome. Aria me señala el asiento a su lado y lo ocupo sin hacer comentarios. El desayuno ya está servido: café, pan recién hecho, fruta madura, embutidos, una mantequilla tan pálida que parece marfil. No cojo nada.

—Tiene usted mejor aspecto que anoche —dice su madre. No es amabilidad. Es una observación.

Esbozo una pequeña sonrisa, contenida. —Me siento mejor.

Su mirada se detiene en mí un momento más antes de volver a su taza. —El descanso es bueno. Especialmente cuando se tienen tantos ojos observando.

La mano de Aria se mueve ligeramente junto a la mía, su voz calmada. —No estamos aquí para ponerla a prueba.

—No —concuerda su madre, con un tono suave como la seda—. Solo para entenderla.

El resto de la comida transcurre en un silencio relativo. Bebo un sorbo de café, aunque se me anuda en el estómago, e intento no sobresaltarme con el sonido de los cubiertos sobre la porcelana. Aria habla una o dos veces, sobre todo para desviar preguntas que en realidad no lo son. Su madre no dice nada directamente, pero no

hace falta. Todo en su postura, en sus miradas entornadas, dice lo mismo: ahora eres una pieza en el tablero. Conoce tu lugar, o te moverán.

Cuando finalmente nos dan permiso para retirarnos, Aria se levanta primero. La sigo por un pasillo lateral, hacia las zonas más tranquilas de la casa. Solo cuando las puertas se cierran a nuestras espaldas deja caer los hombros, muy ligeramente.

A última hora de la tarde, los pasillos vuelven a estar en silencio. Cualquier juicio que se haya emitido durante el desayuno se ha asentado y nadie ha venido a llamar desde entonces. Me siento en el borde de la cama, con las manos apoyadas en las rodillas, esperando a que algo cambie. El silencio se siente cargado, como si la casa estuviera escuchando.

Finalmente, alguien llama a la puerta. Es Aria. Entra y cierra la puerta tras de sí. —Te irás esta noche —dice.

Asiento lentamente. —¿Adónde voy?

—A Sicilia. Estarás bajo otro nombre. Documentos nuevos. Cuentas bancarias nuevas. No es glamuroso, pero es seguro.

Se me hace un nudo en la garganta. —Luca no lo sabe.

—No —dice—. Y de eso se trata.

Se acerca a la cómoda y deja un pequeño sobre junto a mi bolsa. Lo miro: pasaporte, billete de avión, un teléfono que no he visto en mi vida. Los Lombardi no hacen nada a medias. Esto ya no es un refugio temporal. Es una salida. —Hay un coche esperando en la parte trasera de la finca —añade—. Te llevará directamente al aeródromo.

Me levanto, con la voz apenas audible. —¿Por qué me estás ayudando?

Aria no responde de inmediato. Se cruza de brazos, mirándome con la misma calma indescifrable que lucía la noche anterior. —Porque

viste venir algo y trataste de correr hacia ello en lugar de huir. Eso es raro. Incluso aquí.

Sus palabras se asientan sobre mí, demasiado pesadas para responder. Cierro la cremallera de la bolsa, despacio, deteniendo los dedos un instante en el asa de cuero. —No sé si estoy haciendo lo correcto.

Niega con la cabeza muy levemente. —No existe tal cosa. Solo existe aquello con lo que puedes vivir.

El trayecto hasta el aeródromo es largo, silencioso y extraño. Veo la ciudad deslizarse a mi lado, las luces desdibujándose sobre el pavimento mojado, los escaparates brillando con una calidez que se siente completamente ajena a mi vida. Cuanto más nos alejamos, más desarraigada me siento. Como si ya hubiera desaparecido y la mujer sentada en el asiento trasero fuera solo una sombra de quien se suponía que debía ser. Para cuando llegamos a la pista de aterrizaje privada, el cielo ha comenzado a palidecer. El jet espera, con los motores en silencio, la escalerilla bajada. El conductor abre la puerta, pero no dice nada.

Dudo al pie de la escalerilla. Espero sentirme libre. No lo siento. Espero sentirme a salvo. No lo siento. Solo me siento desaparecida.

LUCA

No consigo conciliar el sueño, lo que no es nada raro en mí. No es la primera noche que se alarga, pesada, llena de asuntos pendientes y amenazas inminentes. Pero esta noche es diferente. No son los negocios los que me pesan en el pecho como una losa, ni los enemigos a las puertas, ni los tratos que han quedado en el aire.

Es mi mujer.

Sentado bajo la tenue luz de la lámpara del despacho, con un vaso de whisky intacto a mi lado, lucho con las palabras que debería haberle dicho. La verdad sobre su padre. Antonio Russo no era perfecto, ni mucho menos. Pero ese hombre no murió por sus deudas de juego ni porque fuera un pobre idiota que se metió en un lío que le venía grande. No, a Antonio lo mataron por proteger a esta familia, por protegerme a mí.

Me paso una mano por el pelo, con la frustración en aumento. Pensé que ocultarle la verdad la protegería, que le daría una razón menos para guardarme rencor. Pero, al intentar protegerla, solo he abierto una brecha más profunda entre nosotros. El afecto que estaba naciendo entre nosotros parece cosa del pasado, porque me ha estado evitando como a la peste y, cuando me mira, lo hace con pura rabia.

La idea de que me mire así para siempre es insoportable.

Cuando amanece, mi decisión está tomada. Se lo contaré todo. Se lo merece. Quizá no cambie su opinión sobre mí, sobre esta vida, pero al menos no tendré esta mentira pudriéndose entre nosotros.

Me aparto del escritorio y me dirijo al dormitorio. Los pasillos están inquietantemente silenciosos bajo la primera luz de la mañana. La puerta de nuestra habitación está cerrada, pero un resquicio de luz se filtra por debajo.

Llamo una vez.

—Valentina.

Silencio.

Vuelvo a llamar, esta vez más fuerte.

—Abre la puerta. Tenemos que hablar.

Sigue sin haber respuesta. Una chispa de irritación se enciende en mi pecho. Es testaruda, lo sé, pero este silencio es deliberado.

Agarro el pomo, lo giro, pero no se mueve. Está cerrado con llave desde dentro. Un mal presentimiento, lento y terrible, empieza a invadirme. No es la primera vez que Valentina me cierra la puerta con llave, pero este silencio tiene algo diferente. —Valentina —gruño, con voz grave pero cargada de advertencia—. Esto no es un juego. Abre la puerta.

Nada.

Doy un paso atrás, apretando y relajando los puños a mis costados. Bien. Si quiere jugar a este juego, le daré su espacio. Pero cuando vuelva, va a escucharme, le guste o no.

Las horas pasan lentamente y la finca bulle con su actividad habitual. Me sumerjo en reuniones para ultimar los planes con los que contrarrestar la creciente amenaza de los Lombardi. Marco me pone al día sobre nuestros informadores, Dante me proporciona los

últimos datos sobre nuestros cargamentos y yo asiento, tomo decisiones, doy órdenes.

Pero mi mente no deja de volver a Valentina.

A media tarde, no aguanto más. La tensión en mi pecho se ha vuelto insoportable y cada pregunta sin respuesta me oprime las costillas con más fuerza. Salgo de la sala de conferencias sin decir palabra e ignoro las miradas inquisitivas de mis hombres mientras me dirijo al dormitorio.

Esta vez, no llamo a la puerta.

La puerta sigue cerrada con llave y se me ha agotado la paciencia. De una sola y rápida patada, la puerta se abre con un estruendo y se estrella contra la pared. La escena que encuentro dentro me deja helado.

la habitación es un caos. Las sábanas arrancadas de la cama, los cajones entreabiertos, ropa esparcida por el suelo. El aire está viciado. Se ha ido. Entro, el suelo cruje bajo mi peso, y cojo un pañuelo tirado en el borde de la cama. Huele a ella, a flores y a algo ligero, un aroma que se me ha grabado en la memoria. La rabia hierve bajo mi piel, caliente y volátil. —Maldita sea, Valentina.

Golpeo con el puño el marco de la puerta y la madera se resquebraja con la fuerza. Mi mente va a toda velocidad, uniendo las pistas de las que no me había percatado antes. La forma en que me ha estado evitando. La frialdad en su mirada. Y entonces me golpea como un tren de mercancías.

Sofia.

Debería haber sabido desde el principio que esa mujer era un problema. Su vena rebelde, su lealtad inquebrantable a Valentina… Era la receta para el desastre.

Salgo de la habitación a grandes zancadas y le ladro órdenes al guardia más cercano. —Trae a Marco. Ahora.

Marco se reúne conmigo en el despacho en cuestión de minutos. Su expresión es sombría.

—Se ha ido —digo, paseando de un lado a otro de la habitación—. Encuéntrala.

—¿Que se ha ido? —Marco enarca una ceja—. ¿Estás seguro?

Le lanzo una mirada fulminante. —Su habitación está vacía. Lo ha estado planeando.

No discute, solo asiente una vez. —Pondré a los hombres a ello. ¿Alguna pista?

—Sofia. —El nombre me deja un sabor amargo en la boca—. Le ha estado llenando la cabeza de mentiras a Valentina, haciéndole creer que puede huir.

Marco se recuesta en el escritorio, con los brazos cruzados. —Si está con Sofia, no puede haber llegado lejos. ¿Qué quieres que hagamos cuando la encontremos?

No respondo de inmediato. Mi mente bulle con las posibilidades. ¿Castigo? ¿Perdón? Lo único que sé es que la necesito de vuelta.

—Traedla a casa —digo finalmente, con voz gélida—. Y si encontráis a Sofia sola, traedla aquí.

Pasan las horas, la noche se hace más profunda y me siento en una silla de mi balcón, sin que me importe cómo me muerde el frío. Afuera, los motores de los todoterrenos de mis hombres rugen a su regreso.

Sé, por puro instinto, que no han encontrado a mi mujer. Pero cuando los todoterrenos se detienen, Marco se baja con un guardia, con Sofia entre ellos. Se me escapa un suspiro. Si no puedo tener a mi mujer esta noche, al menos tendré respuestas.

Minutos después, entro a grandes zancadas en el gran salón, donde está Sofia. Asiento a Marco, que se va de inmediato. Ella no parece

ni remotamente intimidada. Lleva un abrigo oscuro, bien abrochado, sin un solo pelo fuera de su sitio, como si estuviera en una reunión de negocios en lugar de haber sido arrastrada a la boca del lobo.

—¿En serio, Luca? —dice, con la voz cargada de sarcasmo—. ¿Arrastrarme hasta aquí como a una delincuente cualquiera? Tengo planes para cenar, que lo sepas.

Su tono displicente me crispa los nervios, pero no dejo que se note. Hago un gesto al guardia que queda para que se vaya, sin apartar mis ojos de los suyos. —La cena puede esperar.

Ella se cruza de brazos, con expresión desafiante. —No sé dónde está, y aunque lo supiera, no te lo diría.

—Siéntese.

La palabra es más una orden que una petición y, por un momento, ella duda. Luego, con un suspiro teatral, se deja caer en la lujosa silla de cuero junto a la chimenea. Paseo lentamente, el peso de la habitación oprimiéndome mientras la luz del fuego parpadea en las paredes. —Usted se ha estado entrometiendo desde el principio, Sofia. Alimentándola de mentiras. Plantando ideas en su cabeza. Ideas que la llevaron a huir.

La risa de Sofia es quebradiza y resuena en los altos techos. —¿Ideas? ¿De verdad crees que Valentina necesitaba que yo le plantara nada? Luca, te las has apañado tú solito para espantarla.

Aprieto los puños a mis costados, pero mantengo la voz calmada. —Cuidado, Sofia.

—No, ten cuidado tú. —Se inclina hacia delante, con los codos en las rodillas, mirándome con un fuego que casi me impresiona—. Te crees el rey del mundo, ¿verdad? Intocable. Pero la cosa es, Luca, que Valentina no es uno de tus soldados. No puedes darle órdenes, amenazarla y esperar que se quede.

—Su sitio está aquí —gruño, dejando que mi genio se escape por las grietas—. Conmigo. Con nuestro hijo.

—Su sitio está en un lugar seguro —replica Sofia—. Y no es aquí. Ella lo sabe. Yo lo sé. Joder, en el fondo, probablemente tú también lo sabes.

No creía que fuera posible odiarla más. Me acerco, alzándome sobre ella, y mi sombra cae sobre su figura desafiante. —No tiene ni idea de lo que está hablando.

—¿Ah, no? —Su mirada se clava en la mía, sin inmutarse—. Crees que el amor es control. Crees que el poder es seguridad. Pero Valentina no necesita tu imperio ni tu dinero. Necesita una vida en la que no tenga que mirar por encima del hombro cada maldito segundo. ¿Puedes darle eso?

Quiero echarla, mostrarle lo que le pasa a la gente que se cruza en mi camino. Pero sus palabras se clavan en una parte de mí que llevo años enterrando. *¿Puedo darle a Valentina lo que necesita?*

Respiro hondo y mi ira se enfría hasta convertirse en algo más afilado, más centrado. —Tiene suerte de que no la mate aquí mismo donde está sentada.

Sofia no se estremece, no vacila. Si acaso, parece divertida. —No lo harás. Sabes que tengo razón. Y puede que me odies por decirlo, pero en el fondo, también me respetas por ello.

Su audacia es exasperante, pero, maldita sea, hay verdad en sus palabras. Doy un paso atrás, dándole espacio mientras me giro hacia la ventana. —Si está mintiendo sobre no saber dónde está, lo averiguaré. Y cuando lo haga…

—No estoy mintiendo. —Su voz es más suave ahora, casi compasiva —. Pero te diré esto gratis: Valentina no se ha ido por mi culpa. Se ha ido porque te tiene miedo.

Las palabras me golpean como un puñetazo en las tripas, pero me niego a que lo vea. En lugar de eso, me giro, con el rostro convertido en una máscara de furia contenida. —Fuera.

Sofia se levanta, alisándose el abrigo como si no hubiera estado a centímetros de la muerte. —Sabes, Luca, a pesar de todos tus defectos, la quieres. Quizá si empezaras a demostrarlo, no se habría escapado.

Hago una seña a los guardias, con la mandíbula tensa mientras la escoltan hacia la puerta. Justo antes de irse, echa un vistazo por encima del hombro, con una sonrisa afilada e irritante. —Buena suerte, Don Salvatore. La vas a necesitar.

Las puertas se cierran de golpe tras ella y me quedo de pie, con los ecos de sus palabras arremolinándose en el aire. La odio. Odio su insolencia, su desafío, su exasperante habilidad para decir la verdad que no quiero oír. Pero tiene razón. Y eso solo me enfada más. Me dejo caer en el sofá, incapaz de reprimir un gemido.

Puede que Valentina me tenga miedo, pero también es mía. Y no importa adónde haya ido, no importa quién la esté ayudando, la traeré de vuelta. Esto no ha acabado. Ni de lejos.

Los recuerdos inundan mi mente: su risa, el fuego en sus ojos cuando discutía conmigo, la forma en la que se ablandaba en mis brazos cuando por fin bajaba la guardia.

Me inclino hacia delante, con los codos en las rodillas, y dejo que el peso de mi ira y mi arrepentimiento se asiente sobre mí. Puede correr tan lejos como quiera, pero nunca escapará de mí.

Ni ahora. Ni *nunca*.

VALENTINA

Cinco años después

El sonido de la risa de mi hijo me saca del sueño como una cinta que se desenrolla en lentos y perezosos círculos. Parpadeo ante la luz del sol que se cuela por las cortinas, dorada y cálida, y dejo que el familiar murmullo de la vida me llene los oídos. Fuera, el leve tintineo de las tazas de café de un vecino se cuela por la ventana abierta, mezclándose con el gorjeo de los pájaros que revolotean entre los limoneros. Sicilia se siente viva, un latido que pulsa bajo sus colinas bañadas por el sol, y por primera vez en mucho tiempo, yo también.

Aparto las suaves sábanas de lino y deslizo los pies sobre las frías baldosas de terracota, estirándome hasta que mis músculos vibran. La casa es modesta, pero es mía, un santuario construido ladrillo a ladrillo sobre las cenizas de mi antigua vida. Cada crujido de las tablas de madera del suelo cuenta una historia, una que no termina con miedo.

—*¡Vieni qui*, Mamma! —llama mi hijo desde el salón, con la voz brillante y dulce como las flores de naranjo de fuera.

Sonrío a mi pesar, dejando que su emoción me guíe por el pasillo. Las paredes están pintadas de un cálido ocre y la luz del sol baila sobre ellas mientras paso junto a bocetos enmarcados de puestos de

mercado, playas tranquilas y el pequeño viñedo a las afueras del pueblo. Es una casa que he construido yo. Mi niño está tumbado en el suelo del salón, su pelo rizado es un halo rebelde alrededor de su rostro querúbico. Un pequeño coche de madera recorre las baldosas en su mano regordeta.

—¡Mamma, *guarda*! —exclama, levantando el juguete como si fuera un trofeo.

Me agacho a su lado y le revuelvo el pelo. —*Sei così bravo, amore mio* —murmuro, con el pecho encogido mientras él sonríe con orgullo.

Los ojos de Luca me devuelven la mirada desde su carita, ese mismo marrón fundido que cambia con su humor. Es un dolor agridulce, verlo tan vívidamente en nuestro hijo. Hay días en los que no puedo mirarlo demasiado tiempo sin que se me cierre la garganta, pero hoy no es uno de ellos.

—¿Puedo jugar fuera, mamá? —pregunta, poniéndose ya en pie de un salto. Sus pequeñas piernas apenas pueden seguir el ritmo de su entusiasmo mientras corre hacia la puerta.

—Después de desayunar —le digo, cogiéndolo por la cintura con una facilidad ya practicada—. Primero tenemos que comer. ¡Te estás quedando hecho un fideo!

Él se ríe y se libera con un contoneo, corriendo hacia la cocina. Lo sigo a un ritmo más lento, dejando que el compás de nuestra mañana me serene. Sicilia me ha enseñado el arte de la paciencia: el goteo lento del café, el calor constante del pan recién hecho enfriándose en la encimera, la suave brisa que transporta el aroma del romero y los cítricos a cada rincón de esta casa.

Preparo mi café expreso, removiéndolo con un toque de azúcar, mientras mi hijo devora su platito de higos y requesón. Ya está parloteando sobre sus planes para el día: ayudar a nuestro vecino a recoger uvas, perseguir al gato callejero que toma el sol cerca de la

plaza y trepar a los árboles hasta que sus manos estén pegajosas de savia. La dulzura de sus palabras me tranquiliza mientras sorbo mi café y miro por la ventana. Las ondulantes colinas se extienden sin fin, salpicadas de olivares y grupos de villas encaladas. El mar brilla en la distancia, como una resplandeciente promesa de libertad. Es impresionante, pero siempre hay una parte de mí vacía que el paisaje no consigue llenar del todo.

—¿Podemos ir al mercado hoy, mamá?

Le sonrío, apartando la punzada de anhelo que siempre persiste justo bajo la superficie. —Sí, *tesoro*. Pero esta vez tienes que portarte bien, ¿vale?

Sonríe, todo hoyuelos y travesura, y sé que ya he perdido la batalla.

Vamos al mercado, que bulle de vida, como todos los sábados. Los puestos rebosan de tomates maduros, pimientos de colores vivos y ajos trenzados. El aire está impregnado del aroma del marisco a la parrilla y el toque dulce de los cítricos frescos. Mi hijo tira de mi mano, llevándome hacia un puesto que vende animalitos tallados.

—¡Mira, mamá! —dice, señalando un caballo de madera.

El vendedor le sonríe, poniendo el juguete en sus manos. —*Un regalo* —dice cálidamente. Un regalo.

Se lo agradezco con un asentimiento, deslizando de todos modos unas monedas en su cesta. Mi hijo agarra el caballo como si fuera la cosa más preciada del mundo, y no puedo evitar sonreír.

Son momentos como este los que me mantienen con los pies en la tierra, los que me mantienen aquí. Pero no borran la sombra que me sigue, la que susurra sobre una vida que he dejado atrás.

Mientras caminamos a casa, los susurros se hacen más fuertes. Recuerdos de Luca me asaltan sin haberlos llamado: su sonrisa rara y genuina, el ardor de su mirada, la forma en que su voz podía dominar una habitación… y mi corazón. Me he dicho mil veces que

irme fue lo correcto, que esta vida tranquila en Sicilia es lo mejor para mi hijo.

Pero ¿y yo?

¿Qué hay de este vacío corrosivo, este dolor que no ha disminuido por muchos amaneceres que haya visto salir sobre estas colinas?

—¿Estás bien, mamá? —pregunta mi hijo, deslizando su manita en la mía.

Fuerzo una sonrisa, apretándole los dedos. —Estoy perfectamente, *amore mio*. Vamos a casa.

El paseo es corto, pero el peso en mi pecho se siente más pesado a cada paso. Para cuando volvemos, el sol está alto, proyectando sombras nítidas sobre el patio. Mi hijo corre delante, su risa resonando contra las paredes.

Me quedo en la puerta, observándolo jugar, y siento que el dolor se convierte en algo insoportable. No me arrepiento de haber dejado a Luca; no por la seguridad de mi hijo. Pero ya no puedo negarlo: lo echo de menos.

El resto del día pasa como siempre: en pequeñas y sencillas alegrías. Pero hoy tengo el corazón inquieto. Algo se está removiendo.

Llevo esta inquietud a la cama. No se desvanece, ni cuando intento dormir, ni siquiera cuando el sol vuelve a salir. Hoy tengo que ir a la pastelería. Leo vendrá conmigo.

Los adoquines todavía están frescos bajo nuestros pies mientras nos adentramos en las sinuosas calles, la pequeña mano de mi hijo fuertemente aferrada a la mía. La luz de la mañana salpica el camino, filtrándose a través del denso dosel de olivos que bordean la carretera. El pueblo aún no se ha desperezado del todo, el mundo está en silencio, excepto por el suave trino de los pájaros y el golpeteo rítmico de las patas del gato callejero que nos sigue.

—¿Hoy hacemos cannoli, mamá? —pregunta, con esa emoción desbordante de la que he llegado a depender. Tiene las mejillas sonrosadas por el paseo, sus deditos señalan hacia adelante como si estuviéramos en una gran aventura.

—Quizá —digo, con una sonrisa persistente—. Si nos queda suficiente requesón. Si no, tendrás que conformarte con biscotti.

—Los biscotti también están buenos —responde él, sonriendo de oreja a oreja y mostrando sus dientecitos.

Doblamos la esquina, y ahí está: la pastelería. Mi pastelería. Sus suaves contraventanas azules están abiertas de par en par y el delicado aroma a levadura y vainilla se extiende por la tranquila calle. El letrero pintado a mano sobre la puerta reza *Dolce Vita*, sus letras doradas ligeramente desgastadas por cinco años de sol y lluvias sicilianas.

Este lugar es mi vida.

Siento el familiar orgullo hincharse en mi pecho al abrir la puerta, dejando que mi hijo entre corriendo delante de mí. Su risa llena el espacio, rebotando en las rústicas paredes de piedra y en las hileras de estanterías de madera.

—¡Con cuidado! —le grito, aunque mi sonrisa delata la advertencia.

La tienda es modesta, pero cálida. Estanterías rústicas recubren las paredes, mostrando hogazas de pan crujiente cuidadosamente dispuestas, cornetti dorados y delicados pasteles espolvoreados con azúcar glas. Una vitrina de cristal junto al mostrador reluce con tartas cuyos vibrantes glaseados de frutas atrapan la luz.

Dejo mi cesta y me ato el delantal, sintiendo ya cómo la tranquila rutina se asienta sobre mí. Aquí no estoy huyendo, ni escondiéndome. Soy simplemente Valentina Russo, la pastelera de *Dolce Vita*.

—Mamá, ¿puedo ayudar hoy? —pregunta mi hijo, acercando un taburete al mostrador.

—Siempre ayudas —digo, quitándole harina de la mejilla—. Eres el mejor ayudante que he tenido nunca.

Su risa es mi sonido favorito en el mundo.

Reviso el horno, donde la primera hornada de pan ha subido maravillosamente, con la corteza dorada y perfecta. Cojo una pala y los saco uno por uno, su calor llenando el aire con una calidez familiar y reconfortante. Las manos ansiosas de mi hijo se alargan hacia una hogaza y se las aparto con un suave manotazo.

—Demasiado caliente —digo—. Te quemarás.

—Solo un mordisquito —suplica, con los ojos muy abiertos y una falsa inocencia.

—Esperarás —digo con firmeza, aunque no puedo evitar reírme.

La campanilla sobre la puerta tintinea y levanto la vista para ver a Nonna Francesca, una de mis primeras y más leales clientas. Entra arrastrando los pies, con su chal de punto sobre los hombros y su cesta de mimbre en la mano.

—*Buongiorno, cara* —saluda, con voz cálida—. Olí el pan desde mi ventana.

—Siempre lo haces —bromeo, cogiéndole una hogaza fresca—. Todavía caliente, como a ti te gusta.

Ella sonríe, deslizando unas monedas sobre el mostrador antes de alborotar los rizos de mi hijo. Él le sonríe radiante, mostrándole su caballo de madera como si fuera un tesoro.

—¡Mira, Nonna! Mamá y yo vamos a hacer biscotti más tarde.

—Ah, qué buen ayudante —dice ella, con los ojos brillantes—. Tu mamá tiene suerte de tenerte.

Cuando se va, mi hijo salta del taburete y corre hacia las estanterías. —¡Me aseguraré de que todo se vea bien, mamá!

—No te subas a las estanterías —le advierto, aunque ya está colocando los tarros de mermelada en filas más ordenadas.

El silencioso murmullo de la pastelería me envuelve como un capullo. Las paredes ahora guardan historias: de mañanas pasadas amasando, de vecinos cotilleando mientras toman capuchinos, de risas que han llenado cada rincón de este pequeño pero estable refugio.

Esta tienda me salvó.

Miro a mi hijo, que ahora está inspeccionando los moldes de biscotti con el tipo de concentración intensa que solo un niño puede reunir. Su carita es un recordatorio de por qué me fui, por qué luché para construir esta vida de la nada. Pero la paz que he labrado se siente frágil, como una hogaza de pan a punto de fermentar demasiado. Un movimiento en falso y todo podría derrumbarse.

Desechando el pensamiento, paso los dedos por el mostrador, sintiendo el mármol frío bajo mi palma. Este es mi lugar, mi ritmo, mi escape.

—¡Mamá, está entrando el sol! —dice mi hijo, señalando los suaves rayos que se cuelan por la ventana.

Sonrío. —Así es como sabemos que es hora de abrir las puertas.

El pueblo se está despertando ahora. Las voces resuenan desde la plaza y el débil traqueteo de las ruedas de bicicleta llena la calle. Me dirijo a la puerta y le doy la vuelta al letrero para que ponga *Aperto*, con el corazón henchido de una familiar mezcla de esperanza y aprensión.

El día no ha hecho más que empezar. La campanilla sobre la puerta tintinea mientras le entrego una hogaza de pan de sémola a Paolo, el carnicero del pueblo.

—Grazie, Valentina —dice, con una sonrisa tan ancha como los afilados cuchillos que usa—. Te has superado a ti misma otra vez. Este es el tipo de pan que hace que un hombre crea en los milagros.

—Avísame si funciona —bromeo, devolviéndole la sonrisa.

Paolo ríe a carcajadas, echa el pan en su cesta y se despide con la mano. La puerta se cierra tras él y, por un breve instante, la tienda queda en silencio, salvo por el suave susurro de mi hijo hojeando un libro de colorear detrás del mostrador.

Es una buena mañana. Una mañana normal.

Me limpio las manos en el delantal y me dirijo al siguiente cliente, obligando a mi mente a permanecer en el presente. Cada interacción es un salvavidas, un recordatorio de la vida que he construido aquí. Me conocen como Valentina Russo, la pastelera con el hijo querúbico y un don para hacer los cannoli perfectos.

No la Valentina que una vez entró en la boca del lobo y le plantó cara al rey.

Los clientes van y vienen, su parloteo es un cálido murmullo de fondo. La señora Bellucci necesita una docena de pasteles para el cumpleaños de su nieto; Mario, del café de al lado, recoge su suministro habitual de panecillos frescos. Cada interacción me mantiene anclada, arraigada en esta nueva realidad.

Y, aun así, siento la tensión.

A medida que avanza la mañana, la rutina que una vez me reconfortaba ahora se siente mecánica, cada movimiento ensayado y hueco. Mis manos amasan, mis labios forman palabras educadas, pero mis pensamientos se desvían a un lugar más oscuro, a un lugar al que no me puedo permitir ir.

Hasta que lo hago.

Al principio son cosas pequeñas. La forma en que el sol se refleja en el cuchillo mientras corto una baguette me recuerda el brillo del

cañón de una pistola. Un cliente que pasa con una mandíbula sombreada y un andar seguro me recuerda, fugazmente, a Luca. El nombre es una herida que no ha cicatrizado, una cicatriz que me niego a reconocer, pero que no puedo evitar trazar en mi mente.

—¿Todo bien, mamá? —la vocecita de mi hijo atraviesa la niebla.

Parpadeo y lo encuentro mirándome, sus grandes ojos marrones llenos de inocente preocupación.

—Sí, cariño —digo, con voz firme—. Solo estoy pensando.

Él asiente, satisfecho, y vuelve a su libro de colorear. Lo observo por un momento, su carita tan tranquila, tan libre de cargas. Por esto me fui.

Y, sin embargo. La paz que he creado aquí se siente frágil. No por ninguna amenaza externa, sino por algo dentro de mí. Una inquietud. Un anhelo.

Lo echo de menos. No el peligro ni la violencia, sino la *vida*. La intensidad. La forma en que la presencia de Luca llenaba cada rincón de una habitación, cada rincón de *mí*. La forma en que me desafiaba, me empujaba, me *veía*.

Echo de menos que me vea.

La puerta se abre de nuevo y entra Claudia, una de las mujeres más jóvenes del pueblo. Lleva semanas armándose de valor para hablar conmigo y parece que hoy lo ha encontrado.

—*Buongiorno*, Valentina —dice tímidamente, colocándose un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja.

—*Buongiorno*, Claudia —respondo con una sonrisa—. ¿Qué te pongo?

Duda, mirando la vitrina antes de soltar: —Solo quería decir que… tu hijo es maravilloso. Estás haciendo un trabajo estupendo con él.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Se lo agradezco, pero mientras se va, siento que se me forma un nudo en la garganta.

Es verdad. He construido una buena vida para él. Pero mientras lo veo colorear, con el ceño fruncido por la concentración, no puedo evitar preguntarme si esta existencia tranquila es suficiente. Se merece más que seguridad. Se merece un legado.

Aparto el pensamiento y me ocupo del siguiente pedido. Pero ahí está, royéndome por dentro. Para cuando la tienda empieza a tranquilizarse, la sensación es asfixiante. Me tomo un momento para sentarme detrás del mostrador, dejando caer la cabeza entre las manos.

En la quietud, los recuerdos vienen sin ser llamados. La voz de Luca, oscura y autoritaria, diciéndome que yo era su igual. Sus ojos, ardiendo con una intensidad que me hizo sentir viva de una manera que nunca antes ni después he vuelto a sentir. Echo de menos el fuego.

Echo de menos la forma en que me miraba, como si yo fuera lo único en el mundo que podía igualar su fuerza.

—¿Mamá?

La voz de mi hijo me trae de vuelta. Levanto la vista y lo veo sosteniendo un dibujo de un castillo que ha estado haciendo.

—¿Está bien? —pregunta, con la cara iluminada de orgullo.

—Es perfecto —digo, con el corazón encogido mientras lo abrazo.

La campanilla tintinea suavemente, casi como una ocurrencia tardía, y levanto la vista del mostrador, esperando a la señora Bellucci o quizá a Paolo con sus interminables bromas.

Pero no es la señora Bellucci.

Es Luca Salvatore, de pie en el umbral como si mis propios pensamientos lo hubieran invocado, sus anchos hombros

enmarcados por la luz del sol que entra a raudales desde la calle. Viste de forma sencilla —vaqueros oscuros, una camisa negra ajustada que se ciñe a su pecho—, pero no hay nada sencillo en él. Irradia un poder agudo e inflexible, como si fuera el dueño no solo de la pastelería, sino de todo el pueblo.

Se me corta la respiración. Da un paso adelante, sus botas golpeando suavemente el suelo de madera, y cada centímetro de mi vida cuidadosamente construida tiembla.

Durante cinco años, he estado a salvo. Oculta. He construido muros a mi alrededor tan gruesos y altos que pensé que nadie podría derribarlos.

Pero Luca no necesita derribarlos. Simplemente entra. Sus ojos oscuros se clavan en los míos, indescifrables pero magnéticos. El corazón me late como un tambor de guerra, cada latido resonando en mis oídos. Debería moverme, hablar, *hacer* algo, pero mi cuerpo se siente paralizado, atrapado en la atracción de su mirada.

—¿Mamá? —la voz de mi hijo perfora el silencio, suave y curiosa.

Aparto la mirada de Luca, con el pecho agitado mientras bajo la vista hacia él. Está agarrando su libro de colorear, mirando alternativamente a mí y al hombre que acaba de poner mi mundo patas arriba.

La mirada de Luca se posa en él y, por un breve instante, algo parpadea en su expresión. No es un cálculo frío. No es el fuego peligroso que recuerdo. Es algo más suave.

Se me retuerce el estómago. Me levanto bruscamente y mi silla raspa el suelo. —¿Qué haces aquí? —pregunto, con la voz afilada, demasiado afilada.

La comisura de su boca se inclina hacia arriba en una levísima sonrisa, pero sus ojos permanecen sobre mí. —He venido a por ti, Valentina.

Esas palabras caen como una bomba, haciendo añicos la frágil calma a la que me he estado aferrando.

—No tienes derecho a decir eso —espeto, con la voz temblando de rabia—. No tienes derecho a aparecer aquí sin más.

—Lo acabo de hacer.

La audacia que tiene, de este hombre que puso mi vida patas arriba y me dejó luchando por encontrarle sentido, enciende un fuego dentro de mí. —No tienes ningún derecho…

—¿Ah, no? —su voz es seca, áspera y, Dios mío, parece que ha sufrido en mi ausencia. Su rostro está más delgado, los planos afilados de sus pómulos más pronunciados. Una barba oscura sombrea su mandíbula, más descuidada de lo que nunca pensé que Luca Salvatore permitiría. Sus ojos, todavía del más profundo tono de medianoche, están rodeados de ligeras ojeras.

Y, sin embargo, a pesar del desgaste grabado en él, es devastadoramente guapo. Su magnetismo no ha disminuido, incluso ha aumentado, como si se hubiera forjado en el fuego desde la última vez que lo vi.

Me enfurece lo mucho que lo deseo, lo mucho que lo he echado de menos. Me llevo una mano a la garganta para reprimir un sollozo. Paso por el mostrador, con las manos temblando mientras lo empujo para dirigirme a la puerta. —Tienes que irte.

—Valentina —dice.

Me vuelvo para encararlo, cada ápice de miedo y frustración que he reprimido a lo largo de los años se desborda. —¡No puedes entrar aquí como si no hubiera pasado nada! ¡Como si no hubieras…!

—¿Mamá?

La vocecita corta lo que sea que sea esto como un cuchillo. Bajo la vista hacia mi hijo, que me mira con los ojos muy abiertos e inquisitivos. La mirada de Luca se desvía de nuevo hacia él, se

detiene, y siento un cambio. Mira a mi hijo como un hombre mira algo precioso, algo que quiere proteger.

Doy un paso atrás, interponiéndome instintivamente entre ellos.

Luca no se mueve. Su mirada vuelve a mí, y hay algo en ella que hace que se me encoja el estómago. ¿Arrepentimiento? ¿Rabia? No sabría decirlo.

La pastelería se siente imposiblemente pequeña, las paredes oprimiéndome mientras él acorta la distancia. Mi hijo se mueve detrás de mí, aferrándose a mi falda, sus deditos retorciendo la tela. Pongo una mano tranquilizadora sobre su cabeza, pero mi propio corazón no está nada tranquilo.

Por un momento, el mundo contiene la respiración.

—Quisiera un café —dice en voz baja.

LUCA

La cafetería es acogedora y huele a pan recién hecho, a canela y a granos de café recién molidos. Es un lugar tan alejado de mi mundo como el cielo lo está del infierno. Y, sin embargo, aquí estoy, esperándola a ella, la mujer que me abandonó hace cinco años y se llevó mi alma consigo.

La voz de Valentina fue apenas un susurro cuando dijo que me traería el café a la mesa. Un silencio se instaló entre nosotros, cargado de todo lo que no habíamos dicho, antes de que se llevara al niño; el niño cuyo pelo es tan oscuro como el mío.

—Ve a ayudar en la cocina, Leo —dijo ella en voz baja, rozándole la mejilla con los dedos antes de empujarlo suavemente hacia el fondo.

Lo observo marcharse arrastrando los pies, su pequeña figura desapareciendo tras la puerta batiente. Siento como un puñetazo en el estómago al saber que es mío y, a pesar de ello, seguir aquí sentado como un extraño en sus vidas.

Cojo la mesa del rincón, de espaldas a la pared, porque cuesta deshacerse de los viejos hábitos. Este sitio es pequeño, casi íntimo, con sillas de madera desparejadas y estanterías rústicas repletas de tarros de miel y aceite de oliva. No es la clase de lugar al que pertenezco. Pero, por otro lado, ella tampoco pertenece aquí, aunque no pueda verlo o sea demasiado terca para admitirlo.

Espero, pero no de brazos cruzados. Mi mente es un torbellino, atrapada entre la rabia y la contención, pensando en todo lo que me ha traído hasta aquí.

Me pasé años revolviendo los bajos fondos para encontrarla. No solo por venganza —aunque tenía de sobra—, sino porque no sabía cómo parar. Se convirtió en mi obsesión. Seguí cada rumor, perseguí cada pista, solo para que todas acabaran en un callejón sin salida.

Fue la casualidad, o quizá el destino. Hace un mes, un cliente, un comerciante de Sicilia que suministra vino de calidad a uno de mis restaurantes, mencionó de pasada una panadería en su pequeño pueblo. Dijo que el pan le recordaba al de su difunta esposa. Me contó que la panadera era una viuda, una mujer italoamericana con un niño pequeño que podía encandilar al mismísimo diablo. El nombre del local no me dijo nada al principio, pero algo en la historia me llamó la atención. No sé si fue el niño o la mención de la viuda, pero la semilla quedó plantada.

Había pasado años pagando a hombres para que la localizaran, y siempre había fracasado. Y, sin embargo, aquí está, en Sicilia, regentando una panadería, nada menos. Cuando he entrado por la puerta esta mañana, esperaba ira. Una pelea. Un desplante, como mínimo. Pero en el momento en que la vi, todo lo que sentí fue dolor. Crudo e implacable. Estaba más hermosa de lo que recordaba, pero ahora había algo diferente en ella. Su rostro reflejaba la clase de paz que yo nunca le di; una paz que yo mismo jamás he tenido.

Y el niño. Mi hijo.

Siento una opresión en el pecho al pensar de nuevo en él. La forma en que sus ojos se cruzaron con los míos, curiosos pero cautelosos, con su manita aferrada a la falda de ella. No parecía tenerme miedo, pero tampoco parecía conocerme.

—Aquí tienes.

Su voz me saca de mis pensamientos. Levanto la vista y ahí está, dejando una taza de café sobre la mesa. No le tiembla la mano, pero su postura es rígida, como si se preparara para un impacto.

—Siéntate conmigo —digo en voz baja.

Ella vacila, sus labios se entreabren ligeramente, pero no sale ninguna palabra. Puedo ver la guerra interna que está librando, y la dejo.

Finalmente, retira la silla de enfrente y se sienta, con la espalda recta y las manos entrelazadas con fuerza en su regazo. Lleva un vestido sencillo, pero en ella parece el traje de una reina.

—Valentina… —empiezo, pero las palabras mueren en mi garganta. ¿Por dónde empiezo siquiera?

Ella no ayuda. Se limita a mirarme fijamente, con los ojos alerta, esperando.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo buscándote? —pregunto finalmente.

Aprieta la mandíbula, pero no responde.

Me inclino hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. —No tienes que decir nada. Solo escucha. Te diré por qué estoy aquí.

El silencio entre nosotros se vuelve tenso, pero ella asiente.

—Cuando te fuiste, no solo te perdí a ti. Perdí la parte de mí que hacía que todo esto —digo, señalando la sala con un gesto— fuera soportable. Te llevaste a Leo, y con él, toda razón que tenía para creer que podía ser algo más de lo que soy.

Su expresión vacila, pero rápidamente la enmascara.

—He hecho cosas en los últimos cinco años de las que no estoy orgulloso, Valentina. Pero nunca dejé de buscar. Ni una sola vez.

—¿Por qué ahora? —susurra ella.

—Porque te he encontrado.

No le cuento los meses que pasé siguiendo cada uno de sus movimientos por las tranquilas calles sicilianas, ni las noches que pasé sentado fuera de esta panadería, viendo cómo se apagaban las luces, preguntándome si tenía derecho a volver a entrar en su vida.

En lugar de eso, la miro a los ojos y digo: —No vas a volver a abandonarme.

No se inmuta. No llora. Solo me mira con ese mismo desafío feroz del que me enamoré.

Y por primera vez en años, siento que puedo respirar, como si estuviera en casa. He dejado un imperio atrás, pero no son más que ladrillos y muros sin mi esposa y mi hijo. No pienso volver sin ellos.

—Te ha ido bien.

Eso no es lo que quiero decir. Quiero pedirle que vuelva, inmediatamente. Pero no puedo precipitar esto.

Levanta la cabeza, frunciendo las cejas con sorpresa. —¿Por qué estás aquí, Luca?

La franqueza de su pregunta no me desconcierta. Me reclino, dejando que mi mirada recorra la acogedora panadería, el encanto rústico de las estanterías de madera llenas de pasteles, la luz del sol que se cuela por la ventana. Dista mucho de la fría opulencia de la finca.

—¿Me creerías si te dijera que quería verte y probar el café del que todo el pueblo habla maravillas?

A su pesar, una pequeña sonrisa aparece en sus labios. —Creo que estás aquí por algo más que un café.

Me inclino hacia delante, con los codos apoyados en la mesa y mis ojos fijos en los suyos. —Tienes razón. Lo estoy. Pero eso no quita que necesitaba verte.

—¡Mami!

Leo entra corriendo en la sala, con el rostro iluminado de orgullo mientras lleva un plato con un pequeño pastel en equilibrio. Los remolinos de la cobertura son irregulares, la decoración está torcida, pero la sonrisa del niño es tan amplia que ilumina toda la panadería.

—¡Mira! —exclama, dejando el plato delante de mí con una floritura —. ¡Es la receta especial de mami!

Miro a Valentina, cuyas mejillas se sonrojan un poco más.

—¿Ah, sí? —pregunto con un matiz de risa en la voz, devolviendo la mirada a Leo. El niño asiente con entusiasmo, sus rizos rebotando.

—¡Pruébalo!

Cojo el tenedor y corto un trocito del pastel. Los sabores me golpean de inmediato: dulce, intenso, con un sutil toque de limón. Es perfecto.

—Tienes razón —digo, sonriendo a Leo—. Es el mejor pastel que he probado nunca.

Su sonrisa se ensancha y prácticamente da saltitos en el sitio. —¿Ves, mami? ¡Te lo dije!

Valentina se enternece ante su entusiasmo, relajando los hombros por primera vez desde que llegué.

—Leo —dice con dulzura—, ¿por qué no vas a ver cómo está la señora Rizzo en la cocina? Seguro que le vendría bien tu ayuda.

El niño duda, mirándonos a los dos.

—Anda, ve —añado, con un tono firme pero amable—. Estaré aquí cuando vuelvas.

Satisfecho, Leo se va corriendo, dejándonos solos una vez más.

Valentina suspira, reclinándose en su silla. —Es… enérgico.

—Es brillante —replico, con un tono más cortante de lo que pretendía—. Y es mío.

Su mirada se clava en la mía, y veo el fuego encenderse en sus ojos. —No empieces con eso, Luca.

—No estoy empezando nada. Estoy afirmando un hecho.

La tensión crepita entre nosotros como un cable de alta tensión. Bajo la voz, manteniéndola firme. —Háblame de él. De tu vida aquí.

Ella vacila, sus dedos recorriendo el borde de la mesa. —No hay mucho que contar. Esta panadería es buena, el negocio va bien. Nos mantiene a flote.

—Y has hecho todo esto sola —digo, con genuina admiración en mi voz—. Eso es impresionante, Valentina.

No responde, sus ojos escudriñan mi rostro como si buscaran la trampa.

—Quiero saber todo lo que me he perdido —digo, inclinándome de nuevo—. Sus primeras palabras, sus cosas favoritas. Tú, Valentina. Cuéntame cómo ha sido tu vida.

Sus labios se separan como para hablar, pero duda. Puedo ver la guerra en sus ojos: el peso del pasado contra la vida que ha construido.

—Tú no perteneces a este lugar, Luca —dice finalmente, su voz temblando apenas un poco.

Niego con la cabeza, acercándome más. —Mi lugar está contigo. Y el tuyo conmigo. ¿Por qué no puedes entenderlo?

El sonido del tintineo de la campanilla sobre la puerta de la panadería interrumpe nuestra conversación. Valentina se queda helada, su mirada se alza hacia el recién llegado. Sigo la dirección de su vista para ver a un hombre que avanza hacia nosotros, alto y de hombros anchos, vestido con una americana informal que apesta a

exceso de confianza. Es más joven que yo —tendrá veintitantos, quizá— y hay un entusiasmo en su paso que me rechina en los dientes.

En su mano lleva una única rosa roja.

—Valentina —saluda el hombre calurosamente, su voz rozando mis nervios como un cuchillo sin filo.

La sorpresa de Valentina se transforma en algo cuidadosamente neutro. —Lorenzo —dice, en un tono uniforme pero educado.

Antes de que pueda reaccionar, él le tiende la rosa, sonriendo como un tonto enamorado. —Para ti. He pensado en pasar por aquí antes de ir al mercado.

Mi silla raspa ruidosamente contra el suelo mientras me pongo de pie, el sonido resonando en el pequeño espacio. Lorenzo se estremece, girando la cabeza bruscamente en mi dirección, sus ojos entrecerrándose con confusión al posarse en mí.

—¿Y este quién es? —pregunta, con un tono más cortante ahora, su mirada yendo de Valentina a mí.

—Luca ya se iba —dice Valentina rápidamente, su mano extendiéndose como para calmarme, pero yo ya estoy en movimiento.

—No, no me iba —gruño, mi voz baja y fría como una noche de invierno.

Me interpongo entre ella y el hombre, elevándome sobre él. La rosa tiembla en su mano, y veo cómo su confianza flaquea al mirarme.

—Soy su marido —digo, cada palabra deliberada, cargada de significado.

La boca de Lorenzo se abre y se cierra. Mira a Valentina en busca de confirmación, pero ella está en silencio, con los ojos fijos en mí.

—Lárguese —ordeno, mi voz no admite discusión.

Lorenzo duda, sopesando claramente sus opciones, pero la promesa mortal en mi postura no le deja elección. Con una disculpa musitada, se da la vuelta y se marcha, dejando la rosa abandonada en el mostrador.

Agarro a Valentina por el codo, con un impulso abrumador de atraerla hacia mí. Su jadeo de sorpresa apenas se registra mientras la guío hacia la puerta trasera.

—Luca —protesta ella, alzando la voz, pero no me detengo.

Salimos bruscamente al callejón detrás de la panadería. Me vuelvo para enfrentarla, mis manos aferrando sus hombros mientras lucho por contener la rabia posesiva que hierve dentro de mí.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exijo, mi voz tensa de furia.

—No sabía que iba a venir, y para mí solo es un cliente —replica ella bruscamente, su propio temperamento encendiéndose—. E independientemente de su lugar en mi vida, ¿qué derecho tienes a actuar así?

Me inclino más, mi rostro a centímetros del suyo. —Eres mía, Valentina. No puedes permitirte recibir rosas de otros hombres.

Se aparta bruscamente de mi agarre, con el fuego chispeando en sus ojos. —¡No soy de tu propiedad, Luca!

—No —gruño—. Eres mi mujer. Y si crees por un segundo que dejaré que alguien más se interponga entre nosotros…

—Entonces quizá no deberías haberme alejado para empezar —me interrumpe, antes de darse la vuelta y entrar furiosa en la panadería.

La puerta se cierra de golpe en mi cara, y me quedo en la calle, con peatones curiosos observándome para rematar.

25

VALENTINA

La campanilla de la puerta de la pastelería apenas acaba de sonar cuando Luca entra detrás de mí con paso decidido. Ojalá se marchara, pero al mismo tiempo es lo último que quiero que haga. Siempre ha sido un enigma para mí. ¿Me quiere o es solo una obsesión por reclamar lo que cree que es suyo? Lo único que sé es que no puedo lidiar con esto ahora mismo.

Aunque no es que me esté dando otra opción. Me agarra del codo y me gira hacia él. Alzo la vista hacia sus ojos, esos ojos torturados, atormentados, hermosos. Dios, yo…

—Valentina —dice, con un tono engañosamente tranquilo—. ¿Qué soy para ti?

Sus palabras no me dejan espacio para respirar. Clavo los dedos en las palmas de las manos mientras intento serenarme. Abro la boca, pero no sale nada. El silencio entre nosotros se tensa como un cable de alta tensión, a punto de romperse.

Su paciencia no tarda en agotarse. Aprieta la mandíbula y entorna sus ojos oscuros; una tormenta se está gestando bajo la superficie.

—Di algo —exige. Deja caer la mano a un costado, con las venas visibles en la superficie.

—¿Qué quiere que le diga, Luca? —consigo decir, con la voz débil y temblorosa.

—La verdad.

Respiro hondo, reuniendo hasta la última gota de fuerza que tengo. —He construido esta vida para mí —respondo finalmente—. Sola. No hay sitio en ella para un hombre.

Alarga la mano. Su pulgar me roza los nudillos con un movimiento leve y deliberado que me revuelve el estómago de la peor —y la mejor— de las maneras. Su rostro se ensombrece y, por un momento, creo que va a estallar.

—¿Todos los hombres?—pregunta—. ¿O solo yo?

Me estremezco ante la pregunta, ante la forma en que sus palabras parecen metérseme bajo la piel y deshacerme. Mi silencio es toda la respuesta que necesita.

No insiste. En lugar de eso, me suelta la mano y saca una pequeña tarjeta del bolsillo. La deja sobre el mostrador, entre nosotros.

—Mi hotel —dice, con la voz aún tranquila, pero con un matiz acerado—. Por si decides que, después de todo, sí hay sitio para mí.

Antes de que pueda reaccionar, se ha ido, y la puerta se cierra tras él con un golpe sordo. Me quedo mirando la tarjeta, con el pecho oprimido, hasta que el sonido de unos pasitos me devuelve a la realidad.

—¿Mami? —La voz de Leo es curiosa, y sus grandes ojos castaños se asoman para mirarme—. ¿Quién era ese hombre?

—Nadie importante —miento, deslizando la tarjeta del mostrador y guardándola en mi bolsillo—. Solo alguien a quien conocí.

Ladea la cabeza, poco convencido, pero por suerte está demasiado distraído por el olor a bollería recién hecha como para insistir.

Decido que tenemos que salir de aquí. Leo tiene todo el derecho a seguir haciéndome preguntas sobre el hombre que tanto se le parece, pero no estoy segura de cuántas puedo responder sin ser injusta con él. La solución es comer fuera, en su sitio favorito: un remanso de paz en el acogedor bistró que hay al final de la calle empedrada.

El aroma a albahaca fresca y a pan de leña nos envuelve al entrar. Leo se sienta en su silla favorita —que el dueño del bistró le ha asignado—, con sus ojos brillantes fijos en la pizza de queso individual que tiene delante. Se lanza a por ella con entusiasmo, y sus deditos levantan una porción pringosa mientras los hilos de mozzarella derretida se estiran y se rompen.

—¡Mira, mami! ¡Qué elástica! —exclama, y su risa se derrama como la luz del sol, arrancando algunas sonrisas de las mesas vecinas.

No puedo evitar sonreír mientras lo observo balancear las piernas bajo la mesa, sus zapatillas marcando un ritmo contra la silla. Su alegría es contagiosa, un recordatorio de que hasta los momentos más sencillos pueden parecer monumentales cuando los comparto con él.

Mi propio plato contiene una ensalada llena de vida: rúcula, tomates madurados al sol, tiras de hinojo y lascas de parmesano. Los colores son alegres, pero mi apetito tarda en despertar. Pincho un tomate cherry con el tenedor, intentando reunir entusiasmo, pero mi atención no deja de volver a Leo.

Se inclina para dar otro bocado, y un pegote de salsa le cae en la barbilla. —¡Uy!

Me río entre dientes y me acerco con una servilleta para limpiarlo mientras él se retuerce en señal de protesta.

—Estás hecho un desastre —le digo en broma.

—¡Mancharse es divertido! —declara, cogiendo otra porción.

Durante un rato, somos solo nosotros dos, envueltos en la alegría sin complicaciones de compartir una comida, y deseo con todo mi corazón que este tipo de paz pudiera durar para siempre.

Pero no dura.

Al otro lado de la sala, una joven pareja me llama la atención. Están muy juntos, ella con la cabeza echada hacia atrás mientras ríe y él alargando el brazo sobre la mesa para tocarle la mano. Es un gesto inocente, sencillo, pero que golpea la parte más sensible y vulnerable de mí.

—Mami, no estás comiendo —dice Leo, sacándome de mis pensamientos.

—Estoy bien, cariño —respondo, forzando una sonrisa—. Solo estaba pensando.

Asiente solemnemente, como si entendiera mucho más de lo que aparenta, y da otro bocado a su pizza.

Para cuando llegamos a casa, el sol ha iniciado su lento descenso, proyectando un resplandor dorado sobre el pequeño jardín que hay fuera de nuestra casa. Leo corre delante, riendo mientras intenta atrapar una de las mariposas que revolotean entre las flores.

—¡No pises la albahaca! —le grito, riendo a mi pesar.

Pasamos la tarde horneando galletas y pintando en el patio, con sus manitas manchadas de harina y con rayas azules y verdes. No para de parlotear, y sus historias y preguntas llenan la casa de una calidez a la que me aferro como si fuera un salvavidas.

Cuando se acerca la hora de dormir, se acurruca a mi lado en el sofá, con su libro favorito en la mano. Su cabeza descansa en mi brazo mientras leo, y su respiración se ralentiza a medida que se va quedando dormido.

—¿Mami? —murmura, con la voz cargada de somnolencia.

—¿Sí, tesoro?

—¿Vendrá papá a por nosotros alguna vez?

La pregunta hace que se me encoja el corazón y, por un momento, no puedo responder. Le aparto suavemente el pelo de la cara y le doy un beso en la frente.

—Claro que sí —digo en voz baja.

No responde, ya perdido en sus sueños, y yo me quedo sentada allí durante un buen rato, viéndolo dormir.

La casa está en silencio después de que Leo se duerma, con su pequeño pecho subiendo y bajando bajo el suave resplandor de su lucecita de noche. Me quedo junto a su puerta, con los dedos aferrados al marco mientras una guerra se desata en mi interior.

La cabeza me dice que me quede aquí, que entierre la tarjeta que Luca me ha dado en el fondo de la basura. Pero el pecho se me oprime con el recuerdo de su voz, de su contacto y de la forma en que sus ojos se clavaron en los míos como si pudieran arrancarme cada mentira del alma.

Tomo la decisión antes de poder pensármelo mejor. Cojo el móvil y marco.

—¿Isabella? —Mi voz es apenas un susurro.

—¡Ah, Valentina! —Su voz cálida y alegre disipa el nudo que tengo en el estómago—. ¿Cómo está mi hombrecito favorito?

—Ya está dormido. Oye, necesito salir un par de horas. ¿Te importaría quedarte? Volveré antes de medianoche.

—Claro —dice sin dudar—. Llego en diez minutos.

Cuelgo y voy a mi habitación a cambiarme. Me pongo un sencillo vestido negro que se ciñe lo justo para hacerme sentir peligrosa, aunque mis nervios digan otra cosa. Me aliso la tela sobre los muslos

y cojo un abrigo. Isabella llega unos instantes después y entra sonriente.

—No te preocupes por nada —dice, despidiéndome con la mano mientras le doy las gracias.

El aire frío de la noche me muerde las mejillas al salir. El corazón me retumba en el pecho, y cada paso hacia el hotel aumenta una expectación que no he sentido en años. Para cuando llego al vestíbulo, tengo las palmas de las manos húmedas y me falta el aliento. Ni siquiera tengo que preguntar por el número de la habitación; lo tengo grabado en la mente.

Habitación 1402.

Llamo suavemente, mis nudillos apenas rozando la madera pulida. Hay un momento de silencio al otro lado, lo suficientemente largo como para que las dudas empiecen a asaltarme.

Entonces la puerta se abre de golpe y una mano ruda me agarra y me mete dentro.

—Luca… —jadeo, pero su nombre apenas se escapa de mis labios antes de que me apriete contra la fría pared de la suite. Mi espalda choca contra la superficie firme con un golpe sordo.

Sus dedos me agarran la cintura, subiéndome el dobladillo del vestido hasta el muslo mientras su cuerpo me acorrala. Su respiración es agitada, su rostro está a centímetros del mío, y sus ojos arden con algo que no puedo definir del todo: furia, deseo, necesidad.

—Has venido —gruñe, con una voz ronca y grave que me provoca un escalofrío por la espalda.

La puerta se cierra de golpe tras él, sellando nuestro encierro.

VALENTINA

La habitación parece electrizada, el aire entre nosotros vibra de tensión. El cuerpo de Luca presiona el mío, firme e inflexible, aprisionándome contra la pared. Me sujeta la cintura con las manos y las desliza hacia abajo; su contacto me quema a través de la fina tela del vestido. Mi respiración es superficial, el corazón me martillea en las costillas mientras sus labios encuentran mi cuello, dejando un rastro de besos calientes y húmedos que me dejan la piel erizada.

—Has venido a mí —murmura, con una voz grave y gutural que hace que me flaqueen las rodillas. Sus dedos rozan el bajo de mi vestido, provocando, tentando, hasta que lo levanta de un tirón. El aire fresco me roza los muslos desnudos, un marcado contraste con el calor que irradia su contacto.

Antes de que pueda procesarlo, me levanta sin esfuerzo y me lleva hasta el borde de la cama. Me baja lentamente, con sus ojos oscuros e incandescentes mientras se arrodilla entre mis piernas. Me separa los muslos con las manos, sin apartar su mirada de la mía, y la forma en que me mira, como si yo fuera lo único que importa, me oprime el pecho con una mezcla de expectación y vulnerabilidad.

—Luca… —susurro, con voz temblorosa. No responde, no con palabras. En cambio, deposita un beso suave y prolongado en la cara interna de mi muslo; su barba incipiente roza mi piel sensible y me recorren escalofríos por todo el cuerpo.

Sus labios ascienden, deliberados y sin prisa, hasta que su boca se cierne sobre mí. El primer contacto es ligero como una pluma, su lengua se desliza entre mis pliegues de una manera que me hace jadear. Mi cabeza cae hacia atrás sobre el colchón, mis dedos se aferran a las sábanas mientras empieza a explorarme, lento y a conciencia.

La presión aumenta mientras su lengua da vueltas, chasquea y presiona mi punto más sensible. Me agarra los muslos, sujetándome cuando mis caderas se arquean hacia él, desesperadas por más. El sonido de su gemido grave y satisfecho vibra contra mí, aumentando el calor que se enrosca en mi vientre.

—Oh, Dios —resuello, y mi voz se quiebra en un gemido mientras su ritmo se acelera, alternando caricias suaves y provocadoras con una presión firme y decidida. Mi cuerpo se arquea contra él, mis manos se enredan en su pelo, atrayéndolo más cerca, necesitándolo más dentro.

—Sabes increíble —murmura contra mí, su voz es un susurro ronco que envía una nueva oleada de calor que se estrella contra mí. Su lengua se adentra más, sus labios succionan con suavidad, y me estoy deshaciendo, cada nervio de mi cuerpo está vivo y ardiendo. La tensión en mi vientre alcanza un punto insoportable, y cuando desliza un dedo dentro de mí y lo curva justo en el punto preciso, me hago añicos.

Mis gritos llenan la habitación mientras me deshago bajo él, mi cuerpo tiembla con la fuerza de mi liberación. No se detiene, su lengua y sus dedos extraen hasta la última oleada hasta que quedo laxa y sin aliento, completamente destrozada.

Todavía estoy recuperándome cuando se aparta, con los labios brillantes y sus ojos fijos en los míos con una sonrisa maliciosa y satisfecha. Se pone en pie, con la camisa ya a medio desabrochar, su pecho ancho y poderoso mientras se alza sobre mí.

—Mi turno —murmuro, sentándome despacio. Mis manos encuentran su cinturón y lo desabrochan con deliberada lentitud, mis dedos rozan la dura erección que hay debajo. Se le corta la respiración, la mandíbula se le tensa mientras abro el botón y la cremallera, bajándole los pantalones lo justo para liberarlo.

Levanto la vista para encontrar su mirada mientras lo cojo, envolviéndolo con mis dedos. Está grueso, caliente y palpitante en mi palma, y la forma en que me mira, oscura, hambrienta, casi peligrosa, hace que se me acelere el corazón. Me inclino hacia delante, mi lengua sale para provocarle la punta, saboreando la sal de su piel mientras él gime en lo más profundo de su garganta.

—Valentina —gruñe, con la voz forzada, sus manos se enredan en mi pelo mientras lo introduzco más en mi boca. Ahueco las mejillas, moviéndome lentamente al principio, mis labios y mi lengua exploran cada centímetro de él. Su respiración se vuelve irregular, sus dedos se tensan mientras acelero el ritmo, deslizándolo más profundo, dejando que golpee el fondo de mi garganta.

Los sonidos que hace son embriagadores: gemidos graves y guturales que hacen que el calor vuelva a acumularse entre mis muslos. Uso la mano para acariciar su base, acompasando el ritmo de mi boca, mi lengua chasquea y se arremolina de formas que lo hacen estremecerse sobre mí.

—Joder, eres perfecta —masculla, su voz áspera y entrecortada. Sus caderas se mueven ligeramente, empujándose en mi boca, pero no me aparto. Quiero esto: quiero sentir cómo pierde el control, saber que soy yo la que lo está deshaciendo.

Cuando su respiración se vuelve superficial y sus gemidos más fuertes, sé que está cerca. Su mano se aprieta en mi pelo y su cuerpo se tensa mientras se derrama dentro de mí, su liberación caliente e intensa. Trago sin romper el contacto visual, y la forma en que me mira, completamente deshecho, con el pecho agitado, me hace sentir poderosa, deseada y absolutamente suya.

—Ven aquí —dice con voz ronca, atrayéndome a sus brazos, sus labios capturando los míos en un beso que es a la vez feroz y tierno, una promesa silenciosa de más.

El beso de Luca es feroz, absorbente, como si no pudiera tener suficiente de mí. Me agarra la cintura, atrayéndome contra su cuerpo, y el calor entre nosotros se descontrola. Ya estoy sin aliento, su boca es exigente e implacable mientras me hace retroceder hacia la cama.

—Me vuelves jodidamente loco —gruñe contra mis labios, su voz grave y cruda—. Cada centímetro de ti, cada sonido que haces, cada mirada en esos malditos ojos.

Apenas consigo responder antes de que me dé la vuelta y me doble sobre el borde de la cama. Se me corta la respiración cuando sus manos se deslizan por mis muslos, ásperas y posesivas, recogiendo mi vestido a la altura de mis caderas. Su palma aterriza en mi culo desnudo, el azote seco hace que jadee y mi cuerpo se arquea instintivamente.

—Menudo culo perfecto —murmura, su tono oscuro, casi reverente.

—Luca —empiezo, pero mi voz flaquea cuando sus dedos se deslizan entre mis muslos y descubren lo mojada que ya estoy. Gime, un sonido lleno de hambre.

—Mírate —susurra, sus dedos se deslizan sobre mí en caricias lentas y deliberadas—. Tan lista para mí. Siempre lista para mí.

Gimo, mis manos se aferran a las sábanas mientras me provoca, rodeando mi punto más sensible pero sin darme nunca exactamente lo que necesito. Mi cuerpo tiembla bajo su tacto, desesperado, dolorido.

—Por favor —susurro, con la voz temblorosa.

—¿Por favor, qué? —exige, sus dedos se deslizan dentro de mí, curvándose lo justo para que me fallen las rodillas—. Quieres que te

folle, ¿verdad? Dilo.

—Sí —jadeo, mi voz se quiebra mientras él introduce sus dedos más profundamente, marcando un ritmo que me deja sin aliento—. Te quiero. Te necesito, Luca.

—Así me gusta, mi niña —gruñe, retirando los dedos y agarrándome las caderas. Siento la punta roma de su polla presionando contra mí, y todo mi cuerpo se tensa de expectación.

Me penetra de una estocada dura e implacable, y grito, mi cuerpo se estira para acogerlo. No me da tiempo a adaptarme, retrocede y embiste de nuevo, más fuerte esta vez, llenándome por completo.

—Me acoges jodidamente bien —gime, su agarre en mis caderas es tan fuerte que me dejará moratones mientras marca un ritmo brutal —. ¿Lo sientes? ¿Lo profundo que estoy? ¿Lo perfectamente que me envuelves?

—Sí —gimo, mi cuerpo se encuentra con sus embestidas, desesperado por más. El sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación, crudo y primitivo, solo igualado por las palabras obscenas que salen de sus labios.

—Este coño es mío —gruñe, su voz oscura y posesiva—. Dilo. Dime a quién perteneces.

—A ti —grito, con la voz quebrada mientras el placer aumenta—. Soy tuya, Luca. Solo tuya.

—Joder, claro que lo eres —masculla, y una mano se desliza para encontrar mi clítoris. Lo rodea con brusquedad y perfección, y no puedo reprimir el grito que se escapa de mi garganta cuando mi cuerpo empieza a contraerse, al borde del abismo.

—Vas a correrme para mí, ¿verdad? —dice, su voz grave y burlona —. Vas a correrme por toda mi polla, como la cosita perfecta que eres.

—Sí —sollozo, mi cuerpo tiembla mientras sus embestidas se vuelven aún más duras, más profundas, empujándome cada vez más cerca.

—Hazlo —ordena, su tono no deja lugar a la discusión—. Córrete para mí, Valentina. Déjame sentirte.

Sus palabras son mi perdición. Mi orgasmo me golpea como un maremoto, mi cuerpo se contrae a su alrededor mientras grito, mis manos se aferran a las sábanas en un vano intento de aferrarme a algo. No frena, sigue embistiéndome a través del placer, prolongándolo hasta que tiemblo, boqueando en busca de aire.

—Buena chica —gruñe, sus embestidas se vuelven erráticas mientras persigue su propia liberación. Con un gemido gutural, se entierra profundamente en mí, sus manos me sujetan con fuerza mientras se corre, su cuerpo temblando contra el mío.

Por un momento, la habitación queda en silencio, el único sonido es nuestra respiración agitada. Se desploma sobre mí, su pecho presionado contra mi espalda, sus labios encuentran la curva de mi hombro en un beso suave y prolongado.

—Eres jodidamente perfecta —murmura, con voz grave y áspera, y puedo sentir la verdad en cada una de sus palabras.

LUCA

Su cuerpo tiembla bajo el mío, su respiración es entrecortada, su piel está sonrojada y húmeda de sudor. Todavía estoy hundido en su interior, con el pecho presionado contra su espalda, y las réplicas de su orgasmo nos recorren a ambos. Pero entonces se mueve, sus caderas giran contra las mías, y me doy cuenta de que no ha terminado.

Se da la vuelta en mis brazos, con los ojos encendidos de deseo, y me empuja sobre la cama. Antes de que pueda decir una palabra, se sube encima de mí, se sienta a horcajadas sobre mis caderas y apoya los dedos en mi pecho mientras su calor presiona contra la punta de mi polla. Se me corta la respiración, mis manos encuentran instintivamente sus muslos, agarrando la carne suave y flexible mientras me mira con una determinación feroz.

—Eres insaciable —carraspeo con voz ronca, pero no puedo evitar que una sonrisa irónica se dibuje en mis labios.

Su respuesta es un balanceo de caderas mientras se hunde sobre mí, acogiéndome en un movimiento lento y tortuoso. Gimo y dejo caer la cabeza sobre las almohadas mientras su apretado calor me envuelve. Se detiene en la base, su cuerpo se ajusta, y la visión de ella así —sonrojada, desesperada, en completo control— amenaza con desarmarme.

—Valentina —gruño, mientras mis dedos se clavan en sus caderas y ella empieza a moverse.

Su ritmo comienza lento, deliberado, sus uñas arañan mi pecho mientras sube y baja, cada movimiento hundiéndome más, apretándome más. Es implacable, sus caderas giran, se frotan, y cada vez que se mueve, su cuerpo se contrae a mi alrededor de una manera que me lleva más cerca del límite.

—Dios, qué jodidamente bien me haces sentir —gimo, deslizando las manos hasta su cintura, sujetándola mientras acelera el ritmo. Sus gemidos llenan la habitación, suaves al principio, pero cada vez más fuertes con cada embestida. Echa la cabeza hacia atrás, su pelo cae en cascada sobre sus hombros, y la forma en que su cuerpo se arquea es, sencillamente, divina.

—¿Te gusta? —susurra, con la voz temblorosa pero con un matiz de desafío burlón—. ¿Te gusta que te tome así?

—Me encanta —carraspeo, empujando mis caderas hacia arriba para encontrar sus movimientos. Ella jadea, sus uñas se clavan en mi piel, y sé que he dado con el punto que la vuelve loca.

Embisto más fuerte, más rápido, igualando su ritmo frenético, y el sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación. Sus gemidos se vuelven desesperados, sus movimientos más erráticos, y siento cómo se contrae a mi alrededor, su cuerpo tiembla con el esfuerzo de contenerse.

—Vas a correrte para mí otra vez, ¿verdad? —digo, con voz ronca, oscura—. Puedo sentirlo. Estás muy cerca.

—Sí —grita, sus manos se apoyan en mi pecho mientras sus caderas se estrellan contra mí con más fuerza—. Sí, Luca. No pares.

—No pararé nunca —gruño, agarrando sus caderas con fuerza, guiando sus movimientos mientras embisto hacia ella, empujándonos a ambos al límite—. Córrete para mí, Valentina. Demuéstrame de quién es este puto cuerpo perfecto.

Su grito es crudo, roto, mientras se deshace sobre mí. Su cuerpo se cierra a mi alrededor, ordeñándome, y ya no puedo contenerme. Mi orgasmo me golpea como un tren de mercancías, caliente y potente, derramándose dentro de ella mientras gimo su nombre, mi cuerpo tiembla con la fuerza de la descarga.

Pero a medida que sus gemidos se apagan, cambian, se vuelven más suaves, rotos de una manera que me deja helado. Abro los ojos de golpe para verla temblar, las lágrimas corriendo por sus mejillas mientras se desploma contra mi pecho, su cuerpo todavía sacudiéndose.

—Valentina —digo suavemente, incorporándome un poco para rodearla con mis brazos. Ella esconde la cara en mi cuello, sus lágrimas calientes contra mi piel mientras sus hombros se agitan con sollozos silenciosos—. Eh, eh… te tengo. Estás bien.

—Tengo miedo —susurra, con la voz ahogada—. De todo. De amarte. De *esto*.

La abrazo más fuerte, una mano acariciando su espalda, la otra acunando su nuca. —No pasa nada —murmuro, presionando mis labios contra su sien—. Estás a salvo. Estoy aquí.

Sus sollozos rasgan la habitación como metralla, cada uno incrustándose en un lugar que no creía que pudiera doler más. Su cabeza está hundida en mi pecho, sus dedos se aferran a mi camisa como si fuera lo único que evita que se desmorone por completo.

—Valentina —murmuro, mi voz baja, cautelosa, como si pudiera asustarla si digo algo equivocado. Lo absurdo de eso —que yo pudiera asustar*la a ella*— me carcome. Mi mano se desliza por su espalda en caricias lentas y deliberadas, cada movimiento diciendo lo que no parezco ser capaz de articular: *Estoy aquí. No voy a ninguna parte.*

Se aparta, lo justo para que pueda verle la cara. Ojos enrojecidos, mejillas amoratadas, labios temblorosos. Sus lágrimas brillan en la

penumbra, y me destroza, porque esta mujer —esta mujer feroz e inflexible— no llora sin motivo.

—Esto no es justo, Luca —susurra, con la voz quebrada por el dolor —. No es justo para mí, ni para Leo, ni para…

—¿Para ti? —la interrumpo, las palabras más duras de lo que pretendo, pero la frustración me desborda—. ¿Crees que esto es justo para mí, Valentina? ¿Que me he pasado cada maldito día tratando de construir algo para ti, para nuestro hijo, solo para que sigas huyendo de mí?

Sus ojos se entrecierran, un destello de desafío atraviesa la pena. Esa es mi Valentina. Siempre dispuesta a pelear conmigo, incluso cuando se está rompiendo.

—Me fui porque tenía que hacerlo —replica—. Porque *no escuchas.* Crees que el poder lo soluciona todo, que puedes controlar cada situación…

—¡Será porque el poder es lo único que ha funcionado! —espeto, levantándome bruscamente. Su ausencia ha sido una herida que llevo arrastrando años, y ahora, con ella aquí, abriéndola de nuevo, es demasiado.

Ella se estremece, pero solo ligeramente. Su mirada no vacila, y así es como sé que esta pelea es diferente. No está solo enfadada, está desolada.

Me doy la vuelta y camino hacia la ventana, necesito espacio para recomponerme. La noche presiona contra el cristal, fría e indiferente, mientras mi pecho siente que está a punto de colapsar.

No dice nada, solo se queda ahí sentada, silenciosa pero inflexible. El silencio entre nosotros es ensordecedor, pero me obligo a romperlo.

—Lo siento —digo, sorprendiéndome incluso a mí mismo, sobre todo porque lo digo de verdad. Me vuelvo hacia ella y me está

observando, su expresión indescifrable—. No sé cómo hacer esto, Valentina. No sé cómo ser lo que necesitas que sea.

Sus hombros se hunden y la lucha se desvanece en ella. —No necesito que seas perfecto, Luca. Solo necesito que lo intentes. Por mí, por Leo… por ti mismo.

Por primera vez, el peso de lo que me pide me golpea. No me pide control ni dominio ni ninguna de las cosas que me he pasado la vida perfeccionando. Me pide vulnerabilidad, honestidad.

Voy al escritorio y saco el sobre que llevaba guardando varios días. Cuando se lo entrego, frunce el ceño.

—¿Qué es esto? —pregunta, con voz recelosa.

—Billetes de avión —digo simplemente—. Dos. Uno para ti y otro para Leo. El vuelo es mañana por la tarde.

Levanta la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos por la incredulidad. —¿Nos estás… invitando a volver?

—Si eso es lo que quieres —digo, y cada palabra me corta como un cristal—. No te obligaré, Valentina. No puedo seguir así: echándote de menos, esperando que te quedes. Es tu elección. Pero hay una cosa que necesito.

Sus labios se separan, como si fuera a discutir, pero no lo hace. Solo espera.

—Necesito que me dejes verlo —continúo, mi voz suave pero firme —. A nuestro hijo. Y quiero contribuir a su vida. Su educación, su futuro, lo que necesite.

Asiente lentamente, las lágrimas se derraman de nuevo. —Vale — susurra.

Extiendo la mano y le seco las lágrimas de la mejilla. Se apoya en mi caricia, solo por un momento, y es suficiente para hacer añicos la poca resolución que me queda.

—Te quiero —digo, las palabras más suaves esta vez, casi para mí mismo.

Se levanta, agarrando el sobre, y se da la vuelta para irse.

Mírame, grita mi corazón en silencio. *Aunque solo sea una vez, para que pueda ver tu cara, tus ojos, tu boca por última vez. Date la vuelta, joder.*

Abre la puerta.

Por favor.

Ladea la cabeza y sus ojos me recorren. Mi corazón casi se detiene.

Entonces, se va.

Las horas permanecen suspendidas en una completa agonía mientras me preparo para regresar sin mi mujer y mi hijo. Llega la tarde siguiente y me dirijo al aeropuerto en un estado de desorden. ¿Qué importa lo que piense la gente, si la única persona por la que daría esta vida no me acompañará? ¿No envejecerá conmigo?

Las voces resuenan en la vasta terminal, los pasos golpean los suelos pulidos, pero todo lo que oigo es el incesante latido de mi propio corazón. Es un ritmo burlón, fuerte en mis oídos, como si me recordara lo cerca que estoy de perderlo todo.

El agente de la aerolínea me entrega mi tarjeta de embarque. La aprieto con fuerza, los bordes se doblan por la presión de mi mano. Mi mente va a toda velocidad. Me he enfrentado a la muerte más veces de las que puedo contar, pero ¿esto? Estar aquí, esperando que un avión me aleje de mi hijo, de ella… es insoportable.

Me siento en la dura silla de plástico cerca de la puerta de embarque, mi tarjeta de embarque doblada cuidadosamente en mi mano, los bordes desgastados por mis dedos inquietos. A mi alrededor, la vida bulle: familias charlando, viajeros de negocios ladrando órdenes en sus teléfonos, un niño pequeño gritando a pleno pulmón dos filas más allá.

No oigo nada de eso.

Solo puedo concentrarme en el peso del silencio que dejó atrás.

Miro el reloj digital sobre la puerta de embarque. Quince minutos para embarcar. El nudo en mi estómago se aprieta más.

Pensé que darle la opción traería algo de paz. Que podría encontrar consuelo en hacer lo correcto por una vez. Pero lo único que ha hecho ha sido abrir una grieta dentro de mí. No puedo dejar de imaginar su cara cuando se fue del hotel anoche. La forma en que sus ojos brillaban con lágrimas contenidas, cómo su mano se detuvo en el pomo de la puerta antes de salir.

Me paso una mano por la mandíbula, la barba incipiente raspa mi palma. Días de noches sin dormir me están pasando factura, pero no me importa.

Cierro los ojos, apoyándome en la implacable silla, y dejo que los recuerdos vengan.

Su risa, brillante y desafiante, la primera vez que me retó.

La suavidad de su voz cuando me dijo que estaba embarazada.

El fuego en sus ojos cada vez que la subestimaba.

Pensé que podría doblegarla a mi mundo, moldearla en alguien que encajara perfectamente en el caos. Pero ella nunca estuvo destinada a ser domada.

Y ahora, estoy a punto de perderla para siempre.

El anuncio de embarque atraviesa el estruendo y mis ojos se abren de golpe.

«Embarque del vuelo 217 con destino a Nápoles».

Mi mano se aferra a la tarjeta de embarque. Siento las piernas pesadas, reacias a moverse. Me obligo a levantarme, pero cada paso

hacia la puerta de embarque siento como si estuviera arrastrando el peso del mundo a mis espaldas.

Entonces lo oigo.

—¡Luca!

Su voz atraviesa el ruido como un rayo, dejándome helado a mitad de camino.

Me giro lentamente, con el corazón en la garganta, y ahí está.

Valentina.

Está de pie en medio de la terminal, agarrando con fuerza la mano de Leo. Lleva el pelo suelto, despeinado, las mejillas sonrojadas como si hubiera estado corriendo.

Mis ojos se clavan en los suyos y el mundo se tambalea.

Camina hacia mí, con paso decidido, su mirada firme. Leo corretea a su lado, medio dando saltitos para seguirle el ritmo, su pequeña mano balancea la de ella hacia adelante y hacia atrás.

Cuando están lo suficientemente cerca, lo veo: la emoción nadando en sus ojos, cruda y sin defensas.

—Luca —dice de nuevo, su voz más firme esta vez.

No me fío de mi propia voz. Siento la garganta apretada y las palabras que quiero decir están atrapadas detrás de un muro de incredulidad.

—Nos vamos contigo —dice simplemente.

Es un puñetazo en el estómago, pero no del tipo que te deja sin aire. No, es del tipo que te llena los pulmones de aire después de días de asfixia.

Leo suelta su mano y corre hacia mí, su cara se ilumina. —¡Papá! ¡Mamá dice que ahora vamos a estar juntos!

Me agacho instintivamente, atrapándolo mientras se abalanza sobre mí. Sus diminutos brazos se envuelven alrededor de mi cuello y lo abrazo con fuerza, el pecho me duele de una manera que no puedo describir.

—¿Es eso cierto? —pregunto, con voz ronca, mis ojos fijos en Valentina.

Ella asiente, su expresión es una mezcla de determinación y algo más suave, algo que no había visto en demasiado tiempo.

—Esta vida —comienza, su voz firme—, no es lo que quería para él. Pero es su derecho de nacimiento, y no puedo negárselo. Lo que sí puedo hacer es asegurarme de que crezca sabiendo que tiene opciones. Que puede ser mejor que nosotros dos.

Sus palabras me golpean más fuerte que cualquier bala.

—Lo criaré para que conozca la fuerza —continúa, acercándose—, pero también lo criaré para que conozca la amabilidad. Y cuando llegue el momento, Luca, le dejaremos elegir.

Me enderezo, con Leo todavía en mis brazos, y acorto la distancia entre nosotros.

—¿Estás segura de esto? —pregunto, mi voz más baja de lo que pretendía.

Ella asiente, una pequeña y cansada sonrisa se dibuja en sus labios. —Estoy segura.

Leo se retuerce en mis brazos y lo bajo suavemente. Él corre de vuelta hacia ella, agarrándole la mano y tirando de ella juguetonamente. —¿Eres mi papá? Mamá me dijo que sí, pero quiero estar seguro.

Siento como si tuviera una piedra en la garganta. Este niño y su madre lo son todo para mí. Voy a pasar mi vida asegurándome de que los merezco.

—Soy tu papá —le digo, arrodillándome para tocar su mejilla.

—¡Entonces somos una familia! —declara, su voz brillante e inocente.

Alcanzo la mano libre de Valentina, y esta vez, no se aparta.

Mientras caminamos hacia la puerta de embarque, algo cambia en mi pecho. No es alivio ni victoria. Es algo más profundo: *esperanza*.

La azafata nos recibe con una sonrisa profesional. Su uniforme azul marino está perfectamente planchado, su pelo recogido en un moño impecable.

—Bienvenido a bordo, señor Salvatore. Su suite está preparada.

Le dirijo un escueto asentimiento.

Leo se adelanta, su pequeña mano agarrando la de Valentina. Su emoción al entrar en la cabina de primera clase es evidente, su vocecita llena de preguntas sobre los asientos reclinables y la brillante iluminación ambiental.

—¡Es un avión muy grande, mami! —exclama, estirando el cuello para abarcarlo todo.

Valentina sonríe. Su mano se detiene protectoramente en su hombro mientras llegamos a nuestra sección: una suite privada protegida por mamparas de cristal esmerilado, el tipo de lujo reservado para aquellos que pueden permitírselo sin pestañear.

Los asientos son mullidos, tapizados en cuero mantecoso. Valentina empuja suavemente a Leo en su asiento, ayudándolo con el cinturón de seguridad mientras yo me acomodo en la silla frente a ellos.

—¿Les apetece algo de beber antes del despegue? —pregunta la azafata, apareciendo a mi lado.

—Un expreso —respondo, mirando a Valentina.

—Solo agua para mí —dice en voz baja, alisándose el vestido.

Leo ya está absorto con el sistema de entretenimiento, sus pequeños dedos golpeando con avidez la pantalla táctil. Por un momento, es casi surrealista: esta estampa doméstica, tan alejada del caos y la violencia de mi mundo.

La azafata regresa con nuestras bebidas justo cuando el avión comienza a rodar por la pista. Tomo un sorbo del expreso, dejando que el amargor me ancle, mientras Valentina mira por la ventana, su expresión distante.

Una vez que estamos en el aire y las señales de los cinturones de seguridad se apagan, la energía de Leo comienza a decaer. Valentina se inclina para arroparlo con una manta, su toque tierno y maternal. En cuestión de minutos, está profundamente dormido, su suave respiración audible en la silenciosa cabina.

Se endereza, mirándome a través de la suite, su mirada se detiene. Hay algo crudo en sus ojos, algo que intenta ocultar pero no puede.

—Voy a refrescarme —dice finalmente.

Luego, me mira directamente, y sus siguientes palabras golpean con la fuerza de una orden.

—Ven conmigo.

No dudo.

El baño es pequeño pero lujoso, el tipo de espacio diseñado para impresionar incluso a doce mil metros de altura. Valentina camina delante de mí, sus pasos medidos, su postura rígida.

Cuando entro y cierro la puerta, la cerradura encaja con un suave clic.

Está de espaldas, con las manos apoyadas en el mostrador de mármol. La tenue iluminación resalta la curva de su cuello, la tensión en sus hombros. Por un momento, no hago más que observarla.

—Valentina —murmuro, mi voz baja, peligrosa.

Se gira lentamente, su mirada encontrando la mía con ese mismo desafío. ¿Me encanta? ¿Lo odio? No lo sé. No puedo pensar con claridad.

—Esto es una locura —murmura.

—Una locura —repito, extendiendo la mano para tocarla. Mis dedos rozan su muñeca, luego se deslizan hasta su codo, la tensión en su cuerpo vibrando bajo mi tacto.

Su respiración se entrecorta cuando la atraigo hacia mí, mi mano encontrando su lugar en la cadera. La tela de su vestido es suave bajo mis dedos.

—Esta vida no es segura —susurra, pero sus manos la traicionan, agarrando la parte delantera de mi camisa como un salvavidas.

—La seguridad es una ilusión —digo, con voz ronca—. ¿Crees que dejarme te dará paz? Te he dejado huir una vez, Valentina. Nunca más.

Sus labios se separan, formando una réplica, pero no la dejo hablar. Bajo mi boca a la suya, capturando sus palabras en un beso.

Su resistencia se derrite casi al instante, sus dedos se enredan en mi pelo mientras se inclina hacia mí.

El mostrador se clava en su espalda mientras la presiono contra él, mis manos vagando, reclamando. Ella jadea en mi boca, su cuerpo arqueándose hacia el mío, y me cuesta todo mi esfuerzo apartarme, darle espacio para respirar.

Su pecho sube y baja rápidamente, sus mejillas sonrojadas.

—Esto es una locura —dice de nuevo, aunque su tono ha cambiado y su voz es gutural.

Le acaricio la cara. —Lo es.

El avión desciende ligeramente. El sutil descenso del avión apenas se registra. Todo lo que puedo sentir es a ella: su calor, sus

respiraciones rápidas, la forma en que su cuerpo cede al mío incluso cuando su mente duda. Su mano agarra la mía, atrayéndome, y ese pequeño y desesperado gesto es todo el permiso que necesito.

—¿Locura? —murmuro, mis labios rozando la curva de su mandíbula mientras mis manos se deslizan por sus costados, sintiendo las delicadas curvas bajo la fina tela de su vestido—. Tal vez. Pero también es inevitable.

Echa la cabeza hacia atrás, exponiendo la suave línea de su cuello, y aprovecho al máximo, mi boca encuentra el punto de su pulso. Se estremece, sus dedos se aferran a mis hombros mientras mis dientes rozan su piel.

—Luca —susurra, con la voz quebrada. No es una súplica, es una rendición.

Deslizo besos hasta el hueco de su garganta, mis manos agarran sus muslos y la levantan sin esfuerzo sobre el mostrador. Sus piernas se abren instintivamente, envolviendo mi cintura, y me coloco entre ellas, la dureza del mostrador olvidada por la presión de su cuerpo contra el mío.

—¿Sientes esto? —pregunto, con voz ronca mientras me froto contra ella, mi erección inconfundible—. Me vuelves jodidamente loco, Valentina. Cada mirada, cada palabra, cada segundo que respiras.

Jadea, sus manos se agarran a mi pelo mientras la empujo hacia atrás ligeramente, dándome más espacio para tocar, para saborear. Mis labios se estrellan contra los suyos, y esta vez, no hay vacilación. El beso es crudo, frenético, sus uñas rascan mi espalda a través de la camisa mientras subo el dobladillo de su vestido, exponiendo la piel suave y desnuda.

—Dios, eres perfecta —gimo contra sus labios, mis dedos trazando la curva de su muslo antes de subir más. Su jadeo se convierte en un gemido cuando mi mano la encuentra, resbaladiza y caliente, y no

puedo evitar la maldición que se me escapa—. Ya estás chorreando para mí.

Se arquea contra mi tacto, su respiración se entrecorta mientras mis dedos se mueven contra ella, provocando, probando. —Luca...

—Dilo —gruño, apartándome lo suficiente para encontrar su mirada. Sus mejillas están sonrojadas, sus labios hinchados, sus ojos oscuros de deseo—. Di que eres mía.

—Soy tuya —susurra, su voz temblorosa pero segura.

Es todo lo que necesito. Retiro la mano, ganándome un suave gemido de protesta, pero se convierte en un jadeo cuando me desabrocho el cinturón, el sonido del cuero deslizándose fuerte en el espacio íntimo. Sus manos me buscan, tropezando con los botones de mi camisa, pero le cojo las muñecas, inmovilizándolas suavemente contra el mostrador sobre su cabeza.

—Todavía no —murmuro, inclinándome para depositar un beso en su clavícula—. Quiero que sientas exactamente cuánto me perteneces.

Sus ojos se abren ligeramente, sus labios se separan mientras me libero, la dura longitud de mí presionando contra su centro. Me guío hacia ella, rozando su entrada, y ella se retuerce bajo mi cuerpo, sus caderas se inclinan hacia adelante en una súplica silenciosa.

—Por favor —musita, la palabra apenas audible pero cargada de cruda necesidad.

Con una embestida lenta y deliberada, estoy dentro de ella, y ambos gemimos ante la sensación. Está apretada, perfecta, y la forma en que se contrae a mi alrededor hace que mi cabeza dé vueltas. Me detengo un momento, dejándola adaptarse, saboreando cómo se siente, cómo sus piernas se aprietan a mi alrededor como si nunca quisiera soltarme.

—Mírame —ordeno, mi voz ronca mientras empiezo a moverme, cada embestida lenta y deliberada, rozando cada punto sensible. Su

mirada se clava en la mía, sus labios tiemblan mientras sus manos se flexionan bajo mi agarre—. Déjame ver lo que es mío.

—Sí —grita, con la voz quebrada mientras acelero el ritmo, el sonido de nuestros cuerpos chocando llena la cabina—. Luca, yo…

—Córrete para mí —gruño, soltando sus muñecas para sostener su cara, mi frente presionada contra la suya mientras embisto más fuerte, más profundo—. Déjame sentirte.

Su cuerpo se tensa bajo el mío, sus uñas se clavan en mis brazos mientras su clímax la golpea, sus gritos ahogados por mi boca mientras la beso a través de él. Se contrae a mi alrededor, el calor apretado y pulsante me lleva al límite. Con un gemido gutural, embisto una última vez, derramándome dentro de ella, mi cuerpo temblando mientras me entierro hasta el fondo.

Por un momento, el mundo se detiene. El zumbido del avión se desvanece, la tensión se disuelve, dejando solo el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y el calor de su cuerpo contra el mío. Me inclino hacia adelante, depositando un beso en su frente, mis manos acunando su cara mientras sus ojos se abren lentamente.

—Gracias por dejarme llevar a mi familia a casa —murmuro.

—Te quiero —susurra, sus brazos se envuelven alrededor de mi cuello mientras me atrae más cerca.

LUCA

El contacto de Valentina, sus gemidos susurrados, la forma en que sus uñas se clavan en mi espalda... todo ello persiste incluso cuando las ruedas tocan la pista de aterrizaje. Se ha quedado dormida, con nuestro hijo acurrucado contra ella, su pequeña mano aferrada a la tela de su vestido como si sintiera el peso del mundo que lo rodea.

Dos todoterrenos negros y blindados relucen bajo las luces de la pista mientras bajamos del avión. Marco ya está esperando, una figura sombría apoyada despreocupadamente en la puerta del copiloto del coche más cercano, sus agudos ojos escrutando el perímetro.

Se endereza cuando nos acercamos y asiente una vez. —Órdenes de Donna Maria: ella debe ir en el segundo vehículo —dice con voz cortante.

A mi lado, Valentina se tensa. Le lanzo una mirada y luego clavo en Marco una mirada firme. —Viajo con mi esposa y mi hijo —digo, sin dejar lugar a debate—. Si ellos van en ese todoterreno, yo también.

Por un instante, el silencio zumba como un cable tenso. Entonces, la sonrisa de Marco rasga la tensión. —Me imaginaba que dirías eso —dice, apartándose del coche—. No te preocupes. Los otros pueden seguirnos.

Sin discusión. Solo acción. Valentina y yo nos dirigimos hacia el todoterreno, con la noche cerniéndose a nuestro alrededor como una respiración contenida.

Le dedico un breve asentimiento mientras ayudo a Valentina a subir al asiento trasero, acomodando a Leo a su lado. Me sonríe débilmente, aunque el agotamiento en sus ojos es inconfundible. Cierro la puerta con suavidad antes de ocupar mi asiento en la parte delantera. Marco se desliza a mi lado, su omnipresente sensación de mal presagio prácticamente irradiando de él.

El coche se desliza por la autopista de la costa, su motor zumbando de forma constante mientras las luces del atardecer parpadean en la distancia. Valentina y Leo están en el asiento trasero, y sus silenciosos murmullos llegan de vez en cuando hasta nosotros. No puedo evitar mirar por el retrovisor de vez en cuando, vislumbrándolos. Valentina tiene el brazo protectoramente sobre Leo, que está agarrando un cochecito de juguete que insistió en traer.

Me reclino contra el cuero frío, con la mente inquieta a pesar del entorno tranquilo. Marco, sentado a mi lado en el asiento del copiloto, también está en vilo; sus agudos ojos no dejan de escrutar el horizonte.

Y entonces ocurre.

El coche da una sacudida repentina, un bandazo brusco que nos lanza a Marco y a mí hacia delante.

—¡Los frenos! —gruñe Marco, su voz cortando la creciente tensión.

—¿Qué quieres decir con los frenos? —exijo.

La voz aterrorizada del conductor es lo siguiente que oímos. —¡No responden!

El coche coge velocidad, el zumbido del motor se convierte en un rugido a medida que nos precipitamos por la autopista. Miro hacia

atrás, a Valentina, que agarra a Leo con fuerza, con el rostro pálido pero sereno.

—¿Luca? —pregunta ella, con voz débil e insegura.

—Abrázalo fuerte —espeto, volviéndome hacia Marco—. ¿Opciones?

—Hay una curva cerrada más adelante —espeta Marco, consultando su teléfono—. Si no frenamos, nos despeñaremos por el acantilado.

—Mantén firme el volante —le ordeno al conductor—. No entres en pánico. Mantennos en la carretera todo el tiempo que sea posible.

La voz de Valentina se alza desde atrás. —¿Luca, qué está pasando?

—Agárrate —mascullo, con la mente trabajando a toda velocidad.

El coche se desvía ligeramente a la izquierda, el conductor lucha por mantenerlo estable. Fuera, los acantilados se ciernen cada vez más cerca, las rocas escarpadas de abajo prometen una muerte segura.

Marco saca su pistola, con movimientos bruscos y expertos. —Sabotaje. Alguien ha manipulado los frenos. Esto no ha sido un accidente.

Las palabras quedan flotando en el aire como una sentencia de muerte.

Vuelvo a mirar a Valentina, sus ojos muy abiertos se encuentran con los míos. —Todo va a salir bien —digo, a pesar de que las tripas se me retuercen de duda.

—¡Luca! —grita ella mientras el coche da otro volantazo violento y los neumáticos chirrían.

—¡Coge la salida de emergencia de grava! —grita Marco.

El conductor asiente, dando un volantazo. El coche se precipita hacia el estrecho camino de grava excavado en el lateral de la carretera para situaciones como esta.

El impacto me hace temblar hasta los huesos cuando el coche se estrella contra la grava y los neumáticos luchan por agarrarse. Las piedras salen despedidas en todas direcciones, golpeando los bajos del vehículo mientras este patina sin control.

—¡Agarraos! —grita Marco.

Me aferro al salpicadero mientras el coche avanza a toda velocidad, estrellándose contra la barrera al final de la salida con un crujido que te rompe los huesos.

El mundo se inclina por un momento. Mi cabeza se sacude hacia delante, el cinturón de seguridad se me clava en el pecho.

Y entonces, el silencio.

El coche se tambalea al borde del acantilado, con el morro sobresaliendo precariamente sobre el abismo.

—¿Estáis todos bien? —pregunto con voz ronca, desabrochándome el cinturón.

—Estoy bien —gruñe Marco, echando ya mano a su pistola.

—Leo... —la voz de Valentina se quiebra desde el asiento trasero—. Pequeño, ¿estás bien?

Leo gimotea, pero asiente, aferrándose a su cochecito de juguete como si fuera un salvavidas.

Me giro en mi asiento para comprobar cómo están, y un torrente de alivio me inunda al verlos a ambos relativamente ilesos.

—Quédate aquí —le digo a Valentina, abriendo ya la puerta.

—¡Luca, espera! —protesta ella, pero yo ya he salido.

El aire fresco de la noche me golpea como una bofetada mientras inspecciono la zona. Marco se pone a mi lado en un instante, con la pistola en alto y el cuerpo tenso.

—Estarán observando —murmura Marco, en voz baja—. Es imposible que esto no haya sido planeado.

—Pues entonces, démosles un espectáculo —gruño, haciéndole un gesto para que me cubra mientras me alejo del coche.

Cada sombra parece viva, cada parpadeo del movimiento, una amenaza potencial. El pulso me martillea en los oídos mientras escaneo los acantilados circundantes, el oscuro horizonte ofrece poco consuelo.

Y entonces lo veo.

Un destello de luz, apenas visible a la luz de la luna, desde una cresta que domina la autopista.

—¡Francotirador! —espeto, lanzándome al suelo justo cuando resuena el primer disparo.

La bala impacta en el capó del coche, fallando por poco el parabrisas.

Marco devuelve el fuego, su puntería precisa mientras rastrea al tirador. —¡Sácalos de aquí! —grita.

—¡Agachaos! —le grito a Valentina, corriendo de vuelta al coche.

Sus ojos están desorbitados por el terror, pero ya está desabrochando el cinturón de seguridad de Leo. —¿Luca, qué está pasando?

—No hay tiempo para explicaciones —espeto, cogiendo a Leo y acunándolo contra mi pecho—. ¡Marco, cúbrenos!

Suena otro disparo, este rebota en la carretera a escasos centímetros de mis pies.

Marco dispara de nuevo, sus movimientos rápidos y controlados. —¡Vamos!

Agarro a Valentina del brazo, sacándola del coche. Ella tropieza, pero mantiene el ritmo mientras corremos hacia el afloramiento rocoso cercano, usando el terreno escarpado como cobertura.

Detrás de nosotros, el coche cruje ominosamente antes de caer finalmente por el borde del acantilado.

El sonido de su estrépito contra las rocas de abajo es ensordecedor, la explosión ilumina el cielo nocturno.

Nos acurrucamos detrás de las rocas, Leo gimotea suavemente contra mi pecho mientras Valentina se aferra a mi brazo.

—¿Estáis todos bien? —pregunta Marco, con voz áspera.

Valentina asiente temblorosamente, apretando a Leo contra su pecho. Su pequeño rostro está enterrado en su hombro, sus sollozos ahogados me atraviesan como un cuchillo.

—No fue un accidente —murmura Marco con gravedad.

—No, no lo fue —convengo, apretando la mandíbula—. Quienquiera que haya hecho esto, nos quería muertos.

—A vosotros no —la voz de Valentina tiembla mientras forma las palabras—. Ni a Marco. A vosotros dos, no.

La mirada de Marco se desvía hacia el coche y luego vuelve a mí. —Tiene razón. Alguien manipuló este todoterreno a propósito, sabiendo perfectamente que Valentina y Leo serían los únicos pasajeros. Tenemos que actuar rápido. Anunciar sus muertes. Es la única manera de mantenerlos a salvo mientras resolvemos esto.

Sé que tiene razón. —Hazlo. Corre la voz. Valentina y Leo están muertos.

Valentina no habla mientras el coche se desliza por las calles tranquilas y sombrías. La suave respiración de Leo se entrecorta contra su pecho, sus bracitos rodeando firmemente su cuello. Mira por la ventana, su perfil iluminado por las farolas que pasan, y veo el

mismo fuego que ha estado ardiendo en ella desde el momento en que la conocí; solo que ahora, está acompañado por el agotamiento y el miedo.

El coche se detiene frente a un hotel anodino. Está lejos del lujo de la finca, lejos de los muros dorados que los han protegido —por imperfectamente que fuera— del caos de mi mundo. Pero es seguro. Por ahora, eso es todo lo que importa.

Salgo del coche, mis ojos recorren el entorno pobremente iluminado. Marco se mueve en silencio a mi lado, su presencia firme, alerta.

—Ya hemos llegado —digo, abriendo la puerta trasera.

Valentina me mira, con expresión tranquila pero resuelta. Con cuidado, se desenreda del pequeño cuerpo de Leo, acunándolo mientras sale con una facilidad experta.

Sus ojos recorren el edificio, y la veo calcular, no con ira ni desasosiego, sino con la precisión de alguien que sabe lo que está en juego. —¿Cuánto tiempo nos quedaremos? —pregunta, su tono bajo, uniforme.

—No mucho —respondo—. Es temporal, pero seguro. Nadie pensará en buscarnos aquí.

Ella asiente, acomodando a Leo en sus brazos. —Bien.

Entramos rápidamente y el modesto vestíbulo aparece a la vista: paneles de madera gastada, el débil zumbido de un viejo ventilador de techo y un recepcionista que apenas levanta la vista de su crucigrama. Este es el tipo de lugar diseñado para ser olvidado.

Marco me entrega las llaves y no pierdo tiempo en dirigirme a las escaleras. Valentina me sigue de cerca, sus pasos silenciosos, decididos. En el segundo piso, el pasillo se extiende por delante, oscuro y silencioso, la moqueta descolorida amortiguando nuestras pisadas.

Abro la puerta de su habitación y la empujo para que se abra. El espacio es pequeño pero limpio: dos camas, una mesa, una silla y pesadas cortinas para bloquear las miradas indiscretas.

Valentina entra y acuesta a Leo suavemente en una de las camas. Él se remueve, frotándose los ojos, pero se queda quieto, aferrado a su cochecito de juguete. Su mirada recorre la habitación, aguda y perspicaz. —Servirá —dice, su voz práctica.

La miro, un destello de alivio tirando de la tensión en mi pecho. —Pasaré a veros con regularidad. Marco estará cerca. Nadie se os acercará.

Me mira a los ojos, su expresión firme. —Lo sé —dice simplemente —. Confío en ti.

Joder. La quiero. —Bien.

Detrás de mí, Marco se aclara la garganta. —Deberíamos movernos. Quedarse demasiado tiempo no es prudente.

Me quedo un momento más, observando cómo Valentina alisa los oscuros rizos de Leo, susurrándole algo suave que lo hace acomodarse entre las mantas. Sus movimientos son deliberados, protectores; sin pánico, sin vacilación.

Levanta la vista al ver que dudo en la puerta. —Vete —dice con firmeza, su tono no admite discusión—. Estaremos bien.

El viaje de vuelta a la finca es silencioso, pero la tormenta dentro de mí es cualquier cosa menos eso. Mis manos se aprietan y se relajan, y apenas espero a que Marco frene para salir del coche, la furia desbordándose.

—Reúne a todos en el vestíbulo —espeto, mi voz afilada como un látigo. Marco asiente, moviéndose ya.

Para cuando entro, los hombres están reunidos, un mar de rostros inquietos llenando el gran espacio. Me detengo en el centro, dejando que el peso de mi silencio se asiente sobre ellos.

—Esto —digo finalmente, mi voz baja y mortal— no debería haber ocurrido nunca.

Nadie se atreve a hablar.

—¿Quién estaba de servicio con los coches? —exijo, mi mirada recorriendo la sala como una cuchilla.

Un hombre da un paso al frente a regañadientes. Pietro, un veterano, firme, pero claramente afectado por mi escrutinio.

—Jefe —dice, con la voz tensa—. Lo revisé todo yo mismo. Ni rastro de manipulación. Neumáticos, motor, rutas… todo estaba en orden antes de que nos fuéramos.

—Entonces, explica cómo nos encontraron —espeto—. Explica cómo mi familia casi cae en una trampa.

—Yo... yo no lo sé. —La voz de Pietro vacila, su mirada se desvía nerviosamente—. A no ser... a no ser que alguien les diera el soplo.

Sus palabras quedan en el aire como una soga. La sala se agita inquieta, la implicación cala hondo. Aprieto la mandíbula mientras me acerco, mi presencia cerniéndose sobre él.

—¿Estás sugiriendo que hay un traidor bajo mi techo? —gruño.

Pietro palidece, su voz es un balbuceo. —No, jefe. Quiero decir... es posible. Pero no lo sé con certeza.

El fuego en mi pecho se aviva. Me doy la vuelta, mi voz atraviesa la sala como un estruendo. —Tenéis hasta mañana por la mañana para averiguar qué ha salido mal. Si no tengo respuestas, desearéis que os hubieran matado a vosotros.

Los hombres se dispersan rápidamente, los murmullos se extienden por el vestíbulo. Marco aparece a mi lado mientras me dirijo al estudio, mis manos todavía hechas puños.

—Luca —dice en voz baja, su tono cauteloso—, tu madre está esperando en el ala este. Quiere hablar contigo. A solas.

Me detengo a medio paso, rechinando los dientes. Si se ha involucrado, significa que tiene algo que necesito oír. Asiento bruscamente. —Está bien.

La encuentro en el salón privado, sentada con una elegancia serena que oculta el acero que hay debajo. Se levanta cuando entro, sus agudos ojos estudiándome como solo una madre puede hacerlo.

—Mamá —digo, inclinando la cabeza—. ¿Qué ocurre?

Me hace un gesto para que me siente, pero permanezco de pie, la tensión irradiando de mí. Su mirada se estrecha, atravesándome como una cuchilla.

—Estás dejando que la ira te domine —dice, su voz tranquila pero firme—. Y eso te costará todo.

Suspiro. —¿De qué va esto? No tengo tiempo para sermones.

Sus ojos brillan. —Entonces seré directa. Este… *lío* de esta noche. ¿Los frenos del coche? No ha sido un accidente.

Se me retuerce el estómago, un pozo helado se abre bajo mi rabia. —¿Qué estás diciendo?

—Yo lo ordené —dice, su voz firme, su mirada fija en la mía.

Por un momento, las palabras no calan, su peso es demasiado para procesarlo. Entonces, el frío se convierte en fuego.

—¿Tú *qué*? —Mi voz se eleva, la fuerza de mi ira reverbera por la habitación.

Su expresión no vacila. —Yo di la orden. Hice que manipularan los frenos.

Doy un paso adelante, mis manos temblando a mis costados. —¿Me estás diciendo que *tú*, mi propia madre, has puesto en riesgo la vida de mi familia? ¿Sabes lo que podría haber pasado?

Su mirada se endurece, inflexible. —Por supuesto que lo sé. No se suponía que estuvieras en ese coche.

Niego con la cabeza, la incredulidad y la furia luchando en mi interior. —Has ido demasiado lejos, mamá. Valentina es mi esposa. La madre de mi hijo. ¿Qué podría justificar esto?

Aprieta los labios, pero su voz permanece tranquila, casi fría. —Ella no pertenece a este lugar. No pertenece a tu lado. Y cuanto más tiempo se quede, más peligro traerá a esta familia. ¿Crees que puedes mantenerla a salvo? No puedes. Será tu perdición, Luca.

—Basta —espeto, mi voz dura—. No tienes derecho a tomar esta decisión por mí. No tienes derecho a arriesgar la vida de mi familia porque desapruebas mis elecciones.

—Hice lo que tenía que hacer —dice bruscamente, acercándose, sus ojos encendidos— porque no atiendes a razones. Esa chica no tiene lugar en este mundo, nuestro mundo. Es blanda, ingenua. Y esa blandura hará que te maten.

Me río con amargura. —¿Crees que me estás protegiendo? ¿Haciendo esto a mis espaldas? No se protege a alguien destruyendo lo que ama.

Su voz baja, fría y cortante. —Estoy tratando de salvarte, Luca. Te llevará a la ruina, y si no lo ves ahora, lo verás cuando sea demasiado tarde.

Por un momento, la habitación queda en silencio, el aire entre nosotros crepita con tensión. Entonces, niego lentamente con la cabeza, una fría determinación se apodera de mí.

—No —digo, mi voz baja pero firme—. No tienes derecho a decidir quién soy o a quién amo. Valentina es mi esposa. Y si alguna vez vuelves a hacer algo como esto, mamá, te juro por Dios que no habrá perdón.

Sus ojos se entrecierran, y por primera vez, veo un destello de incertidumbre. —Estás cegado por ella, Luca.

—Quizá —digo, mi voz fría como el hielo—. Pero prefiero estar ciego de amor que envenenado por el control.

Sin decir una palabra más, me doy la vuelta y salgo de la habitación, dando un portazo.

Marco espera en el vestíbulo, su expresión cautelosa. —¿Todo bien, jefe?

Respiro hondo. He tomado una decisión. —No —digo secamente—. Pero lo estará.

VALENTINA

Leo murmura en sueños, en voz baja e incoherente. Solo consigo entender fragmentos. —Papá —masculla, y sus manitas se agitan contra la manta.

Junto a la ventana, trazo el contorno de las carreteras tenuemente iluminadas. Se extienden y se retuercen en la distancia, como venas que conducen de vuelta a la finca. La finca de Luca. ¿Estará paseándose ahora por esos pasillos, tan furioso como cuando se fue? ¿Estará arremetiendo contra sus hombres, buscando respuestas?

El café solo de mi termo está amargo y frío, pero me lo bebo de todos modos. Me mantiene con los pies en la tierra, aunque mi mente vaya a mil por hora.

—¿Mami?

Giro la cabeza bruscamente hacia Leo. Tiene los ojos cerrados, pero su pequeño pecho sube y baja con regularidad. Me agacho a su lado y le poso la mano con delicadeza sobre el pecho. *Estoy aquí, cariño. No voy a ninguna parte*.

Se acabó.

Estoy harta de huir, de esconderme, del miedo constante a las sombras. Esta es mi vida. La he elegido… dos veces. La primera, por

supervivencia. La segunda, por amor.

Leo tendrá a sus dos padres. Crecerá poderoso, inquebrantable. El mundo no se lo tragará entero como intentó tragarme a mí.

Unos repentinos golpes en la puerta rompen la quietud. *Toc, toc, toc.*

Me quedo helada, con el cuerpo tenso por instinto. Las palabras de Luca resuenan en mi cabeza. *No dejes entrar a nadie a menos que oigas mi voz. No digas nada.*

Contengo la respiración, esperando a que los golpes se repitan.

—Soy yo.

La tensión de mi pecho se disipa, dejándome momentáneamente débil. Luca.

Los golpes en la puerta son suaves pero insistentes. Me quedo paralizada donde estoy, y el aire fresco de la ventana me roza la piel. El corazón me late con fuerza en el pecho mientras miro a Leo, que sigue profundamente dormido, con su diminuto pecho subiendo y bajando al ritmo apacible de un niño ajeno a la tormenta que se está gestando.

—Soy yo.

La voz de Luca, áspera, familiar, atraviesa el silencio como una cuchilla. Se me oprime el pecho; cada parte de mí se siente atraída por ese sonido a pesar del tumulto que ruge en mi mente.

Camino hacia la puerta en silencio, mis pies descalzos acolchando el suelo. Mi mano se detiene sobre la cerradura un segundo de más.

Luca vuelve a llamar, esta vez con más firmeza. —Valentina.

Quito el pestillo y abro la puerta lo justo para verlo. Su ancha figura llena el pasillo en penumbra y sus ojos tienen un peso que me ancla al sitio. Parece agotado, las líneas de su rostro más profundas de lo que recordaba, sus hombros tensos como si cargara con el mundo.

—¿Puedo pasar? —pregunta, su tono ahora más suave, casi vacilante.

Me hago a un lado, abriendo la puerta por completo, y él entra. Su presencia ocupa al instante todo el espacio de la habitación.

Luca mira a Leo, luego a mí, y su mirada se ablanda por un brevísimo instante antes de volver a endurecerse. Espera a que cierre la puerta y luego se pasa una mano por el pelo alborotado.

—Tenemos que hablar —dice, su voz baja pero firme.

Me cruzo de brazos, apoyándome en la pared. —Eso ha quedado claro cuando te has presentado aquí en mitad de la noche.

Aprieta los labios en una fina línea, pero no me responde bruscamente como esperaba. En su lugar, respira hondo, como para serenarse.

—Tu padre murió por mí —dice de repente.

—¿Qué? —La palabra se me escapa, más como un suspiro que como un sonido.

Se acerca, pero levanto una mano para mantenerlo a distancia. Siento que las piernas me flaquean y me dirijo a la pequeña silla junto a la ventana, dejándome caer en ella antes de desplomarme.

Luca se queda donde está, con las manos apretadas a los costados. —Necesito que me escuches, Valentina. Tu padre no era un ludópata sin remedio. No solo huía de las deudas. Estaba trabajando con nosotros… para nosotros… para mí.

Mi mente da vueltas, mi visión se centra en él. —¿De qué estás hablando? ¿Trabajando contigo en qué?

Se pasa la mano por la cara, caminando de un lado a otro cerca de los pies de la cama. —Antonio creía en lo que intentábamos hacer… en lo que sigo intentando hacer. Nos ayudó a planear formas de coger el poder y el dinero que hemos amasado y canalizarlo de

vuelta a la gente que lleva décadas aplastada bajo el peso de esta ciudad. Una redistribución, si quieres llamarlo así. Vio una forma de arreglar lo que hemos roto.

—Eso no tiene ningún sentido —susurro, negando con la cabeza—. Se lo jugó todo… nos arruinó.

—Esa era la tapadera, Valentina. Una forma de evitar que los Rossi se fijaran demasiado en lo que estaba haciendo. Pero lo descubrieron de todos modos.

Me levanto bruscamente, dejando caer los brazos a los costados. —Para. Para ya.

Su voz se vuelve más queda, más comedida, mientras se acerca a mí. —Lo convirtieron en su objetivo. Lo torturaron. Intentaron sacarle información sobre mí y mi familia. Como no se doblegó, lo mataron.

Retrocedo tropezando y choco contra la pared a mi espalda. La habitación parece demasiado pequeña, demasiado sofocante. —Mientes.

—Ojalá —dice, con la voz ligeramente quebrada—. Pero tienes que saber la verdad, Valentina. No murió por sus propios demonios. Murió porque creía en mí. Porque creía en algo mejor.

Las lágrimas me escuecen en los ojos, pero me niego a dejarlas caer. —¿Y me has ocultado esto? ¿Has dejado que creyera que no era más que un fracasado? ¿Has dejado que lo odiara?

La mandíbula de Luca se tensa y aparta la vista un momento antes de volver a encontrarse con mi mirada. —Tenía miedo.

—¿Miedo? —Mi voz se eleva, temblando de furia—. ¿Miedo de qué?

—De que si sabías la verdad, te darías cuenta de que la deuda que afirmé que tenías que pagar era una mentira —dice, con la voz en carne viva—. Y de que te marcharías. Anularías el matrimonio. Me dejarías.

Lo miro fijamente, con el pecho agitado. —Me mentiste, me manipulaste…

—Porque te quiero —me interrumpe, con voz feroz—. Te quiero, Valentina. Con todo lo que soy. Y si eso significa reducir mi imperio a cenizas para manteneros a salvo a ti y a Leo, lo haré. Si significa alejarme de todo solo para estar contigo, que así sea. No te pido perdón —dice, acercándose hasta que apenas queda espacio entre nosotros—. Te pido una oportunidad. Una oportunidad para arreglar esto. Para demostrar que tú y Leo sois lo único que importa.

Cierro los ojos y las lágrimas se me deslizan por las mejillas. Cuando los abro, su expresión es indescifrable, sus ojos oscuros clavados en los míos.

—Luca… —Mi voz flaquea, y él me coge la mano.

—Hay algo más que deberías saber.

Luca se sienta en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos tan apretadas que parecen soldadas. Tiene la cabeza gacha, su pelo oscuro cayéndole sobre la cara, una imagen de contención que apenas reprime una tormenta. —Donna Maria estuvo detrás del percance con los frenos.

Madre mía. Estoy de pie junto a la cómoda. El silencio entre nosotros es insoportable, tan denso que ahoga, y siento que estoy esperando que algo detone.

—No tengo palabras —mascullo—. Yo…

—Mi madre es una mujer de muchos talentos —dice—, pero últimamente, la mayoría se han vuelto malvados. O quizá siempre fue así, y he estado demasiado ciego para ver las cosas. —Hace una pausa, tensando la mandíbula como si las palabras le dolieran físicamente—. Maria ha sido exiliada.

—¿Qué? —La sorpresa en mi voz es involuntaria, ruidosa en la pesada quietud de la habitación.

Luca se endereza y vuelve hacia mí sus ojos oscuros y atormentados. —Debería haberlo visto antes, Valentina. Me manipuló…, me controló…, jugó sus juegos contigo, con Leo, con esta familia. Estaba detrás de mucho más de lo que me imaginaba.

Su voz se agudiza, con la ira bullendo justo bajo la superficie. —Orquestó parte de tu sufrimiento, y lo hizo para mantener su control sobre el poder. Para evitar que encontraras tu lugar aquí. Para mantenerme a raya.

Se me revuelve el estómago, y un peso frío se asienta en la boca de mi estómago. —Sabías que no me aprobaba.

—No solo no te aprobaba —dice, poniéndose de pie, con su imponente presencia tan formidable como siempre—. Actuó en consecuencia. Tenía gente infiltrada en tu vida, pasándole información. He descubierto cosas… —Se interrumpe, negando con la cabeza—. Debería haberte protegido de ella. Debería haber cuestionado sus motivos hace años, pero estaba ciego.

Me agarro al respaldo de la silla para sostenerme, pues las piernas amenazan con fallarme. —¿Y ahora? ¿Qué le va a pasar?

—Se ha ido —dice, su voz como un latigazo—. La he enviado lejos. Permanentemente. Ya no tiene ningún derecho aquí, ningún control sobre mi familia.

La intensidad de su mirada me inmoviliza donde estoy. —Tú, Valentina, eres mi familia ahora. Tú, Leo y el imperio que he construido. Pero no quiero que sea solo mío. No quiero otra reina que llene el vacío que dejó Maria. Te quiero a ti.

Parpadeo, aturdida, con el pulso martilleándome en los oídos. —¿Qué estás diciendo, Luca?

Sus ojos arden en los míos, implacables, feroces. —Digo que quiero que seas mi socia, mi igual. La reina de los Salvatore. La única persona en la que confío para construir este imperio conmigo, codo con codo.

Lo miro fijamente, con el corazón en la garganta. —No puedes estar…

—Lo digo con cada palabra —interrumpe, con voz inquebrantable—. No solo quiero una esposa, Valentina. Quiero una matriarca que imponga respeto, que haga a esta familia más fuerte. Alguien que pueda estar a mi lado, no detrás de mí.

La gravedad de sus palabras cala hondo y, por un momento, se me olvida cómo respirar.

—No puedes pensar que estoy hecha para eso —susurro, con la voz temblorosa.

—Sé que lo estás. —Su tono es firme, casi reverente—. Te has enfrentado a asesinos. Me has desafiado… has luchado contra mí… como nadie lo ha hecho jamás. Has construido una vida para ti misma desde las cenizas, Valentina. Esa es una fuerza que no puedo ignorar. Esa es la fuerza que necesito.

Niego con la cabeza, con un millón de emociones surgiendo en mí a la vez. —Luca, no soy como tú. No puedo ser despiadada. No puedo…

—Puedes ser lo que tú elijas —dice con firmeza—. Pero no tienes que cambiar quién eres. No te estoy pidiendo que te pierdas a ti misma. Te estoy pidiendo que te conviertas en lo que ya eres: poderosa. Resiliente. Alguien que no se echa atrás.

Ahora tiemblo, abrumada por la enormidad de lo que está diciendo. —¿Lo has pensado bien?

—Durante meses —admite, suavizando la voz—. Me he equivocado tantas veces, Valentina, pero esto… esto es lo único de lo que estoy seguro. Te necesito… no solo en mi vida, no solo en mi cama. A mi lado. Ayudándome a hacer de este imperio algo más. Algo mejor.

La intensidad de sus palabras me deja anonadada, pero hay algo más en sus ojos… algo crudo, vulnerable y absolutamente

encantador.

—¿Y qué hay de Leo? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Luca me coge la mano. Su agarre es cálido, reconfortante. —Tendrá la mejor vida que podamos darle. No solo poder, no solo riqueza. Tendrá amor, Valentina. De los dos.

Miro nuestras manos unidas, con el pecho doliéndome por el peso del momento. —Esta vida… no es fácil, Luca. Es peligrosa. Caótica.

—Lo sé —dice simplemente—. Pero la afrontaremos juntos. Y un día, cuando llegue el momento, serás tú quien lidere esta familia, igual que has guiado a nuestro hijo.

Se me corta la respiración, sus palabras calando en lo más profundo de mí. No sé si puedo confiar en él —no del todo—, pero en este momento, quiero creer.

—¿Y si digo que no? —pregunto, con la voz temblorosa.

Él sonríe débilmente, una expresión más agridulce de lo que esperaba. —Entonces encontraré una forma de convencerte. Porque no me rindo con las cosas que quiero.

El corazón me da un vuelco, y siento que las lágrimas asoman por las comisuras de mis ojos.

Los ojos de Luca están clavados en los míos, su respiración constante pero expectante, su cuerpo tenso como la cuerda de un arco esperando ser liberada. Nunca lo había visto tan vulnerable, ni siquiera en los momentos más íntimos que hemos compartido. A pesar de todo su poder, de su control, esto —ofrecerme su imperio, su confianza— se siente como la rendición definitiva.

Dudo, el peso de sus palabras hundiéndose profundamente en mi pecho. Esto ya no es solo cosa nuestra. Es por Leo, por el futuro que construiremos. Mi vida nunca ha sido fácil. Sé cómo luchar. Y Luca me está ofreciendo un trono; no uno construido sobre amor y rosas, sino uno forjado en fuego.

—Sí —digo, la palabra saliendo de mis labios como un juramento.

Su respiración se entrecorta, sus hombros se relajan, y el alivio inunda su rostro. —Dilo otra vez —murmura, acercándose más.

—Sí —repito, esta vez más alto, más segura.

Antes de que pueda decir más, sus manos están en mi cara, atrayéndome a un beso que se siente como volver a casa e incendiar el mundo a la vez. Sus labios son suaves pero insistentes, su tacto me ancla al suelo mientras rodeo su cuello con mis brazos.

—Te lo demostraré cada día —susurra contra mis labios, su voz cruda, quebrada—. Te enseñaré lo que podemos ser juntos. Tú, yo, Leo… nuestra familia.

Asiento, incapaz de hablar mientras la emoción me atenaza la garganta. Su frente descansa contra la mía, su aliento mezclándose con el mío mientras sus manos se deslizan hasta mi cintura, sujetándome como si pudiera desaparecer.

—Valentina —dice, su voz baja y firme—. Nunca te arrepentirás de esto. Te lo juro.

Me aparto ligeramente, mis dedos rozando su mandíbula, trazando la fuerza y la vulnerabilidad grabadas en su rostro. —No hagas promesas que no puedas cumplir —digo en voz baja, aunque no hay malicia en mis palabras.

—No las hago —responde, con tono decidido.

Sus labios encuentran los míos de nuevo, y esta vez, el beso es más lento, más deliberado, una tierna reivindicación que me roba el aliento. El mundo fuera de estas cuatro paredes deja de existir: no hay amenazas, no hay familias rivales, no hay apuestas imposibles. Solo nosotros.

Sus brazos se estrechan a mi alrededor, su mano se desliza en mi pelo, y por un momento, me permito creer que esta vida —esta vida caótica y peligrosa— podría valer la pena.

El momento se rompe por el agudo trino de su teléfono, que atraviesa el silencio como un cuchillo.

Luca exhala bruscamente, murmurando una maldición entre dientes mientras retrocede, su mano apartándose a regañadientes de mi cintura. Saca el teléfono del bolsillo, mira la pantalla y su expresión se endurece.

—Es Marco —dice, contestando la llamada.

—¿Qué? —Su voz es cortante, todo rastro de ternura evaporado—. ¿Cómo demonios…?

Se queda en silencio, tensando la mandíbula mientras escucha. El corazón se me encoge, el pánico se acurruca en mi estómago mientras su expresión se oscurece.

—Estaré allí en diez minutos —espeta, terminando la llamada y guardándose el teléfono de nuevo en el bolsillo.

—¿Qué está pasando? —pregunto, mi voz temblando a pesar de mis mejores esfuerzos por sonar tranquila.

Sus ojos se encuentran con los míos y, por un breve segundo, veo el conflicto que se libra en su interior: entre el hombre con el que acabo de compartir una promesa y el don que ha gobernado su mundo con puño de hierro.

—La finca —dice, con voz sombría—. Está siendo atacada.

30

LUCA

La llamada termina con Marco ladrando órdenes a alguien de fondo. —Luca, la cosa está fea. Los Rossi no se andan con chiquitas esta vez. Tienes que venir ya.

Me guardo el móvil en el bolsillo mientras me giro hacia Valentina. Ella ya está de pie, con el rostro pálido pero decidido, y las manos le tiemblan lo justo para delatar su miedo.

—Te quedas aquí —gruño, señalando la habitación—. Esta no es tu lucha.

Aprieta la mandíbula y el fuego se enciende en su mirada. —Soy tu mujer. Mi lucha es la tuya.

Doy un paso hacia ella, con el pecho agitado. —Valentina, esto no es una cuestión de orgullo. Es una cuestión de supervivencia. Leo te necesita viva.

Yergue los hombros, con el desafío grabado en cada facción de su rostro. —Leo necesita a sus dos padres vivos. Y tú no vas a ir sin mí.

La convicción en su voz acalla la réplica que se formaba en mis labios. Ha tomado una decisión y sé que es inútil perder el tiempo discutiendo. La recorro con la mirada, sopesando su determinación, su mirada inquebrantable. No va a echarse atrás.

Aprieto los dientes. —Vale. Pero Leo..., él es lo primero.

Asiente y ya se está moviendo hacia la cama donde Leo duerme profundamente, con sus puñitos aferrados a la manta. Me agacho a su lado y le paso una mano por el pelo alborotado.

—Leo —susurro, con una voz más suave de lo que creía posible—. Despierta, pequeño.

Se remueve y parpadea, mirándome con esos ojos brillantes e inocentes que me destrozan por dentro cada vez que los veo. —¿Papi?

Fuerzo una sonrisa. —Vamos a vivir una pequeña aventura, ¿vale? Pero tienes que quedarte con Rosa un ratito.

Frunce el ceño, confundido. —¿Por qué?

—Porque mamá y yo tenemos que hacer algo importante —dice Valentina, levantándolo en brazos con voz firme—. Rosa cuidará de ti. Te mantendrá a salvo.

Leo asiente con sueño, confiando en nosotros sin dudar, y es una confianza que me pesa en el pecho. Cojo su osito de peluche favorito de la cama y se lo doy.

—Guárdamelo, campeón —le digo—. Mantenlo a salvo.

Valentina coge una bolsa mientras yo llamo rápidamente a Rosa. El ama de llaves responde al instante, con voz somnolienta pero alerta. —¿Señor Salvatore?

—Rosa, necesito que cuide de Leo. Se lo dejaremos en diez minutos.

—Sí, señor. Estaré lista.

Salimos por la puerta en menos de tres minutos, y el personal del hotel apenas nos mira al pasar. Valentina sostiene a Leo en brazos, susurrándole palabras tranquilizadoras mientras yo voy por delante, con la mano ya rozando el frío acero de la pistola enfundada bajo mi chaqueta.

El coche nos espera en el bordillo. Me deslizo en el asiento del conductor, con las palabras de Marco resonando aún en mi cabeza. Valentina sube atrás con Leo, le abrocha el cinturón y luego me mira por el retrovisor.

—Conduce —dice con voz firme.

Las carreteras se desdibujan mientras piso el acelerador, el zumbido del motor apenas perceptible sobre la tormenta que se gesta en mi mente. La casa de Rosa está en las afueras de la finca, lo bastante lejos del caos para mantener a Leo a salvo, pero lo bastante cerca como para que yo sienta que todavía puedo protegerlo.

Llegamos a la modesta casa de Rosa en un tiempo récord. El ama de llaves nos recibe en la puerta, con la bata anudada apresuradamente sobre el camisón.

—Entren, entren —dice, haciéndonos pasar. Le coge a Leo de los brazos a Valentina, con su instinto maternal activándose de inmediato.

—Aquí estás a salvo, pequeño —le arrulla Rosa, llevándolo al sofá.

Me arrodillo frente a Leo por última vez, con las manos apoyadas en sus diminutos hombros. —Quédate con Rosa, ¿vale? Mamá y yo volveremos pronto.

Asiente, agarrando con fuerza su oso. —¿Lo prometes?

Me inclino y le doy un beso en la frente. —Te lo prometo.

Valentina hace lo mismo, susurrándole algo al oído que lo hace sonreír levemente. Luego volvemos al coche, con un silencio entre nosotros denso por los miedos no expresados.

A medida que nos acercamos a la finca, el cielo nocturno se ilumina con ráfagas naranjas y amarillas. Explosiones. Disparos. Los Rossi no solo están atacando, están intentando arrasar todo el lugar.

Valentina se inclina hacia delante y me agarra del brazo. —Luca...

—Lo veo —digo, con la voz fría y controlada.

Cuanto más nos acercamos, más nítida se vuelve la escena. Las llamas lamen los límites de la propiedad, el humo se eleva hacia el cielo como un oscuro presagio. Varias figuras se mueven entre las sombras, intercambiando disparos. Mis hombres se mantienen firmes, pero es un caos, un caos puro e implacable.

Aprieto con más fuerza el volante. —No te separes de mí, Valentina. Pase lo que pase.

Su respuesta es inmediata, resuelta. —Lo haré.

Al llegar a las puertas, la magnitud del ataque se hace visible. La finca, el corazón del imperio Salvatore, está bajo asedio.

Y me condenarán si la dejo caer.

Las puertas de la finca son un campo de batalla. Los guardias de los Salvatore, armados y atrincherados, devuelven el fuego contra las figuras sombrías que se mueven en oleadas. Lo asimilo todo mientras salgo del coche, el olor acre de la pólvora mordiendo el aire. Valentina está a mi lado antes de que pueda ladrar una advertencia, sus ojos escudriñando el caos con aguda concentración.

—Ponte detrás de mí —le espeto, con un tono que no admite discusión.

—Luca...

—Detrás de mí, Valentina. —Mi voz atraviesa la cacofonía como el acero y el fuego. Ella duda, pero obedece, con sus ojos ardiendo de desafío. Pongo las llaves en su mano, apretando el agarre sobre sus dedos—. Quédate en el coche si las cosas se ponen peor.

Es mentira. No hay nada «peor». Solo hay sangre y fuego hasta que un bando quede reducido a cenizas.

Los sicarios de la familia Rossi son la precisión personificada: asesinos entrenados enviados con una única misión: destruirlo todo.

Incluida mi familia. Alguien les ha chivado que sobrevivimos. Alguien de dentro. Mi furia hierve bajo la superficie, esperando para explotar.

Marco se reúne conmigo al pie de las escaleras que conducen a la mansión. Su camisa está manchada de sangre, pero sigue en pie, testimonio de por qué es mi segundo al mando.

—Entraron primero por el perímetro sur —informa por encima del sonido de las balas que rebotan en el metal—. Los Rossi no se andan con chiquitas esta vez. Van a por la toma completa.

—O la extinción —gruño—. ¿Cuál es el recuento de cadáveres?

—¿De nuestro lado? Cinco, quizá seis. Nos hemos cargado al menos a diez de los suyos.

—No es suficiente. —Cargo el arma, el clic de la corredera al encajar en su sitio suena como una sentencia de muerte.

Marco asiente, con el rostro sombrío. —Te buscan a ti, Luca. A ti y al niño.

Aprieto el arma con más fuerza, el peso de sus palabras grabándose a fuego en mi interior. Quieren a mi hijo, a mi linaje... muerto.

—Esta noche no —gruño, pasando a su lado para meterme en la refriega.

El campo de batalla es un caos absoluto, y yo soy su director de orquesta. El aire a mi alrededor explota con el agudo crepitar de los disparos y los gritos de mis hombres, cada sonido afilado como el filo de una navaja. Mi atención se centra en cada movimiento, cada amenaza, mientras despacho a otro soldado de los Rossi con un solo disparo en el pecho.

Pero algo no va bien.

Se me eriza el vello de la nuca al dar un paso adelante, girándome instintivamente para cubrir el flanco de Marco. Una sombra se

mueve en el humo: un hombre, con la pistola apuntando, con la mira puesta en mí.

Y entonces, como un relámpago que parte la oscuridad, aparece Valentina.

Se mueve deprisa, demasiado deprisa para que pueda gritarle que se quede atrás. El corazón me da un vuelco, la rabia y el terror luchan por el dominio mientras la veo abalanzarse sobre el sicario de los Rossi. Le agarra la muñeca, echa todo su peso en el movimiento, y el disparo que efectúa se clava inofensivamente en el suelo.

—¡Valentina! —Mi voz es un rugido, pero ella no vacila.

Su mano se mueve con rapidez, el brillo de algo afilado capta la luz antes de hundirse en la garganta del hombre. Su cuerpo se sacude violentamente mientras ella saca la horquilla y la clava de nuevo, un movimiento fluido nacido de la pura supervivencia. La sangre brota en un arco, manchándole la cara y las manos, y apenas puedo respirar.

El sicario cae, sin vida, y Valentina retrocede tambaleándose, con el pecho agitado. Por un instante, el mundo se detiene, cada sonido se desvanece en la nada mientras mis ojos se clavan en los suyos. Me mira, su mirada una mezcla de furia y desafío.

—Te lo dije —jadea, con la voz temblorosa pero firme—. No voy a quedarme al margen.

Recorro la distancia que nos separa en tres zancadas y le agarro los brazos. Su cuerpo tiembla, su respiración es superficial, pero su expresión es decidida.

—¿Estás loca? —le espeto—. ¡Podrían haberte matado!

—¡Y a ti también! —responde ella, soltándose de mi agarre—. No lo has visto, Luca. ¡Te habría disparado!

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, y por un momento, no puedo responder. Tiene razón. No lo he visto.

—No vuelvas a hacer eso —gruño, acunando su rostro manchado de sangre con mi mano. Mi pulgar le roza la mejilla, extendiendo el carmesí por su piel—. ¿Me has entendido?

Le tiemblan los labios, pero no retrocede. —No voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo te matan. Si soy tu reina, entonces soy tu compañera. En todo.

El fuego en su voz remueve algo en lo más profundo de mi pecho. Es feroz, imparable, y me cuesta todo mi ser no sacarla de este infierno y encerrarla en algún lugar seguro.

—Por el amor de Dios, no te separes de mí —le digo al fin, las palabras ásperas y teñidas de desesperación—. Si vas a luchar, lo harás a mi lado. En ningún otro sitio.

Asiente, y por un breve instante, hay un entendimiento entre nosotros más fuerte que cualquier cosa que haya sentido antes.

Un agudo silbido atraviesa el aire, devolviéndome a la realidad. La voz de Marco se abre paso entre el humo. —¡Luca! ¡Vienen más por el este!

Me giro, tirando de Valentina detrás de mí mientras otra oleada de sicarios de los Rossi emerge de las sombras. Mi agarre en la pistola se tensa, la rabia de verla en peligro alimenta cada uno de mis movimientos.

Los fogonazos de los disparos iluminan rostros retorcidos por la rabia, el miedo y una fría determinación. Mis hombres luchan como demonios, su lealtad grabada en cada golpe de cuchillo y cada vez que aprietan el gatillo. Los Rossi son implacables, pero carecen de la disciplina, de la férrea resolución de la familia Salvatore.

Me muevo a través del caos como un depredador, cada paso calculado, cada disparo preciso. Un sicario de los Rossi se abalanza sobre mí desde las sombras, su cuchillo reluciendo. Me agacho, giro y le golpeo la sien con la culata de mi pistola. Se desploma antes de que le meta una bala en el pecho.

Aparece otro, este más rápido, apuntando a Marco. No dudo. Mi disparo rasga la noche, y el hombre cae como una piedra. Marco se gira, sus labios se contraen en lo que podría pasar por una sonrisa.

—Sigues salvándome el culo, ya veo —dice, recargando su arma.

—Eres demasiado lento —respondo, disparando otra vez.

La marea empieza a cambiar. Los Rossi flaquean, su formación se rompe a medida que avanzamos. El rostro de Valentina aparece en mi mente: su fuerza, su desafío, su inquebrantable determinación de estar a mi lado. Eso me alimenta, agudiza mi concentración.

Entonces lo veo.

En medio del caos, emerge una figura que reconozco al instante: Giovanni Rossi, el hijo menor de la familia y su estratega más despiadado. Está orquestando el caos, sus órdenes se abren paso entre el ruido como una cuchilla.

Mi objetivo.

Avanzo hacia él, cada paso deliberado. Me ve, sus labios se curvan en una mueca de desprecio. El cabrón cree que ha ganado.

—¡Salvatore! —grita, su voz se impone sobre el estruendo—. No puede protegerlos para siempre. Morirá aquí como debería haberlo hecho su padre.

Esas palabras encienden algo primario en mí.

Con un rugido, cargo contra él. Sus hombres cierran filas, pero es inútil. Soy imparable. Una bala me roza el hombro, un dolor ardiente y agudo, pero no me frena. Lo alcanzo en segundos, mi puño impacta en su mandíbula con un chasquido satisfactorio.

Giovanni se tambalea, la sangre gotea de su boca. —¿Cree que esto acaba conmigo? —escupe—. Siempre habrá más.

—No para usted. —Presiono el cañón de mi pistola contra su sien.

No suplica. Lo respeto por eso. Pero el respeto no detiene mi mano.

El disparo resuena, definitivo y absoluto.

Al amanecer, la finca está en silencio. El humo se eleva del césped del sur, los cuerpos cubren el suelo y el leve olor a madera carbonizada persiste en el aire. La familia Salvatore ha prevalecido, pero el coste ha sido alto.

Estoy de pie en las escaleras de la mansión, con Marco a mi lado. Su rostro está demacrado, el agotamiento le pesa en los rasgos. —Se ha acabado —dice, con la voz áspera.

—Todavía no —respondo, mis ojos recorriendo la devastación—. Enviamos un mensaje. Cada leal a los Rossi que quede con vida sabrá lo que pasa cuando vienen a por mi familia.

Marco asiente sombríamente. —Considéralo hecho.

Me giro, y allí está ella. Valentina, de pie en el umbral, con el rostro pálido pero resuelto. Sus ojos se encuentran con los míos y, por un momento, el caos se desvanece.

Da un paso adelante, con la barbilla en alto. —¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —Le cojo la mano y la atraigo hacia mí—. Ahora, reconstruimos.

Su mirada es firme, escrutando la mía. —¿Juntos?

—Siempre —digo, las palabras son un voto.

Valentina está a mi lado, su mano en la mía mientras nos presentamos ante nuestros hombres.

Ya no es solo mi mujer.

Es la reina de los Salvatore.

El silencio después de la guerra es casi más ruidoso que el propio caos.

Los cadáveres cubren los terrenos de la finca, tanto de los Rossi como de los Salvatore, su sangre empapando la tierra. El humo persiste en el aire, el olor acre de la pólvora se mezcla con el regusto metálico de la vida derramada. Mis hombres se están reagrupando, los supervivientes se mueven como sombras, revisando los escombros y asegurando el perímetro.

Yo estoy en el centro de todo, con las manos todavía pegajosas de sangre, el pecho agitado por la lucha. Marco se acerca, su rostro sombrío, aunque sus ojos brillan con la satisfacción de la supervivencia.

—Está hecho —dice simplemente, señalando los cuerpos que están siendo cargados en camiones—. Los Rossi están acabados. Sus fortalezas se desmoronarán por la mañana.

Aprieto la mandíbula, pero asiento. La victoria es vacía. Hemos ganado, pero a un precio. Hombres con los que he luchado durante años ya no están, su lealtad se ha extinguido como velas en el viento.

—Llama al ama de llaves —digo, mi voz baja pero firme—. Necesito saber que Leo está a salvo.

Marco saca su móvil sin dudarlo, su habitual comentario sarcástico ausente mientras marca. Mis dedos se cierran en puños mientras espero, los segundos se extienden hasta la eternidad.

—Señora Lanza —dice Marco al cabo de un instante. Su voz se suaviza ligeramente, una rara muestra de respeto—. ¿Está bien el niño?

Me mira, asintiendo. —Sí, enviaremos a alguien a recogerlo mañana por la mañana. Téngalo cerca esta noche.

El alivio me inunda, pero es breve. La guerra ha terminado, pero las cicatrices que ha dejado tardarán mucho más en sanar.

Cuando llega el día siguiente, la finca ya bulle de actividad. Las reparaciones están en marcha, las ventanas rotas han sido sustituidas y los agujeros de bala están parcheados, como si la batalla no hubiera sido más que una tormenta pasajera.

Valentina está en el comedor cuando termino de supervisarlo todo; ya es tarde. Su rostro está pálido.

Leo está sentado a su lado, sus manitas agarran un tenedor mientras se atiborra de su plato de pasta. Levanta la vista cuando entro, su cara se ilumina con una sonrisa más brillante que cualquier cosa que yo merezca.

—¡Papi! —llama, haciéndome un gesto para que me acerque.

Me acerco a la mesa, le revuelvo el pelo antes de sentarme a su lado. La mirada de Valentina se cruza con la mía, sus labios se separan ligeramente como si quisiera decir algo, pero las palabras no le salen.

La cena es tranquila. Leo parlotea felizmente sobre el cochecito de juguete que se dejó en el hotel, ajeno a la tormenta que acabamos de capear. Vuelvo a mirar a Valentina y esta vez me sostiene la mirada.

Después de cenar, la energía de Leo finalmente se agota. La cabeza se le cae hacia delante, sus manitas se aferran al borde de la mesa mientras el sueño lo vence.

—Yo me encargo —dice Dante, levantándose de su asiento con un guiño. Coge a Leo sin esfuerzo y lo acuna en sus brazos.

Al girarse para marcharse, lanza una mirada por encima del hombro. —Vosotros, tortolitos, merecéis algo de intimidad.

Las mejillas de Valentina se sonrojan y ella aparta la mirada, pero no se me escapa la leve sonrisa que asoma a sus labios mientras la

atraigo hacia mí.

Su cuerpo se relaja en mis brazos, su respiración se calma contra mi pecho. Le paso suavemente la mano por la espalda, haciéndole saber sin palabras que estoy aquí, que no la dejaré marchar, ni ahora, ni nunca.

—Ven conmigo —murmuro, levantándole la barbilla para que sus ojos brillantes de lágrimas se encuentren con los míos.

Asiente sin dudarlo, y la levanto sin esfuerzo, acunándola contra mí. Sus brazos se enroscan en mi cuello mientras la llevo fuera de la suite y a través de los silenciosos pasillos de la finca, hasta nuestro dormitorio.

La tenue luz capta la curva de su mejilla, la turgencia de sus labios, y no puedo resistirme. Inclinándome, rozo mi boca con la suya, un beso suave, deliberado y lleno de todo lo que no puedo expresar con palabras. Ella suspira en mis brazos, sus dedos se enredan en mi pelo mientras me atrae más cerca.

Me aparto lo justo para susurrar: —Aún no he terminado contigo.

Su respiración se entrecorta, sus labios se entreabren, pero no hay vacilación en sus ojos, solo confianza y un deseo latente.

—Eres tan hermosa —murmuro, dejando que mis dedos recorran su mejilla, su cuello, la línea de su clavícula—. Cada parte de ti, Valentina. Cada centímetro.

Sus manos se deslizan por mi pecho, su tacto es ligero pero insistente. —Demuéstramelo —susurra, su voz baja y llena de una necesidad que iguala la mía.

—Pienso hacerlo.

VALENTINA

Sus manos están por todas partes, ásperas, cálidas y seguras, mientras me saca de la cama y su boca se estrella contra la mía. El beso es brutal, desesperado, sus dientes rozan mi labio inferior antes de que su lengua me reclame, exigente e insistente. Apenas tengo tiempo de respirar antes de que me haga girar y me apriete la espalda contra el frío cristal del ventanal.

El contraste entre el calor de su cuerpo y el frío del cristal me provoca un escalofrío, pero él ya se está apretando más contra mí, agarrándome los muslos mientras me levanta sin esfuerzo. Mis piernas se enroscan en su cintura y puedo sentir cada centímetro de él, duro y palpitante, presionando contra mí.

—¿Recuerdas esto? —gruñe él, con voz grave y áspera junto a mi oído—. ¿La forma en que te poseí la primera vez? ¿La forma en que suplicabas más?

—Sí —jadeo, mientras mis uñas se clavan en sus hombros cuando empuja las caderas hacia delante, provocándome, haciendo que me muera de ganas por él—. Luca, por favor.

—¿Por favor, qué? —exige, mientras sus labios recorren mi cuello y su barba incipiente roza mi piel de la forma más deliciosa—. Dime lo que quieres, Valentina. Dilo.

—Te quiero a ti —susurro, con la voz quebrada mientras él se restriega contra mí y la fricción envía una oleada de calor por mi cuerpo—. Te necesito dentro de mí. Ahora.

Suelta una risa maliciosa y sus dientes rozan la curva de mi hombro. —¿Tan necesitada? Muy desesperada por mi polla, ¿verdad?

—Sí —gimo, arqueándome contra él, con mi cuerpo suplicando más.

Con una mano apoyada en el cristal y la otra agarrándome el culo, se coloca, y la gruesa cabeza de su polla presiona contra mi entrada. Se me corta la respiración, mi cuerpo está tenso por la expectación mientras él se abre paso, centímetro a centímetro, estirándome hasta que no puedo pensar, ni respirar, solo sentirlo a él.

—Joder —gime él, con la frente pegada a la mía mientras se entierra por completo en mí—. Estás jodidamente apretada. Eres la gloria, Valentina.

Me aferro a él, con las uñas arañándole la espalda mientras empieza a moverse; sus embestidas son lentas y deliberadas al principio, rozando cada centímetro sensible de mi ser. El ángulo es demoledor, el cristal está frío en mi espalda mientras su polla golpea el punto perfecto con cada estocada.

—Mírate —murmura, con la voz densa de lujuria—. Apretada contra el cristal así. ¿Sabes lo perfecta que eres? ¿Lo jodidamente preciosa que te ves cuando te estás deshaciendo por mí?

—Luca —jadeo, mi cabeza golpea hacia atrás contra el ventanal mientras su ritmo se acelera, cada embestida más fuerte, más profunda, más implacable. El sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación, brutal y primitivo, y puedo sentir el calor creciendo en la parte baja de mi abdomen, contrayéndose más con cada movimiento.

—Eres mía —gruñe, su mano se desliza hacia arriba para agarrar suavemente mi garganta, inclinando mi cabeza hacia atrás para que no pueda mirar a nadie más que a él—. Dilo.

—Soy tuya —gimo, mi cuerpo arqueándose contra el suyo mientras el placer se acumula hasta un pico insoportable—. Soy tuya, Luca. Siempre.

—Pues claro que lo eres —masculla, sus embestidas se vuelven más rudas, más desesperadas—. ¿Y este coño? Es mío también. Mío para follarlo, mío para poseerlo, mío para hacerlo gritar.

—Sí —grito, con la voz quebrada mientras él se desliza entre nosotros, su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea con una precisión despiadada—. Luca, yo…

—Córrete para mí —ordena, su tono oscuro y posesivo—. Córrete por toda mi polla, Valentina.

Me hago añicos. Mi orgasmo me arrolla, violento y absorbente, mi cuerpo se contrae a su alrededor mientras grito su nombre. Él no para, embistiendo dentro de mí a través de las olas de placer, prolongándolo hasta que me estremezco, apenas capaz de sujetarme a él.

—Joder —resuella.

Su respiración sigue agitada, su cuerpo presionado firmemente contra el mío, e incluso ahora, puedo sentirlo duro y palpitante dentro de mí. Mis piernas siguen enroscadas en su cintura, sus manos agarran mis muslos como si no pudiera soltarme. Se echa un poco hacia atrás, sus ojos arden con una mezcla de satisfacción y hambre que me provoca un nuevo escalofrío.

—Todavía no has terminado, ¿verdad? —susurro, mi voz tiembla de anticipación.

Sus labios se curvan en una sonrisa oscura y perversa. —Ni de lejos.

Sin salirse, me levanta sin esfuerzo, su polla todavía enterrada profundamente en mí mientras me lleva hacia la cama. Cada paso envía sacudidas de sensación a través de mi cuerpo, la fricción me

mantiene al límite, mis uñas se clavan en sus hombros mientras me aferro a él.

—Eres mía, Valentina —gruñe, su voz grave y autoritaria—. No voy a parar hasta que lo sepas. Hasta que lo sientas en cada centímetro de tu cuerpo.

Gimoteo, mi cabeza cae contra su hombro mientras nos baja sobre la cama. Me mantiene inmovilizada debajo de él, sin romper nunca la conexión entre nosotros, su polla se desliza más profundamente mientras ajusta nuestra posición. Mis muslos se aprietan alrededor de su cintura mientras sus caderas comienzan a moverse de nuevo, lentas y deliberadas al principio, cada embestida enviando chispas de placer que me recorren.

—¿Sientes eso? —murmura, sus labios rozando mi oreja—. ¿Cómo me acoges tan perfectamente? Como si tu cuerpo estuviera hecho para esto. Hecho para mí.

—Sí —jadeo, mis manos se aferran a las sábanas mientras él embiste con más fuerza, su ritmo se acelera—. Luca, yo…

—Dilo —exige, su voz áspera y autoritaria—. Di que eres mía.

—Soy tuya —grito, mi cuerpo arqueándose contra el suyo mientras el placer crece de nuevo, agudo y abrumador—. Soy tuya, Luca. Solo tuya.

—Buena chica —gruñe, sus manos se deslizan hacia abajo para agarrar mis caderas, inclinándome para que golpee aún más profundo. La cama cruje bajo nosotros, los sonidos de nuestros cuerpos chocando llenan la habitación mientras él embiste implacablemente, su control se desvanece con cada estocada.

Estoy de nuevo al borde, la tensión se contrae cada vez más, y sé que él lo siente. Su pulgar encuentra mi clítoris, rodeándolo con una precisión brutal mientras su polla martillea dentro de mí, y la combinación es demoledora.

—Córrete para mí otra vez —gruñe—. Quiero sentir cómo te deshaces a mi alrededor.

No puedo contenerme. Mi clímax me golpea como un maremoto.

Su peso me presiona, anclándome, pero incluso mientras nuestra respiración se ralentiza, puedo sentirlo removerse dentro de mí de nuevo. Se mueve ligeramente, su polla todavía enterrada profundamente, crispándose con ferviente necesidad. Jadeo cuando la sensación chispea a través de mi cuerpo hipersensible, y cuando levanto la vista, sus ojos están fijos en los míos, oscuros y ardiendo de hambre.

Se mueve, retirándose lo justo para embestirme de nuevo, lenta y deliberadamente, rozando cada centímetro de mi calor hinchado y sensible.

Grito, mis manos se aferran a sus hombros mientras establece un ritmo implacable. —Luca, yo…

—Puedes soportarlo —murmura—. Aguantarás todo lo que te dé. Y no voy a parar hasta que vuelvas a gritar mi nombre.

Sus palabras envían una nueva ola de excitación que me arrolla, y me arqueo contra él, mis uñas se clavan en su espalda mientras él embiste con más fuerza, más profundamente, cada movimiento más devastador que el anterior. La cama cruje bajo nosotros, los sonidos de nuestros cuerpos chocando, brutales y primitivos, resonando en el aire.

—Mírate —gime, agarrando mis muslos e inclinándome más arriba, su polla golpea aún más profundo, la sensación es insoportable de la mejor manera posible—. Tan perfecta. Tan jodidamente perfecta para mí.

—¡Luca! —grito, con la voz quebrada mientras su pulgar encuentra mi clítoris, rodeándolo bruscamente al ritmo de sus embestidas. Mi cuerpo se tensa, el placer aumenta imposiblemente, y no puedo detener los sonidos desesperados que se escapan de mis labios.

—Sí —sollozo, mi cuerpo tiembla mientras la tensión se contrae, mi mundo se reduce a la sensación de él, a la forma en que me llena por completo, sin piedad—. Por favor, Luca. No pares.

—Joder —gruñe él, sus embestidas se vuelven erráticas, más fuertes, más rápidas, hasta que estoy justo en el límite, mi cuerpo arde de necesidad—. Córrete para mí, Valentina. Déjame sentir cómo pierdes el control.

Sus palabras me lanzan en espiral al abismo. Mi orgasmo me golpea con fuerza. El placer es cegador, cada ola choca con la siguiente, dejándome temblando, jadeando, completamente destrozada.

Pero él no para. Sus movimientos se vuelven frenéticos mientras avanza hacia su clímax, su agarre en mis caderas me deja moratones, sus gemidos son graves y guturales mientras finalmente se deja llevar, derramándose dentro de mí con un sonido brutal y primitivo que me hace temblar.

Nos derrumbamos juntos, enredados el uno en el otro, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor, nuestras respiraciones entrecortadas. Su peso me presiona, anclándome, sus labios rozan mi sien en un beso que es a la vez posesivo y tierno.

—Eres mía —murmura, su voz profunda y llena de certeza—. Siempre.

Me aferro a él, con el corazón desbocado, el cuerpo temblando, y sé que no importa cuánto me quite, siempre le daré más. Porque él también es mío.

Él es mi rey, y yo soy su reina.

EPÍLOGO EXTENDIDO

VALENTINA

La habitación está en silencio y los primeros rayos del alba se filtran a través de las gruesas cortinas, arrojando un suave resplandor dorado sobre la figura dormida de Luca. Está tumbado bocarriba, con un brazo perezosamente cruzado sobre el pecho y el otro descansando a su lado. Los marcados rasgos de su rostro se suavizan con la primera luz del día y sus oscuras pestañas se abren en abanico sobre sus mejillas.

Parece tranquilo, en claro contraste con el hombre primitivo e implacable que conozco cuando está despierto. Pero a medida que mi mirada desciende por el amplio torso, las crestas de los músculos de su abdomen y, finalmente, el grueso bulto que se adivina bajo las sábanas, un tipo diferente de calor se extiende por mi cuerpo.

Me muerdo el labio y me deslizo con cuidado fuera de la cama, dejando que la sábana se arrugue en mi cintura. No se mueve cuando me acomodo a su lado y me inclino para depositar un suave beso en su pecho. Su piel está caliente bajo mis labios, y dejo que estos desciendan, provocando, probando, hasta que siento que su respiración se entrecorta ligeramente.

—Valentina... —Su voz es áspera, grave, aún pastosa por el sueño, pero no abre los ojos.

—Chisss —murmuro, mientras mis labios continúan su viaje descendente. Retiro la sábana lentamente, revelándolo por completo, duro y pesado contra su estómago. La sola visión me corta la respiración y el calor se acumula en la parte baja de mi vientre.

Levanto la vista, pero sus ojos siguen cerrados, aunque ahora su respiración es irregular y su pecho sube y baja con más rapidez. Sonriendo para mis adentros, le rodeo con la mano, acariciándolo lenta y deliberadamente. Él gime suavemente, moviendo

ligeramente las caderas, y yo me inclino, dejando que mi lengua recorra la punta para saborearlo.

—Joder... —masculla, su mano crispándose contra la cama, pero sigue sin abrir los ojos.

Animada, lo introduzco más en mi boca, deslizando los labios sobre él, mi lengua recorriendo cada cresta y vena a medida que me muevo. Esta vez su gemido es más fuerte, sus caderas se arquean ligeramente contra mi boca, y le sujeto la base, manteniéndolo firme mientras ahueco las mejillas y lo introduzco aún más.

—Valentina —gruñe ahora, su mano encuentra mi pelo y se enreda en los mechones mientras por fin abre los ojos. Están oscuros, cargados de lujuria mientras me mira, y el calor de su mirada me hace estremecer—. ¿Qué coño me estás haciendo?

Me echo hacia atrás lo justo para sonreírle, acariciándolo lentamente mientras murmuro:

—Haciendo que te sientas bien.

Aprieta la mandíbula y sus dedos se cierran en mi pelo mientras vuelvo a metérmelo en la boca, trabajándolo con los labios y la lengua. Su control se desvanece rápidamente, sus caderas se mueven a mi ritmo, sus gemidos son graves y guturales mientras lo chupo con más fuerza, más rápido.

—Eres jodidamente buena en esto —masculla con voz tensa—. ¿Sabes lo que me haces? ¿Lo loco que me vuelves?

Tarareo alrededor de su miembro; la vibración le hace maldecir, y su agarre en mi pelo es casi doloroso mientras empuja dentro de mi boca. Le dejo, relajando la garganta, introduciéndolo tan profundo como necesita mientras mis manos acarician lo que mis labios no alcanzan.

—Joder, Valentina —gime, echando la cabeza hacia atrás contra la almohada, con el pecho agitado—. Vas a hacer que me...

No termina la frase; su cuerpo se tensa bajo el mío mientras se derrama en mi boca, su líquido caliente y espeso. Me trago hasta la última gota y le doy una última pasada con la lengua antes de retirarme, presionando un beso en la punta mientras su agarre en mi pelo se afloja.

Me mira, sus ojos ardiendo con una mezcla de satisfacción y algo más oscuro, más posesivo.

—Me las vas a pagar —gruñe, subiéndome a la cama y poniéndome bocarriba.

No tengo tiempo de responder antes de que sus labios se estrellen contra los míos, y sé que la mañana no ha hecho más que empezar.

El beso de Luca es abrasador, sus labios reclaman los míos con un hambre que me marea. Su cuerpo me presiona contra el colchón, su peso firme y contundente mientras sus manos se deslizan por mis costados, agarrándome como si nunca tuviera suficiente. Mi respiración sale en jadeos superficiales cuando se aparta, sus ojos oscuros y encendidos de decisión.

—¿Crees que puedes salirte con la tuya? —gruñe, con su voz áspera y autoritaria. Su mano se enreda en mi pelo, echando mi cabeza ligeramente hacia atrás para que no pueda mirar a ningún otro sitio que no sea él—. ¿Crees que puedes metérmela en la boca de esa manera, hacerme perder el control, y que te voy a dejar marchar sin más?

Me estremezco bajo él, sus palabras encienden algo profundo y primitivo dentro de mí.

—Quizá —bromeo, con mi voz temblorosa pero juguetona.

Sus labios se curvan en una sonrisa oscura y maliciosa.

—Respuesta equivocada.

En un movimiento rápido, me agarra los muslos, abriéndolos de par en par mientras se coloca en mi entrada. Ya estoy empapada, mi

cuerpo anhela el suyo, y no pierde el tiempo. De una dura embestida, está dentro de mí, estirándome, llenándome por completo.

Grito, mis manos se aferran a sus hombros mientras se retira y se estrella contra mí de nuevo, sus movimientos implacables.

—Joder, Valentina —gime, dejando caer la cabeza sobre mi hombro por un momento antes de volver a mirarme, con los ojos ardiendo de intensidad—. Qué bien joder, qué bien me siento.

—Luca —jadeo, mi cuerpo arqueándose hacia él mientras impone un ritmo brutal, cada embestida más dura, más profunda, rozando cada punto sensible de mi interior. Los sonidos de nuestros cuerpos chocando llenan la habitación, crudos y primitivos, y apenas puedo aguantar, mi mente nublada por el placer.

—Eres mía —gruñe, su mano deslizándose para agarrar mi cadera, manteniéndome en mi sitio mientras me embiste—. Dilo.

—Soy tuya —grito, mis uñas clavándose en su espalda mientras embiste con más fuerza—. Solo tuya, Luca.

—Así es —masculla, inclinándose para mordisquearme la mandíbula, sus dientes rozando la piel sensible justo debajo de mi oreja—. Este coño me pertenece. Nadie más te tendrá así. Nadie más oirá cómo gritas mi nombre.

—Solo tú —gimo, mi voz quebrándose a medida que la tensión se acumula en la parte baja de mi estómago, enroscándose más y más con cada embestida—. Ay, Dios, Luca...

—Eso es —gruñe, sus embestidas haciéndose más rápidas, más frenéticas, su agarre sobre mí más fuerte—. Córrete para mí, Valentina. Quiero sentir cómo te deshaces a mi alrededor.

Su pulgar encuentra mi clítoris, rodeándolo con rudeza, a la perfección, y la combinación es devastadora. Mi cuerpo se aprieta a su alrededor, mi orgasmo golpeándome con una fuerza que me deja

sin aliento. Grito su nombre, mis uñas arañando su espalda mientras una ola de placer tras otra rompe sobre mí.

—Joder, eso es —gime, sus caderas chasqueando contra las mías—. Jodidamente apretada. Tan perfecta.

Me embiste una última vez, enterrándose profundamente mientras se deja ir, su cuerpo estremeciéndose contra el mío. Su gemido es grave y gutural, su agarre sobre mí magullador mientras se derrama dentro de mí, llenándome por completo.

Nos desplomamos juntos, su peso me presiona contra el colchón mientras ambos luchamos por recuperar el aliento. Sus labios rozan mi sien, ahora suaves, casi tiernos, y siento que la tensión de mi cuerpo se desvanece mientras me abraza con fuerza.

—Hala —río—. Me vendría bien algo de comer.

—Pues vamos —ríe él—. A mí también.

Nos vestimos y bajamos al comedor. La finca parece casi extraña sin la presencia persistente y espectral de Donna Maria. Después de todo lo que pasó, ha sido exiliada, un castigo amable dada la magnitud de su traición.

Las velas parpadean en la gran mesa, su brillo dorado danzando sobre la caoba pulida. Los platos están repletos de carnes asadas, pasta fresca y verduras aliñadas con aceite de oliva y hierbas. Una torre de tiramisú preside el centro de la mesa.

Me siento entre Luca y Marco; la silla a mi izquierda, llamativamente vacía. La ausencia de Donna Maria es un silencioso recordatorio de su destierro, un peso que se ha quitado, pero una sombra que perdura. Frente a mí, Dante se está riendo por alguna historia sobre un percance en uno de los almacenes Salvatore, exagerando sus gestos para divertir a Leo, que ríe a carcajadas a su lado.

La mano de Luca está en mi muslo.

La ha puesto ahí en cuanto nos hemos sentado y no la ha movido desde entonces. El calor de su palma se filtra a través de la fina tela de mi vestido, su pulgar trazando círculos perezosos que me provocan escalofríos por la espalda. Le miro, pero él es la viva imagen de la calma, su expresión indescifrable mientras escucha a Marco discutir sobre planes de futuro.

—... así que las rutas costeras son seguras —está diciendo Marco, con voz firme—. Con los Rossi fuera de juego, podemos expandir las operaciones a los territorios del norte sin mucha resistencia. Tendremos que afianzar nuestra posición allí rápidamente para evitar cualquier vacío de poder.

Luca asiente, con la mirada afilada.

—Empieza por establecer conexiones con las autoridades locales. Unos cuantos incentivos bien colocados asegurarán que nuestra influencia se extienda sin problemas.

La conversación fluye a mi alrededor, pero apenas puedo concentrarme. Los dedos de Luca se aprietan ligeramente en mi muslo y reprimo un jadeo, agradecida de que el murmullo de voces disimule el sonido. Mis mejillas arden mientras pincho las verduras asadas de mi plato, obligándome a no retorcerme bajo su toque.

—Valentina —dice Marco, llamando mi atención—. ¿Qué piensas?

Parpadeo, sorprendida.

—¿Sobre qué?

—La iniciativa benéfica —dice, con un deje de diversión en su tono —. Luca sugirió que la encabezaras. Algo sobre educación y recursos para las familias desfavorecidas de la ciudad.

Miro a Luca, que me devuelve la mirada con una pequeña sonrisa de complicidad. Su mano me da un suave apretón, como si dijera «estarás brillante».

—Creo que es una idea maravillosa —digo, con la voz más firme de lo que me siento—. Estaré encantada de tomar la iniciativa.

Dante levanta su copa, sonriendo.

—¡Por Valentina, la reina Salvatore y sus grandes ambiciones!

El brindis es recibido con un coro de aprobaciones y el tintineo de las copas. Me sonrojo, bajando la cabeza mientras Leo levanta su cartón de zumo a modo de imitación, con la cara radiante de orgullo.

El momento parece surrealista, esta extraña mezcla de familia y poder, amor y violencia. Por primera vez en mucho tiempo, siento que pertenezco aquí.

Pero entonces, la puerta se abre.

Un guardia entra, con el rostro pálido y desencajado. Se acerca rápidamente a Marco, inclinándose para susurrarle al oído. El cambio en Marco es inmediato. Su expresión jovial se desvanece, reemplazada por una sombría determinación que recorre con un escalofrío la habitación.

Luca también se da cuenta. Su mano abandona mi muslo mientras se endereza, su atención ahora plenamente en su hermano.

—¿Qué pasa?

La respuesta de Marco es grave, destinada solo a Luca, pero la tensión en sus hombros me dice lo suficiente.

—Disculpadme —dice Marco, levantándose de su asiento. Su tono es educado, pero sus movimientos son secos. Le hace un gesto a Luca para que le siga, pero antes de que pueda irse, Luca le indica que se quede.

—Dilo aquí —ordena Luca, con su voz como el acero.

Marco duda, sus ojos se desvían hacia Leo y hacia mí. Luego suspira, con el rostro tenso.

—Han secuestrado a Sofia.

Las palabras me golpean como un golpe físico, mi respiración se corta en mi garganta.

—¿Qué? —susurro, mi voz apenas audible sobre el repentino silencio.

La mirada de Marco es firme, aunque su expresión es de dolor.

—Uno de los guardias se ha enterado por el territorio del sur. Se la han llevado hoy, probablemente por los restos de la facción Rossi que buscan una ventaja.

Mis manos tiemblan mientras agarro el borde de la mesa. Sofia. Mi mejor amiga. Mi *hermana* en todos los sentidos importantes. La idea de ella en manos de esos monstruos es insoportable.

—No le harán daño —continúa Marco, su tono medido pero sombrío —. Todavía no. Querrán usarla primero.

—¿Para qué? —pregunta Dante, con voz oscura.

Marco me mira y luego a Luca.

—Por su conexión con Valentina. Querrán que salgamos.

Luca se levanta lentamente, con movimientos deliberados, y la habitación parece encogerse bajo el peso de su furia.

—Han cometido un error —dice, con su voz grave y letal—. Creen que pueden usarla contra nosotros.

Yo también me pongo de pie, mis piernas temblorosas pero lo suficientemente firmes.

—Tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos aquí sentados mientras ella...

Luca se gira hacia mí, sus ojos oscuros e intensos.

—Lo haremos. Pero necesitamos un plan.

Las lágrimas me escuecen en las comisuras de los ojos, pero me obligo a reprimirlas. No hay tiempo para debilidades. Ahora no.

Marco se aclara la garganta, llamando nuestra atención.

—Ya he empezado a recopilar información. Tendremos que movernos rápido si queremos garantizar su seguridad.

Luca asiente, con la mandíbula apretada.

—Pues movámonos.

La habitación estalla en actividad, la calidez de la cena olvidada mientras la fría realidad de nuestro mundo se estrella contra nosotros. Pero mientras los demás se ponen en acción, Luca se acerca a mí, su mano rozando la mía.

—La traeremos de vuelta —dice en voz baja—. Te lo prometo.

Asiento, con mi determinación endureciéndose. Cueste lo que cueste, traeremos a Sofia a casa.